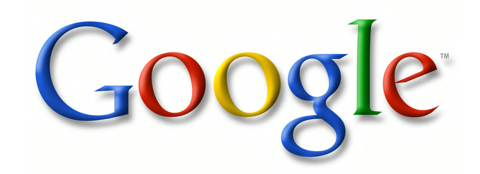
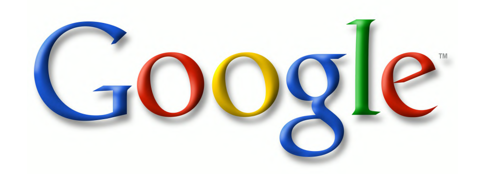
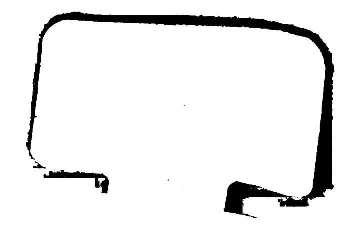



Google



MI PASADO

Y

MI PRESENTE.

OBRAS LITERARIAS

DE

M. TORRES.

TOMO I.

OBRAS DRAMÁTICAS.

HABANA.

IMPRENTA "LA PRUEBA," HABANA 178.

1889.

V

EL DRAMA DEL MUNDO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL

DE

M. T.

Es propiedad del Señor José Ynés Chappotín

HABANA.

IMPRENTA "LA PRUEBA,"
AMARGURA 77.
1881.

Habana

1 de

Hace algun tiempo que escribí en momentos desocupados la mayor parte de las obras qué, como la presente, iré dando á la prensa sin aspiracion de ninguna especie, y sí accediendo á las continuas instancias de varios amigos á quienes he leido algo de mis manuscritos, que, aunque los conservo, paulatinamente se van destruyendo, como fácilmente se comprende.

Antes de proceder á esta determinacion, traté de someter mis obras á la censura de personas que creia competentes para el caso, y las invité á que me dispensaran el favor de oirlas leer, con el objeto dicho; pero unas y otras me aplazaron, y á pesar de haber transcurrido dias, meses y años no he visto llegar el plazo, por lo que me decido á darlas á luz con todos sus defectos, como fueron escritas, pues no he querido invitar por segunda vez á los que me desatendieron la primera, acaso por olvido ó por alguna otra causa que no pretenderé saber, si así fuere.

Conste, pues, que doy á la prensa mis pobres obras con el objeto de conservarlas de una manera menos destructible que en manuscritos y el de ceder á las instancias de algunos amigos.

PERSONAJES.

DOÑA CLARA, *madre de*
INÉS, *y hermana de*
DON EUSEBIO.
LEOPOLDO.
JUAN.
UN CRIADO.

La escena en la Habana: época actual.

ACTO PRIMERO.

Sala ricamente adornada con exquisito gusto.

ESCENA I.

D. EUSEBIO, DOÑA CLARA.

D. EUSEBIO. No puede ser.
Dª CLARA. Si mi hija
ya le tiene gran cariño.
D. EUSEBIO. No importa, no puede ser,
ni yo debo permitirlo.
¿Qué venga á manchar un quídam
el lustre de mi apellido
que siempre gozó en el mundo
inmaculado prestigio?
Oh! no lo tolero, Clara,
ni tú debes consentirlo.
Dª CLARA. Pero es un muchacho honrado
y en sociedad distinguido.
D. EUSEBIO. Legítima distincion
sólo dan los pergaminos,
y la honradez es *bicoca*
si no la acompaña un título
de una nobleza heredada.
El hombre que es mal nacido
tan sólo con su contacto

nos ocasiona perjuicio;
por lo tanto yo me opongo
á que Inés con ese chico
prosiga sus relaciones.

Dª CLARA. Se me espera un laberinto
si, adoptando tu consejo,
lo que me dices le digo
á mi pobre Inés.

D. EUSEBIO. Pues Clara
no hay más remedio, es preciso,
y no sólo á Inés, tambien
al jóven debes decirlo.

Dª CLARA. ¿Y cómo quieres que salga
Eusebio del compromiso
que con él contraje cuando
á su pretênsion dí oido
y lo consentí creyendo
que de mi Inés era digno?

D. EUSEBIO. Muy fácilmente: le pides
su partida de bautismo,
para ver si puede unir
su apellido á tu apellido,
y de ese modo lo ahuyentas,
pues su linaje no es limpio.

Dª CLARA. Y si ofrece presentarla
y pasa el tiempo, ¿qué digo?

D. EUSEBIO. Mientras no te la presente
no debes aquí admitirlo.

Dª CLARA. Eso va á causarme, Eusebio,
desagrados muy continuos.

D. EUSEBIO. Pues tendrás que soportarlos
por no haber otro camino.

Dª CLARA. Entónces me voy á ver
haciendo un papel ridículo.

D. EUSEBIO. Te equivocas, que eres madre,
y es en el mundo bien visto
que las madres con empeño
se interesen por sus hijos,

aunque por ellos soporten
los más grandes sacrificios.

D.ª CLARA. Pero mi Inés con razon
me acusará del descuido
que tuve cuando á su tiempo
no me opuse, y á un capricho
tal vez lo atribuya todo.

D. EUSEBIO. Y le sobrarán motivos
para así pensar que fuíste
débil, Clara, en admitirlo
sin haberte impuesto ántes
si de tú Inés era digno;
y hermana, todo el que peca
debe mostrarse contrito
y subsanar lo mal hecho
á costa de sacrificios;
más remedio no te cabe,
tienes pues que despedirlo
para no manchar el nombre
que en la pila recibimos.

D.ª CLARA. Bueno, haré lo que me dices
y veré lo que consigo:
me temo que esta medida
á un mal lance dé principio.

D. EUSEBIO. Eso se evita con tiempo.

D.ª CLARA. Pues dime cómo lo evito.

D. EUSEBIO. Imponiendo tu carácter,
como debes, á los chicos
ántes que ellos tomen alas.

D.ª CLARA. Todo lo encuentras sencillo.

D. EUSEBIO. Y es esto acaso imposible?
algun disparate digo?
Pues si el que es dueño en su casa
no puede mostrarse activo
y reglas establecer
para su mejor servicio,
ó para vivir en ella
como manda Dios, tranquilo:

diremos que no hay razon,
ni justicia, ni buen tino
con nada de lo que hacemos
por lograr un beneficio
en los casos que dependen,
Clara, de nosotros mismos.

Dª CLARA. Dices bien; pero con esto
no se evitará el conflicto
que me temo.

D. EUSEBIO. Si te empeñas,
verás lo que yo no he visto,
y serán todas las cosas
contrarias á las que pinto.

Dª CLARA. No te expreses de tal modo:
no es empeño, es lo que miro
venir, Eusebio, sin duda
anunciándome un peligro
que evitar tal vez no pueda
despues que en fuego encendido
que se fué desarrollando
por un amor progresivo,
para apagarlo violenta
arroje el agua sin tino.

D. EUSEBIO. Y qué esperas que resulte
en esto?

Dª CLARA. Lo que te he dicho:
dos jóvenes corazones
que por amor se han unido,
no es fácil que los separen
ni los mas graves motivos,
porque se encuentran ligados
con irresistibles vínculos
que concluyen por formar
dos cuerpos con un espíritu.
¿Y quieres tú que yo apague
ese fuego enrojecido
con una sola palabra,
con un solo yo lo digo,

y á ellos luego los coloque
al borde de un precipicio?

D. Eusebio. ¿A dónde van á parar,
hermana, tus raciocinios,
queriendo formar un drama
de un asunto tan sencillo?

Dª Clara. Sencillo? Ya ves, Eusebio,
lo mismo que ya te he dicho;
lo que encuentro yo muy grave
vale para ti un comino.

Dª Eusebio. Yo, hermana, todas las cosas
en su valor las estimo,
no aumento ni disminuyo,
pero soy muy positivo;
y así en lo que nada vale
ó poco ó nada me fijo;
pero tú, por el contrario,
de otro modo muy distinto,
lo miras todo: por eso
hasta pierdes los estribos
donde el derecho te asiste
con un carácter justísimo
y puedes dictar tus leyes
con título muy legítimo.

Dª Clara. Tus razones no las niego,
al contrario las admito,
y tú combates las mias,
Eusebio, con tanto ahinco;
ó porque no las comprendes,
ó porque mal las explico.
Soy la dueña de mi casa,
y puedo con tal motivo
disponer que en ella cese
lo que tenga por mal visto,
y se hará lo que yo mande,
seguramente lo afirmo;
mas yo no dispongo nada
sin estudio detenido,

que en todo la consecuencia
es lo primero que miro.

D. EUSEBIO. ¿Qué consecuencias benditas
puede haber en esto? dilo.

Dª CLARA. Venir, Eusebio, las veo
muy funestas, lo repito.

D. EUSEBIO. Estás mirando visiones
y hasta hablando desatinos:
si haces tú lo que aconsejo
yo acepto los compromisos
que sobrevengan.

Dª CLARA. Y es justo,
en ti todo lo declino:
(Mirando hácia dentro.) mira, Inés ya se aproxima,
háblale tú como tio.

D. EUSEBIO. Le hablaré, que así lo exije
el lustre de mi apellido.

ESCENA II.

DOÑA CLARA, D. EUSEBIO, INÉS.

INÉS. (Dirigiéndose á Doña Clara con cariño.)
¡Qué bella estás, madre mia!

Dª CLARA. (Correspondiéndole.) Como siempre lisonjera.
(Variando de tono y señalando á D. Eusebio.)
Una noticia te espera
que destruirá tu alegría.

INÉS. (Sobresaltada.) ¿Qué sucede?...

D. EUSEBIO. (A Doña Clara.) No la aflijas:
(A Inés.) Yo te voy áproponer
entre el amor y el deber
dos cosas para que elijas.

INÉS. (Atribulada.) Vd. me sorprende, tio.

D. EUSEBIO. (Queriéndola tranquilizar.)
Escúchame, Inés, con calma,
y no permitas que al alma

la domine el desvarío.

INÉS. (*Agitada.*) Eso no me tranquiliza,
siento más desasosiego.

D. EUSEBIO. (*Con intencion.*) Inés, el más vivo fuego
es convertido en ceniza.
Asi yo con la experiencia
que adquirí como más viejo
voy á darte mi consejo
de acuerdo con la experiencia.
Que todos necesitamos
de un consejero en el mundo
para huir del mal profundo
que en nuestro camino hallamos.
Porque siempre una pasion
en nuestros pechos gravita
que ciegos nos precipita
al latir el corazon.
Y si faltos de experiencia
nos dejamos seducir,
empezamos á sentir
del alma la decadencia.
Asi escúchame con calma;
voy á hablar á la razon
y no, Inés, al corazon
que hace decaer el alma.
Y aquí te recuerdo yo
que cuando el amor nos daña,
el corazon nos engaña,
pero la conciencia no.

INÉS. (*Con empeño.*) Es que yo no lo comprendo:
por Dios, de explicarse acabe.

Dª CLARA. (*Conmovida y aparte.*) Lo que la espera no sabe,
y cual ella estoy sufriendo.

D. EUSEBIO. (*Con malicia.*) Esto es solc un episodio. (*Pausa.*)
Donde hay amor con engaño
al sentir por este el daño
aquel se convierte en odio.

INÉS. (*Con frenesí.*) Angustiada usted me tiene.

y no sé ni lo que oí.
D. EUSEBIO. (Ya decidido.) ¿Amas á Leopoldo?
INÉS. (Precipitada y con fuerza.) Sí.
D. EUSEBIO. (Con desagrado y friamente.)
Ese amor no te conviene

[Inés se vuelve á Doña Clara, como queriéndole pedir con su mirada una explicacion de lo que ha pasado, y al verla inmóvil, se dirige á D. Eusebio, y le dice con altivez.]

INÉS. ¿Quiere usted que lo bendiga?
¿Me tiene usted afeccion?

[Movimientos afirmativos de cabeza por D. Eusebio.]

Arránqueme el corazon,
mas tal cosa no me diga.
D. EUSEBIO. (Con destemplanza.) Extraño que así se exprese
la que es humilde.
INÉS. (Con firmeza.) No miento:
yo le digo lo que siento.
D. EUSEBIO. (En tono amenazante.) Dios quiera que no te pese.
INÉS. (Siempre con firmeza.) En mí, señor, no se oculta
la verdad, siempre la digo,
que en pos de sus pasos sigo
y me abstengo á la resulta.
D. EUSEBIO. (Con sorpresa.) Inés!......
Dª CLARA. (Con dulzura.) Oh! cálmate, hija.
D. EUSEBIO. (Molesto.) Te darás tú misma muerte.
Dª CLARA. (A D. Eusebio.) No le hables así tan fuerte.
D. EUSEBIO. (A Doña Clara.) ¿No quieres que la corrija?
(Volviéndose á Inés con decision.) Aunque me encuentres muy duro
debo de advertirte, Inés,
que ese jóven que amas es
en su nacimiento oscuro:
y estoy así decidido
á luchar con el demonio
por romper un matrimonio
que ha de manchar mi apellido.
Y no he de escuchar tu queja;
conviértete en mi enemiga
que, Inés, el amor te liga
de donde el deber te aleja.

Seré fuerte en proceder
y duro en no consentir;
mas tú puedes elegir
entre el amor y el deber.

INÉS. (Con tibieza.) No es dudosa la eleccion.

D. EUSEBIO. (Con prontitud.) Me dejarás satisfecho?

INÉS. (Con destemplanza.) Primero forme en mi pecho
otro nuevo corazon.
(Con altivez.) Es en vano que usted quiera
lo que hacer jamas podré,
porque á Leopoldo amaré
siempre, siempre, (Con fuerza.)
(Decae moderando el tono.) hasta que muera.

D. EUSEBIO. (Molesto.) Y yo á ese amor me opondré;
vivirémos en la tierra
en una constante guerra,
porque nunca cederé.
(Varia de tono.) Y no pude sospecharlo!...
(Imponiéndose á Inés molesto.) Tu desobediencia es mucha.

INÉS. (Despues de meditar por cortos instantes. dice resuelta:)
Tendré que aceptar la lucha,
pues no dejaré de amarlo.
[Vuelve á quedar suspensa, y continúa despues llevandose la mano al pecho.]
Oh! si aquí lo reconcentro,
dándole vida á mi alma.

D. EUSEBIO. (Volviéndose á Doña Clara con desagrado y violento.)
Háblale tú con más calma,
y despues..... te espero dentro.

ESCENA III.

DOÑA CLARA, INÉS.

Dª CLARA. (Con suavidad.) Vamos, hija, ten paciencia,
míralo todo con calma.

INÉS. (Desconcertada.) Si me han herido en el alma
y me falta resistencia.

(*Tomando calor.*) Dejar á Leopoldo yo
cuándo es sosten de mi vida?
Darle eterna despedida?
Oh! nunca, mi madre, no.

Dª CLARA. (*Con dulzura.*) Pero si no te conviene.

INÉS. (*Fijándose en Doña Clara con mirada escudriñadora.*)
Ah! qué usted tambien se opone?
suplico que me perdone
si es que en ello empeño tiene.
(*Con destemplanza humilde.*) No la puedo obedecer,
y mucho en verdad lo siento.

Dª CLARA. (*Sin dureza.*) Sobre todo sentimiento
impera siempre el deber.
Ya tú ves que nuestro nombre,
inmaculado en el mundo,
por capricho en un segundo
lo viene á manchar un hombre.
Eusebio tiene razon,
(*Con cariño.*) atiéndelo, te lo ruego.

INÉS. ¿Y cómo se apaga el fuego
(*Tocándose el pecho.*) que arde aquí en mi corazon?
Usted, madre, no concibe
que no hay causa suficiente
para borrar de repente
lo que en el alma se escribe?

Dª CLARA. Cómo! ¿y dices que no hay causa?
Existe muy esencial:
nacimiento desigual,
estúdialo, Inés, con pausa.

INÉS. Lo estudié de varios modos,
y sólo advertí en mi afan,
que no hubo más que un Adam
del que descendemos todos.

Dª CLARA. Despues en la sociedad
se ha establecido una escala.

INÉS. Dios á todos nos iguala,
lo demás es vanidad.

Dª CLARA. En el mundo existen leyes

para toda inteligencia
que establecen diferencia
entre vasallos y reyes;
y por eso no es lo mismo
el ilustre nacimiento
que el plebeyo.

INÉS. Fundamento
no es eso, sino egoismo.

Dª CLARA. Admito que sea verdad
lo que acabas de decir,
pero es preciso vivir,
Inés, con la sociedad.

INÉS. ¿Y por qué con su experiencia
dice tio á mi razon
lo que está en oposicion
con la mas recta conciencia?
Vivir con la sociedad!......
donde impera la injusticia
y progresa la malicia
contra toda caridad.
Sociedad que sólo crea
falsedades para el hombre,
donde buscándose un nombre
hasta se mata la idea.
Donde hoy sólo rinden culto
á lo efímero en la vida:
esto, mi madre querida,
es en verdad un insulto.

Dª CLARA. Oh! el amor te ha hecho un daño,
hasta tu mente se ofusca.

INÉS. No, madre, mi mente busca
una verdad sin engaño;
pero la busca cual otros
en este mundo inexperta,
cuando la verdad que es cierta
está fuera de nosotros.
Que en el mundo se conspira,
se conspira sin cesar

para venir á encontrar
una verdad que es mentira.
La sociedad indiscreta
nos invita á sus orgías
y todas sus alegrías
las presenta con careta.
Pero nosotros que vamos
en pos de la vanidad,
creyendo en la sociedad,
con ella nos engañamos.
Así es que el hombre delira
buscando en ella verdad:
vivir con la sociedad
es vivir con la mentira.

DA. CLARA Pues en ella tributaria
halla el alma lo que aspira,
si es la sociedad mentira,
es mentira necesaria.
Y aunque en mis pobres conceptos
razones justas no ves,
vivimos en ella, Inés,
sujetas á sus preceptos.
Si los desprecias así,
por donde quiera se oirá
que al verte digan: *ahí va*....
y que se burlen de ti.
Marchemos pues procediendo
como el mundo nos exija;
porque al fin y al cabo, hija,
estamos en él viviendo.

INÉS. La escucho, madre, con calma,
pero con dolor profundo,
decir que obedezca al mundo
cuando el mundo mata al alma.
Yo sus burlas las desprecio,
no gravarán mi conciencia,
que á la sana inteligencia
son burlas del mundo necio.

Verdaderos beneficios
mis actos buscando irán,
sin temer al que dirán
si estoy lejos de los vicios;
y no llegaré á enojarme
aunque el mundo me maldiga,
que huyéndole á un no se diga
no debo sacrificarme;
porque el alma, madre, advierte,
que despues que me provoca
el mundo cruel, me coloca
entre la vida y la muerte.
Sustentando mi alegría
fué engendrando una pasion,
despues hiere mi ilusion
y á luchar me desafía.
Desarrolla en mi inocencia
ardiente pasion primero,
despues me presenta un pero......
por desigual ascendencia.
Y todos nos engañamos
sin encontrar quien nos guie,
y en tanto el mundo se rie
mientras nosotras lloramos.
Oh! mire usted si me fundo,
lo tengo muy estudiado:
será siempre desgraciado
quien haga caso del mundo.

Dª CLARA. Por lo visto es vano todo
cuanto he dicho?

INÉS. (Moviendo la cabeza con violencia.) No lo sé.

[La actriz interpretará con su talento este "No lo sé," que sin decir nada quiere decir mucho.]

Dª CLARA. Pues á mi hermano veré
si de variarlo hallo modo.

INÉS. Sí, dígale que mi suerte
ya está, madre, decidida;
que si en Leopoldo hallo vida,

sin él hallaré la muerte.
Que en mi pecho un fuego arde
que me abrasa el corazon
sosteniendo mi ilusion
y para apagarlo es tarde.
Y usted, mi madre, no dude
que le digo la verdad.

Dª CLARA. (Aparte y en tono desesperante.)
¡Ah maldita sociedad!......
(Alto y extendiendo sus brazos hácia Inés.)
Hija mia, Dios te ayude.

ESCENA IV.

INÉS.

INÉS. (Mirando alejarse á Doña Clara.)
¡Que Dios me ayude!......
(Hablando consigo misma.) Confieso
que tiene razon y mucha,
pues para tan grande lucha
necesito todo eso.
(Varía de tono.) Sociedad que en tu progreso
va aumentando el egoismo,
y le pides con cinismo,
siendo tú la misma nada,
para darlo al hombre entrada
la partida de bautismo.
El hombre necio delira
cuando vive con tu engaño
y le causa grave daño
el colmo de tu mentira;
todo aquel que en ti se inspira
incauto cae en tus redes;
que, ofreciéndole mercedes,
con perversa falsedad
le pregonas la igualdad,

pero no se la concedes.
Tu libro es un libro abierto,
con provechosas lecciones,
tus hechos son ilusiones
en un terreno desierto:
cuando á tu ruido despierto
por gozar de la alegría
que me ofreces con falsía
encuentro tras ella el llanto,
y advierto con desencanto
que dormito todavía.
Progresas en la maldad,
y áun se apercibe el murmullo
que reproduce el orgullo
de tu necia vanidad;
y si busco la verdad
con un esforzado empeño
me muestras airado ceño:
bien lo dijo Calderon:
el mundo es una ilusion
porque la vida es un sueño.

ESCENA V.

INÉS, LEOPOLDO.

LEOPOLDO. (Al entrar.) Inés!......
INÉS. (Con ímpetu.) Leopoldo!......
(Decayendo y sin poderse contener.)
Para qué has venido?
LEOPOLDO. (Sorprendido y observando á Inés con detencion dice con calor.)
Esa pregunta de tu amor extraño,
y al pobre corazon causó tal daño
que el eco de tu voz lo ha confundido.
INÉS. (Reponiéndose y aparte.)
Por mí no lo sabrá, pues que mis labios
no pueden repetir lo que me han dicho,

mas esto pasará como un capricho
que tuve sólo sin causarle agravios.
(Alto.) No hagas caso, Leopoldo, soy tan loca
que quise producir en tu alma celos;
olvida tal ofensa.

LEOPOLDO. (Apaciguándose y con dulzura.) Mis anhelos
ofensas nunca hallaron en tu boca.
(Pausa.) Vuelvo á mirarte como siempre bella
brindándole la paz, Inés, al alma,
cual ángel que en la tierra el duelo calma
esparciendo su luz como una estrella.

INÉS. (Aparte.) No sé porque al oirlo me estremezco
y late el corazon con mas violencia.

LEOPOLDO. Qué murmuras, Inés?

INÉS. (Violentándose.) Que en mi demencia
brindandote mi amor te compadezco.

LEOPOLDO. (Con extrañeza.)
Si como siempre, caro bien, me ofreces
el amor que á mi vida dió la vida;
¿cómo al brindarme la salud querida
amándome á la vez me compadeces?
Explícate por Dios, yo te lo ruego,
y no me dejes sostener la duda
que puedo concebir al verte muda
cuando me abrasa del amor el fuego.

INÉS. (En tono de reprension.) Duda me dices?

LEOPOLDO. (Como arrepentido.) Que forjó mi mente
al oirte expresar de tal manera.

INÉS. Pues cálmate que yo jamás quisiera
la sombra del dolor ver en tu frente.

LEOPOLDO. Ah! si supieras lo que ya he sufrido
luchando, bella Inés, por no perderte!......

INÈS. (Sorprendida y con interés.)
Qué me dices, Leopoldo?

LEOPOLDO. Que la muerte
en sus garras me tuvo confundido.

INES. (Agitada.) Qué ha pasado? Por Dios, dimelo pronto
y aplaca de ese modo mi agonía.

LEOPOLDO. Tan sólo ha sido un sueño, vida mia,
y al quererlo contar he sido un tonto.

INES. (Con interés.)
No obstante, me dirás lo que has sufrido
al influjo, Leopoldo, de ese sueño.

LEOPOLDO. Humilde cederé por ser tu empeño
pues siempre á tu mandato me he rendido.
[Se detiene por cortos instantes y despues prosigue.]
En una noche de apacible calma
hablábamos los dos, Inés querida,
y el gozo le brindabas á mi vida
con la pura inocencia de tu alma.
Que en pos de los encantos terrenales
ansioso de placer llegué á tu lado
buscando tu favor enamorado,
y pude realizar mis ideales.
Me amaste como yo lo pretendia,
colmándome tu luz de bienandanza,
y en el cielo feliz de mi esperanza
brillaste como el sol del medio dia.
Así te contemplaba de tal modo
brindando á mis pesares el consuelo,
que en la tierra contigo hallé mi cielo,
mis glorias más queridas y mi todo.
Y cuando ya gozaba de tu encanto
á turbar esta dicha vino un hombre,
queriéndome alejar porque mi nombre
no era digno de tu amor.

INÉS. (Interrumpiéndole con precipitacion.) Dios santo!.....

LEOPOLDO. (Con dulzura.)
Pero no te intranquilices, era un sueño,

INÉS. (Con destemplanza.)
Un sueño, sí, lo advierto, mas prosigue,
el cielo mis temores no castigue
y aleje de mis dudas el empeño.

LEOPOLDO. No sé lo que me dices; pero el alma
tan sólo quiere, Inés, obedecerte.
(Varía de tono y continúa su historia.)

El hombre descargó su brazo fuerte
sobre mi pecho con terrible calma......
causó á mi corazon profunda herida
y bañado en la sangre que brotaba,
exánime mi amor te contemplaba
y de este modo sostenia la vida......
Volví los ojos y encontré á mi madre
pidiéndole perdon al Dios divino.........
(Misterioso.) Y tú sabes quién era mi asesino?

INÉS. (Con agitacion violenta.) Quién era? dí, Leopoldo.

LEOPOLDO. (Con horror.) Era mi padre!......

(Inés atemorizada cubre su rostro con las manos, y Leopoldo, que la contempla, trata de tranquilizarla, diciéndole:)

Pero no te atribules, que fué un sueño.

INÉS. (Queriéndose reponer con esfuerzos violentos.)
Un sueño, sí, Leopoldo.... tú lo has dicho,
y á veces á los sueños por capricho
le muestro con disgusto airado ceño.
Que nunca el alma se hallará despierta,
y en los combates de azarosa vida
se encuentra que venciendo va dormida
porqué siempre soñando es cuando acierta.
Y cuando más despiertos nos sentimos
en un sueño, Leopoldo, siempre estamos,
y nunca de los sueños despertamos
pues cuanto más despiertos más dormimos.
Así por escucharte mostré empeño,
y me ha causado sinsabor tu asunto,
que es el sueño mentira en su conjunto,
pero le temo á la verdad del sueño.

LEOPOLDO. Oh! no temas, Inés, lo que ha pasado
disipóse en el aire como el humo.

INÉS. Quisiera consolarme, mas presumo
que un lance nos espera desgraciado.

LEOPOLDO. (Agitado.) Lo presumes, Inés, y así lo dices?
Aclárame el misterio que en ti encuentro.

INÉS. (Con desagrado.) Un pesar en el alma reconcentro,
porque ya no podremos ser felices.

LEOPOLDO. (Desesperado.)
Oh Dios! qué es esto? Pero, Inés, acaba
que un volcan se desata aquí en mi pecho,
y se despierta mi furor.

INÉS. (Sobresaltada y aparte.) ¿Qué he hecho?
(Alto y fingiendo tranquilidad.)
Ah! cálmate, no sé ni lo que hablaba.

LEOPOLDO. (Con fuerza.)
Me abraso el corazon y pides calma?
No puedo obedecerte, vida mia,
que muero de pesar, y en la agonía
se desespera con furor el alma.
Oh! dime que ha pasado, Inés querida,
que el alma ya la duda no soporta,
y en el mundo infeliz poco le importa
lo mas desagradable si no hay vida.

INÉS. (Con desasosiego y llorosa.)
Leopoldo, no hagas caso á mi locura,
que á veces yo no sé ni lo que digo.

LEOPOLDO. (Con desesperacion violenta.)
Me confundes, Inés, y me maldigo
por no hallar á mis piés la sepultura.

INÉS. (Con desconsuelo.)
Ya no me hablas como ayer tan tierno.
Qué! ¿nada vale para tí mi llanto?

LEOPOLDO. (Reponiéndose y con dulzura.)
Oh! vale como siempre tanto...... tanto!...
(Desconcertándose.)
Pero yo, bella Inés,......... soy un infierno.

ESCENA VI.

INÉS, LEOPOLDO, DOÑA CLARA.

Dª CLARA. (Entrando.) Mi hermano te aguarda, Inés,
y espero que vayas sola;

(Aparte al reparar en Leopoldo.)
aquí lo encuentro, Dios mio,
dame tu amparo.

LEOPOLDO. (A Doña Clara inclinándose con cortesía.) Señora......

INÉS. (A Doña Clara con interés.) En qué han quedado?

Dª CLARA. (Desatendiéndose de Inés y volviéndose á Leopoldo.) Leopoldo,
quiero hablarle.

LEOPOLDO. (Con delicadeza.) Tanta honra!......
Comience que estoy dispuesto
á hacer lo que usted disponga.

INÉS. (Intranquila y aparte á Doña Clara.)
Pero diga, madre mia,
no ha accedido?

Dª CLARA. (Aparte.) Inés me acosa
con sus continuas preguntas.
(Alto á Inés.) Lo sabrás cuando lo oigas.

INÉS. Eso no me tranquiliza.

LEOPOLDO. ¿Seré inoportuno ahora?

Dª CLARA. Al contrario, ya le he dicho
que quiero hablarle yo sola.

LEOPOLDO. (Aparte.) Hija y madre me confunden,
están las dos misteriosas.

INÉS. Madre mia, sus palabras
en extremo me acongojan.

Dª CLARA. Pero si nada te he dicho
directamente.

INÉS. No importa;
con lo expresado me basta
para comprender que obra
de acuerdo con tio.

Dª CLARA. (Aparte.) Quisiera
á veces ser una sombra:
(Alto á Inés.) pues bien, hija, ve y atiende
á las razones que exponga.

LEOPOLDO. (A Inés con decision.) Anda, Inés, te lo suplico,
que se despeje la incógnita,
porque ya tantos misterios
me causan grandes zozobras,

y los crueles sinsabores
en mi pecho se rebosan.
(A Doña Clara.) Y á usted, señora, le ruego
no prolongue la demora
que va teniendo este asunto.

Dª CLARA. (Aparte.) No sirvo para estas cosas.

INES. (Violentándose.) Yo tuya seré, Leopoldo,
opóngase quien se oponga.

LEOPOLDO. (Desesperado.) Pero qué ocurre, por Cristo?
(A Doña Clara.) Dígamelo usted, señora.

Dª CLARA. (Angustiada.) Sí, cuando Inés se retire.
(Aparte.) Dios en esto nos socorra.

INÉS. (A Leopoldo.) No temas, que yo te juro
por el Dios á quien adoras
amarte toda la vida,
pues tuya es mi vida toda.

LEOPOLDO. (Violento.) Pero si nada comprendo,
y la sangre se me agolpa
aquí en mi cerebro ardiente
y por los ojos me brota.

INÉS. (Con resolucion.) Pues bien escucha: el simoun
que con furia siempre sopla,
y que en los mares levanta
las embravecidas olas,
y árboles corpulentos
á la tierra los arroja,
y desata el huracan
y las montañas azota,
y que barriendo las calles
mil nubes de arena forma,
que destruye las simientes
y que las flores deshoja,
y que edificios derrumba
y que todo lo destroza;
entre nosotros, Leopoldo,
se deja sentir ahora.

Dª CLARA. (Intranquila á Inés.) Inés, Eusebio te espera,
no me causes mas congojas.

LEOPOLDO. (Violento.) Anda, Inés.
INÉS. (Alejándose.) Yo te repito
quo tuya es mi vida toda.

ESCENA VII.

DOÑA CLARA, LEOPOLDO.

Doña Clara se ve como indecisa, sin atreverse á romper el silencio en que queda la escena, y mirando á Leopoldo temerosa; éste la observa esperando que le hable, pero al ver que no se decide se intranquiliza y dice con fuerza:

LEOPOLDO. Señora!......
Dª CLARA. (Sobresaltada.) Leopoldo!......
LEOPOLDO. (Como indolente y con resolucion.) Ya
puede usted como quería
producirme la agonía
que amenazándome está.
Descargue en mí su furor
el príncipe del Averno
qne en mi alma hallará un infierno
y en mis potencias valor.
Dª CLARA. (Sobrecogida.) No me hable usted de tal modo
que yo la culpa no tengo.
LEOPOLDO. (Desconcertado.) Señora, á todo me avengo
porque estoy dispuesto á todo.
Deseche su compasion,
que al saber lo que ha pasado
no seré mas desgraciado
pues me sobra corazon.
Dª CLARA. (Titubeando.) Yo su desgracia lamento.
LEOPOLDO. (Con fortaleza.) Yo no, que la desafío
y al frente de ella me rio
aunque me cause tormento.
Dª CLARA. (Angustiada.) Tenga usted, Leopoldo, calma
que no puedo hablarle así,
pues oyéndolo perdí
la tranquilidad del alma.

LEOPOLDO. Y usted, señora, no advierte
que estoy en este momento
confuso, calenturiento,
como el sentenciado á muerte?
Que aunque ciertamente ignoro
lo que usted decirme quiere
siento que en el alma muere
lo que forma su tesoro.
Y yo no sé......un pensamiento
en mi cerebro batalla
que sucediéndose estalla
causándome detrimento:
esto impulsa mi impaciencia
y en mí la calma no cabe;
(Variando de tono y con violencia.)
acabe por Dios, acabe
de pronunciar mi sentencia.

Dª CLARA. (Con algun temor.) No quisiera disgustarle,
pero......mi hermano me obliga
á que á usted, Leopoldo, diga
que ya Inés no debe amarle.

LEOPOLDO. (Observa con detencion á Doña Clara, ésta resiste á su mirada y fija la suya en el suelo y entónces le dice con desencanto:).
Me lanza usted á un abismo.
(Varía de actitud y agrega con dignidad:)
Y......quién es el que se opone?

Dª CLARA. (Con reticencia.) Se lo he de decir...perdone...
su partida de bautismo.

LEOPOLDO. (Retrocede como confuso pero prontamente se repone y dice con energía.) Pues marcha por mal sendero
quien así me pide un nombre,
porque vale más el hombre
que el título y el dinero.
No me quiero disculpar
porque ambas cosas poseo:
el título en mí lo veo
y sé el dinero ganar.
Las leyes con rectitud,

señora, me favorecen,
que siempre al hombre enaltecen
el trabajo y la virtud.
Y ví en mas de una ocasion
en medio de mi camino
con título á un asesino
y con dinero á un ladron.
Al oirme no se asombre:
no caiga usted en ridículo
buscando sin hombre un título
cuando sin título hay hombre.

Dª CLARA. (Disculpándose.) Yo no me opongo en verdad,
pero......mi hermano se opone.

LEOPOLDO. Oh! señora, usted perdone:
¿dónde está su dignidad?

Dª CLARA. Mi hija Inés no tiene padre,
y al fin Eusebio es su tio.

LEOPOLDO. Cede usted su poderío
cuando Dios la ha hecho madre?

Dª CLARA. (Confusa.) De mí repuesta no exija,
¿y qué quiere usted que haga?

LEOPOLDO. (Violentándose con sarcasmo.)
Que á su hermano satisfaga
y que asesine á su hija.

Dª CLARA. (Atribulada.) Oh! no, Leopoldo, usted es
quien sin piedad me asesina.

LEOPOLDO. (Viendo llegar á Inés.) Si usted de ese modo opina
oigamos que dice Inés.

ESCENA VIII.

DOÑA CLARA, LEOPOLDO, INÉS.

INES. Esto parece increible;
que se le antoje á mi tio
con pertinaz desvarío

que yo venza un imposible.

DA. CLARA (Precipitándose á Inés.)
Inés, por Dios, sé prudente.

INÉS. Cuando apuran mi paciencia,
¿podré yo tener prudencia
con quien es inconsecuente?

LEOPOLDO. (A Doña Clara.) Permítala usted que hable.

INÉS Me ha causado grande enojo;
porque no cedí á su antojo
me ha llamado miserable.

DA. CLARA. Míralo todo con calma.

INÉS. Me he querido dominar;
pero no puedo borrar
las impresiones del alma.
Que si en la mente se copia
lo que altera su sosiego
se produce en ella un fuego
que el corazon se lo apropia.
Si la voz de la razon
el alma entonces escucha:
establecen una lucha
la mente y el corazon;
y sin poder remediarlo
sus ansias se multiplican
y el fuego se comunican,
y nadie puede apagarlo.
Y exijen así que yo
á eso oponga resistencia
cuando mi propia experiencia
constante me grita: no.

LEOPOLDO. (Con intencion á Doña Clara.) La oye usted, señora?

DA. CLARA. (Con inquietud excesiva.) Basta.

INÉS. (Sin fijarse.) Mi tio mostróse ciego
(Señalándose el pecho.)
porque dije que aquí el fuego
ni se apaga ni se gasta:
me insultó como á una loca,
y entónces me retiré

por no oirle, y le dejé
con la palabra en la boca.

ESCENA IX.

Dª. CLARA, INÉS, LEOPOLDO, D. EUSEBIO.

D. EUSEBIO. (Entrando.) Pero ya ves que te sigo.
Dª CLARA. (Asustada y aparte.) Cómo calmarlos pudiera?
INÉS. (A D. Eusebio, con dignidad.)
Dígame usted lo que quiera,
pero yo á nada me obligo.
D. EUSEBIO. (Molesto.) Pues ya verás lo que pasa,
haré sentir mi furor;
(A Leopoldo con destemplanza.)
y á usted le digo ,señor,
que se aleje de esta casa,
LEOPOLDO (Con frialdad.) Tiene usted en ello empeño?
pues no le obedeceré.
D. EUSEBIO. (Con fuerza.) Cómo nó! Diga por qué?
LEOPOLDO. (Con sarcasmo.) Porque no es usted el dueño.
D. EUSEBIO. (Colérico.) Ira de Dios! y mi hermana
qué dice en esto?
Dª CLARA. (Sobrecogida,) Dios mio!......
INÉS. (A D. Eusebio, suplicante.) Decline su empeño, tio.
D. EUSEBIO. (Muy molesto.) Tu súplica, Inés, es vana.
(A Leopoldo con altivez.) Márchese V. sin demora:
yo llevo la voz aqui.
LEOPOLDO. (A D. Eusebio.) Usted me lo dice así,
(A Doña Clara.)y usted que dice, señora?
INÉS. (En tono de súplica á Doña Clara.) Madre mia......
Dª CLARA. (Como confusa.) Yo no sé.
LEOPOLDO. (Con insistencia.) De ese modo nada dice.
D. EUSEBIO. (Con irónica terquedad.)De ese modo lo maldice.
LEOPOLDO. (Violentándose.) Pues bien, señora, me iré;
(Con retencion.) mas ruego que no se olvide
de mis palabras.

Dª CLARA. (Sobrecogida.) Dios justo!......

INÉS. (Intranquila á Leopoldo.)
No aumentes más mi disgusto.
Inés, así te lo pide.

D. EUSEBIO. (Colérico, á Leopoldo.) Aquí no tendrá acogida
si vuelve á poner sus piés.

LEOPOLDO. (A D. Eusebio, amenazándolo.)
Si tú me quitas á Inés,
yo te he de quitar la vida.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada con suma sencillez como una habitacion perteneciente á hombres solos; puertas laterales: las de la izquierda darán á la calle y las de la derecha al interior de la casa.

ESCENA I.

LEOPOLDO, JUAN.

Leopoldo sentado y como entregado á una meditacion profunda, de la que saldrá al oir la voz de Juan, que sale por la derecha y despues de contemplarlo, dice:

JUAN. Válgame el Eterno padre!
siempre lo mismo, Leopoldo.
LEOPOLDO. ¿Qué quiere usted si la vida
ya pesa sobre mis hombros?
JUAN Pero qué tienes que siempre
te he de encontrar de ese modo?
Cabizbajo, pensativo:
qué! vas á volverme loco?
Y por más que te pregunto......
LEOPOLDO. (Interrumpiéndolo y poniéndose de pié.)
Siempre lo mismo respondo,
no es eso? Porque el esplin
me acompaña siempre en todo;
por eso vé usted que sufro,
que no duermo, que no cómo,
y que buscando el retiro
bien me encuentro si estoy solo;

mal he dicho, el hombre nunca
podrá encontrar acomodo,
pues hasta lo bueno cansa
porque es el mundo un escollo.

JUAN. Pero es que no satisfaces
mi curiosidad tampoco.

LEOPOLDO. Y qué alcanzaré con eso?

JUAN. (Picado.) Nada valgo ya á tus ojos?......
En tu cariño he creido,
y creyendo he sido un tonto:
desengaño manifiesto
que como leccion acojo
y que de mucho me sirve
pues rara vez me equivoco.

LEOPOLDO. Ligero en su juicio ha estado,
que yo, Juan, no desconozco
los favores que le debo
y con los cuales me honro.
Usted cuidó de mi infancia,
y á su lado desarrollo
halló mi vida completa,
así á usted le debo todo;
y de tantos beneficios
no he de olvidarme tan pronto
por lo cual he de quererlo,
que otro padre no conozco.

JUAN. Á pesar de lo que dices
siempre te sirvo de estorbo.

LEOPOLDO. No, es que anhelo estar aislado
y hasta de mí me incomodo
porque se turba mi idea
con el mas ligero soplo.

JUAN. Pero qué idea te preocupa?
No más á mi ruego sordo
te manifiestes por Cristo,
que es mi estado lastimoso,
y sosteniendo esta vida
los dos nos volvemos locos.

LEOPOLDO. Voy á acceder á su ruego:
anhelo siempre estar solo
porque estudio un gran problema,
y es que en vano me propongo
hacerle entender al mundo
que el hombre está sobre todo.
JUAN. Pues eso nadie lo niega.
LEOPOLDO. Y yo lo contrario noto;
que en los actos de la vida
valen más que el hombre el oro,
los títulos, el linaje
y el orgullo, que no es poco.
JUAN. (Con extrañeza.) Y quién te induce á pensar
esas cosas?
LEOPOLDO. El demonio.
JUAN. (Observándolo.) A tí acaso te desprecian?
LEOPLODO. (Con indiferencia.) Yo no sé, mas lo supongo.
JUAN. Y en qué te fundas?
LEOPOLDO. Me fundo......
tal vez en mi juicio propio.
JUAN. Pues mira á tus fundamentos
no le puedes dar apoyo
porque tus hechos te ensalzan
y...... vales mucho, Leopoldo.
LEOPOLDO. No, yo valgo para el mundo
lo mismo que valen otros
que vagan por esas calles
acaso ocultando el rostro
por ignorar su ascendencia
cual yo mi apellido ignoro.
JUAN. Lo ignoras porque quisiste.
LEOPOLDO. Con mi suerte me conformo.
JUAN. Tu suerte no, tu capricho,
ó si se quiere tu antojo;
pues tuve ocasion propicia
de sacarlo en limpio todo,
y acuérdate, te opusiste.
LEOPOLDO. Como ahora tambien me opongo.

JUAN. Ahora acaso me sería
un poco dificultoso
averiguar ese asunto.

LEOPOLDO. Es que no quiero tampoco.

JUAN. Quien sabe si pasarías
á ser hombre poderoso.

LEOPOLDO. Yo no pretendo grandezas,
me basta ser hombre solo.

JUAN. Conocerías al menos
á tu padre.

LEOPOLDO. Lo perdono,
y no quiero conocerle
por no mirarlo con odio.

JUAN. (Con sorpresa.) Qué dices?

LEOPOLDO. ¿Qué más inspira
quien accediendo á un antojo
asi lanza al mundo un hijo
y lo deja en abandono?

JUAN. Hay hechos que no se explican
porque...... son muy misteriosos.

LEOPOLDO. Los padres que así proceden
se cubren de negro lodo,
y si buscan la disculpa
producen con ella enojo,
pues ninguna justifica.
al padre desamoroso.

JUAN. (Despues de haber quedado pensativo por algunos instantes.)
Yo no sé ni qué decirte
pues siempre del mismo modo
tu historia te he referido
segun la supe por otro.

LEOPOLDO. Algo tal vez me ha callado.

JUAN. Siempre te lo he dicho todo,
y la voy á repetir
para ver si me equivoco.
Tú no ignoras que tu madre
bajó á la tumba tan pronto
como á luz te dió, y el eco

de tus primeros sollozos
se confundió en sus oidos,
pues murió sin darte un ósculo,
y que una mujer corriendo
marchó á la casa de expósitos
conduciéndote en sus brazos
para ponerte en el torno
y mi esposa se antepuso
con lágrimas en sus ojos,
y reclamó tu asistencia
y cual quiso consiguiólo;
que luego fuiste creciendo
siempre al lado de nosotros,
progresando juntamente
tu adelanto y nuestro gozo;
que tú me llamabas Juan
porque era mi nombre propio
y porque llevar no quise
á la faz del mundo otro;
que despues murió mi esposa
quedando conmigo solo;
y cuando ya te encontrabas
en completo desarrollo
á mi puerta llegó un hombre
para reclamarte, ansioso
de conocer á su hijo,
y despues que ví su rostro
fijándome bien, le dije
que yo me encontraba solo
porque al campo habias marchado.
ignorando si el retorno
acaso breve sería,
y quedó en volver; mas pronto
corrí á darte la noticia,
y tú entónces con enojo
conmigo te retiraste
á un lugar no muy remoto,
donde tuvimos ocultos;

y hoy quién es el tal ignoro,
por lo cual el encontrarle
es algo dificultoso.

LEOPOLDO. Pero he dicho que no quiero
ni aun conocerlo tampoco.

JUAN. Y entónces ¿por qué me hablas
con tanto interés, Leopoldo,
de apellidos y ascendencias,
de títulos y tesoros,
creyéndote despreciado?...

LEOPOLDO. (Interrumpiéndole.) No lo creo, lo supongo,
y sin embargo sostengo
que el hombre está sobre todo.

JUAN. Pero es que nunca te he visto
pensar en tales negocios,
y ahora mucho te preocupas
y anhelas siempre estar solo.

LEOPOLDO. Porque así me encuentro bien
y le busco desarrollo
á mi problema.

JUAN. Dios quiera
que tú no te vuelvas loco.

LEOPOLDO. No, descuide, y le suplico
que me deje con mi antojo.

JUAN. Si nada puedo alcanzar
no te he de servir de estorbo.

(Sale por la puerta que da á la calle.)

ESCENA II.

LEOPOLDO.

Leopoldo dándose paseos por la sala y deteniéndose con frecuencia al recitar los versos que siguen, dandose tregua entre una y otra quintilla para meditar lo mismo que va diciendo.

LEOPOLDO. Hombre soy, y no reclamo
á la sociedad más nombre;
me conformo, aunque se asombre,

en llamarme cual me llamo
con tal de ser un buen hombre.
No pretendo distincion
que viene por el linaje,
y sí por la buena accion:
no quiero llevar buen traje
y desnudo el corazon.
Yo desprecio la grandeza
que con indolente calma
abate más la pobreza;
la verdadera nobleza
está en los actos del alma.
Quien noble se considera
sólo por llevar un nombre
se equivoca, pues cualquiera
es superior en esfera
si le supera cual hombre.
Pero ¡ay! que en la sociedad
hacen al hombre un ultraje
cuando miran su linaje
y con tonta vanidad
lo distinguen por el traje:
cuando buscan su apellido
y sus actos desatienden
y contra el mejor sentido
lo desprecian y le ofenden
por no ser un bien nacido.
Como si culpa tuviera
de no llevar un buen nombre,
y como si igual no fuera
en recta conciencia un hombre
ya en alta ó en baja esfera.
Mas...... si fuere desigual
prefiero vivir así
en un mundo desleal,
pues quiero valer por mí
y no por mi capital.

(Variando de tono.)

Tengo, Inés, en tí confianza;
mas si tu cariño pierdo
no inclinaré mi balanza
y convertiré en recuerdo
mi lisonjera esperanza.
Que no he de variar de idea,
y sostendré de tal modo
que, aunque el mundo vano sea
y así lo contrario vea,
el hombre está sobre todo.
(Reconcentrándose.) Me abisma la sociedad
porque en ella el mal encuentro
oculto en la falsedad.

(Se oye como murmullo de voces hácia fuera y vuelve la cara diciendo:)

Siento ruido, voime dentro,
donde habrá mas soledad. (Entra.)

ESCENA III.

DOÑA CLARA, INÉS, JUAN.

(Juan entra seguido de Doña Clara é Inés como sobrecogida, y Juan despues de recorrer con la vista toda la sala dirá:)

JUAN. Aquí le dejé hace poco,
pero nada, ya ha marchado;
oh! si sigue en ese estado,
seguro, se vuelve loco.
INÉS. (A Doña Clara.) Ya usted lo vé, madre mia,
mi mente no me engañó,
sufre tanto como yo:
lo mismo que le decía.
Dª CLARA. (Sobresaltada.) Pero advierte que he venido
tan sólo por darte gusto,
y que Inés, estoy con susto
por no haberme resistido.
JUAN. (Aparte.) Esto es nuevo para mí
y no comprendo ni jota;

pero...... ó soy un pobre idiota
ó averiguo que hay aquí.

INÉS. (A Doña Clara.) Oh! no tema, usted verá
como nada nos resulta.
(Volviéndose á Juan.)
Pero aunque dentro se oculta
creo que vérsele podrá.

Dª CLARA. (A Inés, siempre asustada.)
Abrevia, y marchemos pronto.

JUAN. (A Inés.) Veré, mas deseo saber......

Dª CLARA. (Interrumpiéndolo.)
Oh! no hay tiempo que perder.

JUAN. (Aparte.) Mal empiezo, soy un tonto.

INÉS. (A Juan.) Pues vamos pase á avisar.

JUAN. Sí, lo haré con mucho gusto;
pero usted no encuentra justo
que algo me ha de preguntar?
No quisiera disgustarlo
porque á todo se resiste,
y como lo veo tan triste
sólo anhelo consolarlo.

INÉS. [Con astucia sobreponiendo la curiosidad que en ella ha despertado Juan á la ansiedad que la ha venido dominando.]
Con que usted lo quiere mucho?

Dª CLARA. [Suponiendo que la pregunta de Inés puede dar lugar á que entre en explicaciones que las demore mas, dice á Inés angustiada.]
No te olvides de tu madre.

JUAN. (A Inés con estudio.)
Esa es pregunta que á un padre
le causa agravio.

INÉS. (Con sorpresa.) Qué escucho!......
¿Es usted su padre?

JUAN. No,
mas de padre es mi cariño,
que á mi lado vino niño
y otro padre no encontró.

Dª CLARA. (Siempre angustiada á Inés.)
Despachemos pronto, Inés.

INÉS. [A Juan con interés sin fijarse en las palabras de Doña Clara.]
De modo que usted sabrá
quién es su padre?
JUAN. Ojalá.
Dª CLARA. (Intranquila á Inés.) Deja eso para despues.
que ahora bien no nos reporta.
INÉS. (Tranquilizando á Doña Clara.)
No tenga cuidado, madre.
(A Juan con decision.) El saber quien es su padre
muy poco en verdad me importa;
mas el verle me interesa:
dígale usted que lo espero.
JUAN. (Con intencion.) Muy bien, señorita, pero
si pregunta: quién es esa
que me busca, qué le digo?
Dª CLARA. (Inquieta.) Inés, por Dios.
INÉS. (Calmándola.) Madre mia,
deseche usted su agonía.
Dª CLARA. (Insistiendo.) Es que temores abrigo,
y me angustio cual lo ves.
JUAN. (Queriendo obligar á Inés.)
Aunque parezca imprudente......
INES. (Con decision.) Dígale usted solamente
que quien lo busca es Inés.
JUAN. (Con malicia.)
Ya que á hacerlo así me obliga
veré si calmo su tedio:
habiendo una Inés por medio
es fácil que lo consiga.

ESCENA IV.

DOÑA CLARA, INÉS.

Dª CLARA. (Con zozobra.) Pero, Inés, tú me dijiste
que era cosa de momento,
y ya ves que el tiempo pasa......

INES. (Interrumpiéndola.)
Es que no he llegado á verle.
Dª CLARA. Entónces será peor
y voy á estar sin sosiego.
INÉS. Pero, madre, á qué le teme?
Dª CLARA. A que nos echen de ménos.
INÉS. Y no es usted en su casa
la dueña?
Dª CLARA. Sí, pero Eusebio
tiene un carácter tan fuerte;
y ya ves que está con esto
furioso como una hiena
y como un leon soberbio.
INÉS. Y yo, como ya le he dicho,
madre mia, no comprendo
porque usted se humilla tanto.
Dª CLARA. Porque no me gustan pleitos.
INES. Pues ese no es un motivo
para ceder su derecho,
porque si Dios se lo ha dado
tiene usted que defenderlo.
Dª CLARA. Qué quieres, si soy pacífica
y otra cosa ser no puedo?
INES. Y no ve que de ese modo
las dos estamos sufriendo?
Dª CLARA. Vamos, hija, no me angusties
despues que cedí á tu ruego,
y cumple lo que ofreciste,
pues estoy que en mí no quepo.
INÉS. Asi que á Leopoldo vea
pronto, madre, nos iremos.
Dª CLARA. Eso ya lo has prometido,
pero se prolonga el tiempo.
INÉS. Madre mia, por la Vírgen:
¿usted no se tiene aprecio?
Defienda su dignidad:
¿qué es esto, por Dios, qué es esto?
Tan solo por un capricho

basado en mal fundamento
se sacrifica mi vida,
y pierde usted su sosiego,
y se vá matando el alma
por darle salud al cuerpo:
yo no obedezco á mi tio,
sólo á usted respeto debo,
y usted cede á sus antojos
dándome á beber veneno;
pues sabe que á su exigencia
por más que quiera, no puedo
someterme, y sin embargo
defensa en usted no encuentro.

D.ª CLARA. Pero, hija, ¡por Dios bendito!
quieres tú que en un infierno
me meta tan fácilmente
una guerra sosteniendo?

INÉS. De modo que usted renuncia
la dignidad de su puesto,
y se deja despojar
de tal modo del derecho
legítimo que le asiste
y que se lo ha dado el cielo,
por motivos infundados,
por debilidad ó miedo?

D.ª CLARA. (Queriendo disculpar sus temores.)
No, Inés, que razon le sobra
á mi hermano, y su respeto
una obediencia reclama:
tú bien debes comprenderlo.

INÉS. Pues me declaro ignorante,
porque esa razon no veo.

D.ª CLARA. (Insistiendo.) El su linaje defiende
y es este un asunto sério,
porque el ilustre apellido
que ha heredado de su abuelo
advierte que va á mancharse
y se opone con esfuerzo.

INÉS. ¿A mancharse porque el hombre
que lleva en su frente el sello
de virtud acrisolada
como un noble caballero,
quiere conmigo casarse
su promesa así cumpliendo?
Ah! no, madre, ya lo he dicho
y lo repito, prefiero
un hombre oscuro en linaje
y de nobles sentimientos.
que sólo se recomiende
ante el mundo por sus hechos,
á un hombre que nada valga
y de ilustre nacimiento.

Dª CLARA. Pero bien, esas razones
no le convencen á Eusebio.

INÉS. Y porque no le convencen
¿se somete usted á su empeño
atropellando de paso
cuanto justo hay en derecho?

Dª CLARA. Inés, por Dios, no me angusties
que no me ofreciste eso;
y advierte que así al dejarme
vencer, hija, por tu ruego,
he sido una madre débil.

INÉS. (Desconcertada y en actitud de marchar.)
Entónces pronto marchemos:
(Con ironía.) bríndeme á mí sinsabores
y dé á su hermano contento.

Dª CLARA. (Conteniéndola angustiada.)
Espérate, no tan pronto,
habla á Leopoldo primero.

INÉS. Le dá vida á mi esperanza,
pero mata mi deseo;
(Insistiendo en marcharse.)
no, marchemos que al oirla
ví ya mi sepulcro abierto.

Dª CLARA. (Violenta y sujetándola.)

Detente, Leopoldo viene,
ya cerca sus pasos siento.

ESCENA V.

DOÑA CLARA, INÉS, LEOPOLDO, JUAN.

LEOPOLDO. (Dentro.) Inés con una señora?
JUAN. (Dentro.) A quien ha llamado madre.
INÉS. (Al oir la voz de Leopoldo se desprende de Doña Clara y se precipita hácia la puerta que da al interior por donde vienen Leopoldo y Juan, y dice con fuerza:) Ven, Leopoldo.
LEOPOLDO. (Entrando precipitadamente.) Vida mia!
JUAN. (Entrando y extendiendo los brazos.)
Que ellas puedan consolarte.
INÉS. (Aproximándose á Leopoldo.)
Cuanto he sufrido por tí.
Dª CLARA. (Temerosa.) Dios á todos nos ampare.
LEOPOLDO. (A Inés.) Y yo que podré decirte?
(Volviéndose á Doña Clara.)
Mas no se admire que extrañe
que á mi pobre choza llegue
señora de gran linaje.
Dª CLARA. (Confusa.) ¡Leopoldo!......
INES. (A Leopoldo.) Nada le digas,
ella no ha sido culpable.
LEOPOLDO. En su casa indiferente
toleró que me insultasen.
Dª CLARA. No pude evitarlo.
LEOPOLDO. ¡Cómo!
Revestida del carácter
de dueña y señora?......
INES. (Interponiéndose.) Así
es siempre tan tolerante
que permite que á ella misma
gratuitamente la ultrajen.
Dª CLARA. (Violentándose.) Inés!......

JUAN. (Aparte.) Pues con estos datos
es fácil que en limpio saque
lo que él obstinadamente
siempre ha querido ocultarme.

LEOPOLDO. (A Doña Clara.) Y qué! ¿Tampoco, señora,
le permite usted que hable?

Dª CLARA. (Tímida.) Oh! yo no me opongo á nada,
y ella sabe lo que hace.

INÉS. (A Doña Clara.) Comprendo que así me dice
que es conveniente que calle;
pero yo no la ofendí
diciendo lo que se sabe.

LEOPOLDO. (Queriendo secundar á Inés.)
Yo tampoco he pretendido
disgustos, señora, darle,
pero ofensas se me han hecho
y natural es quejarse.

JUAN. (Aparte.) Oh! ¿cómo sin que Leopoldo
lo advierta podré informarme
de ese asunto que ellos tratan
para mí tan importante?

Dª CLARA. (Inquieta.) Pero es que con estas cosas,
que me son desagradables,
en equilibrio me tienen
como á aquel que está en el aire.

INÉS. (A Doña Clara.) Porque usted, madre querida,
es en extremo cobarde.
(A Leopoldo.) Para que aquí me trajese
llegué tanto á suplicarle,
que aún viéndote estoy dudando
que pudiera gusto darme;
pero al fin ya te repito
que no dejaré de amarte.

LEOPOLDO. Sí, yo nunca he desconfiado
de tu cariño constante.

JUAN. (Aparte.) Pues algo voy comprendiendo,
y á poco podré marcharme.

Dª CLARA. (Aparte.) ¡Qué triste papel hacemos

á veces todas las madres!

INÉS. Yo te aseguro, Leopoldo,
que jamás podré olvidarte.

LEOPOLDO. En mi corazon impresa
está pura, Inés, tu imágen
y por eso de continuo
con él en mi pecho lates.

INÉS. (Despues de mirar sonrojada á Doña Clara y á Juan.)
Advierte que nos escuchan.

LEOPOLDO. Es cierto, debo callarme.

JUAN. (Advirtiendo los movimientos de Inés y despues de oirlos á los dos.)
Parece que mi presencia
á los dos muy mal les sabe:
bien, suspendo mis pesquisas
porque ya sé lo bastante:
al fin de sus sinsabores
averigué los causales. (Vase.)

ESCENA VI.

Dª CLARA, INÉS, LEOPOLDO.

(Inés y Leopoldo procuran alejarse un poco de Doña Clara para poderse expresar con alguna libertad y Doña Clara advirtiéndolo toma asiento, pero sin quitarles la vista y dice:)

Dª CLARA. Dios quiera que pronto acaben.
que angustiada estoy aquí,
y ellos se olvidan de mí
y lo que sufro no saben.

INES. ¡Cuántos tristes pensamientos,
Leopoldo, me han ocurrido,
por los cuales he sufrido
los mas inícuos tormentos!

LEOPOLDO. Pero, Inés, esto es terrible,
y yo en verdad no concibo
que donde no hay un motivo
quieran ver un imposible.

INÉS. Hay sólo una vanidad
con la cual los hombres mueren
cuando incautamente quieren
vivir con la sociedad.

Dª CLARA. (Aparte.) Esto me causa impaciencia
y angustia mi corazon.

LEOPOLDO. Pues tan dura obstinacion
ha de tener trascendencia.

INÉS. Oh! mi tio se ha ofuscado,
Leopoldo, con lo que ha hecho
y el corazon me ha deshecho,
y el alma me ha lacerado.
Pero no temas por mí
pues nunca podré olvidarte.

LEOPOLDO. (Desconsolado.) Mas sufriré con amarte
viéndome léjos de tí.
Porque ya, mi Inés querida,
no debo entrar en tu casa.

Dª CLARA. (Intranquila y aparte.)
Advierto que el tiempo pasa
y esto me tiene sin vida.

INÉS. Pero yo te seguiré,
dispuesta, Leopoldo, estoy.

LEOPOLDO. Juro entónces por quien soy
que contigo me uniré.
Pues aunque constante lucho,
Inés, con la adversa suerte
daré con mi mano muerte
a quien se oponga.

Dª CLARA. (Angustiada.) ¡Qué escucho!...

INÉS. Tengamos, Leopoldo, calma.

LEOPOLDO. No más la pidas, Inés,
que la tuve y ella es
la que me ha enfermado el alma.
Porque una terrible duda
va confundiendo mi idea,
y el alma aspira, desea,
sin encontrar una ayuda.

Y si asi me reconcentro
por buscar un beneficio,
hallo á un lado un precipicio
y al otro un sepulcro encuentro.
¿Cómo he de tener confianza
ni calma, por Dios, Inés,
cuando sufro, y ya lo vés,
voy perdiendo la esperanza?
Pero me queda el recuerdo
de mi propia adversidad,
pues hallo una realidad
donde una esperanza pierdo.
Realidad que el alma advierte
que, al vagar con fé perdida,
hay negacion de la vida,
porque así la vida es muerte.

INÉS. (Tratando de tranquilizarlo.)
No permitas que se ofusque
tu razon.

LEOPOLDO. Pero si sé
que alivio no encontraré
por más que ansioso lo busque.
y que en continua zozobra
pasando iré mis dolores,
y que con tales rigores
vida el alma no recobra.
Así no podré con pausa
sufrir tan profunda herida.
Oh! yo he de quitar la vida
al que daño tal me causa.

INÉS. Y qué, al hombre el sinsabor
lo convierte en asesino?......

Dª CLARA. (Siempre angustiada y aparte.)
Ya voy perdiendo hasta el tino.

LEOPOLDO. No, en el campo del honor
ejerceré mi venganza.

INÉS. (Con fuerza para desconcertarlo.)
Leopoldo, no desesperes,

que yo te quiero cual eres.

LEOPOLDO. (Con satisfaccion.)
Siempre tuve en tí confianza.

INES. ¿Y no ves en tu extravío
que de asesino es el nombre
que debe dársele al hombre
vencedor en desafío?
Al desafiarse, en los dos,
la razon está perdida,
que en juego ponen la vida
que solamente es de Dios.
Manifestando valor
posponen la inteligencia;
y someten su demencia
de la fortuna al favor.
Porque no te quede duda
que vence así en la cuestion
con razon ó sin razon
quien halla en la suerte ayuda.

LEOPOLDO. (Queriéndose disculpar.)
Pesares en mí gravitan
que me ciegan cual lo ves,
pero hay ofensas, Inés,
que ni con sangre se quitan.
Asi lo escribí hace poco
en mi libro de memoria.

INES. (Con curiosidad.) Un libro escribes?

LEOPOLDO. (Con signos afirmativos.) La historia
del amor de un pobre loco.

INÉS. (Con empeño.) Quiero verlo.

LEOPOLDO. (Con desencanto.) Para qué?

Dª CLARA. (Levantándose y dirigiéndose á Inés angustiada.)
Inés, aún estoy con susto.

INES. (A Leopoldo sin fijarse en Doña Clara.)
Te niegas á darme gusto?

LEOPOLDO. Oh! nunca tal cosa haré.

INÉS. (Con interés.) Pues bien quiero examinarlo;
ese libro traeme.

LEOPOLDO. (Con violencia.) Si,
lo tendrás, Inés, aquí,
corriendo voy á buscarlo. (Entra.)

ESCENA VII.

DOÑA CLARA, INÉS.

Dª CLARA. (Angustiada.) Inés, hasta cuando?
INÉS. Madre,
es preciso que evitemos
el lance que se prepara.
Dª CLARA. (Intranquila.) Y qué debo hacer en esto?
INÉS. Imponerle su carácter
á mi tio con empeño.
Dª CLARA. (Descontenta.) Me propones una cosa
que aceptar, Inés, no debo.
INÉS. Pues entónces la desgracia
evitarla no podremos.
Dª CLARA. Tú quieres que me indisponga
así con mi hermano Eusebio?
INÉS. Para huir de lo peor
no le queda mas remedio:
ya usted escuchó á Leopoldo,
y mi tio con su genio
tan duro como lo tiene
se hará firme por supuesto;
ninguno querrá ceder
creyéndose en su terreno,
y ya tiene usted el lance,
que puede ser muy funesto,
cuyas tristes consecuencias
tal vez lloraremos luego;
y todo podrá evitarse
del modo que le he propuesto.
Tendrán ustedes disgustos,
yo, madre, no se lo niego,

pero no trascendentales,
sí disjustos pasajeros
que de seguro se olvidan
al transcurrir algun tiempo,
y en tanto Leopoldo y yo
tranquilos familia harémos.

Dª CLARA. Ese es el fin de la historia,
por eso le hallaste arreglo.

INES. Eso, mi madre, es lo justo.

Dª CLARA. Lo justo no, tu deseo.

INÉS. Para evitar ese lance
otro medio no le encuentro.

(Se oyen unos golpes en la puerta que da á la calle.)

Dª CLARA. (Sobresaltada.) Oye, tocan á la puerta.
¿Quién será? (Llevándose las manos á la cabeza al ver entrar á D. Eusebio.) ¡Dios mio, Eusebio!......

ESCENA VIII.

DOÑA CLARA, INÉS, D. EUSEBIO.

D. EUSEBIO. [Caracterizado.]
Sí, es tu hermano que aquí llega
á reprobar tu conducta.
(Doña Clara vuelve el rostro confundida y D. Eusebio continua:)
Te confundes! ya lo veo
que la conciencia te acusa:
no concibo que una madre
tan mal sus deberes cumpla
dejándose dominar
por hija que asi la insulta,
pues de su débil caracter
tan inicuamente abusa
que de un modo reprensible
de su potestad se burla.

INES. (Con dignidad.) Conténgase un poco, tío.
pues demasiado se ofusca
y sin ningun miramiento

á mi pobre madre angustia,
y aja usted la dignidad
que el cielo me ha dado pura.

D. EUSEBIO. De ese modo tan soberbio
á mis ojos te disculpas?

INES. Disculpas quien faltas tiene
tan solamente las busca;
y yo mal no he procedido,
en mí no hay culpa ninguna.

D. EUSEBIO. Y cómo te encuentro aquí?

Dª CLARA. (Angustiada.) Que Dios nos preste su ayuda!

INÉS. Ya he dicho que á estos amores
su sobrina no renuncia,
y á Leopoldo seguirá
dó lo lleve su fortuna.

D. EUSEBIO. Y lo dices de ese modo
que mi dignidad repugna!......
Ya yo me lo sospechaba,
por eso no tuve duda
de hallarlas aquí; mas dime:
verán bien al de alta alcurnia
descender hasta la choza
de un plebeyo?

INÉS. Esa pregunta
solamente puede hacerla
quien honores no tributa
al hombre honrado si es pobre
y sí al noble de alma sucia;
mas se engaña neciamente;
pues sepa usted que áun la espuma
necesita de un apoyo
sin el cual no está segura,
porque si aislada se encuentra
se disipa cual la bruma.
Que los ricos se sostienen
por los pobres, ¿quién lo duda?
y apoyan á la nobleza
los plebeyos, no la alcurnia,

que un noble con otro noble
no se engrandece, disputa.

D. EUSEBIO. (Molesto.) Tu lengua audaz me hace daño
y mis pensamientos turba.

INÉS. Porque, tio, las verdades
no siempre muy bien se escuchan.

D. EUSEBIO. Oh no, que tu atrevimiento
es, Inés, lo que me abruma.

INES. Y acaso verdad no he dicho?
Ella, tio, no me escuda?

D. EUSEBIO. (Colérico.) Cierra tu boca si quieres
que se contenga mi furia.

(Al pronunciar estas últimas palabras aparecerá Leopoldo con un libro, y al oir á D. Eusebio deja el libro sobre una silla y se dirije á él con violencia.)

ESCENA IX.

Dª CLARA, INES, D. EUSEBIO, LEOPOLDO.

LEOPOLDO. (Con altivez á D. Eusebio.) El insultar á una dama
no es de noble caballero.

D. EUSEBIO. (Con sarcasmo.) Llega usted muy altanero.

LEOPOLDO. (Sin desmayar.) Como el honor lo reclama.

D. EUSEBIO. (Irónicamente.) No haga de eso más alarde,
que en usted mal se comprende.

LEOPOLDO. (Devolviéndole el insulto.)
He dicho que aquel que ofende
á una dama es un cobarde.

Dª CLARA. (Angustiada.) ¡Ampárame, Dios del cielo!

INÉS. (Tratando de contenerlo.) Leopoldo!...

D. EUSEBIO. (Molesto.) Me insulta así.

LEOPOLDO. (Con dignidad.) Aún más decirle debí
para provocar un duelo.

D. EUSEBIO. (Con altanería.) Solamente siendo un necio
me fijara en su amenaza
que mi dignidad rechaza:
yo sus insultos desprecio.

LEOPOLDO. (Indignado.) Pues adquiere mala fama
y sostiene mal su honor
quien sólo tiene valor
para insultar á una dama.

Dª CLARA. (A Leopoldo en tono de súplica.)
Escuche nuestras querellas.

D. EUSEBIO. (Molesto, á Doña Clara é Inés.)
Salgan ustedes de aquí.

LEOPOLDO. (A D. Eusebio ensimándosele.) Diríjase usted á mí,
y nada le diga á ellas.

INÉS. (Colocándose ante Leopoldo.)
Con sentimiento te escucho:
¿Tú no reparas su edad?

LEOPOLDO. (A Inés.) Me dices una verdad,
mas su atrevimiento es mucho,
y no puedo soportar
que así te insulten, Inés:
si él quiere ser lo que es
debe hacerse respetar.

D. EUSEBIO. (Colérico á Doña Clara é Inés.)
Haced lo que yo les mando,
salid pronto de esta casa,
porque lo que en ella pasa
mi paciencia va agotando.

Dª CLARA. (Intranquila.) Escuche mis ruegos Dios!

LEOPOLDO. (Con entereza á D. Eusebio.)
De ellas nada mas exija
ni palabra les dirija,
entendámosnos los dos.

D. EUSEBIO. (Irónico.) Mejor que esto quede en nada.
y bastante le concedo,
pues comprenda que no puedo
cruzar con usted mi espada.

LEOPOLDO. (Con altivez.) Eso á usted no le dispensa
de batirse con un hombre,
que el tener un alto nombre
no le faculta á la ofensa.

D. EUSEBIO. (Con desprecio.) Yo le tengo compasion.

que gran línea nos separa.
LEOPOLDO. (Violento.) Pues estamparé en su cara
con mis manos un borron.

[Trata de ensimársele á D. Eusebio en actitud hostil é Inés se interpone y Doña Clara le sujeta por un brazo.]

INÉS. (Suplicándole.)
Leopoldo, por Dios, qué es esto?
Dª CLARA. (Angustiada.) Dios nos mire con piedad.
LEOPOLDO. (Molesto.) Ha herido mi dignidad.
D. EUSEBIO. (Orgulloso.)He defendido mi puesto.

[A las voces alteradas con que deben haberse pronunciado las palabras que han precedido se presentará Juan, manifestando su sorpresa en el momento que le toque hablar en la escena siguiente.]

ESCENA X.

DOÑA CLARA, INÉS, D. EUSEBIO, LEOPOLDO, JUAN.

LEOPOLDO. (Alterado á D. Eusebio.)
Verá usted si tengo nombre
en el campo del honor.
D. EUSEBIO. (Con soberbia.) Yo no consiento ese amor.
JUAN. (Entrando con sobresalto.) ¿Qué pasa?
(Fija la vista en D. Eusebio y retrocede con asombro diciendo:)
¡Pero este hombre!......
D. EUSEBIO. (A Leopoldo iracundo.) Mi esfuerzo todo opondré
para ese enlace.
Dª CLARA. (Extendiendo sus manos hácia el cielo.) Dios mio!...
INÉS. (Queriendo asumir la responsabilidad de todo para desconcertar á D. Eusebio y con el objeto de aplacar á Leopoldo.)
Aunque se oponga mi tio,
yo siempre tuya seré.
LEOPOLDO. (Con altanería á Inés.)
Y yo he de buscar el modo
de hacerle al mundo entender
que tu esposo puedo ser.
(Se vuelve á D. Eusebio.)

El hombre está sobre todo.

D. EUSEBIO. (Huyéndole el rostro y dirigiéndose á Doña Clara muy molesto.)
Hermana, díme hasta cuando
he de estarme como estoy.

LEOPOLDO. (Altanero á D. Eusebio.)
De la casa el dueño soy
y en ella yo sólo mando.

D. EUSEBIO. (Colérico á Doña Clara é Inés intencionalmente.)
Salgamos pronto de aquí
donde se mancha mi nombre.

JUAN. [Aparte y observando con detencion á D. Eusebio.]
Yo no sé por qué este hombre
impresion produce en mí.

LEOPOLDO. (Con dignidad á D. Eusebio.)
Se equivoca usted, señor,
si es que busca la nobleza
con título ó con riqueza
y despojada de honor.
Aquí nadie está manchado;
aunque pobre, soy un hombre
que llevo un oscuro nombre,
pero nombre inmaculado.
Así en mi vida disfruto
la más alta dignidad
y en cualquiera sociedad
el puesto mejor disputo.

D. EUSEBIO. (Con sarcasmo,) Usted de ese modo opina
y tal vez con fundamento,
mas yo mi consentimiento
niego siempre á mi sobrina,
porque verla no podré
jamás á su amor unida.

LEOPOLDO. (Ensimándosele con desesperacion.)
Arrancando á usted la vida
con ella me casaré.

INÉS. (Interponiéndose precipitadamente dice á Leopoldo en tono de suplica y llorosa:) Afligida no me ves,
ni atiendes á lo que pido?

LEOPOLDO. (Cayendo de rodillas ante Inés sin poder contener su emocion.)
Caigo á tus plantas rendido
ya que lo quieres, Inés.
(Dirigiéndose á Don Eusebio en tono amenazante pero sin variar de actitud.)
Pero no olvide, señor,
que á su casa iré á buscarle
para poder enseñarle
el camino del honor.

D. EUSEBIO. (Sin fijarse en él y tomando con violencia de la mano á Doña Clara é Inés se encamina á la puerta de la calle diciendo:)
Marchémonos en seguida
y no dejemos ni aun huellas.

LEOPOLDO. (Poniéndose de pié y mirándolo con alto desprecio señala á Doña Clara é Inés y da á entender en el tono con que pronuncia las palabras que siguen la cólera que reconcentra.)
Oh! déle gracias á ellas
de salir de aquí con vida.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA I.

D. EUSEBIO.

D. EUSEBIO. Oh! el efecto no se pasa
de esa locura maldita,
y la conciencia me grita
por dó quiera en esta casa.
Mi hermana me encoleriza
con una continua queja,
y tranquilo no me deja
y el alma me martiriza.
Que á su triste situacion
yo no le encuentro remedio,
y al verla morir de tedio
se aflige mi corazon.
Por eso pierdo la calma
y con ella me incomodo,
porque al fin y al cabo todo
vá pesando sobre el alma.
Inés está como loca......
(Meditativo.) si yo pudiera acceder!.....
(Se detiene y vuelve á meditar, pero al cabo de un momento dice resuelto.)
Pero qué!... no puede ser

que aquí el linaje se toca.
Es en vano todo empeño,
que el lustre de mi apellido
será siempre defendido
porque de él no soy el dueño.
Ese honor á mí ha llegado
por un enlace perfecto
y por un camino recto
lo recibí inmaculado;
y tengo que defenderlo
y sin mancha conservarlo
pues como llegué á alcanzarlo
así debo sostenerlo.
Oh! me sobra la razon:
cual me le dió mi ascendencia
pasará á mi descendencia
sin un pequeño borron.
Yo no cederé jamás
aunque me acosen con truenos,
que por evitar lo ménos
no voy á perder lo más.
Agovie á Inés el dolor
si en sostenerlo se empeña,
porque una causa pequeña
no destruye la mayor.
Que acusen mi intransigencia
de falta de caridad
que en esto mi voluntad
pertenece á mi ascendencia.
En negarme seré fuerte
pues me siento decidido
á defender mi apellido
aunque cause á Inés la muerte.
Cual resistente pared
seré firme......

[Vuelve la cara al ver entrar á un criado.]

ESCENA II.

D. EUSEBIO, UN CRIADO.

D. EUSEBIO. (Al criado.) ¿Qué ha pasado?
CRIADO. Aquí un señor ha llegado
y pregunta por usted.
D. EUSEBIO. Es jóven?
CRIADO. De edad ya hecha.
D. EUSEBIO. Y no te ha dado su nombre?
CRIADO. No señor, pero es un hombr e
que no me inspira so specha.
D. EUSEBIO. Di que pase.
CRIADO. Bien está. (Vase.)
D. EUSEBIO. El que así me solicita
algo de mí necesita,
veremos: mas quién será?......

ESCENA III.

D. EUSEBIO, JUAN.

JUAN. (Entrando.) Comienzo por saludaros:
ante todo, Dios os guarde.
(Observa á Don Eusebio con detencion y dice aparte:)
No hay duda, mas de imprudente
nunca tendré que acusarme.
D. EUSEBIO. (Con un gesto de desagrado y aparte.)
El que estaba con Leopoldo!......
¿Acaso será su padre?
(Alto.) Extraño vuestra visita.
JUAN. Es natural que la extrañe,
y tal vez cuando sepais
su motivo os desagrade.
D. EUSEBIO. (Preparándose.) Diga usted que ya le escucho.
JUAN. (Aparte.) Aunque el asunto es bien grave

procederé con astucia.
(Alto.) Por no ser de alto linaje
el jóven que represento
se opone usted á su enlace
con su sobrina?

D. EUSEBIO. Me opongo,
y no cederé ni un ápice,
si de Leopoldo cual creo
es usted representante.

JUAN. (Con estudio.) Y acaso de su ascendencia
alguna cosa se sabe?

D. EUSEBIO. Sé solo que no figura,
señor, entre mis iguales.

JUAN. Distinciones ha alcanzado
en todas las sociedades,
y sus hechos acreditan
su honradez.

D. EUSEBIO. Que no es bastante
para aspirar á la mano
de mi sobrina.

JUAN. En su clase
es un noble caballero,
porque así por todas partes
lo asegura quien lo trata.

D. EUSEBIO. Tampoco me satisface;
yo busco para estos casos
la nobleza de la sangre.

JUAN. Yo sé que los dos se quieren
con un amor entrañable.

D. EUSEBIO. No importa, que un imposible
aquí média, y por mi parte
no encuentro para este asunto
ningun arreglo aceptable.

JUAN. Oh! los nobles sentimientos
en el hombre mucho valen.

D. EUSEBIO. Esos son precisamente
los que tan fuerte me hacen.

JUAN. Su negativa, señor,

tal vez origine males
de trascendencias funestas
y para todos muy graves.

D. EUSEBIO. Los acepto muy gustoso
por no manchar mi linaje.

JUAN. A Leopoldo y su sobrina
la muerte podrá causarles.

D. EUSEBIO. Yo prefiero que ellos mueran
á que mi nombre se ultraje.

JUAN. Tal vez suceda otra muerte,
tras de Inés irá su madre.

D. EUSEBIO. Aunque muera el mundo entero
seré en mi tema constante
porque á mi puro apellido
no le he de poner lunares;
cual me lo dió mi ascendencia
al morir he de dejarle:
asi pues en este asunto
es en vano cuanto trate.

JUAN. (Aparte.) Ya he podido convencerme,
sin que me lo diga nadie,
que este tonto por lo visto
es una fiera indomable:
serán vanos mis esfuerzos,
pero seguiré adelante
para ver si puedo así
alguna impresion causarle.
(Alto.) De manera que mis ruegos
para usted de nada valen?

D. EUSEBIO. No señor, pues lo repito
que no cederé ni un ápice,
aunque títulos y reyes
de mí lo solicitasen;
que en asuntos de conciencia
no he de hacerme responsable.

JUAN. De conciencia?... ¡Sí, es terrible
á tres la muerte causarles!

D. EUSEBIO. No admito reconvenciones,

y ya puede usted marcharse.

JUAN. No lo haré sin advertirle
que usted un daño se hace,
porque ante Dios y los hombres
será siempre responsable
de los males que sucedan
por ser tan intolerante,
y de esos graves perjuicios
tendrá luego que acusarse.

D. EUSEBIO. (Con soberbia.) Yo cuenta nunca daré
de mis acciones á nadie.

JUAN. Se equivoca, juez tenemos
que nos sigue en todas partes
y nuestros actos reprueba
si son de un mal los causales;
mas cuando bien procedemos
nuestros gozos satisface,
y en pró ó en contra jamás
evitaremos que falle;
que Dios infundió en el hombre
ese signo inescrutable
para hacerlo superior
á seres irracionales.
Reconozca esos favores,
no se haga ante Dios culpable,
y sus divinos preceptos
humilde, señor, acate,
y entónces yo le aseguro
que de ello podrá alegrarse.

D. EUSEBIO. (Con orgullo.) Yo siempre bien procedí,
no tengo de qué acusarme.

JUAN. Oh! señor, en juicios propios
el hombre suele engañarse;
sin embargo, Jesucristo
así dijo en cierta parte:
«quien se crea sin pecado
la primera piedra lance,»
y ni una pequeña piedra

se vió cruzar por los aires.
Usted quiere sostener
la limpieza del linaje
y tal vez en su conciencia
esa limpieza no halle,
que en ella no faltará
quien un derecho reclame,
porque en la vida privada
lo que hacemos...... Dios lo sabe.

D. EUSEBIO. Le he dicho que por ahora
no estoy dispuesto á escucharle;
su mision ha terminado
y ya puede retirarse.

JUAN. Sin esperanza ninguna?

D. EUSEBIO. Esperanza aquí no cabe.

JUAN. Oh! señor, qué desconsuelo!
¿Usted nunca ha sido padre?

D. EUSEBIO. Qué! con haberme ofendido
de un modo ya intolerable
no le basta á sus antojos,
y pretende confesarme?
(Molesto.) Esto es mas que atrevimiento:
yo no quiero contestarle.

JUAN. Tal cosa no he pretendido,
pues fuera en mí un disparate;
otra idea me ha impulsado;
y si así he llegado á hablarle
es por sentir en mi pecho
con un corazon que late
un amor reconcentrado
que mis ansias satisface,
y he querido en mi favor
la atencion á usted llamarle
para ver si conseguia
que mis penas consolase
comprendiendo lo que sufro
cuando llego á suplicarle;
porque en el mundo no hay cosa

que como un hijo se ame,
y en un padre siempre es poco
cuanto por sus hijos hace.

D. EUSEBIO. Comprendo sus sinsabores,
mas no puedo consolarle.

JUAN. (Aparte.) No hay modo de convencer
á un hombre tan ignorante;
pero éste además de nécio
es tambien un hombre infame.

ESCENA IV.

D. EUSEBIO, JUAN, DOÑA CLARA.

Dª CLARA. Eusebio no sé qué hacer:
Inés se me vuelve loca;
es preciso ser de roca
para tales cosas ver.

JUAN. (Saludando á Doña Clara con galantería.)
Á los piés de usted, señora.

Dª CLARA. (Reparando en Juan.)
Ah! qué estaba usted en casa?

D. EUSEBIO. (A Doña Clara.) No te apures, todo pasa.

Dª CLARA. Pero pasando empeora.
Oh! la va á matar el tedio.

D. EUSEBIO. Tú te afanas demasiado.

Dª CLARA. Porque advierto que su estado
va agravando sin remedio.

JUAN. (Cortés á Doña Clara.)
Yo me ofrezco á su servicio......

D. EUSEBIO. (Interrumpiéndole y con malas maneras.)
En la casa todo sobra.

Dª CLARA. (A Don Eusebio.) Si su altivez no recobra
de seguro pierde el juicio.

JUAN. (A D. Eusebio con intencion.)
¿Y qué esto, señor, tampoco
dice nada á su indolencia?

Amaga á Inés la demencia
y el otro se vuelve loco.
Si esto en nada á usted lo apoca
y sigue en su error profundo,
lanzará por fin al mundo
á un demente y á una loca.
Y así luego en las corrientes
que nos presenta la vida
podrá con el alma herida
hallarse entre dos dementes
que gravarán su conciencia
de una manera terrible
para hacerle muy sensible
su extremada indiferencia.
Y entónces tal vez cobarde
con un gran remordimiento
busque alivio á su tormento
y una voz le grite: es tarde.

D. EUSEBIO. (Molesto.) No admito mas reflexiones
que exasperan mi coraje.

JUAN. (Con flema.) Olvide usted el linaje
y busque los corazones
que huyendo siempre del vicio
van en pos de la verdad,
y no por la vanidad
lance á un hombre al precipicio.

Dª CLARA. (Intranquila.) Señores, por Dios, mas calma.

D. EUSEBIO. (Incómodo á Juan.) Ya se puede usted márchar.

JUAN. (Con impavidez.) Lo que debemos buscar
es el linaje del alma.

D. EUSEBIO. (Aún mas irritado.] Este hombre me desespera
y me saca de mi centro.

JUAN. (Sarcásticamente.) Usted no se vé por dentro
y al prójimo vé por fuera,
sin advertir que en la vida
el hombre siempre se engaña
y así el encanto se empaña
de su existencia querida.

Reconozca usted su error
corrigiendo su egoismo,
y no arroje así al abismo
á dos séres sin temor.

D.ª CLARA. (Angustiada.) Oh! no sé cómo pedirlo!...
Yo soy la víctima aquí.

D. EUSEBIO. (A Juan, con desesperacion.) Usted se burla dé mí,
y no debo consentirlo.

JUAN. (Alterándose.) No me burlo, á su conciencia
quiero hablar tan solamente
porque lanza indiferente
dos séres á la demencia
que tras de su obstinacion
le han de hacer perder la calma,
el uno hablándole al alma,
el otro á su corazon.

D. EUSEBIO. (Colérico.) Abusa usted demasiado,
y ya mucho se propasa.
(Señalándole la puerta con entereza.)
Retírese de esta casa.

JUAN. (Con decision.) Bien, señor, he terminado,
y ya su favor no invoco,
pues me dicen mis recuerdos
que hoy los dos estan muy cuerdos
y usted tan solo es el loco.

D. EUSEBIO. (Con desesperacion.) Oh! cómo ademas se atreve
á proferir ese insulto?

JUAN. (Con serenidad.) Lo que ahora á usted le oculto
se lo he de decir en breve.
(Alterándose.) Que con tonta vanidad
usted á Leopoldo ofende,
sin saber que de él depende
su mayor tranquilidad.
(Amenazándolo.) He de ser su vengador,
voy á buscar su permiso.
(Como desafiándolo.) Don Eusebio, sobre aviso...

[D. Eusebio manifiesta su desesperacion con impulsos violentos, y Doña Clara, que lo observa, se aproxima á Juan y le dice con tono suplicante:]

Dª CLARA. (A Juan.) Márchese pronto, señor.

(Juan se inclina y sale.)

ESCENA V.

D. EUSEBIO, DOÑA CLARA.

D. EUSEBIO. (Satisfecho.) Hizo bien en retirarse.
Dª CLARA. Pero, Eusebio, yo no sé
ante nosotros por qué
ha llegado así á expresarse.
D. EUSEBIO. No te fijes.
Dª CLARA. Cómo no!
cuando escuchándolo hablar
de un modo tan singular
me ha ocurrido.... qué sé yo!....
D. EUSEBIO. El tal vez ha pretendido
causarme alguna sorpresa,
pero mal salió en su empresa
y muy desgraciado ha sido.
Dª CLARA. (Como confusa.) Yo no sé ni qué decirte,
pues veo con lo que pasa
que el infierno está en mi casa.
D. EUSEBIO. No tienes porque afligirte.
Dª CLARA. Ya huyó de mí la alegría.
D. EUSEBIO. Tú te impresionas por todo.
Dª CLARA. Oh! si yo encontrara modo
de calmar esta agonía
que aflige mi corazon,
confunde mi pensamiento,
y en un continuo tormento
agrava mi situacion;
le diera gracias al cielo
con la mirada en él fija,
y partiera con mi hija
tan dulcísimo consuelo.
D. EUSEBIO. Pero, hermana, no hay motivo

para esa angustia.
Dª Clara. El pesar
me combate sin cesar
y no sé ni como vivo.
Que el sufrimiento de Inés
me roba toda la calma,
pues su dolor en mi alma
se refleja tal cual és.
Y al herirme su reflejo
advierto con sinsabor
que el sufrimiento es mayor
porque me sirve de espejo.
Y así viviendo morimos
y al cielo nos lamentamos,
que á la vez que nos miramos
mutuamente nos herimos.
D. Eusebio. Cálmate, Clara, por Dios!
Dª Clara. Eso, Eusebio, no es posible,
porque un tormento invencible
hoy existe entre las dos.
Que cuando Inés se querella
lamento su triste suerte,
y hasta aceptara la muerte
por darle la vida á ella.
Y si ella mi voz escucha
desespera con razon,
que al latir su corazon
con un imposible lucha.
Pues dice que en su dolor
no puede hacer resistencia
ni á la voz de su obediencia,
ni al impulso de su amor,
y que en su lucha se ciega
sin saber qué pasos siga,
pues si una á ceder la obliga
halla que el otro se niega.
D. Eusebio. Míralo todo con pausa,
que eso al fin terminará.

Dª Clara. No, hermano, no cesará
miéntras exista la causa.
Y en tanto las dos sufrimos
de una manera tan cruel
que sólo bebemos hiel
y los efectos sentimos.
Porque el mundo sin piedad,
nos amarga la existencia
al mostrar su intransigencia
con su tonta vanidad.
Y nos pone condiciones
que no podemos cumplir
si llegamos á sentir
del alma las impresiones.
Que inicuamente conspira
contra el hombre en tal concepto,
pues que le impone un precepto
cuando otra cosa le inspira.

D. Eusebio. Pues yo he de buscar el modo
de que se calme tu tedio.

Dª Clara. A la mano está el remedio,
que de tí depende todo.

D. Eusebio. (Con interés.) Dí entónces de qué manera
podré yo tranquilizarte?

Dª Clara. (Con prontitud.) Accediendo por tu parte
al matrimonio.

D. Eusebio. (Con entereza.) ¿Pudiera
consentir que me ultrajasen
y en mi rostro de tal modo
con el mas inmundo lodo
el ridículo estampasen?
Oh! me parece increible!
Tú no cumples como debes.

(Mira á Doña Clara con ceño adusto y como en tono de reprension agrega:)

Hermana, por qué te atreves
á pedir un imposible?
No sabes ya que ese hombre
al casarse con Inés

siendo, Clara, lo que es
ha de manchar nuestro nombre?
Al interceder así
rebajas mi dignidad,
y mi justa odiosidad
se despierta contra tí.

Dª CLARA. Y entónces ¿por qué me dices
que calmarás nuestro tedio
cuando niegas el remedio
que puede hacernos felices?

D. EUSEBIO. Oh! sí, todo menos eso,
jamás lo consentiré,
y á ver siempre me opondré
mi linaje en retroceso.

Dª CLARA. (Desconsolada.) Pues hallaremos la tumba
trás nuestro dolor profundo.

D. EUSEBIO. Aunque muera todo el mundo
y aunque yo tambien sucumba,
no he de darme por vencido,
y ser fuerte siempre espero,
que á todas cosas prefiero
el lustre de mi apellido.

Dª CLARA. (Mira á D. Eusebio ya desesperada, aunque haciendo esfuerzos violentos por contenerse, pero su amor de madre predomina y se decide al fin á decirle con dignidad:)

No pienso yo de tal modo,
madre soy, ya tú lo ves,
y la vida de mi Inés
está, Eusebio, sobre todo.

[Se detiene por cortos instantes observando á D. Eusebio y al ver que este la amenaza con su mirada se irrita mas y agrega:]

Ya voy pues á proceder
segun la recta conciencia,
que no ha de estar la apariencia
sobre el sagrado deber.
Y si cedí mi derecho,
ajando mi dignidad,
sin hallar tranquilidad,

ya bastante, hermano, he hecho.
Que he de ser tambien yo fuerte
porque el ver á Inés me aterra.

D. EUSEBIO. (Mira á Doña Clara con aire amenazador, y despues le dice con entereza.) Tú me propones la guerra!....
pues tendrémos guerra á muerte.
guerra contigo y con él,
nos veremos frente á frente;
pero, hermana, ten presente
que esta guerra es sin cuartel;
comenzarémos la lucha,
prepárate pues á ella
y eleva á Dios tu querella
para ver si así te escucha,
porque yo no cedo en nada:
mi energía nunca muere.

Dª CLARA. (Con resignacion.)
Qué he de hacer? Si Dios lo quiere,
me someto resignada.

ESCENA VI.

Dª CLARA.

¡Cuántos pesares, Dios mio,
soportamos en la vida
cuando con el alma herida
sufrimos un desvarío!....
¿De qué vale el albedrío
si el justo cielo se enoja
y no atiende á la congoja
del alma en su desconsuelo,
y vagamos por el suelo
como flor que se deshoja?
Ah! la vida es un engaño,
pues detras de la alegría
se oculta la cruel falsía

para duro desengaño:
el hombre al dolor extraño
ve su gozo satisfecho,
y tal vez cuando en su pecho
cree que abriga dulce calma,
se encuentra abatida el alma
y su corazon deshecho.
El placer más cierto y fijo
que el cielo al hombre le dió
es el placer que sintió
al hallarse con un hijo;
pero su gran regocijo
se llena de abatimiento
cuando vé que algun tormento
le roba al hijo la calma,
y ya el placer de su alma,
se convierte en sufrimiento.
Y el alma cuando esto advierte,
pregunta al cielo atrevida:
Señor, para que es la vida
si detrás está la muerte?
Si todo en mal se convierte
al impulso del rigor,
¿por qué sentimos amor
en este mundo los séres,
si detrás de los placeres
se oculta siempre el dolor?
Ah! no sé ni lo que digo
pues me ciega el sufrimiento:
perdona mi atrevimiento,
Señor, que yo te bendigo.
¡Oh tú de mi mal testigo,
pues hasta lo oculto ves,
si el decreto tuyo es
que haya una víctima aquí,
caiga el fallo sobre mí
y que se salve mi Inés.

[Cubre su rostro con las manos.]

ESCENA VII.

DOÑA CLARA, INÉS.

INÉS. (Entrando muy sumisa.)
Qué quiere? Por qué me llama?
(Se detiene, mira á Doña Clara con atencion y agrega:)
Pero llora, madre mia.
(Elevando la vista y extendiendo los brazos.)
siempre llorando las dos;
así pasamos la vida!

Dª CLARA. (Queriéndose reponer.)
No lloro que al cielo santo
suplicaba por mi hija.

INÉS. Yo tambien mis oraciones
al cielo las dirigía,
y así que acabé de hacerlas
á usted buscaba afligida,
cuando oí que me llamaba
y en venir me he dado prisa.

Dª CLARA. Bien, Inés, ya voy á darte
con dolor otra noticia.

INÉS. Se aumentan mis sinsabores?
Por Dios, oh mi madre, diga
pues á todo estoy dispuesta.

Dª CLARA. No por esto más te aflijas,
tus pesares disminuyen,
pero aumentan mis fatigas,
porque he roto con Eusebio
al ver que en su afan se obstina,
y me ha dicho que una guerra
sostendrá con energía,
pues no nos dará cuartel.

INÉS. Y eso á usted la intranquiliza?

Dª CLARA. ¿Qué quieres, si mi carácter
contra todo me domina?
No soy dueña de mis actos,

tú lo sabes, hija mia;
y asi por cualquier simpleza
ya me tienes intranquila.

INÉS. Mi tio tambien lo sabe,
por eso se determina
á amenazarla con guerras,
en lo que lleva sus miras;
que angustiarla así pretende
para verla arrepentida,
y de nuevo someterla
á su obstinada injusticia.

Dª CLARA. ¡Oh no lo permita el cielo!
pues quiero que tu alegría
recuperes, porque el alma
sufre viéndote abatida.

INÉS. Y yo, madre, le agradezco
una accion tan noble y digna
de su amor, mas la rechazo
si es que usted se sacrifica.

Dª CLARA. No, Inés, porque á mí me basta
con que tú felice vivas,
y lo demás no me importa
pues en ti mi amor se fija,
porque eres tú mi consuelo,
porque tu vida es mi vida,
y todas tus aflicciones
conmigo se comunican,
pues que si aumentan tus penas
tambien aumentan las mias.

INÉS. (Con interés.) De modo que ya no hay causa
que mi matrimonio impida?

Dª CLARA. No sé, pero yo lo apruebo,
por más que la causa exista.

INÉS. Para tanto agradecerle
serán pocas mis caricias,
y no sé como decirle
que ya le debo dos vidas.

Dª CLARA. Yo tan sólo ver anhelo

en tus labios la sonrisa
que dé á entender á mi alma
que ya el contento te anima,
aunque luego con Eusebio
sostenga luchas continuas.

INES. Pero luchas que la agovian
y que á mí me martirizan,
y por Leopoldo me causan
una constante agonía:
esto, madre, por lo visto
á las dos nos asesina.

Dª CLARA. Y qué hemos de hacer, Inés?
tengamos paciencia, hija.

INÉS. Sí, madre, ya lo comprendo
que esa virtud es precisa
para que nunca nos venzan
los pesares de la vida;
pero siento que en mi pecho
el corazon agoniza,
que el cerebro se me gasta,
y que el alma se aniquila,
y un torbellino de ideas
sin cesar me precipita.
Ah! la paciencia se agota
y huye del alma intranquila
cuando á un sér por su aislamiento
le asusta su sombra misma.

Dª CLARA. Consolémosnos las dos
en nuestras terribles cuitas
brindándonos mutuamente
nuestras amantes caricias,
y esperando hallar amparo
en la bondad infinita
de ese Dios que en su grandeza
todos los males alivia.

ESCENA VIII.

DOÑA CLARA, INÉS, LEOPOLDO.

LEOPOLDO. (A Doña Clara.)
Tal vez extrañareis que me presente
de nuevo en vuestra casa?

INES. (Adelantándose.) Te equivocas,
mi madre no se opone á nuestro enlace,
que asi lo acaba de decir ahora.

LEOPOLDO. Pero su hermano la domina y necio
á la vista de ustedes me deshonra,
por cuya causa aquí me he dirigido
para hacerle entender que es un idiota.

Dª. CLARA. Conténgase, Leopoldo, ya le dije
que por más que se oponga nada importa,
y ustedes se unirán con mi permiso.

INES. (Con amabilidad.)
Ya ves que nuestra dicha se corona.

LEOPOLDO. (A Inés.) Tus palabras, Inés, me dan la vida.
(Se vuelve á Doña Clara.)
Y á usted la enhorabuena doy, señora;
al fin se ha colocado ya en su puesto
y así su justa dignidad recobra.
[A las dos.] Más á él le veré, que me ha ofendido
y su ofensa en mi mente no se borra.

INÉS. Aplácate, Leopoldo, sé prudente.

LEOPOLDO. Ya lo fuí por tu causa, más ahora
(Llevándose las manos á la cabèza.)
el eco de su voz aquí resuena,
do la sangre violenta se me agolpa
y á no encontrar salida me enfurece
y me lanza en pos de él porque me ahoga.

INÉS. Ah! sí, pero no olvides que en el mundo
es noble caballero quien perdona

la ofensa que le infieren.

LEOPOLDO. Vida mia!
un santo que del cielo la luz goza
tan sólo puede perdonar al hombre
la mancha que á su rostro vil arroja;
y tú, que como un ángel del Empíreo
las virtudes más grandes atesoras,
me pides que perdone al que pretende
mi nombre oscurecer con negra nota,
y aún más, arrebatarte de mi lado,
que es robar á mi amor la vida toda.
Yo quisiera, mi Inés, obedecerte,
mas el ímpetu en mí se desarrolla
y la sangre que asciende á mi cerebro
va cayendo en mi pecho gota á gota,
así no puedo contenerme,

INÉS. (Violentándose.) Espera,
yo tambien como tú sufro congojas,
y ya ves me resigno, porque el cielo
ha empezado á tener misericordia
de nosotros, Leopoldo.

LEOPOLDO. Ya lo he visto,
mas tú te identificas con la gloria,
y pura, como el ángel de la vida,
ante las penas la sonrisa asomas;
pero yo, bella Inés, soy un infierno,
y un fuego sin cesar mis venas brotan.

INES. (Con dulzura) Y si el ángel, Leopoldo, te suplica
domines el afan que te devora
tampoco cederás?

LEOPOLDO. Inés amada,
entónces cederé mi vida toda,
y en tu súplica hallara mi existencia
la página mas bella de su historia;
pero no, jamás le ruegues al que humilde
ante tus plantas con amor se arroja
y todo un imposible, si lo quieres,
por agradarte con valor arrostra.

INES. Pues bien, yo te suplico que te calmes
porque así cesará nuestra zozobra;
no vés? mi madre y yo sufrimos mucho
y el eco de tu voz nos impresiona
de tal manera que temblar nos hace
como tiembla la nave entre dos olas.

LEOPOLDO. Basta ya, puro amor: si tú lo quieres......

INÉS. (Interrumpiéndolo.)
Oh! sí, te suplicamos que nos oiga.

LEOPOLDO. (A Inés.)
Tu súplica es bastante pues destruye
la mas empedernida y fuerte roca;
tú lo quieres, Inés, y como esclavo
á servirte dispuesto estoy de alfombra:
sufriré los insultos de ese necio
y el rencor borraré de mi memoria;
más si á tí te ofendiere, vida mia,
entónces...... no respondo de mis obras;
no podré contenerme, te lo juro,
pues si las furias tu belleza tocan
lucharé con las furias como atleta,
que así para luchar valor me sobra.

ESCENA IX.

Dª CLARA, INES, LEOPOLDO, D. EUSEBIO.

D. EUSEBIO. (Entra, dirije una mirada de desprecio á Leopoldo y se vuelve violentamente á Doña Clara diciéndole:)
Esto ya no es tolerable!...
(Con entereza.) ¿Cómo te atreves así
á admitir á este hombre aquí (Señala á Leopoldo.)
cuando me es insoportable?

[Leopoldo trata de anticiparse á contestar á D. Eusebio, pero Inés se interpone y lo contiene manifestándole con señales visibles que á su madre es á quien corresponde contestar, y Doña Clara que advierte estos movimientos dice:]

Dª CLARA. (A D. Eusebio.) Desiste de tu capricho;

yo no me opongo á un enlace
que á mi Inés le satisface:
Eusebio, ya te lo he dicho.

D. EUSEBIO. (Mirando á Doña Clara con aire imponente.)
Cuando debes disculparte,
de esa manera me ofendes?

Dª CLARA. Pero, hermano, no comprendes
que la razon de mi parte
está?

D. EUSEBIO. (Con sarcasmo.) Porque tú lo dices!...

Dª CLARA. Porque hallo en mi inteligencia
que procedo con conciencia
y somos así felices.

D. EUSEBIO. Felices manchando un nombre
de nobleza inmaculada
tan solo por darle entrada
en la familia á ese hombre?

(Señala á Leopoldo, y éste vuelve á adelantarse para contestarle; pero Inés le contiene nuevamente con demostraciones muy visibles. Todos estos movimientos y los que en adelante se indiquen deben ser muy expresivos.)

Dª CLARA. El nombre que es grande y puro,
cual un brillante tesoro,
no puede sufrir desdoro
por unirse á un nombre oscuro.
Si tanto te enorgullece
el lustre de tu apellido,
hermano, ten entendido
que aún más así se engrandece.
Desiste ya de tu empeño
al defender nuestro nombre,
pues nunca es más grande el hombre
que cuando eleva á un pequeño.

D. EUSEBIO. (Colérico.) No admito tus reflexiones,
las rechazo dignamente.

Dª CLARA. Eres, Eusebio, imprudente,
y no sé qué te propones.

D. EUSEBIO. Que á un hombre, Clara, sin padre
á mi lado no consiento.

(Leopoldo quiere violentarse é Inés se interpone, D. Eusebio lo contempla con desprecio, y Doña Clara se coloca á su frente, formando el grupo de este modo: Leopoldo primer lugar de izquierda á derecha, Inés segundo, Doña Clara tercero, y D. Eusebio cuarto. Leopoldo hace esfuerzos violentos por contenerse, obedeciendo á las indicaciones de Inés, pero por otra parte se exaspera y le dice:)

LEOPOLDO. (A Inés.) Pero, Inés, por Dios, reviento.
INÉS. (A Leopoldo.) No, déjalo con mi madre.
Dª CLARA. (A D. Eusebio.) Para tan alta imprudencia
nadie, Eusebio, te faculta,
y advierto que el que á otro insulta
se expone á la consecuencia.
LEOPOLDO. (A Inés.) Hasta tu madre me anima
á que tome mi defensa.
INÉS. (A Leopoldo.) El castigo de su ofensa,
Leopoldo, ya se aproxima.
D. EUSEBIO. (A Doña Clara.) A nada temo, por Dios,
lo que quieres no es posible,
que un obstáculo invencible
se interpone entre los dos;
y así que acceda no esperes
sin ver en esto un capricho.
Dª CLARA. (Molesta.) A pesar de lo que he dicho!......
(En tono desesperado.)
Entónces dime qué quieres?
D. EUSEBIO. (Colérico.) De este lugar arrojarle,
y le hago mucha merced.
LEOPOLDO. (Sin moverse del lugar en que se encuentra rompe al fin y dice en voz alta.) He venido por usted,
y no me iré sin hablarle.
D. EUSEBIO. (Despreciándolo.) Conmigo frases omita.
LEOPOLDO. La última vez que le ví.
recuerde que le ofrecí,
D. Eusebio, esta visita.
Y ya que mi daño labra,
tambien advertirle quiero
que cual noble caballero
yo sé cumplir mi palabra.
Uno tiene que morir
de estas armas pues elija.

(Al pronunciar estas últimas palabras descubre dos armas de fuego que hasta entónces habrá tenido ocultas, y adelantándose las presenta á D. Eusebio; Inés se precipita á la vez que Doña Clara se lo indica, precisamente segun se desprende de las frases que siguen.)

INES. Leopoldo!......
Dª CLARA. Detenlo, hija.
D. EUSEBIO. (Con impasibilidad.) Es que no debo admitir.
LEOPOLDO. (Con desesperacion.) Lo sacaré de esa pausa
aunque en la tierra se oculte.

(Inés, que ya habrá tenido lugar de colocarse entre Leopoldo y D. Eusebio, se vuelve á este diciéndole:)

INÉS. Pero, tio, no lo insulte.

[D. Eusebio arrolla á Inés, que irá á dar contra Leopoldo, quien para evitar que caiga arroja el arma que tiene en la mano izquierda y la contiene, quedando con la otra arma en la mano derecha. Inés se repone y se retira á un lado.]

D. EUSEBIO. (A Inés arrollándola.) Quita tú de todo causa.
LEOPOLDO. (A D. Eusebio, despues de haber amparado á Ines.)
Esto ya terrible es,
mi furor se ha despertado;
yo le hubiera perdonado,
pero no ultrajando á Inés.
(Imponiéndosele.) Déle usted satisfaccion
ó encomiende á Dios su vida.
D. EUSEBIO. (Siempre impasible.) No.
LEOPOLDO. (Apuntándole con el arma.) Pues muera.

(En estos momentos aparecerá Juan, y al advertir la actitud de Leopoldo, corre precipitado y le da en el brazo al dispararse el arma, que descarga hácia arriba, gritándole á la vez:)

JUAN. (A Leopoldo.) ¡Parricida!......
LEOPOLDO. (Arrojando el arma con desencanto.)
Oh, mi padre! maldicion!

[Cuadro.—Cada actor tomará la actitud que creyere conveniente para manifestar su sorpresa.]

ESCENA X Y ULTIMA.

DOÑA CLARA, INÉS, LEOPOLDO, D. EUSEBIO, JUAN.

D. EUSEBIO. (Con interés á Juan.) Explíquese.

JUAN. La ocasion
me obliga á contar la historia
que escrita está en mi memoria:
prestad todos atencion.

[Todos se fijan con interes en Juan, menos Leopoldo, que conservará su actitud, de la que irá saliendo paulatinamente segun lo requiera el caso, Juan continúa:]

Una señora vivió
no de mi casa distante,
que al dar á luz un infante
del mundo se despidió.

[D. Eusebio irá haciendo las demostraciones que se crean del caso durante esta relacion, á la vez que se vaya convenciendo por la reminiscencia que irá despertando en él Juan, miéntras éste prosigue:]

El niño se halló sin madre
al hallarse con la vida,
y su asistencia querida
tambien le negó su padre.
Y á falta de ese cuidado
perdido á su nacimiento,
el huérfano en su aislamiento
halló asistencia á mi lado.
Pero voy á terminar:
el niño se vió ya hombre,
y por no tener un nombre
se le ha querido ultrajar.
Y á vista de tal ultraje,
cual pude con mi memoria
relatar su breve historia,
referiré su linaje.
Leonor se llamó su madre,
al decirlo bien me fijo:
Leopoldo se llama el hijo, (Señalando á Leopoldo.)
y Don Eusebio su padre. (Señalando á D. Eusebio.)

Dª CLARA. (Sorprendida.) Cómo! mi hermano! ......

INES. (Idem.) Mi tio!......

JUAN. (Volviendo á señalar á D. Eusebio.)
Preguntad á su conciencia.

(D. Eusebio, que durante la relacion de Juan no ha ocultado sus demostraciones, hace un esfuerzo violento y dice reconcentrándose:)

D. EUSEBIO. Sí..... lamento mi indolencia,
lo reconozco...... Hijo mio!......

(Avanza hácia Leopoldo, y éste retrocede como horrorizado hasta que cae en un sillon cubriendo su rostro con las manos y quedando en éxtasis. Todos estos movimientos deben ser muy expresivos.)

D. EUSEBIO. (Deteniéndose al frente de Leopoldo, y extendiendo los brazos, en tono desesperante.) Tal castigo merecí!
Dª CLARA. (Sin salir de su asombro.) Esto parece mentira!
INÉS. (Aproximándose á Leopoldo angustiada.)
Leopoldo, por Dios, respira
que me encuentro junto á tí.
LEOPOLDO. (Levanta la cabeza, recorre con la vista á todos los circunstantes y seguidamente vuelve á inclinarla diciendo con dolor reconcentrado.) Para un dolor tan profundo
no puede haber resistencia!......
JUAN. (Con acento firme.) Esto se vé con frecuencia,
porque es el drama del mundo.

FIN.

ERRATAS.

Pág. Lin.	*Dice.*	*Lease.*
8— 6	si, adoptando tu consejo	si adoptando tu consejo
10—15	no es empeño, es lo que miro	no es empeño, es que lo miro
12—21	Qué bella estás, madre mia,	Qué bella está, madre mia,
47—18	¿se somete usted á su empeño	se somete usté á su empeño
52—13	Realidad que el alma advierte	Realidad que al alma advierte
54— 1	Si	Si,
64—15	cual me la dió mi ascendencia	cual me lo dió mi ascendencia
79—19	Bien, Inés, yo voy á darte	Bien, Inés, ya voy á darte
80—34	Para tanto agradecerla	Para tanto agradecerle

EL PADRINO INESPERADO.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA DE UN JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO QUE EN EL AÑO DE 1857
ESCRIBIÓ EL MISMO AUTOR



BAJO EL SEUDÓNIMO DE «SERAFIN DE LA FLOR.»

HABANA.

IMPRENTA "LA PRUEBA"
AMARGURA 77.
1882.

PERSONAJES.

CLOTILDE, *hija de*
D. BRAULIO.
FEDERICO.
JUSTO.

La escena pasa en la Habana, casa de D. Braulio.

ACTO PRIMERO.

Sala con puertas laterales, á un lado una mesa con efectos de escribir á cuyo frente se hallará D. Braulio sentado con un papel en la mano.

ESCENA I.

D. BRAULIO.

Está bien, seguramente
ya mi carta habrá llegado;
ese muchacho es honrado
y me conviene al presente.
Y aunque fuera de otro modo,
es el único heredero
de su padre, y con dinero
se vence en el mundo todo.
Su padre en ésta me escribe
diciendo que lleva gusto
en casar á su hijo Justo
con mi hija: ya se concibe
que es esta sublime idea;
su suerte Clotilde hará
pues un jóven no hallará
que cual el presente sea.
Inocente, bien nacido,
muy rico, sin vicio alguno:

es un jóven oportuno
y que muy bien me ha venido,
pues me encuentro un poco escaso
y esto me pone *en aprieto*;
oh! Justo es muy buen sugeto
y con Clotilde lo caso.
Yo he de ser su apoderado
sin duda, pues, como suegro:
conmigo ha de ver lo negro
siempre negro, y no morado.
Para negocios de cuentas
yo solamente me basto,
pero él de la casa el gasto
llevará, pues tiene rentas,
y así podré descansar
y no verme ya en aprieto:
oh! Justo es muy buen sugeto,
mejor no se puede hallar.
Yo haré que Clotilde atienda
á mis justas reflexiones,
que es un jóven de doblones
y esto en sí lo recomienda.
Caramba! no es de perderse
tan buena oportunidad,
y fuera fatalidad
que nada pudiera hacerse.
Si estè negocio no cuaja,
me doy al mismo demonio
al perder un matrimonio
que brinda tanta ventaja.
Y que venga un quídam luego
de aquellos de mala facha
á embobarme á la muchacha
y me la arroje en el fuego.
Y admitamos que se case
y despues me dé un *chiquito*
que me llame así: «abuelito,»
al fin, siquiera eso pase.

Pero que advierta el abuelo
que hay de *chicos* un enjambre
y que se mueren de hambre:
¡eso sí que tiene pelo!.........
(Poniéndose de pié.) Oh! de esto no hablemos más,
ni quiero pensar en ello
que se me eriza el cabello:
¡vade retro, Satanás!.........
Mi hija siempre ha sido humilde,
y ahora, al verme así ya viejo,
no desoirá mi consejo;
probémosla pues,
(Llamando hácia adentro.) ¡Clotilde!

ESCENA II.

D. BRAULIO, CLOTILDE.

CLOTILDE. (Entrando.) ¿Qué me manda usted, papá?
D. BRAULIO. ¿Te dispondrás á escucharme?
CLOTILDE. Sí, ya puede usted hablarme;
D. BRAULIO. Conque estás dispuesta?
CLOTILDE. Ya
tengo fija mi atención.
D. BRAULIO. Pues bien, comenzar me toca,
y tú no abrirás la boca
hasta oir mi conclusión.
Tengo en el campo un amigo,
y este amigo un hijo tiene
que, segun me dice, viene
á pasar un mes conmigo.
(Clotilde hace un movimiento de extrañeza, y al notario D. Braulio agrega:)
Qué es eso? no hay que admirarse:
es un jóven muy decente,
mas falta saber que el ente
viene tan sólo á casarse.
CLOTILDE. Me sorprende tal capricho,
¡es cosa bien singular!

D. BRAULIO. Escúchame hasta acabar,
Clotilde, cumple lo dicho.
A este jóven que hoy espero
le adornan prendas muy bellas,
y es la mejor entre ellas,
ser él único heredero
de su padre, que es muy rico;
ves que en nada me equivoco,
pues que lo dicho no es poco
para hacerlo un bello chico.
De lo que al jóven le pasa
aún más te resta saber,
y es que no ha hallado mujer
y que la hallará en mi casa,
pues conmigo convendrás......

CLOTILDE. (Interrumpiéndole.) Ay! papá, y usted no sabe.....

D. BRAULIO. (Violentándose.) Señor, déjame que acabe,
luego, Clotilde, hablarás:
Somos hijos de la muerte;
mañana por carambola
muero yo, te quedas sola
y entonces varía tu suerte.
Y es necesario que atiendas
al consejo que te doy:
al jóven que llega hoy
le adornan muy bellas prendas;
y es preciso calcular
que si esta ocasión se deja,
acaso llegues á vieja
sin que te puedas casar.
Esperanzas le sustentan,
que yo dadas se las tengo,
pues jóvenes cual convengo
como éste no se presentan.
Los jóvenes de estos dias
pasan el tiempo *bobeando*,
y te irán desesperando
con sus propias *boberías*.

Este nó, que está muy bien,
y que lo admitas es justo,
pues lleva su padre gusto
y lo llevo yo también.
Viene á guiarse por mí
porque es un *bobalicón*,
y tan preciosa ocasión
no debe perderse así.
Con que vamos: ¿qué me dices?
Ya puedes, Clotilde, hablar:

CLOTILDE. (Con reticencia.) Yo... no... me quiero casar.

D. BRAULIO. Mira que serán felices.

CLOTILDE. (Angustiada.) Oh padre! no puede ser,
ni anhelo felicidad.

D. BRAULIO Y tú desprecias la edad,
hija mia, de escojer?
Vamos, no hagas tanto alarde,
y hoy atiende á este consejo
de un padre que está ya viejo,
que mañana será tarde.

CLOTILDE. Y que usted no considera
que, padre, sin conocerlo,
no me es posible quererlo.

D. BRAULIO. Estás algo majadera.
¿No quieres obedecerme?

CLOTILDE. (Agitada y aparte.) Qué tormento!
(Alto.) Mas, señor,
si por él no siento amor,
cómo podré convencerme?
seguiré mi resistencia
cada dia más y más:

D. BRAULIO. Entonces te quedarás
á la luna de Valencia.
Es, Clotilde, necesario
que quieras á ese señor.

CLOTILDE. Pero, papá, si el amor
debe ser muy voluntario.

D. BRAULIO. Pues serás desobediente,

y eso el cielo lo castiga.
CLOTILDE. (Titubeando.) Mire... quiere... que le diga
la verdad...... mi pecho siente
una grande simpatía
y el corazón palpitar......
D. BRAULIO. (Aparte.) Adónde vendrá á parar?
aquí hay trapito en lejía:
(Alto.) bien, habla sin parapetos,
CLOTILDE. ¿Y usted no se pone bravo?
D. BRAULIO. Al contrario, yo te alabo
que me digas tus secretos.
CLOTILDE. (Con resolución.) ¿Qué haria si le dijera:
con otro me correspondo?
D. BRAULIO. Si cual éste está redondo
y sus méritos tuviera,
no le haria oposición:
ya casarte necesitas,
pero no quiero visitas,
lo habias de hacer *de rondón*.
CLOTILDE. Es eso sólo un capricho.
D. BRAULIO. Capricho? segun lo entiendas:
no teniendo buenas prendas
no habria nada de lo dicho.
Y sobre todo el contrato
pronto habria de realizar,
pues yo no estoy por pasar
la plaza de mentecato.
No quiero en mi casa escuela,
ni que vengan los jumentos
á calentar mis asientos
y hacer de mí centinela.
Estas son mis reflexiones,
y este es, hija, mi consejo,
porque ya me encuentro viejo
para estar por las visiones.
CLOTILDE. (Reticente.) Bien, padre, ya lo comprendo;
(Con decisión.) mas con otro llevo amores,
y así espero sus favores.

D. BRAULIO. (Con extrañeza.) ¿Tú no hablabas suponiendo?
CLOTILDE. Suponiendo...... una verdad.
D. BRAULIO. No en balde me combatias.
¿Y por qué no lo decias?
CLOTILDE. Temiendo á su voluntad.
D. BRAULIO. Por eso dicen autores
que hay peligro en la confianza
porque vén que mucho avanza
la juventud en amores.
Pero...... ¿quién es ese Adan?
CLOTILDE. Es uno que á usted visita.
D. BRAULIO. Aún no te comprendo, hijita,
explícate.
CLOTILDE. El capitan.
D. BRAULIO. El capitan! Dios eterno!
Hija, sabes lo que haces?
A tu padre no complaces,
te metes en un infierno.
Ya tú ves? eso resulta
de obrar como tonta ó loca,
y de no mover tu boca
para buscar la consulta.
Ese, niña, sólo tiene
su sueldo, que es poca cosa,
CLOTILDE. Pues con él seré dichosa.
D. BRAUILO. No, señor, no te conviene.
¡Casarte con un perdido!......
Y además: ¿qué no te aterra
que un dia vaya á una guerra
y te quedes sin marido?
Oh! no debo consentir,
que loco, hijita, no estoy,
te dejo sola, me voy,
ya no te quiero ni oir.

ESCENA III.

CLOTILDE.

Pero escúcheme, papá:
ya se fué, ¡qué desconsuelo!....
Nunca premiado mi anhelo,
Vírgen santa, se verá?......
Y que mi padre querrá
hacer infeliz mi suerte,
porque ofuscado no advierte
que obligándome á ese amor
me llena de sinsabor,
me precipita á la muerte?
Mi corazón que latia
por un amor bien pagado,
hoy está desconsolado
sufriendo cruel agonía;
adios, esperanza mia,
que tras de mi tanto anhelo
las penas que brinda el suelo
soportaré con mi llanto,
teniendo fija entretanto
mi vista siempre en el cielo.
Lloraré mi desventura,
mi suerte mísera al ver,
pues se trocó mi placer
por la terrible amargura;
labraré mi sepultura
con lágrimas de mis ojos,
que el simoun con sus enojos
me hace vagar indecisa,
y cuando venga la brisa
arrastrará mis despojos
Y en mi noche tan oscura
derramando acerbo llanto,

á tí mi vista levanto;
asísteme, Vírgen pura;
calma mi cruel amargura,
que el alma triste no advierte
al fin cual será su suerte,
y no siendo dirigida
irá en busca de la vida
y se hallará con la muerte.
Así espero, madre mia,
que en este mísero estado,
segun te lo he suplicado
me sirvas de fuerte guia,
pues siente mas energía
en el pecho mi pasión,
que esa necia oposición
con quien ya de veras ama,
vá aumentando más la llama
que existe en el corazón.
(Pausa.)Si sigues suerte tirana
de la que juguete soy:
padeciendo tanto hoy:
¿qué será de mí mañana?......
Mi conjetura no es vana
al llegar mi muerte á ver,
que las glorias de un placer
vienen y pronto se alejan,
y solamente nos dejan
los recuerdos de un ayer.
Hoy pesar mi amor alcanza
en medio de mi delirio,
porque es un fiero martirio
el amar sin esperanza;
hasta el porvenir se lanza
mi atrevido pensamiento
y volviendo en sí al momento,
conozco mi ceguedad,
que sólo á la Eternidad
es propio el presentimi ento.

Mas...... variemos de este estado
que mi sufrimiento indico,
y si viene Federico
conocerá que he llorado;
no quiera el cielo sagrado
que sepa mi sinsabor,
porque es capaz mi dolor
hasta de hacerlo morir,
y yo no podré vivir
cuando me falte su amor.

ESCENA IV.

CLOTILDE, FEDERICO.

FEDERICO. (Entrando) Guarde Dios tan pura estrella;
(Observando á Clotilde.) mas qué es esto, tú has llorado?
Dime quién causa tus penas?
CLOTILDE. ¡Ay, Federico! ya hallo
consuelo con tu presencia.
FEDERICO. (Impacientándose.) Pero di, por Cristo santo,
quién ofendió tu belleza?......
CLOTILDE. Nadie daño me ha causado.
FEDERICO. Tu dolor callarme intentas
cuando yo nada te callo?
CLOTILDE. Oh! no, Federico, espera......
mas..... no puedes remediarlo:
¿por qué saberlo deseas?......
FEDERICO. Que no destruirán mis manos
lo que te cause molestias?
CLOTILDE. Sólo me las causa el hado.
FEDERICO. El hado, el hado, luz bella?......
Clotilde, no nos amamos?
á qué vienen pues tus quejas?
Nuestro amor, hermosa, á ambos
nos dará bastante fuerza
para arrastrar resignados
del sinsabor las cadenas

basta que hallemos el cambio
de nuestra suerte perversa.

CLOTILDE. Pero ya se han aumentado,
Federico, nuestras penas,
pues si hasta hoy abrigamos
esperanzas lisonjeras,
ya de un soplo terminaron
y esperanzas no nos quedan.

FEDERICO. Quién ese mal ha causado?
Habla pues, no te detengas.

CLOTILDE. Pues ya que lo quieres, hablo,
escúchame con paciencia:
mi padre aquí me ha llamado
y me ha dicho que hoy espera
que llegue un jóven del campo
con el que casarme anhela,
pues le ha ofrecido mi mano
porque tiene buenas rentas,
y quiso que sin pensarlo
yo á su plan me sometiera.
Neguéme; pero fué en vano,
más duplicó su insistencia,
y entonces me ví en el caso
de decir que tuya era;
y como está alucinado
del jóven con la riqueza,
me dijo que á su mandato
debe ceder mi obediencia,
pues á todo lo contrario
su consentimiento niega.
Yo le supliqué llorando
que mi estado comprendiera;
mas él duro se ha mostrado
á mis continuas querellas,
no queriendo que mis labios
más explicación le dieran,
pues marchó precipitado.

FEDERICO. Basta ya, Clotilde, deja,

que si yo á ese jóven hallo
le arrancaré la cabeza.

CLOTILDE. Qué! ¿creerás que pueda amarlo
cuando tú mis glorias llenas?

FEDERICO. No, hermosa, pero ha turbado
tu quietud, y eso me pesa.

CLOTILDE. Prudénciate, no hagas caso,
esperemos con paciencia;
confiemos en que mi llanto
tal vez enjugado sea.

FEDERICO. (Intranquilo.) Oh! Clotilde, tú llorando,
y corre sangre en mis venas!.....
Yo no puedo soportarlo:
á ese jóven cuando venga
te prometo, ¡voto al diablo!
que le he de ajustar las cuentas.

CLOTILDE. Pero no siendo él culpado
será una cosa mal hecha
que se le atribuyan cargos
que sobre mi padre pesan.

FEDERICO. Es verdad, bien lo has pensado;
mas oye: tengo una idea;
voy á pedirle tu mano.

CLOTILDE. Oh! nada, nada me alienta
que dés tampoco ese paso:
Federico, ¿no recuerdas
que ya de eso le he tratado
creyendo que consintiera,
y sólo hallé sus regaños?

FEDERICO. Consentirá cuando sepa
que yo de dotarte trato.

CLOTILDE. De dotarme! ¿con qué cuentas
para eso? te estas burlando?

FEDERICO. No, Clotilde, no lo creas:
yo también cual mi contrario
tendré pronto buenas rentas:
un pariente acaudalado,
Clotilde, grave se encuentra,

tal vez estará espirando,
y sus riquezas me deja;
así ya lo ha declarado
con formalidad completa,
ante todo un escribano
y testigos, de manera
que el testamento firmado
en el archivo ya queda.
Precisamente á contarlo
venia con gran presteza,
pero te encontré llorando,
y eso impidió que te hiciera
con brevedad mi relato;
porque tú más me interesas
que del mundo los encantos,
que la vida que se anhela,
que del alma los halagos,
y que todas las riquezas
que variar mi triste estado,
Clotilde hermosa, pudieran.
Sin ti todo lo rechazo
pues todo sin ti me pesa,
que en ti sólo la luz hallo
que en mi corazón refleja,
y encuentro en tu voz el canto
que en éxtasis me deleita;
hallo en tu rostro el retrato
que más el alma desea,
tus ojos despiden rayos
que no matan, que encadenan
y brillan cual en espacio
dos relucientes estrellas;
si mueves tus rojos labios,
son dos rosas entreabiertas
que exhalan perfumes gratos
y que en la brisa se impregnan;
si sonries, entusiasmo
brindas al alma que sueña

con palacios encantados,
con sílfides y sirenas,
y más si le vas mostrando
tus dos hileras de perlas;
si caminas, tras tus pasos
alfombras de flores dejas
que sólo por tu regalo
las plantas al verte sueltan;
mas si lloras.... con tu llanto
al mundo á sufrir condenas,
porque el sol se muestra opaco,
se aflije naturaleza,
y el cielo se muestra airado
si es que se fija en tus penas.
Por eso yo, bello astro,
llegué por darte la nueva
que por fin he relatado,
y al advertir tu tristeza
cubríme de un negro manto,
hallé en mi vista una venda,
y tan sólo me he ocupado,
Clotilde, de tus querellas;
mas impuesto, ya reclamo
de tu padre la presencia
para pedirle tu mano,
y si es que acaso se niega,
sabrá que estoy abocado
á manejar una herencia,
y así le hallarémos blando.

CLOTILDE. Entonces... tal vez consienta:
yo voy corriendo á buscarlo.

ESCENA V.

FEDERICO.

Oh! sí, que muy fácil es
que de ese modo consienta,

porque á tu padre le alienta
ese maldito interés
que á mí tanto me atormenta.
Si no fuera esta pasión
que en mi pecho reconcentro
marchara sin dilación;
mas no, que sin ti yo encuentro
martirios del corazón.
Oh! si llegara á perderte
no sé que fuera de mí;
encontrara fin mi suerte,
porque alejarme de ti
sería acercarme á la muerte.
Ah! qué loco pensamiento
viene á robarme la calma!
sin tí, Clotilde, me siento
como un alma sin aliento,
ó como un cuerpo sin alma.
Por eso siempre presente
te halla, hermosa, mi razón,
y me haces doblar la frente,
pues que te siento en mi mente
dominando el corazón.
Contigo siempre deliro;
veo tu imágen en la estrella,
y tu nombre en mi suspiro,
y adonde quiera que miro
estás, Clotilde, tan bella.
Si vuela una mariposa,
Clotilde, por la floresta
en ella estás, y en la rosa
te manifiestas hermosa,
como te encuentras modesta.
Dó quiera está tu hermosura,
aún en el canto del ave
y hasta en la bella espesura,
que si sopla brisa suave,
estás en la brisa pura.

¡Oh realidad de mi suerte,
y luz de mi noche oscura!
hallara en verdad la muerte
si yo llegara á perderte
tan bella, modesta y pura!.....
Pero, oh Dios! ¿quién se atreviera
á robarme ese placer
sin que infelice no viera
la tumba que en su carrera
yo le llegara á poner?
A ese jóven le hablaré
si D. Braulio no consiente,
y...... que se retire haré,
pues si persiste imprudente
la vida le arrancaré.
Mas ¡cielos santos! qué es esto?
No, yo debo ser humilde
pues Clotilde me lo ha impuesto,
y á obedecer á Clotilde
debo estar siempre dispuesto.
Sufriré mi sinsabor
sin que lo sepa la hermosa,
y sufriendo en mi dolor
le haré entender otra cosa
al hablarla de mi amor.
Le diré que estoy contento
porque paga á mi pasión,
y por dó quiera me siento
Clotilde en mi pensamiento,
Clotilde en mi corazón!......
....

ESCENA VI.

FEDERICO, JUSTO.

JUSTO. (Entrando.) Señor, que digais espero
si es que acaso habita aquí

D. Braulio Casamentero:

FEDERICO. (Con interés.) Vos llegais del campo?

JUSTO. Sí.

FEDERICO. Os miro llegar con gozo;
(Aparte.) Clotilde, yo te obedezco,
mas probemos á este mozo.

JUSTO. Tanta atención no merezco.

FEDERICO. Si la mereceis por Dios;
pero podreis contestarme
á qué habeis venido vos?

JUSTO. Señor, yo vengo á......casarme.
Formar familia conmigo
á mi padre se le ha puesto,
y á D. Braulio, que es su amigo,
le escribió, señor, por esto.
Sólos nos vemos los dos,
más parientes no contamos,
así en la casa vagamos
sin entendernos por Dios.
Porque los hombres no ven
que existen ciertos quehaceres
que son propios de mujeres
y es justo que á ellas se den:
de lo contrario la casa
siempre se verá deshecha:
por aquí una cosa escasa,
otra allá que no es derecha.
Acá se aumenta el trabajo,
allá todo se derriba,
lo de arriba se halla abajo
y lo de abajo está arriba,
Así los asuntos todos,
y es fácil de comprender;
la casa va por los codos
porque falta una mujer.
Mi padre que vé este infierno
empeño tiene en variar
el régimen de gobierno

y así me quiere casar.

FEDERICO. Y él por qué no se ha casado?

JUSTO. Siete veces ya lo ha hecho,
y las mismas ha enviudado.

FEDERICO. (*Aparte.*) Vaya un hombre contrahecho!...

JUSTO. Y como no queda duda,
usted, señor, considere
que apenas se casa enviuda,
ninguna mujer lo quiere.
Hace, sí, la diligencia,
porque aunque viejo, está fuerte;
mas creen que es su presencia
conductora de la muerte.
Y ese mal que le atribuyen
tanto daño le ha causado
que, al verlo, todos le huyen,
y él á temerse ha empezado.
Y como ve que la casa
está entregada al demonio,
él cree que todo pasa
si entra en ella un matrimonio.
Así fué que me llamó
para de ese asunto hablarme,
y por fin se decidió,
como ya he dicho, á casarme,
y á cuantas niñas hallé,
haciendo lo más preciso
á enamorar empecé,
pero ninguna me quiso.
Decir la causa no puedo,
se lo juro por mi madre;
tal vez me cogieron miedo
por ser hijo de mi padre.
El negocio disgustó
á mi padre hasta tal punto,
que á D. Braulio le escribió
encargándole el asunto.
Le dijo que triste estaba,

y que sólo en su vigilia
la idea le consolaba
de duplicar su familia.
Que su mente estaba fija
en él como buen amigo,
y si accedia, á su hija
la casaria conmigo.
Y Don Braulio contestó
á mi padre, que accedia,
y cuando llegase yo
el matrimonio se haria.

FEDERICO. Pero Don Braulio ya sabe
si á usted le admite su hija?

JUSTO. Tanto en mí, señor, no cabe,
yo espero que él me dirija.

FEDERICO. ¿Y si ella á usted lo desecha,
qué hará? diga.

JUSTO. Lo que haré
será una cosa derecha:
con otra me casaré.
Volveré á emprender mi obra
basta que su fin consiga,
que mujeres hay de sobra,
lo que falta es quien las siga.

FEDERICO. Pues tome usted otra ruta,
deje á Don Braulio en su alarde,
que para alcanzar la fruta
ha llegado, amigo, tarde.

JUSTO. ¡Qué fruta de Dios bendito!
si yo por frutas no vengo
ni tal cosa necesito,
que en abundancia las tengo.
Es otro, señor, mi plan.

FEDERICO. Pues de ese mismo le hablo.

JUSTO. Oh! yo al pan le llamo pan,
y al diablo le llamo diablo.

FEDERICO. Quiero decir que el empeño
de Don Braulio es ya perdido:

pues si á Clotilde ha ofrecido,
ya su mano tiene dueño.
Así es que podeis marcharos.

JUSTO. Oh! capitan, eso no.

FEDERICO. Y qué! pretendeis quedaros?

JUSTO. Pues á qué he venido yo?

FEDERICO. Pues os tengo que decir
que si en eso usted persiste
nos tendremos que batir.

JUSTO. Ese es un lance muy triste.
Qué dice usted, señor mio!
Y lo habeis pensado? diga......
¿A que admita un desafío,
por Dios, capitan, me obliga?

FEDERICO. Sí, señor.

JUSTO. Qué disparate!

FEDERICO. (Incómodo.) Pues le juro por quien soy
que ha de marchar ó se bate.

JUSTO. Ni me bato, ni me voy:
de nuevo, señor, lo digo;
me niego.

FEDERICO. Con que esta tarde
no os quereis batir conmigo?

JUSTO. No.

FEDERICO. Quedais por un cobarde.

JUSTO. Al contrario, por prudente;
y que el duelo está abolido,
capitan, entre la gente
que tiene algun buen sentido.

FEDERICO. (Molesto.) Pues admitir os haré.

JUSTO. (Aparte.) Y lo dice con aplomo;
(Alto.) pero, señor, si no sé
manejar las armas! Cómo!......
usted la ventaja lleva,
admitir me seria caro.

FEDERICO. (Incómodo, llevándose la mano á la espada con violencia.)
¡Y qué este joven se atreva
á hablarme con tal descaro!......
No castigaros es mengua.

JUSTO. (Queriéndolo detener.) Hombre... mire... qué va á hacer?
FEDERICO. (Violento.) Voy á cortaros la lengua.
JUSTO. ¿Porque no quiero acceder?
Pues bien, que el duelo se entable;
tanto al fin su antojo puede,
mas...... yo tomaré su sable,
y... usted... con la vaina quede.
FEDERICO. (Colérico.) Usted se burla de mí
y eso ya pasa de raya;
JUSTO. Pues si apenas llego aquí
quiere usted que ya me vaya
sin que cumpla mi misión
y sin que á D. Braulio vea.
(Con sarcasmo.) Capitán, con su perdón.
no haré lo que usted desea.
FEDERICO. (Con enfado.) Pues uno existe de más,
no cabemos aquí dos.
JUSTO. Y yo no me vuelvo atrás:
si es que usted se marcha, adios.

(Se dirige á la puerta que da al interior, y al tratar de penetrar por ella tropieza con D. Braulio qüe viene saliendo.)

ESCENA VII.

FEDERICO, JUSTO, D. BRAULIO.

D. BRAULIO. (Volviéndose violentamente con las manos en la cara.)
Vaya un golpo! ¡qué saludo!......
JUSTO. (Igualmente con las manos en la cara.)
Qué recibo! yo le agrego......
D. BRAULIO. Si me he roto las narices!
(Volviéndose y fijándose en Justo.)
Pero qué es esto, qué veo!...
Eres tú?
JUSTO. Pues qué pregunta:
Que si yo soy yo? Veremos
si puedo ser otra cosa.
D. BRAULIO. (Sin atender á lo que ha dicho Justo.)

Y tu padre, dí, está bueno?
Con gran ansia te esperaba,
se han cumplido mis deseos.
Qué placer me dió su esquela!
yo la contesté al momento.
Con que á casarte has venido
al fin, Justo, ya dispuesto?
Oh si vieras la muchacha
que preparada te tengo;
al enfrentarte con ella
te vas á quedar tan lelo......
que es fácil que te resulte
lo que resultó á este viejo
cuando era jóven y amaba;
es decir, allá en sus tiempos
en que sólo amigo era
de lo bueno y de lo bello.
Oye pues: me celebraron
á una niña como ejemplo
de virtud y de belleza,
y de un candor tan supremo
que á los hombres deslumbraba
cual la luz con sus destellos;
yo quise desengañarme,
en pos de ella fuí al momento,
y al verla me impresionó
de tal modo que mis nervios
me pusierón como loco,
pues todos se conmovierón,
y desde entonces te juro
que estoy, Justo, padeciendo.

JUSTO. Pues no quiero yo sentir,
D. Braulio, tales efectos.

D. BRAULIO. No es esto, Justo, decirte
que padecerás de nervios;
sino que al ver á mi hija
te vas á poner contento
al pensar que ya muy breve

has de ser su compañero.
FEDERICO. (Aparte.) Estoy aquí como un tonto
y seguir así no debo.
(Alto.) Don Braulio.
D. BRAULIO. Qué, capitán?
Perdone usted, vine ciego,
no le habia reparado.
FEDERICO. Oh! no se apure por eso;
pero dígame: Clotilde
no le dió conocimiento
de un recado que envié?
D. BRAULIO. Sí señor, ya lo recuerdo:
me dijo que usted queria
hablar conmigo: ¿no es eso?
FEDERICO. Precisamente: Clotilde
y yo ha tiempo nos queremos,
así casarme con ella
muy pronto, Don Braulio, pienso,
y espero que á tal enlace
no le ponga impedimento.
D. BRAULIO. Usted muy tarde ha llegado,
ya otra cosa aquí se ha hecho:
si yo lo hubiera sabido......
pero ya...... mucho lo siento,
y no puedo remediarlo.
FEDERICO. Yo remediarlo sí puedo.
D. BRAULIO. De qué modo?
FEDERICO. Lo que quiere,
Don Braulio, no puede hacerlo:
yo me caso con Clotilde,
aunque se oponga el infierno.
D. BRAULIO. Usted, capitán, me falta.
FEDERICO. Yo, Don Braulio, no le ofendo.
D. BRAULIO. Sí, pues quiere despojarme
de los más justos derechos:
yo soy padre de Clotilde.
FEDERICO. Yo amores con ella llevo,
y nadie autoriza á un padre,

como quiere usted sereno,
á ser de un hijo verdugo.

D. Braulio. Yo mucho á Clotilde quiero,
y advierta que me calumnia,
capitán, con sus conceptos.

Federico. Don Braulio, lo que le he dicho
nuevamente lo sostengo:
usted quiere que su hija
se case con un *mostrenco*
porque de una gran fortuna
ha de ser el heredero;
mas no advierte que su padre
lleva siempre en sí un veneno
con el que mata á la esposa
que lo acepta sin remedio;
que á siete ya ha despachado,
y á la octava está dispuesto,
porque aquel que un cesto hace
fácilmente hará hasta ciento;
éste no hizo un cesto solo,
que lleva ya siete cestos,
y el hijo por ley precisa
ha de seguir ese ejemplo,
pues tiene la misma sangre,
y sin duda igual veneno.
Por otra parte, su hija,
Don Braulio, no ha de quererlo;
ni siquiera lo conoce,
ni lo ha visto por lo menos,
y ni sabe qué gallina
puso, Don Braulio, ese huevo;
así á la pobre Clotilde
sacrifica con su intento,
cuando ya que lleva amores
conmigo le he descubierto,
y se vuelve usted verdugo
de su hija por unos pesos.

Justo. Pues oígame usted, Don Braulio:

tampoco el señor es bueno. (Señalando á Federico.)
Oh! Dios libre que su hija
se case con un guerrero
que lleva sangre de tigre
y siempre la tiene hirviendo,
y por quítame esa paja
lo llama á usted al terreno
donde sólo se ventilan
otros asuntos mas serios.
Tan sólo porque aquí vine
y no me marché corriendo,
sépalo usted que conmigo
la quiso emprender primero;
y después, cual ya se sabe,
embiste al futuro suegro
tan sólo porque no quiere
acceder á sus deseos,
y mañana con la novia,
si es que no le da dos besos,
también querrá que en el campo
mida con él el acero.
Por lo demás él no sabe
si es que yo veneno llevo,
que lo contrario he probado
cuando él habla tan sereno;
pues si un veneno portara,
la historia que á usted le ha hecho
marchado hubiera sin duda
á contársela á su abuelo.

FEDERICO. (Colérico.) Calle usted, si no, le obligo
á que mida con su cuerpo
la tierra que está pisando.

JUSTO. No la mediré, me niego
á todo lo que usted mande,
y ahora tengo un compañero,
(Señalando á Don Braulio.)

FEDERICO. (Desenvainando la espada molesto.)
Veremos si usted prosigue

burlándose así tan fresco.
JUSTO. (Con sarcasmo.) Vamos, capitán, envaine,
que no estamos para juegos.
FEDERICO. (Desesperado y encaminándose á Justo.)
Este es un hombre insufrible,
Voy á quitarlo del medio.
JUSTO. (Cubriéndose con el cuerpo de Don Braulio.)
Yo le evitaré el trabajo,
hácia á un lado ya me encuentro.

(Federico tratará de alcanzar á Justo, y éste girará al rededor de D. Braulio escudándose siempre con su cuerpo.)

FEDERICO. Espérese usted, babieca.
JUSTO. Yo sé huir de los revuelos.
D. BRAULIO. (Queriendo separarse.) Pero vamos, por la Vírgen!
señores, por Dios, qué es esto?
FEDERICO. Echese fuera el cobarde.
JUSTO. Qué me eche fuera? No quiero.
D. BRAULIO. (Haciendo esfuerzos por separarse.)
Tranquilícense, señores.
Justo! capitán!
FEDERICO. Infierno!
Este es un hombre atrevido,
y soportarlo no debo.
JUSTO. Amigo, usted se equivoca,
yo soy como Dios me ha hecho.
D. BRAULIO. (Gritando.) Y á mí me tienen en jaque;
que me tumban, vamos, quedos.

ESCENA VIII.

FEDERICO, JUSTO, D. BRAULIO, CLOTILDE intranquila.

CLOTILDE. Oh qué es esto? Federico
y mi padre, qué gran susto,
con un hombre!
FEDERICO. (Colérico.) No, un borrico!......
JUSTO. (Con acciones demostrativas.) No, señorita, con Justo
que se pone á vuestros piés.

CLOTILDE. (A Federico.) Y qué, yo no valgo nada?
JUSTO. (Aparte.) Qué bella la niña es;
pero perdí la tajada!......
FEDERICO. (Envainando la espada.) Tú eres, Clotilde, mi estrella,
y todo ya terminó.
D. BRAULIO. (A Justo.) Qué te parece?
JUSTO. (A D. Braulio.) Es muy bella;
mas ya al capitán oyó.
D. BRAULIO. (A Justo.) Eso no te dé cuidado,
ya lo arreglaré; verás.
(Alto á Federico.) Capitán, usté ha faltado
y aquí no lo admito más.
CLOTILDE (En tono suplicante y abrazando á D. Braulio.) Padre mio!...
D. BRAULIO. Estate queda,
no lo admito, ya lo he dicho.
FEDERICO. Y usted quiere que ella acceda
solamente á su capricho?
D. BRAULIO. (Con carácter.) Soy su padre.
FEDERICO. Bien ¿y qué?
yo su amante, á Dios le plugo,
y así arrancarla sabré
de las manos del verdugo.
Me marcho, Don Braulio, adios
ya que usted me ha despedido:
veremos cual de los dos
es vencedor ó vencido.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.

ESCENA I.

D. BRAULIO, JUSTO.

D. BRAULIO. Vamos, Justo, estás contento?
JUSTO. Yo contento? No señor,
que ocupa su pensamiento
otro amor.
D. BRAULIO. Poco á poco iremos lejos.
JUSTO. Oh! yo nunca alcanzaré
que á mí lleguen los reflejos
de su fé.
En medio de mis dolores
nunca he podido encontrar
quien calme con sus amores
mi pesar.
Y le aseguro que vivo,
señor, con tanto vaivén,
porque tengo un genio altivo
por mi bien.
Portéme así de este modo
cuando los males sentí,
pues me he burlado de todo
lo que ví.
Que los males de esta vida
aunque pesares nos dan,

despues que causan su herida
ya se van.
Y el hombre que en su carrera
tales cosas comprendió,
de todo á la igual manera
se burló.
Pues van y vienen los males
y se tienen que cansar,
y cual los bienes iguales
se han de hallar.
Y por eso no me apuro
aunque un mal aquí encontré,
que el bien después muy seguro
lo hallaré.
Así conmigo sostenga
al frente de una maldad:
no hay mal que por bien no venga;
y es verdad.

D. Braulio. Te expresas de una manera
que das mucho que decir.

Justo. Oh! yo otra cosa quisiera
referir.
Mas hablo por la experiencia
que á hablar así me enseñó,
pues del mal la consecuencia
sentí yo.
Y después sin esperarlo,
tras el mal, señor, también
áun sin llegar á pensarlo
sentí el bien.
Pues los males y los bienes
las manos, señor, se dan
porque en continuos vaivenes
siempre están.
Y por eso el alma espera
trás el mal el bien hallar,
y así no le desespera
el pesar.

Que si en vez de la alegría
angustias sólo sentí;
mañana será otro dia
para mi.
Y si he venido á casarme
y no encuentro á quien amar,
haré bien en consolarme
con marchar.

D. BRAULIO. Oh no! Justo, te prometo
que Clotilde te amará.

JUSTO. Señor, y el otro sujeto?

D. BRAULIO. No vendrá.

JUSTO. Ca! D. Braulio, se equivoca,
él ya mucho adelantó,
y si es que usted lo sofoca,
pago yo.
Porque la sigue conmigo
cual ya la llegó á emprender,
que en mí sólo á su enemigo
quiso ver.
Y cree que está el remedio
para conseguir su fin
en quitarme á mí del medio:
hombre ruin.

D. BRAULIO. No temas por eso, Justo,
lo que yo quiero se hará,
y mi hija por darme gusto
te amará.

JUSTO. Yo, D. Braulio, no lo creo;
mas si llega á ser así,
al *nene* furioso veo
sobre mí.
Y tal conducta no alabo,
pues temo que Barrabás
venga aquí á meter su rabo,
y algo más.
Pues usted muy bien comprende
que hay en esto su temor,

pues es amor que se vende
falso amor.
Y no cabe duda alguna:
donde existe falsedad
es fácil que se reuna
la maldad.
Ellos son amigos viejos
y pueden hacer traición,
y á mí me da sus consejos
la razón.
Y como el alma lo anhela
yo los debo de tomar:
D. Braulio, con la candela
no jugar.

D. Braulio. Te preocupas demasiado.

Justo. Lo contrario pienso yo,
y todo el que así ha pensado
acertó.

D. Braulio. Tú verás como Clotilde
accede á mi voluntad,
pues conmigo siempre humilde
fué en verdad.

Justo. Mas yo quiero lo contrario:
que de ella nazca el amor,
porque en amor voluntario
no hay temor.
Y no que en mi matrimonio,
cuando yo la quiera más,
se me presente el demonio
por detrás.
Yo quiero paz y concordia
cuando me vaya á casar,
y no un tercero en discordia
encontrar.

D. Braulio. Si ya el tercero no existe
porque yo lo despedí;

Justo. Don Braulio, verlo es más triste
tras de mí.

Pues muchas cosas resultan
al mediar la oposición;
y las cosas que se ocultan
malas son.
No quiero jugar con fuego
porque quemarme podré,
y el amor, D. Braulio, es ciego,
cual se ve.
Siempre existe aquí un tercero,
y así le digo en verdad
que al casarme yo no quiero
sociedad.
A mí, pues, no me conviene,
Don Braulio, casarme así;
pero Clotilde ya viene
por allí.

D. BRAULIO. Déjala, Justo, conmigo
en completa libertad,
y verás que lo que digo
es verdad.

ESCENA II.

D. BRAULIO, JUSTO, CLOTILDE.

D. BRAULIO. (Viendo entrar á su hija.) Clotilde, ya estás dispuesta
á darle gusto á tu padre?

CLOTILDE. (Con humildad.) Muchos esfuerzos he hecho,
mas no puedo dominarme.

D. BRAULIO. Un gran daño me ocasionas,
hija mia, con negarte,
y con este antecedente
piensa, niña, lo que haces:
tal vez con tu negativa
me origines mil pesares,
tal vez abrevies mis años,
tal vez me ocasiones males.

y me lleves al sepulcro
quedándote así sin padre.

CLOTILDE. (Con angustia.) Pero, señor, si no puedo
de Federico olvidarme,
cómo voy á complacerle?
Decir *sí* sería engañarle.

JUSTO. Si así te expresas de novia
qué será cuando te cases?

D. BRAULIO. Y *no*, decir, hija mia,
en verdad sería matarme.

CLOTILDE. (Con afliccion.) Este es un gran compromiso:
yo no puedo gusto darle,
el corazon se me niega
y al violentarlo no late:
no me obligue, padre mio,
á que cediendo le engañe,
que yo he sido siempre humilde,
y hoy no quiero disgustarle.

JUSTO. (Aparte.) Bien se defiende la chica
de su padre en el combate,

D. BRAULIO. Pero sí quieres, Clotilde,
de seguro muerte darme.

CLOTILDE. (Como atribulada.) ¡Ay, Dios mio, soy perdida
como aquí tú no me ampares.
(Volviéndose á D. Braulio.)
Y qué quiere usted que haga?

D. BRAULIO. (Señalando á Justo.) Con este jóven casarte.

CLOTILDE. (Compungida.) Si no le tengo cariño,
y el otro me satisface:
qué he de hacer en esto? diga.

D. BRAULIO. Qué has de hacer? tú bien lo sabes.
Un esfuercito, Clotilde,
y Dios tal vez te lo pague,
pues Dios á los hijos premia
que gusto dan á sus padres.

CLOTILDE. (Afligida.) Mucho usted me compromete,
y es esto precipitarme.

D. BRAULIO. Pues bien, de dos sacrificios

elige el que más te agrade;
ó tu cariño forzado,
ó la muerte de tu padre:
el primero al tiempo cede,
porque amor que en sí no nace
lo engendra sin duda alguna
aquel que en él es constante;
pero el segundo es eterno
pues su mal no se deshace.
Me llevarás al sepulcro
si no cedes de tu parte,
y negros remordimientos
tal vez siempre te acompañen,
oyendo mis maldiciones
por donde quiera que pases,
que repetirán sin duda
en el espacio los aires,
en su murmullo las fuentes,
en sus quejidos las aves,
y cuando tiemblen las plantas
al sacudir sus ramajes.

CLOTILDE. (Cayendo de rodillas á los pies de D. Braulio.)
No prosiga, padre mio,
que mucho daño me hace.

D. BRAULIO. (Tendiéndole las manos.) No es esto lo que yo quiero:
vamos, Clotilde, levántate, (Clotilde se pone de pié.)
que de este negocio, hijita,
tú sola tienes las llaves.

JUSTO. (Aparte.) La muchacha me da pena,
pero el viejo es un tunante.

CLOTILDE. Oh no! confusa me encuentro,
y no sé qué contestarle.

D. BRAULIO. (Con firmeza.) La cuestion es decisiva,
está de más cuanto hables:
(Señalando á Justo.) el señor aquí ha venido
tan sólo para casarse,
y yo le ofrecí tu mano
creyendo humilde encontrarte.

(Se aproxima á ella y le agrega aparte.)
Ya sabes que es conveniente
el no perder este enlace,
porque me encuentro afligido,
y con él es muy probable
que cesen mis aflicciones
y que terminen mis males;
con que mira bien, Clotilde,
lo que en este asunto haces.

CLOTILDE. (Confusa y como queriéndose decidir.)
Bien, padre...... pero, Dios mio!
éste si que es triste lance!

D. BRAULIO. Vamos, hija, no seas boba;
Clotilde, este obsequio hazme.

CLOTILDE. (Llorosa.) Bien, padre...... Qué sacrificio!
Yo lo pensaré más tarde.

D. BRAULIO. Ah! vamos, así indecisa
la muerte quieres causarme:
mil reflexiones te he hecho
que no son de despreciarse,
y aún te paras en pelillos
que nada, Clotilde, valen.

CLOTILDE. (Aparte á D. Braulio angustiada.)
Si este jóven no me inspira
y nunca podré yo amarle;
¿por qué, padre, así me angustia?
Es esto un asunto grave.

D. BRAULIO. Haz, hija, la diligencia
por consolar á tu padre:
todo está en que tú te obligues,
Clotilde, á sacrificarte
para evitar de este modo
que sucedan otros males:
ya verás si te decides
como, hijita, me complaces
prolongando así mis dias,
destruyendo mis pesares;
y el amor lo sentirás

sin duda cuando lo trates,
que el trato engendra cariño,
con cariño amor se hace,
y mucho conseguiremos
si algo pones de tu parte;
así pues, para que empieces
yo voy, Clotilde, á marcharme:
te dejo con él á solas,
sus obsequios no rechaces,
y verás que en poco tiempo
vas á acabar por amarle.
(Aparte á Justo al salir.) Trabaja tú la partida.

JUSTO. (Irónico.) El diablo que la trabaje.

ESCENA III.

JUSTO, CLOTILDE.

CLOTILDE. (Volviéndole la espalda á Justo.)
Qué cosas tiene mi padre!
le quisiera obedecer,
pero yo no sé que hacer.
Ah! si viviera mi madre!......

JUSTO. (Aparte.) Y la muchacha es bonita
cual una flor encantada;
mas se encuentra avergonzada;
vamos á ver.
(Dirigiéndose á Clotilde con galantería.) Señorita!......

CLOTILDE. (Volviéndose á él con esquivez.)
¿Qué me quiere usted decir?

JUSTO. (Con amabilidad.) Lo que su padre le ha dicho.

CLOTILDE. (Con disgusto.) Mi padre tiene un capricho
que yo no puedo seguir.

JUSTO. Así ya lo he comprendido,
yo de usted no exijo nada;
tocaré mi retirada
y me iré como he venido.

Y si es que quiero admitir,
dispuesto á servirla estoy.

CLOTILDE. (Con indiferencia.) Oh! yo las gracias le doy.

JUSTO. No lo digo por decir:
puedo darle mis consejos
que le han de salir muy bien,
porque estas cosas se ven
mucho mejor desde lejos.
Pues si llover se le antoja
ya se sabe, que es un hecho,
que aquel que está bajo techo
de seguro no se moja.
Yo he sido aquí su amador,
y aunque su amado no sea,
usted por eso no crea
que á mí me ciega el amor.
A servirla así me obligo
pues si su amante no soy,
yo me ofrezco desde hoy
á ser, Clotilde, su amigo.
(Clotilde hace un gesto de desagrado, y Justo agrega:)
No hay nada de falsedad,
descubro á usted mi interior,
que donde acaba el amor
puede empezar la amistad.
Y si usted quiere, al presente
podemos calmarlo todo.

CLOTILDE. (Manifestando algun interés.)
Dígame usted de qué modo?

JUSTO. Amándonos falsamente.

CLOTILDE. (Indignada.) ¿Serio usted me lo propone?

JUSTO. Oh! sí, tenga en mí confianza:
con esto mucho se avanza,
y en nada á su amor se opone.
Porque en nada la gravita,
y aunque mucho no le cuadre,
engañando irá á su padre
ese amor *de mentirita*.

Y así cuajándose vá,
señorita, el otro asunto,
hasta conseguir el punto
que usted tanto deseará.

CLOTILDE. (Con desagrado.) Usted con su plan me aterra,
y admitir no me es posible.

JUSTO. Sepa usted que áun lo visible
en sí secretos encierra.
Y si á lo contrario aspira
se hace usted un grave daño,
que en todo existe el engaño:
Clotilde, todo es mentira.
Y si sólo se concreta
á hacer lo que se le exija,
dó quiera que se dirija
verá el mundo con careta.
Así no le quede duda:
la misma naturaleza
la asombra con su belleza,
y en pocas horas se muda:
y si vuelven á asomar
sus encantos con el dia,
es tan sólo, amiga mia,
para volverla á engañar.
Que rompe Febo su broche
y esparce sus rayos bellos
para ocultar sus destellos
tras el manto de la noche.
Y en bello jardin asoma
una flor que á amar incita,
que á poco se vé marchita
deshojada y sin aroma.
Se siente la brisa suave,
se escucha del ave el canto,
y á poco cesa el encanto
de la brisa con el ave.
En botón de rosa abierto
fué á libar la mariposa;

después se vé que la rosa
y la mariposa han muerto.
Aun nosotros que sentimos
el orgullo de los hombres
y disputamos los nombres,
ya mañana no existimos.
Así en todas las edades
se advierte el dolor profundo
porque se presenta el mundo
vestido de falsedades.
Y por eso de este modo
no existe en mi plan error:
búrlese usted del amor
cual yo me burlo de todo.

CLOTILDE. (Con desagrado.) Pero es una vil hazaña
proceder con tal traición.

JUSTO. Clotilde, con su perdon,
su padre también la engaña.
Yo á sus planes no me asocio,
los observo desde lejos,
porque al darle sus consejos
va tan sólo á su negocio;
y angustiada á usted la tiene
y la llena de pavor,
obligándola á un amor
que á él tan sólo le conviene.
Yo de todo soy testigo,
pero que acceda no espere,
que advierto que él es quien quiere
así casarse conmigo.
La esperanza lo conforta
de alcanzar lo que pretende,
y á usted, Clotilde, la vende,
lo demás poco le importa.
Permítame que lo llame
cual sólo llamarse puede,
porque quien así procede
es, Clotilde, un padre infame.

CLOTILDE. (Interrumpiéndole.) Basta ya, señor, no siga
que mucho me ofende, acabe.

JUSTO. ¡Ay, Clotilde, usted no sabe
á lo que el hombre se obliga!

CLOTILDE. (Disgustada.) Yo no puedo continuar
escuchándolo por Dios,
me marcho.

JUSTO. (Viéndola retirarse, irónicamente y con señales demostrativas.)
Clotilde, adiós,
que pueda consuelo hallar.

ESCENA IV.

JUSTO.

Vete, sí, niña inocente,
si tus horas he turbado,
ya que no tienes pasado
donde estudiar el presente.
Aún te falta la experiencia
para ver que yo me fundo
al decir que en este mundo
se ha perdido la conciencia.
De circunstancias dependen
áun las cuestiones de honor,
que en el mundo engañador
hasta los hombres se venden.
Y se proclama el progreso
en un mundo que es avaro,
cuando hay quien con gran descaro
á un hombre prefiere un peso.
No voy errado en mi juicio
pues veo que con desdoro
pone un padre por el oro
á su hija en un precipicio;
y agrava su situación
con una apacible calma

dándole penas al alma
y angustias al corazón.
Y del sol á viva lumbre
querrá contar su caudal,
imitando al animal
esclavo de su costumbre.
Pero luego será nada,
al sepulcro bajará
y su caudal dejará
debajo de la almohada.
Y vendrán sin duda alguna,
haciendo papel de amigos,
los que fueron enemigos
á gozar de su fortuna.
Y con ella acabarán,
porque es ley entre nacidos
que los pesos bien habidos
como vinieron se van.

ESCENA V.

JUSTO, FEDERICO.

FEDERICO. Me alegro de hallarle solo.
JUSTO. Ya no somos enemigos
y á servirle estoy dispuesto,
pues á Clotilde le he dicho
que aunque su padre la obligue
á que me quiera, no admito
que sólo por darle gusto
se someta á un sacrificio;
yo no quiero que se case
conmigo por compromiso,
pues no ha de haber matrimonio
donde no existe cariño.
Así tan sólo llamado
por D. Braulio aquí he venido,

pero anhelo ya marcharme
al ver que nada consigo.
Yo culpa ninguna tengo,
señor, de lo sucedido,
usted lo sabe muy bien,
lo sabemos mejor dicho,
y con razón lo deploro
ya que así engañado he sido,
porque al lado de mi padre
me encontraba muy tranquilo,
y á no llamarme Don Braulio
allí estuviera, lo afirmo,
y ni usted me conociera,
ni yo á usted le hubiera visto.

Federico. Pero las cuentas antiguas
pendientes están, mi amigo.

Justo. Aquello no vale nada;
¿qué cuentas de Dios bendito?
Si usted, capitán, se acuerda,
yo todo lo dí al olvido:
lo que sólo anhelo ahora
es emprender mi camino
y verme pronto en mi casa
porque á otra cosa no aspiro,
y á usted nuevamenteo ofrezco
mis inútiles servicios,
y si quisiere aceptarlos
con voluntad se los brindo,
como también á Clotilde
ya se los tengo ofrecidos,
pues crea que disputarle
no pretendo aquí su sitio:
si San Pedro se lo ha dado
por San Pedro sea bendito.
Reitérole pues la ayuda,
capitán, que ya le he dicho,
pues estoy desencantado
del mundo y su laberinto;

yo quiero morir soltero
y no llenarme de hijos
que con frecuentes disgustos
interrumpan mi camino;
el hombre que vive solo
libre está de compromisos;
mas dejemos esto aparte:
¿acepta usted lo ofrecido?

FEDERICO. Mucho su oferta agradezco
y le acepto como amigo
que ya mis dificultades
redujéronse á un comino,
y después que le he escuchado,
aún con mas razón lo afirmo:
Ayer me encontraba pobre,
pero hoy ya me encuentro rico,
pues soy dueño de una herencia
que el cielo me ha concedido
para llenarme de gozo
con tan grande beneficio
en estos graves momentos,
tan oportunos y críticos,
y con este antecedente
ya he pedido mi retiro
porque quiero que al casarme
estemos todos tranquilos
y sin hallarme sujeto
á los lances del servicio.

JUSTO. Pues ya todo está arreglado
y usted vencedor ha sido.
Cuando esto Don Braulio sepa
ya no será tan esquivo,
y mucho más si le agrego
lo que hacer le he prometido.

FEDERICO. Ayer pensaba otra cosa,
y era llamarlo á capítulo,
y amparado por las leyes
al juez pedirle su auxilio;

pero hoy todo ya ha variado
y en paz aquí me dirijo,
pues ya de su oposición
han cesado los motivos.

JUSTO. Iré á abreviar el asunto,
pues todo voy á decirlo
á Clotilde y á Don Braulio,
y aquí aguarde usted tranquilo
el pláceme de su herencia.

FEDERICO. Doy gracia á tal beneficio,
y ya que asi lo pretende,
vaya usted, yo le autorizo.

ESCENA VI.

FEDERICO.

Oh sí, yo vengo pacífico
á hablar á ese padre indómito,
que los conyugales vínculos
estoy pronto á contraer.
He vencido los obstáculos
que le hacian tan estúpido,
por los cuales no fué esplícito
cual debió conmigo ser.
Pues anduvo con preámbulos
y fué en su plan impertérrito
porque entraba así en sus cálculos
un tesoro manejar.
Y á Clotilde en lances críticos
llegó á ponerla sin límites,
pero yo vengo solícito
los lances á terminar.
Yá puedo mostrarme pórdigo
y áun ser á su vista espléndido
para llenarlo de júbilo
del oro con su valor.

Se ha evitado una catástrofe.
Oh! Dios se lo pague al prójimo
que con su fortuna próspera
ha enriquecido mi amor!
Pues vino como un relámpago
á darle un felice término
á un asunto que ridículo
pudo acaso serme á mí.
Ya puedo impulsar su estímulo
y se vá á quedar atónito
al mirar como al pináculo
tan prontamente subí.
(Pausa.) Ese jóven tiene mérito,
porque en este mundo pícaro
siempre se muestra romántica
la viciosa juventud.
Mas él ha encontrado ilícito
el plan de ese viejo rústico,
y marchó como frenético
á ejercer una virtud.

ESCENA VII.

FEDERICO, CLOTILDE.

CLOTILDE. (Entrando precipitada.) Federico, el cielo santo
parece que me ha atendido,
y de este modo he podido
enjugar mi acerbo llanto.
FEDERICO. ¿Qué nuevas me traes, hermosa,
que alegran mi corazón?
CLOTILDE. Ya varió la situación
para mí tan enojosa.
El jóven que aquí ha venido
á casarse, se ha negado,
y á tu favor se ha inclinado
y á mi padre ha convencido.

El al pronto se negaba
á lo que el jóven decía,
más luego ví que accedia
y que la razón le daba.
Mas tambien decir le oí
que en la sala habias quedado,
y hablando los he dejado
por venir á verte aquí.

FEDERICO. Sí, á Justo le dí instrucción
para que á tu padre viese
y al corriente lo pusiese
de mi nueva situación,
que ya es risueña por cierto.

CLOTILDE. ¿Qué me dices, Federico?

FEDERICO. Clotilde, que ya soy rico
porque mi pariente ha muerto.
Y al ser de la herencia dueño,
vine á darte la noticia
satisfactoria, propicia,
Clotilde, para mi empeño.
Y hallándome en aptitud,
tan sólo á tu mano aspiro,
y he pedido mi retiro
por tener más amplitud.
Ya á nuestro enlace, querida,
tu padre no se opondrá,
y Federico estará
junto á tí toda su vida.
Se realizó mi deseo,
yo nunca más pretendí,
porque estando junto á tí,
Clotilde, feliz me creo.
En tí mi todo se encierra,
mis amores, mi tesoro,
pues tú vales más que el oro
que existe en toda la tierra.
Yo pensaba castigar
de tu padre la avaricia,

esperando en la justicia
amparo seguro hallar.
Más viéndome ya heredero
de una fortuna valiosa,
antes de hacer otra cosa
este paso dí primero;
y abrigando una esperanza
aquí, Clotilde, llegué
y á ese jóven encontré
que ya me inspiró confianza.
Y no tuve inconveniente
de confiarle una misión
que con toda precisión
ha cumplido exactamente.
Pues cuando con él hablé
comprendí que me decia
lo que en su interior sentia
cual hombre de buena fé.

CLOTILDE. Oh sí, es cierto lo que has dicho;
y temible llegó á hacerse,
pués no quiso someterse
de mi padre á su capricho.
Y siempre por tí abogó
como si fuese tu amigo,
mas de mi padre enemigo,
Federico, se mostró,
pues expresarse le oí,
de un modo tan enojoso,
que por mi padre fué odioso,
mas simpático por tí.
Como á tal lo considero,
y así puedo asegurarte
que le odio por una parte,
pero por otra le quiero.

FEDERICO. El conmigo se ha expresado
como un hombre consecuente,
y se queja solamente
de haberse visto engañado.

CLOTILDE. Pero á mi padre lo acusa
de un modo tan fuerte y duro
que yo en verdad te aseguro
que me ha dejado confusa.

FEDERICO. De todo, Clotilde, tiene
tu mismo padre la culpa;
en el jóven hay disculpa.

CLOTILDE. Mi cariño no se aviene
las ofensas á escuchar
que á mí padre se dirigen,
pues, aunque justas, me afligen
y las debo rechazar.
Así es que marché enojada
cuando á mi padre le hacia
los cargos con que queria
dejar mi mente turbada.
Pues aunque tenga razón
para ennegrecer su historia
yo la traigo á mi memoria
á impulsos del corazón.
En su cariño yo creo,
y si me llega á mentir,
Federico, así vivir
en ese engaño deseo.

FEDERICO. Siempre cual ángel te ví,
y de ello te recomiendas;
es justo que así te ofendas:
pero tu padre está aquí.

ESCENA VIII.

FEDERICO, CLOTILDE, D. BRAULIO, JUSTO.

D. BRAULIO. (Entrando.) Ya has podido convencerme
y vengo dispuesto á todo;
si es cierto lo que me has dicho
no les serviré de estorbo,

y así que las pruebas vea
se efectuará el matrimonio
sin ningun inconveniente.

JUSTO. (Señalando á Federico.) Ahora hablar le toca al otro,
yo he cumplido ya mi encargo
y una mordaza me pongo.

FEDERICO. D. Braulio, dispuesto estaba
á proceder de otro modo,
pero Dios me ha protegido
con su auxilio poderoso,
y dueño de una fortuna
otra cosa me propongo.
Hoy en buena paz deseo
ser de Clotilde el esposo,
segun otra vez lo he dicho,
y ya esperámos su apoyo:
de este modo de pensar
ella y yo, D. Braulio, somos,
(Señalando á Justo.) y este jóven que aquí vino
á contraer matrimonio,
como ha podido informarse
prácticamente de todo,
retira sus pretensiones,
y yo me he quedado solo.
Yo ayer bienes no contaba,
hoy me encuentro poderoso
segun este documento
que ante su vista le pongo, (Le entrega un papel.)
y si á usted le satisface,
lo pasado le perdono,
y prometo desde luego
casarme, D. Braulio, pronto.

JUSTO. (Aparte.) Es preciso que unos mueran
para que vivan los otros.

D. BRAULIO. (Devolviendo á Federico el papel que le entregó, despues de examinarlo.) Capitán, usted perdone,
yo á ese enlace no me opongo,
y menos después que Justo

me habló sin ningun embozo,
que fuera de compromiso
por él mismo me coloco,
y así me disculpará
con su padre de tal modo:
pueden ustedes quererse
y abreviar el matrimonio.

CLOTILDE. (Precipitándose hácia D. Braulio y abrazándolo.)
Gracias, gracias, padre mio.

JUSTO. (Aparte.) Bien hace el papel de zorro
este viejo *marrullero*.

FEDERICO. (Con alegría.) Clotilde, ya soy dichoso.

CLOTILDE. (De igual modo.) Yo también me creo feliz.

D. BRAULIO. (Con demostraciones.) Y yo los bendigo á todos.

JUSTO. Y yo que no debo hacer,
señores, papel de bobo,
voy á tomar mi equipaje
y me ausento como un soplo;
lo demás es tontería,
y yo nunca he sido tonto.

FEDERICO. No señor, usted se queda
para ver el matrimonio.

JUSTO. ¿Quedarme tan solamente
para ver lo que no toco
donde he sido ya aspirante?
A eso sí no me acomodo.

FEDERICO. No se quede usted á medias,
amigo, porque nosotros
esperamos que este asunto
lo termine ya de un todo:
nos hace falta un padrino,
y yo á usted le doy mi voto.

D. BRAULIO. Es una elección muy buena,
y yo la apruebo gustoso.

CLOTILDE. Yo también agradecida
la elección contenta apoyo.

JUSTO. Ahora sí que me presentan
un compromiso de á folio.

Yo padrino? Dios me ampare,
cuándo me he visto tan gordo!....
Señores, á la verdad
no entiendo de estos negocios;
no á tanto me comprometan
ya que al fin me puse *el gorro*.

D. BRAULIO. No te queda más remedio,
unánimes son los votos.

FEDERICO. No aceptar es un desaire.

CLOTILDE. Sí, yo como tal lo tomo.

JUSTO. Qué he de hacer? el hombre á veces
se ve convertido en mono.
¿Y es este el premio que alcanzo?

D. BRAULIO. Verémos, Justo, si hay otro.

CLOTILDE. Ese yo lo buscaré
para brindarle consuelo,
y trás de mi gran anhelo
sabe Dios si lo hallaré;
y á quién me dirigiré
sino á un público ilustrado?
pues al ver esto variado
y que yo el trastorno causo,
suplico que dé un aplauso
al padrino inesperado.

FIN DEL SEGUNDO Y ULTIMO ACTO.

AZARES DE LA VIDA.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE



HABANA.

IMPRENTA "LA PRUEBA"
AMARGURA 77.
1882.

PERSONAJES.

D. Ramon.
D. Gerónimo.
Dª Paula.
Elena.
D. Ambrosio de la Encina.
Alfredo.
Gaspar.
Perfecto.

La escena pasa en la Habana. El primero y segundo acto en una tienda de flores, casa de D. Gerónimo, y el tercero en una posada.

ACTO PRIMERO.

Interior de una tienda de flores.

ESCENA I.

D. GERÓNIMO, D. RAMÓN.

D. GERÓNIMO. Nunca has dicho una verdad
tan fundada en la razón.

D. RAMÓN. Y quién le presta atención
á chismes de vecindad.
Hay hombre que se entretiene,
y tú mismo lo conoces,
en correr por gusto voces
de lo que á mientes le viene.
Que muchos pasan el año,
porque nada les arredra,
en tirar piedra tras piedra
y observar si hacen daño.
De tal modo se complacen
cuando al prójimo destrozan
calumniándole, y se gozan
al mirar el mal que hacen.

D. GERÓNIMO. La conciencia no les mueve?

D. RAMÓN. Conciencia?... Qué inteligencia
pudiera encontrar conciencia
en el siglo diez y nueve?...

D. GERÓNIMO. Pues qué, la fé se ha perdido
acaso ya en este mundo?
D. RAMÓN. No sé, mas mucho me fundo
al decir que está en olvido.
D. GERÓNIMO. Y entónces, ¿qué es de los hombres
que habitan en esta tierra?
D. RAMÓN. Uno á otro se hace guerra
por buscar los altos nombres;
y por ellos anhelantes
avanzan en tal concepto,
y se olvidan del precepto
de amar á sus semejantes.
Y todos así se ofenden
en el mundo, de tal modo
que incautos lo arrostran todo
por lograr lo que pretenden.
Y gritan con entusiasmo:
«Este siglo es del progreso;»
mas yo al contrario confieso
que es el siglo del...... sarcasmo!....
D. GERÓNIMO. Yo creo que te equivocas
al pensar de tal manera.
D. RAMON. Equivocarme quisiera,
mas mis frases no son locas,
se fundan en la razón,
en lo que constante vemos;
si así seguimos, iremos
á un caos sin dilación.
Ya no existe la verdad,
todos tratan de engañarse,
y esto ¿qué debe llamarse?
Progreso.... de la maldad.
¡Oh progreso pregonado
de nuestros padres ofensa,
si vivieran ellos, piensa
cual nos habrian juzgado!...
¿Dónde está la buena fe?
Se ha olvidado, como he dicho;

hoy acaso por capricho
en algun hombre se ve.

D. GERÓNIMO. Pero no podrás negar
que las ciencias adelantan?

D. RAMÓN. Eso muchos lo decantan;
mas es cosa singular
abrir del mundo la historia
y verla llena de nombres
de tantos célebres hombres
que eternizan su memoria,
y advertir que en nuestros dias
son aquellos tan contados
que por cien de los pasados
hoy uno acaso hallarias.
Amantes la ciencia adquiere
que se afanan por seguirla,
mas quien llega á conseguirla
en su misma cuna muere.

D. GERÓNIMO. Y esta triste situación
en qué consiste?

D. RAMON. Te digo
que creo que es un castigo
de nuestra generación:
que en estos dias nosotros
por conseguir nuestro intento
sin ningun detenimiento
atropellamos á otros;
y anhelantes de la gloria
ó de bienes de fortuna,
manchamos una por una
las páginas de la historia.
Que al hombre no le detiene
el mal que puede causar
su medio para alcanzar
lo que cree que le conviene;
y al infelice contento
le ofrece su protección;
poro es buscando ocasión

de algun criminal intento.
No así en los tiempos benditos
de nuestros padres ó abuelos,
cuyos fervientes desvelos
eran borrar los delitos;
que en esos dias lejanos
los hombres con buenos modos
se trataban, porque todos
se querian como hermanos;
y el gran precepto cumpliendo
de amar á sus semejantes
marchaban todos constantes
al prójimo bien haciendo.
Hoy el que al bien se dedica
rara vez halla un segundo,
y esta es la marcha que el mundo
cada dia nos indica.
¡Cuántos degraciados gimen
esclavos del sinsabor
porque hallaron...... protector
que los lanzaron. .. al crímen....!
Y así adelanta la ciencia,
mas es en todos los males,
que por bienes materiales
se atropella la conciencia.

D. GERÓNIMO. No creo tengas razón
para expresarte tan mal
del mundo en lo general.

D. RAMÓN. No hay regla sin excepción;
mas yo nunca la encontré
en medio de mi camino,
porque siempre mi destino
contrario acérrimo fué.
Que muy conforme vivia
á pesar de mi pobreza,
porque el cielo en su grandeza
sus encantos me ofrecia.
Y cuando en él con anhelo

mi vista ~~pude~~ fijar llegó á
hallé que podia esperar
de mis males el consuelo.
Después necio mi confianza
puse en los hombres del mundo,
y sentí un dolor profundo
en mi pecho sin tardanza.
Si siempre dudado hubiera
tal vez no llorara tanto,
ni al amargo desencanto
tan entregado estuviera.
La vida me es hoy odiosa,
pues lucho con triste suerte
desde que la horrible muerte
se apoderó de mi esposa.
Que al dejarme aquella prenda
de nuestros amores fruto,
fué dejarme eterno luto
y una horrorosa contienda.
Que do quier que me dirija
me llevan con amargura
mi esposa á la sepultura
y á la demencia mi hija:
pues me causan sinsabor
las dos con desgracia cierta,
la primera se halla muerta,
la segunda sin honor.
Así he perdido la calma
y llevo profunda herida,
mi esposa me hirió en la vida
y mi hija me hirió en el alma.
De tal modo un mal eterno
me han producido las dos,
mi esposa yéndose á Dios
y mi hija yendo al infierno.

D. Gerónimo. Y no has podido adquirir
esperanzas de encontrarla?

D. Ramón. Me he cansado de buscarla,

nada pude conseguir.
Muy vano ha sido mi empeño;
lo más que pude lograr
fué mis males aumentar
con un lisonjero sueño
que no he visto realizado.

D. GERÓNIMO. Nunca conmigo contaste,
de mi amistad te olvidaste.

D. RAMON. Era tan triste mi estado
que ni aun de mí me ocupaba,
y al verme solo, abatido,
en confusiones perdido
á la muerte me lanzaba;
hoy lloro desconsolado
porque mi pobre memoria
no puede borrar la historia
de las penas que he pasado;
que del uno al otro polo
en vano mi hija busqué,
porque siempre me quedé
en el universo solo;
mas no paro mi carrera
aunque aumente mi sufrir,
y en su busca he de seguir
hasta que la encuentre ó muera.

D. GERÓNIMO. Conmigo cuenta.

D. RAMÓN. (Sin fijarse.) Y á fé
que el hallarla me prometo.

D. GERÓNIMO. Para conseguir tu objeto
constante te ayudaré.

D. RAMÓN. Y yo agradezco tu ayuda,
porque ya cansado estoy.

D. GERÓNIMO. Pues á dar principio voy;
pero me asiste una duda.

D. RAMÓN. Y es?

D. GERÓNIMO. Que no la recuerdo:
seis años podria tener
cuando la dejé de ver

si la memoria no pierdo;
pero no obstante, ten pausa
que Dios nos protegerá,
y al fin tu mal concluirá.

D. RAMÓN. Mientras exista la causa
no cesarán los efectos:
mis males son invencibles.

D. GERÓNIMO. Para Dios no hay imposibles
y para el hombre hay proyectos;
la hallarémos: qué! lo dudas?

D. RAMÓN. No...... pongo en ti mi esperanza.
Adios.

D. GERÓNIMO. Ramón, ten confianza
en Dios cuando á Dios acudas.

ESCENA II.

D. GERÓNIMO.

D. GERÓNIMO. Infeliz! Yo no sé como ha podido
soportar á la vez tantos dolores:
su suerte, que contraria siempre ha sido,
su camino sembró de sinsabores;
sufrió sin descansar, porque abatido
se vió por la desgracia y sus rigores,
y al pagar con sus penas el tributo
vistió su corazón de eterno luto.
Pobre Ramón!... Te compadezco, amigo:
sufriendo los embates de la suerte
en el mundo te hallaste sin abrigo
y á los bordes te viste de la muerte;
tú sólo de tu mal fuiste testigo,
que un consuelo jamás llegó á ofrecerte
ningun mortal en tu camino airado;
y esto siempre le espera al desgraciado.
A tu esposa, infeliz, morir la viste,
quedando sólo con tu hija amada;

mas luego de otro golpe herido fuiste:
tu hija se marchó de tu morada,
te abandona también, y quedas triste
llorando con el alma atribulada,
aislado en tu dolor, que es infinito;
eres pobre, y ser pobre es un delito.

ESCENA III.

D. GERÓNIMO, GASPAR.

GASPAR. (Entrando.) Ser pobre es una miseria.
D. GERÓNIMO. Calla, tonto, ¿quién te llama?
GASPAR. Está usted filosofando,
y eso tan sólo me basta
para dejar mis quehaceres
y meter aquí mi baza.
D. GERÓNIMO. Pues mira, vuelve tranquilo
á tus faenas.
GASPAR. Que malas
por cierto son, y al descanso
por lo regular me mandan.
D. GERÓNIMO. No lo haces de balde.
GASPAR. Ya
de balde nadie trabaja.
D. GERÓNIMO. Buen sueldo tienes, y buscas
á quien echarle tu carga.
GASPAR. No hago más que obedecer
á los impulsos del alma.
D. GERÓNIMO. Calla, necio, que tú ignoras
lo que es el alma, cachaza.
GASPAR. No es el niño tan idiota
á quien á algunos comparan;
el bien todos lo buscamos,
pero muy pocos lo hallan;
mas anhelosos los hombres
siempre se ponen en marcha

por alcanzarlo, y por ello
unos tras otros se engañan;
ya ve usted el fundamento
en que apoyo mis palabras.

D. GERÓNIMO. Pues mira que tienes lógica,
tus deducciones son raras.

GASPAR. No tanto como usted cree,
que razones no me faltan,
y van las pruebas: el cuerpo
sin el alma no hace nada;
luego siempre el hombre obra
por impulsos de su alma;
así hallo mal el castigo
de ahorcar á aquellos que matan,
que el cuerpo sufre la pena
y el alma en burlas se escapa,
siendo ésta la más culpable
de una accion tan reprobada:
cuando dos á un mal concurren
al fin el mas débil paga.

D. GERÓNIMO. Ya puedes ponerte al frente
de alguna cátedra.

GASPAR. Vaya,
como que el tiempo aprovecho,
y le sé sacar ventajas
leyendo buenos autores.

D. GERÓNIMO. Y abandonando la casa.

GASPAR. Eso no, que mis deberes
nunca los dejo por nada,
á menos que alguno quiera
suplir á gusto mi falta;
tonto de á folio seria
yo si no me aprovechara,
y es lección que siguen todos
si en quien recostarse hallan,
que hoy por mí susurra el vulgo,
y acaso por tí mañana.

D. GERÓNIMO. Eres un buen charlatan.

GASPAR. Pero de verdades claras
que algunos muy mal encuentran,
mas es porque son amargas;
yo soy de los que sostienen
«que el que la debe la paga,»
y le canto las verdades
hasta al lucero del alba;
y como estoy prevenido
nadie en el mundo me engaña.
Dígalo si nó la jóven
que vino á pedir posada
y le di su pasaporte.
D. GERÓNIMO. Qué jóven?
GASPAR. Una de tantas
que pululan por las calles
para ver á quien agarran,
pero en esta vez su tiro
le salió por la culata.
D. GERÓNIMO. Pero qué te dijo?
GASPAR. Tonta!....
que sin recursos se hallaba,
sin más ropa que la puesta
y hasta la calle arrojada,
donde ya la perseguian
para prenderla por vaga;
que era víctima infelice
de mil continuas desgracias;
que habia perdido á su esposo
y á su hijo, y que ignoraba
si aún era su padre vivo,
á quien buscaba con ansias.
D. GERÓNIMO. (Con interés.) Le preguntaste su nombre?
GASPAR. Para qué? No me importaba.
D. GERÓNIMO. (Id.) Y el de su padre?
GASPAR. Tampoco.
D. GERÓNIMO. (Id.) Qué rumbo tomó esa dama?
GASPAR. Tomó á...... la mano derecha
el camino de la plaza.

D. GERÓNIMO. (Aparte.) Dios mio, no queda duda,
es Elena.
GASPAR. Mucha gracia
le hacia cierto lunar
que sobre el labio asomaba.
D. GERÓNIMO. Entonces no me detengo,
y voy corriendo á buscarla. (Sale precipitado.)
GASPAR. (Gritando.) Don Gerónimo está loco,
no habrá quien lo coja...... ataja!

(Trata de salir en pos de D. Gerónimo, y se encuentra con Perfecto.)

ESCENA IV.

GASPAR, PERFECTO.

PERFECTO. Qué gritos son esos, hombre?
GASPAR. Qué está loco.
PERFECTO. Estrafalario!....
GASPAR. ¿Por qué me das ese nombre?
PERFECTO. Tú no ves que al vecindario
escandalizan tus gritos?
GASPAR. De él, Perfecto, y tu malicia
á mí *se me* dán tres pitos.
PERFECTO. Te gusta andar en justicia?
GASPAR. Es virtud recomendada
que al hombre deseo le sobre.
PERFECTO. En fin ¿qué sucede?
GASPAR. Nada,
que D. Gerónimo, el pobre,
salió corriendo hace poco.
PERFECTO. ¿Y qué admiración te causa?
GASPAR. Que eso sólo lo hace un loco.
PERFECTO. No te apresures, ten pausa,
GASPAR. Tenla tú, Perfecto, pues
yo sé lo que estoy hablando.
PERFECTO. De modo que loco es?
GASPAR. Todo el que corre gritando.

PERFECTO. Es penetrante tu vista,
ya necesitan *loqueros*
los vendedores de lista.

GASPAR. Y tambien los majaderos:
no pierdas tiempo, es preciso
que á Don Gerónimo veas.

PERFECTO. Y con qué fin?......

GASPAR. Indeciso
te quedas? Torpe no seas.
Qué! no has visto lo que pasa?
que se ha marchado corriendo
y con el traje de casa?

PERFECTO. Algun apuro......

GASPAR. Ya entiendo,
se habrá acaso enamorado.

PERFECTO. Gracioso fuera, por Dios,
que así olvidara su estado.

GASPAR. Bien, escoge de las dos:
ó enamorado ó demente,
así lo ha dado á entender
al salir tan de repente,
digo, en pos de una mujer.
No se explica de otro modo
esa inquietud que ha mostrado
al manifestarle todo
lo que con ella ha pasado.
Cayó el pájaro en la jaula:
y qué belen se le espera
con su esposa Doña Paula.
Infeliz, si lo supiera.........

PERFECTO. Pero no puedo entender
nada de eso que has hablado.

GASPAR. Pues oye, que vas á ver
que no estoy equivocado.
Cierta dama estuvo aquí
llorando como un chiquillo.

PERFECTO. Y á qué vino?

GASPAR. Como si

yo me mordiera el *colmillo*,
su historia me relató,
seguramente fingida,
y posada me pidió,
que era el fin de la partida;
y yo, que no soy tan tonto,
la tomé por un *anónimo*,
y la despaché muy pronto,
y lo conté á Don Gerónimo.

PERFECTO. Bien, y qué?

GASPAR. No le gustó
mi modo de obrar, y luego
mil cosas me preguntó
con mucho desasosiego:
y como ves, ha salido
gritando precipitado,
por lo cual he comprendido
que hay aquí gato encerrado.

PERFECTO. Qué dices? já! já!

GASPAR. Te ries
porque eres de los que ignoran.
Oh! nunca, bobo, te fies
de las mujeres que lloran.

PERFECTO. Por qué?

GASPAR. Por que todas, necio,
las que empiezan por llorar
con un solemne desprecio
al fin vienen á acabar;
y .... te lo digo muy serio:
las lágrimas de mujer
siempre traen algun misterio
como acabamos de ver.
Oh! yo nunca me equivoco,
repito lo ya sentado:
D. Gerónimo está loco
ó se encuentra enamorado.
Que es de la mujer, sospecha
mi razon, nadie se asombre,

cada lágrima una flecha
que vá al corazón del hombre.

PERFECTO. Pues si es cierto, punto en boca,
no te mezcles en cuestión
de aquello que no te toca.

GASPAR. Ni por un gallo capón:
que se lo lleve el demonio
con Doña Paula, pues luego
en paz queda el matrimonio
y yo infelice en el ~~juego~~; fuego
porque es ya costumbre añeja
que entre marido y mujer
tan sólo por una queja
la zarza ponen á arder,
y si llega, Dios loado,
á promediar un amigo,
ellos quedan......en su estado
y el tercero......de enemigo;
pero salgamos del paso,
miremos esto en qué pára,
vale más un por si acaso
que no luego un ¡quién pensara!......

PERFECTO. Y qué hacer?

GASPAR. Salir muy presto
de D. Gerónimo en pos,
no tenga algun fin funesto
y nos enrede á los dos.

PERFECTO. Pero qué enredo, por Cristo?
que él allá se las entienda.

GASPAR. No, que salir le hemos visto
y ambos somos de la tienda.

PERFECTO. Pero que acaso nosotros
debemos ser responsables
de las acciones de otros?

GASPAR. A ser de las evitables
no queda duda que sí:
D. Gerónimo ha marchado
en traje de estar aquí

y además desesperado,
y nosotros que le vimos
responsables nos haremos
si á auxiliarle no acudimos.

PERFECTO. Eso luego lo veremos,

GASPAR. (*Determinado.*) Pues bien yo á buscarlo iré
que tú eres, Perfecto, un máula.

PERFECTO. Y yo aquí me quedaré,
que ya viene Doña Paula.

ESCENA V.

PERFECTO, Dª PAULA. (*Con un cesto de flores.*)

Dª PAULA. Ya están las flores aquí,
ponlas, Perfecto, en la venta.

PERFECTO. Que mal vá, señora.

Dª PAULA. Si
el asunto sigue así
adios principal y venta.

PERFECTO. Todos pretenden tomar
los efectos al fiado
para luego no pagar.

Dª PAULA. Es necesario fijar
que la venta sea al contado.

PERFECTO. Se irán los marchantes todos
pues eso no les halaga.

Dª PAULA. Se atraerán con buenos modos,
que al fiado nadie paga
sino es volviendo los codos.
Están las cosas fatales
pues no nos entra ni un medio
y así nos combate el tedio;
es preciso que á estos males
póngamos algun remedio.

PERFECTO. Si todo el mundo está triste,
no hay quien sus créditos cobre.

D.ª PAULA. Y este mal en qué consiste?
PERFECTO. En que una *crisis* existe,
no hay uno que no esté pobre;
seguirán las cosas mal
si es que el lujo no abolimos.
D.ª PAULA. El lujo es lo principal,
porque de él muchos vivimos.
PERFECTO. Pero es preciso un caudal
para sostenerlo.
D.ª PAULA. Creo,
Perfecto, que estás errado,
que hoy muchos van á paseo
con gran lujo, segun veo,
pero que no le han pagado.
Que al pobre el rico presenta
su recibo, pero en vano.
Oh! nunca cobra su cuenta,
que el sudor del artesano
el caudal del rico aumenta.
PERFECTO. Eso es tan cierto, señora,
como un evangelio.
D.ª PAULA. Calla
eso se ve á cada hora,
y en tanto el pobre no halla
quien le atienda cuando llora.
No hay crisis, que lo que existe
es tan sólo el egoismo,
condición del hombre triste
que á los bordes de un abismo
lo pone, y en él persiste..
¿No ves cuantas diversiones
y tantos como concurren,
miéntras los pobres se aburren
y se forman ilusiones
que en sus penas les ocurren.
Pues trabajan con afán
y no salen de miseria,
que no hay quien les brinde un pan,

miéntras capitales van
á perderse en una feria.
Del potentado á la puerta
en vano llega el mendigo,
que aquella sólo está abierta,
del mundo á la gloria incierta
y no hay para el pobre abrigo.

PERFECTO. Pero hoy no puede negarse
que es general la escasez:
tan sólo se oyen quejarse
los hombres, y en desnudez
vendrán todos á quedarse.

Dª PAULA. Mas no es porque no hay dinero,
sino porque está el pandero
en manos de aquel que tiene,
que cuando más le conviene
da un *quebrado* estando *entero.*
Y es el pobre que trabaja
quien sufre la consecuencia,
pues sus jornales rebaja
dejándole en la indigencia
al querer llenar su caja.

PERFECTO. Y dicen que ni esperanza
de que las cosas mejoren
existe.

Dª PAULA. Por mas que lloren
es probable que empeoren
segun el asunto avanza.
Y por eso es necesario
que al contado sea la venta,
porque si fuere al contrario
iremos por nuestra cuenta
á hablar á un tren funerario.
El que quiera azul celeste
dice el refran «que le cueste,»
y ese el método será,
que así no habrá quien se arreste
á tomar fiado ya.

PERFECTO. Se perderán los marchantes.
Dª PAULA. Vendrán otros.
PERFECTO. Ilusiones,
con las mismas pretensiones,
señora, que los de antes.
Dª PAULA. Pues nada, si no hay doblones
no se hará tampoco trato,
véndase bueno y barato,
que esto es todo cuanto cabe.
PERFECTO. Está bien, cada uno sabe
donde le aprieta el zapato.

ESCENA VI.

DICHOS, D. GERÓNIMO.

D. GERÓNIMO. (Entrando.) Pues no he conseguido nada,
pero si tan necio he sido
que quise dar con la jóven
sin ántes haberla visto;
así como un loco he estado
dando vueltas de continuo
y con el traje de casa,
que ni lo hubiera advertido
si es que Gaspar no me encuentra
y me avisa del ridículo
quedando con el encargo
de buscar á Elena.........
Dª PAULA. Digo!
¿qué jóven, qué Elena es esa
que trastorna tus sentidos?
D. GERÓNIMO. Ya vienes con tus bobadas.
Dª PAULA. Siempre me dices lo mismo,
mas advierto que me asisten
para celarte motivos.
PERFECTO. (Aparte.) Hagamos por que se alejen
de la cuestión estos niños;

(A D. Gerónimo.) D. Gerónimo, su esposa
fundada en su estudio ha dicho
que se suspenda el fiado
de la venta; mas yo opino
que tal medida á la casa
resultado negativo
le ha de dar. Usted disponga
si tal mandato cumplimos.

D. GERÓNIMO. No hagas caso á Doña Paula,
sigue el plan establecido.
(A Doña Paula.) Tú no sabes que el fiado
atrae marchantes?

PERFECTO. Lo mismo
le dije yo, (pero nadie
la saca de su capricho.)

Dª PAULA. Sí, son marchantes tan buenos
que despues que han escogido
lo mejor, felices noches;
y se pierde hasta al amigo,
que para pagar se olvidan
hasta que tienen bolsillo.

D. GERÓNIMO. Pues sabes tú de comercio
lo que yo de sinapismos.
(A Perfecto.) No hagas caso, sigue siempre
llenando los compromisos
consiguientes á la casa
y sin dar á Paula oido,
que no vamos á enredarnos
por asuntos tan mezquinos;
algunos pesos se pierden,
es verdad, mas es preciso,
luego al fin se recuperan
con otras ventas.

Dª PAULA. Mohino,
¿no adviertes que son los pocos
de muchos miles principios?
Suma al año lo fiado
y verás que no he mentido.

D. GERÓNIMO. Tú lo que quieres es, Paula,
armar un batiburrillo,
y hacerme la contra siempre
para tenerme aburrido.
Dª PAULA. Yo lo que tengo, Gerónimo,
es que tu plan adivino:
te presumes que soy boba
y me engañas como á un niño;
mas yo te voy comprendiendo,
por eso en todo me fijo:
pretendes seguir fiando
porque ese tu estudio ha sido,
que si veinte pesos entran
aparece que entran cinco,
y así puedes hacer frente
á todos tus compromisos,
y gastar muy buenos duros
sin que yo llegue á advertirlo.
D. GERÓNIMO. Pues mira que con tus celos
me ha dado Dios buen castigo.
Dª PAULA. Mejor fuera que dejaras
de mascar á dos carrillos.
D. GERÓNIMO. Pero, mujer, ¿qué demonio
en tu cuerpo se ha metido?
Dónde están los fundamentos
que te asisten, dónde, dilos?
Dª PAULA. Cómo dónde? En lo que pasa:
¿tú propio no te has vendido
hablando de cierta Elena
y de otras cosas que has dicho.
D. GERÓNIMO. Válgame Dios! esa jóven
es la hija del amigo
Ramon.
Dª PAULA. Qué bien lo has pensado!
Eres para eso un prodigio.
PERFECTO. (Aparte.) Yo marcho, porque no quiero
de esta escena ser testigo.
(A Doña Paula.) A colocar voy, señora,

estas flores en su sitio.
Dª PAULA. Pues bien, atiende á mis órdenes,
no hay fiado, lo repito.
D. GERÓNIMO. El hará lo que convenga
y no lo que tú le has dicho.
Dª PAULA. Y yo también te aseguro
que he de ver todos los libros
á fin de que no me engañen
cual si yo fuera un chiquillo,
y haré cumplir mis preceptos.
D. GERÓNIMO. Y yo aquí no valgo un pito?.....
está bien......
PERFECTO. Estas cuestiones
yo desde lejos las miro. (Saliendo.)

ESCENA VII.

D. GERÓNIMO, Dª PAULA.

D. GERÓNIMO. Mujer, dime con franqueza,
¿qué espíritu te electriza
para que siempre me tengas
como cuerpo con espinas?
Muchas veces no quisiera
ni aún el tenerte á mi vista,
porque nada te sujeta
para molestarme, y mira
que no siempre estoy de vena
para sufrirte, Paulita.
Dª PAULA. Si tú motivos no dieras
jamás te molestaria.
D. GERÓNIMO. ¡Qué infeliz es tu cabeza!......
Dª PAULA. Y tu lengua, qué atrevida!
D. GERÓNIMO. Ya no sólo te contentas
con tantas majaderías,
celándome por mis penas,
sino que á más te encaminas,

apurando mi paciencia
con maneras tan indignas
que me insultas con ofensas
y.........

Dª PAULA. Es porque tú me precisas,
de otro modo no lo hiciera.

D. GERÓNIMO. ¿Qué te diré, por mi vida,
para que al fin te convenzas
que cuanto crees es mentira?

Dª PAULA. Confórmome con las pruebas,
pero que no sean fingidas.

D. GERÓNIMO. Si ya la razón no encuentra,
por las ánimas benditas,
palabras qué buenas sean
y que te dejen tranquila,
y á mí la paz me devuelvan
que há tiempo tengo perdida.

Dª PAULA. Bien, dime: ¿por qué te alejas
de mi lado? Quien estima
cual debe á su compañera
siempre la encuentra bonita
y nunca se aparta de ella.

D. GERÓNIMO. Mis atenciones me obligan
á dejarte con frecuencia,
¿cómo pues de esto te olvidas?

Dª PAULA. Tú nunca por la respuesta
irás á Roma ni á China:
persigues así á las bellas,
una Elena te cautiva,
te vendes á mi presencia,
y luego al fin te apadrinas
recordando una historieta
que es por demás tan antigua
que sus hojas no existieran
aunque hubieran sido escritas.

D. GERÓNIMO. Voy á probarte que Elena,
esa dama ó esa niña
que tanto, Paula, te inquieta,

y que yo busco, es la misma
que á ti también te interesa,
por ser de Ramón la hija.

D.ª PAULA. Pues bien, tu cuento comienza,
veremos cómo principias.

D. GERÓNIMO. Di, mujer, tú no recuerdas
que la dimos por perdida
al hablar no há mucho de ella?
Pues es fácil que á la vista
la tengamos, porque cerca
se encuentra, segun noticias
que Gaspar me ha dado.

D.ª PAULA. Frescas
son esas por Santa Elvira,
si es que tú no las inventas
para dejarme tranquila;
vamos, Gerónimo, ¿piensas
acaso como á una niña
engañarme?

D. GERÓNIMO. Por mi abuela
que no te miento.

D.ª PAULA. *Nanina:*
otra boba que te crea,
que yo no soy tan chiquilla.

D. GERÓNIMO. Ten un poco de paciencia,
Gaspar le sigue la pista,
y acaso podrás hoy verla.

D.ª PAULA. Por Ramón me alegraria.

D. GERÓNIMO. Pues yo, hablándote de veras,
por Ramón y por su hija.

ESCENA VIII.

DICHOS, D. RAMÓN.

D. RAMÓN. (Entrando.) Me nombran?

D. GERÓNIMO. Ramón, albricias.

Tu Elena ya ha parecido.
D. RAMÓN. (Turbado.) Qué dices?
D. GERÓNIMO. Segun noticias
aquí la verás.
D. RAMÓN. (Con inquietud.) Qué he oido?
Dónde, donde está mi Elena?
Quién la ha visto?
D. GERÓNIMO. (Queriéndolo tranquilizar.) Aguarda un poco.
D. RAMÓN. (Insistiendo.) No......
D. GERÓNIMO. Tu espíritu serena,
qué, quieres volverte loco?
D. RAMÓN. (Sin fijarse.) Hija del alma querida,
dónde estás?
Dª. PAULA. (Con sobresalto.) Dios soberano!
este hombre pierde la vida
si no lo ampara tu mano.
D. RAMÓN. (A D. Gerónimo.) Pero dime lo que pasa:
tú me has querido engañar;
Elena se halla en tu casa?
Acábame de sacar
de esta duda.........
D. GERÓNIMO. Si no esperas
que te lo explique, Ramón.
D. RAMÓN. Pero que no consideras
que me angustio el corazón.
Oh! este estado me asesina,
habla pronto.
D. GERÓNIMO. Ten paciencia.
D. RAMÓN. Esa me llevó á la ruina.
Dª. PAULA. (Sobresaltada.) Esto ya toca en demencia.
D. GERÓNIMO. (A D. Ramon.) Pero escúchame, por Cristo!
D. RAMÓN. (Sin fijarse.) Gracias al Eterno demos......
(A D. Gerónimo.) Tú dices que á Elena has visto?
D. GERÓNIMO. Es que no nos entendemos,
y las horas pasarán
sin que explicarnos podamos.
Dª. PAULA. Las cosas así se están,
y al igual nosotros vamos.

D. RAMÓN. Pero qué quieres hablar.
D. GERÓNIMO. Qué datos seguros veo
de que podamos hallar
á tu Elena.
Dª PAULA. (Aparte.) Ahora sí creo
que es verdad lo que decia.
D. RAMÓN. (A D. Gerónimo.) Pero dónde?
D. GERÓNIMO. No muy lejos.
Dª PAULA. (Aparte.) Quién diablo se lo diría,
todo lo saben los viejos!...
D. GERÓNIMO. Aquí en esta casa ha estado.
D. RAMÓN. (Inquieto.) Cuándo? dime.........
D. GERÓNIMO. Esta mañana.
D. RAMÓN. Y así marchar la han dejado
sin avisarme? Inhumana
es mi suerte, Dios bendito,
cómo podremos hallarla?
D. GERÓNIMO. No temas á lo infinito,
irá Gaspar á buscarla.
D. RAMÓN. Pero cómo se marchó,
y la dejaste?.........
D. GERÓNIMO. Gaspar
fué el único que la vió
y me lo vino á contar.
D. RAMÓN. Cómo pudo conocerla,
si él nunca la ha visto?
Dª PAULA. (Aparte.) Ya
de nuevo dudo, y sin verla
quien me convenza no habrá.
D. GERÓNIMO. (A D. Ramón.) Me dijo que aquí llegó
una dama muy turbada
y mil cosas le contó
para pedirle posada,
y al darme sus generales
las encontré de tal modo
á las de Elena cabales,
que idénticas son en todo.
D. RAMÓN Y qué hizo entónces Gaspar?

D. GERÓNIMO. Como no la conocia,
no la quiso ni escuchar.
D. RAMÓN. Desgraciada suerte mia!......
y á dónde marchó?
D. GERÓNIMO. No sé,
pero yo salí á buscarla,
y como no la encontré
he venido aquí á esperarla.
D. RAMÓN. A esperarla? Dios eterno,
(Resuelto.) yo voy por ella.
D. GERÓNIMO. Ramón,
y á donde vas?
D. RAMÓN. Al infierno......
á arrancarme el corazon......
D. GERÓNIMO. Pero aguarda.
D. RAMÓN. Yo no puedo
soportar más esta pena,
ni un minuto aqui me quedo:
yo voy en busca de Elena. (Quiere salir.)
D. GERÓNIMO. (Sujetándolo.) Mas Gaspar podrá traerla,
que buscándola ha quedado.
D. RAMÓN. Si él no puede conocerla.

ESCENA IX.

DICHOS, GASPAR. (Esta escena muy viva.)

GASPAR. (Entrando.) Señor, al fin la he encontrado,
pero en manos de justicia:
corred á fiar por ella.
Dª PAULA. (Aparte.) Ahora sí que esta noticia
el trágico asunto sella.
D. RAMÓN. Dónde, dónde la encontraste?
qué justicia la detiene?
no puede ser: si la hallaste
por qué contigo no viene?
D. GERÓNIMO. (A Gaspar.) Explícate.

GASPAR. Cuando yo
llegué; la llevaron presa.
D. RAMÓN. Cómo, presa mi hija? no,
te equivocas, que no es esa.
D. GERÓNIMO. (A D. Ramón.) Pero deja que nos cuente
lo que ha podido saber.
D. RAMÓN Mi hija presa? Este hombre miente.
(Queriendo arrastrar á Gaspar.) Yo no lo puedo creer,
ven, llévame á ese lugar.
GASPAR. Señor, qué es esto, por Dios?
(Tirando con fuerza.) Suélteme.
D. GERÓNIMO. Ven, Gaspar.
GASPAR. Qué enredo se traen los dos?
D. GERÓNIMO. (A D. Ramón.) Estate, Ramón, tranquilo
que él dirá lo que ha pasado.
GASPAR. La encontraron sin asilo,
y por eso la han llevado.
D. RAMÓN. Pero dime adonde, adónde?
yo no puedo más. (Se deja caer.)
D. GERÓNIMO. Dios justo,
Ramón, Ramón...... no responde......
Dª PAULA. Ya esperaba yo este susto,
(Con gran inquietud.) ¿qué nos hacemos ahora?
Un muerto dentro de casa!......
Gaspar.........
GASPAR. Déjeme, señora.
Dª PAULA. Corre, avisa lo que pasa.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del primer acto.

ESCENA I.

D. GERÓNIMO, GASPAR.

D. GERÓNIMO. Tranquilízate, Gaspar,
no seas tonto.
GASPAR. En esta casa
yo no me puedo quedar;
déme mi cuenta.
D. GERÓNIMO. ¿Qué pasa?
No desoigas mi consejo.
GASPAR. A él, señor, no me acomodo,
que V., como está ya viejo,
muy fácil lo encuentra todo;
y yo no puedo avenirme
á vivir entre misterios
porque no sé conducirme,
y estos son negocios serios.
D. GERÓNIMO. Mas qué es lo que pasa? dime.
GASPAR. Usted mismo no lo advierte?
que en lágrimas una gime
y otro lucha con la muerte;
mi presencia inoportuna
es do quier que se dirija:
«mi padre,» murmura una,

y el otro grita: «mi hija».
Y no hay quien esto resista
pues llevo con repugnancia
ojos claros y sin vista
como los santos de Francia:
y en tanto que se desvela
mi espíritu, soy juguete
de un drama, de una novela
ó acaso de algun sainete;
y de esto doy testimonio
y hago formal juramento,
que ni áun el mismo demonio
nos explica su argumento.
Por eso me marcho pronto
aunque esto á usted no le cuadre,
que para plaza de tonto
no me ha parido mi madre.

D. Gerónimo. Pero, hombre, por Dios, qué enredo
aquí te traes.

Gaspar. El que pasa,
y comprender yo no puedo
los misterios de esta casa.
El uno se vuelve loco
y me tira por un brazo,
otro viene poco á poco
y luego me da un porrazo,
otro me encarga la pausa,
otro me pide socorro,
y yo sin saber la causa
me dejo poner el *gorro*.

D. Gerónimo. Pues mira que yo te juro
que el asunto es bien sencillo:
aquí nada advierto oscuro.

Gaspar Aquí es todo un revoltillo,
y el negocio lo veo mal
do quiera que me dirija.

D. Gerónimo. ¿Qué cosa mas natural!
un padre que halla á su hija

después de buscarla en vano
por mucho tiempo, ¿qué quieres?

GASPAR. Sí, sé que donde la mano
ponen al fin las mujeres
lo enredan todo.

D. GERÓNIMO. Por Cristo!
no me quieres comprender?

GASPAR. Ya lo comprendo y lo he visto,
que el infierno y la mujer
son sinónimos

D. GERÓNIMO. ¡Qué juicio
tan mal formas de las bellas!

GASPAR. Todas son un artificio,
no hay una buena entre ellas.

D. GERÓNIMO No así hables, ten más calma,
varía pues de parecer.

GASPAR. Los enemigos del alma
se encierran en la mujer.

D. GERÓNIMO. El pensar de ellas tan mal
es un crímen sin segundo,
que en la mujer lo ideal
se realiza para el mundo,
y de este modo tratarlas
es lanzarse en los abismos,
porque debemos amarla
aún más que á nosotros mismos.
Calla tu opinión á otros,
é inclinate á comprender
al fin, Gaspar, que nosotros
nacemos de la mujer.
No es noble quien mal la mira,
te lo juro por mi padre,
que en los hombre pues se admira
á la mujer como madre.
Esta es, Gaspar, la opinión
de los justos, no te asombres.

GASPAR. La respeto, ¿mas qué son
las mujeres sin los hombres?

D. Gerónimo. Sostienes un necio afán.
Gaspar. Sé cuales son mis deberes.
D. Gerónimo. Y dime tú ¿qué serán
los hombres sin las mujeres?
Gaspar. No hubo pecado en el mundo
mientras solo el hombre fué,
advierta usted si me fundo,
lo dicho lo sostendré.
D. Gerónimo. Pues yo digo (aunque no es ángel
la habida en mi matrimonio)
que es la mujer un arcángel.
Gaspar. La mujer es un demonio.
D. Gerónimo. Pues contesta, necio, ¿y tú
á quién le debes el sér?
Gaspar. A un hombre y un Belcebú,
es decir, una mujer.
D. Gerónimo. Válgame el Eterno Padre!
Dejemos esto, Gaspar,
pues que ni el amor de madre
te hace de opinión variar.
Gaspar. Yo soy firme en mi opinión,
y una corona merezco,
porque es mi juez la razón,
y á ella tan sólo obedezco.
No soy de los que se venden,
cual muchos en este mundo,
que á su destrucción áun tienden
por halagar á un segundo;
que algunos entre los *sabios*
por eso atendidos son,
porque afirman con sus labios
lo que niega el corazón;
y los vemos que con calma
y con gran descaro mienten,
y hacen traición á su alma
diciendo lo que no sienten.
D. Gerónimo. Bien, queda con tu creencia,
que yo quedo con la mia,

pues me dice la experiencia
que es prenda de gran valía
la mujer, y que la historia
nos da de ello las señales.

GASPAR. Si no es frágil mi memoria
también nos relata males
que el oirlo dan espanto,
y son los autores......ellas.

D. GERÓNIMO. Suponen y escriben tanto
los contrarios de las bellas!......
pero siempre alcanzarán
el merecido desprecio,
y solamente podrán
alucinar á algun necio;
que es una verdad desnuda
que el mundo sin la mujer
es, Gaspar, no queda duda,
lo que es un rey sin poder,
sociedad sin corazon
y luz sin sus resplandores,
un mundo sin ilusiones
y en fin, un jardin sin flores;
mas vamos á nuestro asunto,
te quedas ó nó? contesta?

GASPAR. Yo quiero marcharme al punto
por no verme en esta fiesta
que no es, señor, de mi agrado.

D. GERÓNIMO. Oh! no, quédate, la casa
necesita tu cuidado,
y esto pronto, Gaspar, pasa.
A esos pobres desatiendes
por falta de voluntad:
tú las virtudes defiendes
y no tienes caridad.

GASPAR. Habeis errado el concepto
pues vos mismo sois testigo
que cumplo con el precepto
cuando comienzan conmigo:

caridad, señor me sobra
y lo tengo bien probado.

D. GERÓNIMO. Pues bien, continúa la obra
que aquí mismo has comenzado.

GASPAR. ¿Cómo?

D. GERÓNIMO. Quedándote.

GASPAR. Bien;
¿y qué alcanzaré con esto?

D. GERÓNIMO. De la oración el amén,
y no marcharte tan presto
dejandonos sólo. Qué!
aún tienes alguna duda?

GASPAR. No señor......me quedaré
ya que pide usted mi ayuda.

ESCENA II.

DICHOS, Dª PAULA.

Dª PAULA. (Entrando.) Ya están fuera de peligro.

D. GERÓNIMO. ¿Qué dice el médico, Paula?

Dª PAULA. Que ambos presentan alivio,
y tiene mucha esperanza
de verlos acaso hoy mismo
hasta fuera de la cama
si esta tarde á su recibo
están cual esta mañana.

D. GERÓNIMO. Dios quiera que sí.

Dª PAULA. Te digo
que me encuentro enferma el alma
al mirarlos tan sufridos
sin poderles hacer nada:
Jesus!......qué buen laberinto
se ha presentado en la casa!

GASPAR. Lo mismo, señora, he dicho,
y hasta marcharme intentaba,
pues nunca en esto me he visto.

D. GERÓNIMO. Pero agrega que te hallas,
Gaspar, de ello arrepentido.
GASPAR Y que desde esta desgracia
no tomo en la mano un libro
porque el tiempo no me alcanza
con los dichosos vecinos.
Dª PAULA. Esas virtudes tan raras
tienen premio el dia del juicio.
GASPAR. Si para allá me las guardan
ya puedo estar bien tranquilo.
Dª PAULA. Que tú también te declaras
de ese progreso mentido
partidario?......
D. GERÓNIMO. Calla, calla,
no le busques, Paula, el pico,
que si empieza nunca acaba,
y de ello soy yo testigo:
variemos de tema, y habla
de esos pobres.
Dª PAULA. El delirio
que con frecuencia amagaba
á Ramón, se ha despedido,
y Elena tiene otra cara;
de lo pintado á lo vivo
se encuentran.
D. GERÓNIMO. Pues es ventaja.
Dª PAULA. Así lo asegura el físico,
y con gran empeño encarga
que comience el ejercicio
esta tarde, aquí en la casa,
si continúa el alivio:
y asimismo que se vaya
preparándose el camino
para esa entrevista.
GASPAR. Mala
ha de ser por lo que he visto;
me temo que esa muchacha
siga siempre en su capricho.

D. GERÓNIMO. Délo el Señor, si le faltan,
paciencia, valor y tino.
GASPAR. Pues digo, no pide nada:
y yo á Dios tambien le pido
que pronto los dos se vayan,
y mientras, para sufrirlos
me dé un quintal de cachaza,
ya que estoy comprometido
á soportar esta carga.
Dª PAULA. No te hagas, Gaspar, indigno
hablando de una desgracia
así con tan poco juicio, que el que la debe la p…
D. GERÓNIMO. Yo voy á ver si consigo
sacar á Elena á la sala
cumpliendo lo prevenido
por el médico.
GASPAR. Sí, vaya
y abrevie pronto el camino.
Dª PAULA. Yo después, si no se agrava,
haré con Ramón lo mismo.

ESCENA III.

Dª PAULA, GASPAR.

Dª PAULA. Dios quiera que esos pobres se consuelen.
GASPAR. Y nos dejen en paz por mucho tiempo.
Dª PAULA. Oh! nunca tú, Gaspar, así te expreses.
GASPAR. Y acaso de sus males culpa tengo?
Ni yo me coloqué para estos trenes
que me obligan á ser hasta enfermero.
Dª PAULA. Y no sabes, Gaspar, que muchas veces
esas obras en Dios encuentran premio
porque nunca le son indiferentes?
Tendrá su merecido el bien que has hecho.
GASPAR. Señora, no me venga con sandeces,
predique su sermón á un niño tierno

que mi edad otra cosa ya requiere
que valga mucho más que un caramelo.

Dª PAULA. Y qué? dudas que al bueno Dios proteje?

GASPAR. Yo nunca dudo ni tampoco creo,
esas cosas me son indiferentes.

Dª PAULA. Me acobardan, Gaspar, tus desaciertos.

GASPAR. Y quién á la verdad, señora, teme?
Pues á mí me acobardan sus enfermos,
que en un continuo sinsabor me tienen
y de angustia y cansancio ya repleto.

Dª PAULA. Alégrate, Gaspar.

GASPAR. ¿Qué yo me alegre?
Oh! no, señora, no, mucho lo siento
y le pido al Señor que se los lleve
si sólo descansar así podemos.

Dª PAULA. Me marcho, pues quien llega á convencerte
merece que le den corona y cetro. (*Vase.*)

GASPAR. (*Haciendo inclinaciones.*)
A los piés de usted, señora, y rece
porque Dios dé salud á sus enfermos.

ESCENA IV.

GASPAR.

GASPAR. Pues señor, muy bien estamos......
Con esta dichosa historia
podemos ganar la gloria,
si es que el infierno no hallamos;
pero ya por poco vamos,
y si no, por San Antonio
yo le juro al matrimonio
que hasta me pierdo de vista,
y entónces con su conquista
que se ganen......al demonio.
Sí, que ya cansado estoy
de tanto *girimiqueo*,

así con ojos no veo
y con el alma no soy,
ni me quedo ni me voy,
en todo me falta aplomo;
comiendo no sé qué cómo,
hablo mucho y nada digo,
y miéntras juegan conmigo
ni me oculto ni me asomo.
Así ni vivo ni muero,
ni estoy cuerdo ni estoy loco,
y en tanto me falta poco
para ser lo que no quiero;
nunca alcanzo lo que espero,
y si es que alguno me nombra
al verme luego se asombra
y con fundado motivo,
porque soy de un hombre vivo
una figura, una sombra.

ESCENA V.

DICHO, D. GERÓNIMO Y ELENA (Apoyada en su brazo.)

ELENA. Las fuerzas me van faltando.
D. GERÓNIMO. Vete de mí sujetando.
ELENA. Me caigo, no puedo más.
D. GERÓNIMO. Con dos pasos llegarás,
nos vamos aproximando.
ELENA. (Dejándose caer en un sillón.)
¡Cuántas penas, Dios loado,
he podido padecer!
mas el tiempo que he pasado
lo doy por bien empleado
si llego á mi padre ver.
D. GERÓNIMO. Lo verás en breve, Elena,
ten paciencia.
ELENA. El corazón

parece que me condena;
continua palpitación
de angustia, señor, me llena.
¡Cuánto se sufre en la vida!
mejor fuera no existir
que vagar como perdida
y en continuo combatir
llevando profunda herida.

D. GERÓNIMO. Espero que estés serena
y que puedas continuar
esa triste historia, Elena,
que le ha llegado á causar
á mi pecho amarga pena.

ELENA. ¡Oh! señor, el recordarla
aumenta mis sufrimientos
y prolonga mis lamentos;
pero voy á continuarla.

D. GERÓNIMO. Reposa algunos momentos.

ELENA. No es necesario, con pausa
iré haciendo lo que pueda:
el Señor me lo conceda,
porque es tan grave la causa
que de ella en mi pecho queda,
que en amargos sinsabores
se trocó mi dulce calma,
y sólo sufro rigores
desde que sintió mi alma
el dardo de los amores. (Pausa.)

....

Viendo á mi padre postrado
me olvidé de mi virtud
y......quise á un hombre casado
con un amor engendrado,
señor, por la gratitud.
Pues á mi padre tenia
casi exánime en un lecho
y de todo carecia,
y á la caridad deshecho

mi corazón se ofrecia:
que llorando recordaba
la pérdida de mi madre,
y al Eterno suplicaba
no me quitase á mi padre,
que era lo que me quedaba;
y en medio de mis dolores
de un hombre la voz oí
que calmó mis sinsabores,
y desde entonces me vi
esclava de dos amores;
pues con mano diligente
de un horrendo precipicio
salvó á mi padre clemente,
y á tan grande beneficio
ser no pude indiferente,
porque esa mano querida
que protección nos brindaba
llegué á advertir afligida
que á mí la muerte me daba,
pero á mi padre.... la vida. (Llora.)
Y aunque nada me decia,
explicarlo yo no sé
el poder que en mí ejercia,
pasó un dia y otro dia,
me amó el hombre y...... yo le amé;
mas pudiendo sospechar
que la pasión que aquí arde (Tocándose el pecho.)
nos llega á precipitar,
sus males quise evitar,
pero...... lo pensé tan tarde!....
que, diréło aunque me abisma
y por ello al fin baladre;
por la salud de mi padre
me avergoncé de mí misma
pues que me encontré ya madre.
Por tan enorme pecado
no supe donde ocultarme,

quise huir de presentarme,
y hasta hubiera deseado
en la tierra sepultarme!...
Y no obstante esos temores,
pobre de mí no ignoraba
que para más sinsobores
en el mundo me encontraba
ya esclava de tres amores.
Y en tales dudas ¿qué hacer?
La fuga se me propuso,
y como débil mujer,
con pensamiento confuso
llegué, señor, á acceder.
Mas no sé dó me dirija
sin que me siga mi padre;
en esto el alma se fija,
me detiene amor de hija,
y me aleja amor de madre.
Y en estado de demencia
no pude hacer resistencia
al pudor, huyendo lejos,
sin fijarme en los consejos
que dictaba mi conciencia.
Ah! ese amor no bendito
hízome al fin delincuente,
y tan enorme delito,
señor, lo llevaba escrito
paravergüenza en mi frente. (Se detiene y llora.)
Cuando alguna voz oia,
«tal vez mi padre me nombra,»
á mí misma me decia,
y por dó quier me seguia,
señor, su bendita sombra:
y un negro remordimiento
de continuo me angustiaba
mientras Ambrosio contento
celebraba el nacimiento
del hijo que yo le daba.

D. GERÓNIMO. De la causa de tu ruina
era, Elena, Ambrosio el nombre?
ELENA. D. Ambrosio de la Encina,
sí, señor.
GASPAR. (Con curiosidad.) Mi idea se inclina
á recordar á ese hombre.
D. GERÓNIMO. ¿Qué se hizo de él?
ELENA. (Llorando.) Naufragó
segun mis sospechas.
GASPAR. (Aparte.) (Listo!...
lo mismo que digo yo
que ese nombre lo habia visto,
y voy á afirmarlo ó no).
D. GERÓNIMO. ¿Qué murmuras tú, Gaspar.
GASPAR. Señor, que no quiero hablar
hasta no desengañarme,
pues que temo equivocarme
y á mí no me gusta errar.
D. GERÓNIMO. No te comprendo.
GASPAR. Veré
si es verdad lo que sospecho,
y la noticia traeré
despues que esté satisfecho;
pronto, señor, volveré.

ESCENA VI.

D. GERÓNIMO, ELENA.

D. GERÓNIMO. Ese tunante está loco;
vamos, prosigue esa historia;
mas refresca tu memoria,
Elena, y ve poco á poco.
ELENA. Vi á mi hijo desarrollado,
y su padre le educaba
siempre, señor, á mi lado.
D. GERÓNIMO. Y entónces dónde se hallaba?

ELENA. En una finca conmigo,
dondo Ambrosio lo tenia
á nuestro constante abrigo.
(Llorando.) ¡Ay hijo del alma mia!......
D. GERÓNIMO. Vamos, Elena, ten calma.
(Afligiéndose y aparte.)
(No hay caso tambien me aflijo).
ELENA. Si es que me desgarro el alma
pensando en mi pobre hijo.
Oh! yo no puedo, me ofusco
y hasta pierdo la razón,
que en vano, señor, lo busco,
sólo está en mi corazon;
y pisando por abrojos.
con contrición y fé santas,
(Llorando.) lágrimas brotan mis ojos
que un mar forman á mis plantas.
D. GERÓNIMO. Pero es necesario, Elena,
que te consueles.
ELENA. Señor,
es tan profunda la pena
que me ha dejado ese amor,
y me atormenta do quiera
que me dirija de suerte
que á tal vida prefiriera
mil veces mejor la muerte.
D. GERÓNIMO. Mas la razón nos ordena
que conformes nos mostremos.
ELENA. Tambien, señor, nos condena
siempre que mal procedemos.
D. GERÓNIMO. ¿Y qué, el arrepentimiento
de nada nos servirá?......
ELENA. Cuando hay un remordimiento
con nosotros este vá
y tranquilo no nos deja
porque nos roba la calma,
y así, señor, cada queja
es un pedazo del alma.

D. GERÓNIMO. Olvida faltas pasadas,
pues dice la religión
que todas son perdonadas
al contrito.

ELENA. Oh! y el borrón
siempre le queda en la vida
para castigo en la tierra,
pues deja tan honda herida
que nunca, nunca, se cierra.

D. GERÓNIMO. Bien, serénate y acaba
de relatarme esa historia.

ELENA. Es verdad, no me acordaba,
ya hasta pierdo la memoria.
No dejé de preguntar
por mi padre con frecuencia,
y hasta lo quise buscar
por aliviar mi conciencia;
pero ignoraba el camino
y Alfredo me detenia
y por mi fatal destino
hasta Ambrosio se oponia;
en tan triste circunstancia
fuí haciendo frente á mi suerte,
pero el mundo, con su Francia,
acabó de darme muerte.
Para darle una carrera
al hijo de mis entrañas
fué preciso que anduviera
por esas tierras extrañas;
y no pude sospecharlo,
no obstante mi resistencia,
ay! llegaron á embarcarlo,
en pos, señor, de la ciencia. (Pausa.)
....
De nuevo perdí la calma,
si es que calma puede haber
en quien tiene enferma el alma
é ignora lo que es placer;

y entre tanta desventura
mil lágrimas derramaba
buscando una sepultura
que en mi interior sólo estaba;
y al verme con frente mustia
y que cada vez más crece
en mí una terrible angustia,
Ambrosio se compadece,
y temiéndole á mi mal,
que por momentos avanza,
me trae á la capital
y me llena de esperanza.
Y entonces, señor, me dijo
para consolarme: «madre,
voy á buscar á tu hijo
mientras quedas con tu padre.»
Y pone para encontrarle
cuanto estuvo de su mano,
y no cesa de buscarle,
mas todo su empeño es vano;
así no sabe qué hacer,
pero á partir se decide,
que en ello advierte un deber,
y ni áun de mí se despide;
y parte á esa mar airada
llevando un dolor consigo,
mas me deja una mesada
y al cuidado de un amigo.
Pero el hado sólo quiere
mi dolor hacer profundo:
señor, ese amigo muere
y quedo sola en el mundo
al rigor de sus enojos,
sin tener, ¡oh triste suerte!
ni á donde volver los ojos
que no halle siempre la muerte;
pero una muerte con calma
que me burla y me provoca,

muerte que me mata el alma
y que al cuerpo no le toca,
Así me vi de este modo
cual en golfo aislada ola,
(Con fuerza.) perdiéndolo todo, todo,
quedándome sola, sola...... (Se detiene y llora.)

D. GERÓNIMO. Oh! tranquilízate, Elena,
que esos males ya pasaron
dando fin á tanta pena
como á tu pecho causaron.

ELENA. (Reponiéndose.) Despues, señor, arrojada
de mi habitación me vi;
sin recursos, sin posada,
qué iba á ser triste de mí!......
Salí pues de puerta en puerta
y tras de tanta fatiga
no hallé ni una sola abierta
para la pobre mendiga:
y basta ya que teneis
el fin aquí de mi historia
pues lo demás lo sabeis.

D. GERÓNIMO. Lo demás es tu victoria,
que pronto, Elena, verás
como ese pesar se esconde;
aquí á tu padre hallarás.

ELENA. Y á Alfredo y Ambrosio......¡dónde!.....

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA PAULA.

Dª PAULA. ¿Ya vuelves con tu delirio
mientras Ramón se serena
para ver á su hija Elena?

ELENA. Llevadme, llevadme allá.

D. GERÓNIMO. Espérate, no te inquietes,
que te lanzas al abismo.

ELENA. Siempre me dicen lo mismo
y esperar no puedo más;
no os goceis en mis pesares,
decidme donde se halla.
Dª PAULA. Allí en ese cuarto.
D. GERÓNIMO. Calla,
no se lo digas así.
Tu padre, Elena, ya viene:
se cumplirá tu deseo.
ELENA. Oh! yo á mi padre no veo
y este esperar es morir.
D. GERÓNIMO. Agravas así tus males.
ELENA. Oh no! que buena me siento;
recobro en este momento
mis fuerzas y mi salud.
D. GERÓNIMO. Mas volverás á perderla
si así sigues tan altiva.
ELENA. Es, señor, que mientras viva
llevando iré mi ataud.
D. GERÓNIMO. Ten paciencia.
ELENA. Ya no puedo.
Dª PAULA. Qué! ¿perdimos tu confianza?
ELENA. Señora, tuve esperanza
mucho tiempo, y me cansé;
voy por mi padre, dejadme,
no me sujeteis.
D. GERÓNIMO. Aguarda.
ELENA. Oh no! porque mucho tarda.
D. GERÓNIMO. Y di, ¿qué quieres hacer?
ELENA. Quiero buscar un amigo
que á mi padre me presénte,
porque he sido delincuente,
y he de pedirle perdón.
D. GERÓNIMO. Tu padre te ha perdonado,
y sólo quiere abrazarte.
ELENA. ¿Por qué entónces se me parte
angustiado el corazón?
D. GERÓNIMO. Porque tú lo precipitas,

y tal inquietud lo alienta.

ELENA. ¿Y por qué no me presenta
á mi padre estando aquí?

D. GERÓNIMO. Porque ha estado enfermo, Elena.
y el médico así lo quiere.

ELENA. Mi padre entonces se muere
y me lo ocultan á mí.
Oh! yo quiero verle pronto
para no encontrarle muerto.

D. GERÓNIMO. Te juro que eso no es cierto,
tu padre se halla mejor.

ELENA. Me engañan como á una niña,
(Inquieta.) se gozan en mi tormento.

D. GERÓNIMO. Aguarda, Elena, un momento.

ELENA. (Fuera de sí.) No aguardo más, no, señor.
(Quiere salir.)

D. GERÓNIMO. Le vas á hacer un gran daño:
te juro por mi bautismo
que ha de venir ahora mismo.

ELENA. ¿Y por qué me sujetais
si es que mi padre ya viene?

Dª PAULA. Porque, Elena, así conviene.

ELENA. Pero la muerte me dais.

D. GERÓNIMO. Tranquilízate.

ELENA. No puedo:
esto es mucho ya.

Dª PAULA. Ten calma.

ELENA. No puede tenerla un alma
en continuo padecer.

Dª PAULA. Bien, nosotros te juramos
que ya lo verás.

ELENA. ¡Dios santo!
Y se burlan de mi llanto
porque soy débil mujer.

D. GERÓNIMO. Mira, tu padre te escucha,
y si no te tranquilizas
acaso lo martirizas
y en peligro lo pondrás.

ELENA. (Con inquietud.) Padre mio, padre mio,
mírame de angustia llena.
Dª PAULA. No grites, por Dios.
UNA VOZ. (Dentro.) ¡Elena!
D. GERÓNIMO. Ya lo ves?......
ELENA. Mi padre! ah!......

(Trata de precipitarse en dirección de donde se oyó la voz y Don Gerónimo y Doña Paula la hacen girar por el lado contrario.)

ESCENA VIII.

D. RAMÓN. (Por la puerta de donde salió la voz.)

D. RAMÓN. No es sueño, su voz oí,
aún la recuerdo, ¡Dios mio!
¿donde estás, Elena, dí?
que verte tan sólo ansío
y me hallo lejos de tí.
Gerónimo me ha engañado
diciendo que aquí se hallaba;
pero no, que la he escuchado:
su voz débil me llamaba
y yo necio me he tardado.........
Pero dónde se ocultó?
qué misterio es este? dónde?
Elena, Elena, responde,
¿qué mano así te alejó
que de tu padre te esconde?......
y......quién es el que se atreve
á causarme tantos daños?
El verme, ¡oh Dios! no le mueve
peinar cabellos de nieve
gastados ya por los años?
Gerónimo me decia
que procurara curarme
y que á Elena me traeria:
he llegado bueno á hallarme,

mas no á verte, Elena mia. (Pausa.)

....

Si á tu padre ver quisiste,
por qué entonces lo llamaste,
y por qué despues huiste?......
dime donde te ocultaste,
Elena, y por qué lo hiciste?
Tanto tiempo te he buscado!
mas fué ese tiempo perdido;
hoy dicen que te han hallado,
yo también tu voz he oido,
pero verte no he logrado.
Que con la frente abatida
me arrastró la triste suerte,
y al brindárseme acogida
se prolongaba mi vida
al mostrarme tú la muerte.
Mas todo lo dí al olvido,
hoy sólo quiero abrazarte
porque así lo he prometido,
y porque al fin he vivido,
Elena, para encontrarte.
Olvido el mal que me has hecho,
no tardes, ven á mis brazos,
é inclínate aquí en mi pecho,
que en él me siento deshecho
el corazón á pedazos.
Pero si su voz oí,
ninguna duda me asiste,
¿cómo no la encuentro aquí?
Esto ¡oh Dios! en qué consiste?
Voy á ver si se halla allí.

(Trata de salir y se encuentra con Gaspar, que entra con un papel impreso en la mano.)

ESCENA IX.

DICHO, GASPAR.

GASPAR. (Entrando y con la vista fija en un diario que lleva.)
Aquí está, señor.... Eureka!
Lo mismo que yo decia;
he revuelto más papeles,
que lo digan las polillas;
pero al fin con él he dado
y me salí con la mia:
no hay cosa que me proponga
que cual quiero no consiga.

D. RAMÓN. Mas no acabas de mostrarme
lo que dices que traias;
¿dónde está Elena?

GASPAR. ¿Qué Elena?
(Reparándolo.) Me equivoqué, por mi vida.
¿Con que era usted? ¡Qué buen chasco
me he llevado!

D. RAMÓN. Qué! ¿es mentira?

GASPAR. ¿Volvemos á las andadas?
Esto no hay quien lo resista!......
y vuelvo á pedir mi cuenta,
que no estoy por esta lidia.

D. RAMÓN. Pero explícate más claro.

GASPAR. ¿Pues son mis palabras chinas?

D. RAMÓN. Es que yo no las comprendo.

GASPAR. Tampoco la culpa es mia,
ni yo á usted se las dirijo.

D. RAMÓN. Y entonces á mi salida
¿por qué pues me detuviste
diciéndome que mi hija
contigo estaba?

GASPAR. ¡Por Cristo
que este hombre me precipita!
y ya me falta paciencia.

Dª PAULA. Pero á Elena no traias?
tú mismo no me lo has dicho?
GASPAR. Yo lo que traigo es la lista
de pasajeros llegados
que en los diarios se publica,
donde aparece este nombre:
(Leyendo.) Don Ambrosio de la Encina
con un hijo.
D. RAMÓN. ¿Qué me importan
á mí diarios ni noticias?
Yo tan sólo á mi hija busco.
(Con inquietud.) Elena! Elena! hija mia!

ESCENA X.

DICHOS, D. GERÓNIMO, DOÑA PAULA Y ELENA.

D. GERÓNIMO. Ramón, tu Elena aquí está.
D. RAMÓN. (Precipitándose y abrazándola.)
Ven, abrázame, alma mia,
y calma así mi agonía.
ELENA. (Desprendiéndose de sus brazos.)
Tú mi padre!......ja! ja! ja!
D. RAMÓN. No marchos, mi pecho toca
para que adviertas la herida
que tengo aún llevando vida.
ELENA. (Sin moverse.) Alfredo! já! já!
TODOS. ¡Está loca!......
D. RAMÓN. Loca, ¡oh Dios! con esto más
el alma pobre gravitas,
con su razón me la quitas
y demente me la das (Se cubre el rostro con las manos.)
Dª PAULA. ¡Qué desgracia, Dios eterno!
GASPAR. (A D. Gerónimo.) Y yo que traje mi diario,
(Mostrándoselo.) mírelo usted.
D. GERÓNIMO. Temerario!

te quieres ir al infierno?

(Gaspar hace demostraciones insistentes á D. Gerónimo hasta que éste se fija.)

Dª PAULA. Otro nuevo sacrificio
se prepara aquí; ¡qué suerte!

D. RAMÓN. (Cayendo de rodillas.) Dios mio! dame la muerte
ó vuélvele á Elena el juicio.

GASPAR. (A D. Gerónimo señalando el diario.)
Aquí no queda ya duda.

Dª PAULA. Esto aumenta mi zozobra.

D. GERÓNIMO. (Arrebatando el diario á Gaspar y elevando las manos al cielo.)
Para continuar la obra,
Dios justo, dame tu ayuda..

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Salon de recibo en una posada.

ESCENA I.

GASPAR, PERFECTO.

GASPAR. Con que estás mejor aquí?
PERFECTO. Por mil conceptos lo creo,
que hasta distinto me veo
desde el dia en que salí
del lado de Doña Paula:
¡qué mujer tan majadera!
aquí descanso siquiera.
GASPAR. Y allá fuiste siempre un maula.
PERFECTO. Allí fuí lo que seria
el hombre más suave y manso,
pues no me daban descanso
ni de noche ni de dia.
GASPAR. De mí aprender no quisiste.
PERFECTO. Yo hubiera sido maestro
como tú tambien tan diestro
al ser yo lo que tú fuiste.
Que de cierta circunstancia
depende, Gaspar, que un hombre
adquiera un brillante nombre
ó se quede en la ignorancia;
así en el mundo acontece

que es elegido en un gremio
para adjudicarle un premio
el que ménos lo merece,
porque......al vulgo lo alucina
no aquel que mejor le canta
sino el que su voz levanta
cual si hablara con bocina:
que advierto en la sociedad
este tema por desgracia;
más vale caer en gracia
que ser gracioso en verdad.

GASPAR. Oh! te encuentro más despierto,
y de ese modo me indicas
que á la lectura te aplicas;
pero yo tambien te advierto
que te veo venir por Dios
y no me causas enojo,
pues miro mas con un ojo
que tú, Perfecto, con dos.
Tranquila está mi conciencia,
pues si he sido preferido
con razón he merecido,
Perfecto, la preferencia.

PERFECTO. Oh sí, siempre fué bendita
siendo tuya toda acción:
Gaspar, en toda cuestión
siempre vence quien más grita;
tú tenías conquistada
á la gente de tal modo,
que en tí bueno lo era todo,
y en mí bueno no era nada;
que el mundo no encuentra error
donde errores hay de sobra,
porque en el mundo una obra
se juzga por el autor;
que por mucho que te mates
despreciarán tus sentencias,
colocando entre las ciencias

de un sabio los disparates.

GASPAR. Sella, Perfecto, tus labios,
no hables más por Jesucristo:
¿qué disparates has visto
sostenidos por los sabios?

PERFECTO. Oh sí! repito lo dicho,
¿son infalibles acaso?
yo digo al salir del paso,
los sabios son de capricho;
y al decirlo bien me fundo:
los sabios son unos pocos
que no siendo mas que locos
la dan de sabio en el mundo,
y cualquier estrafalario
es hombre de inteligencia
porque le ha dado la ciencia
un título literario.

GASPAR. Eres un gran majadero,
los títulos no se prestan.

PERFECTO. Ya lo sé que mucho cuestan;
todo lo suple el dinero!...
y por eso las rarezas
nos tienen ya sin temores,
porque vemos que hay doctores
de peregrinas cabezas,
que como tienen memoria
y á los hombres ya comprenden,
algunos trozos se aprenden
de una ridícula historia,
y luego de varios modos
recitan en las reuniones
como si fueran lecciones;
«*y es un sabio,*» dicen todos,
y lo aplauden sin descanso
y le apropian un gran nombre,
y en tanto ese pobre hombre
habló *por boca de ganso.*

GASPAR. Vamos, tengo que marcharme,

volveré en otra ocasión
pues traigo mi comisión
y no puedo demorarme;
que al llegar á la posada
y al encontrarte, sin duda
contaba ya con tu ayuda.

PERFECTO. Pero no me has dicho nada.

GASPAR. Ni tú me lo has permitido
como una cotorra hablando.

PERFECTO. Bien, pues vete ya explicando;
¿y qué misión te ha traido?

GASPAR. Una que es algo pesada,
que al trabajo me condena;
busco al esposo de Elena.

PERFECTO. Pero qué, Elena es casada?

GASPAR. Por lo que llegó á expresarse
así lo tengo entendido,
y te advierto que el marido
puede aquí, Perfecto, hallarse.

PERFECTO. ¿Y quién de ese modo opina?
(Pensativo y consigo mismo.)
¡Quién sabe! ¿será aquel hombre?......
(A Gaspar.) No sabes, Gaspar, su nombre?

GASPAR. Don Ambrosio de la Encina.

PERFECTO. Don Ambrosio! pues de fijo
que no en vano aquí llegaste,
al fin, Gaspar, lo encontraste;
(Dudoso.) pero...... le acompaña un hijo....

GASPAR. Precisamente, de Elena
es hijo tambien.

PERFECTO. ¿Qué dices?

Por eso los infelices
me causan á veces pena;
pues se muestran anhelosos
y se abrazan y hasta lloran
y una desgracia deploran,
pero siempre misteriosos.
Y aunque yo con impaciencia

por eso los he observado,
siempre, Gaspar, me he quedado
á la luna de Valencia;
que aunque estoy á su servicio
al llorar no quieren verme.
¡Cómo van á agradecerme
este grande beneficio!

GASPAR. Pues atiende á mi consejo:
aprovecha esta ocasión,
que yo voy de mi misión
á dar parte, y ya te dejo.

PERFECTO. Y yo á mis quehaceres voy,
pues mi obligación me llama.

GASPAR. Sí, Perfecto, que un buen drama
tambien se te espera hoy.

ESCENA II.

DON AMBROSIO, ALFREDO.

D. AMBROSIO. Oh! triste y adversa suerte!
¡quién me alejara de ti
aunque fuese hallando muerte!

ALFREDO. Te olvidas, padre, de mí?

D. AMBROSIO. Yo no, pero, Alfredo, al verte
no sé que lucha sostengo
que hasta me roba la calma;
y al sentirme como tengo
enferma, deshecha el alma,
por ti sólo me contengo.
Que dó quier que me dirijo
encuentro un sepulcro abierto
dó me arrojara de fijo,
si mi corazón desierto
no lo aprisionara un hijo.
Que al sentirme el alma herida
mil dolores reconcentro,

y busco con fé perdida
la muerte, pero te encuentro
deteniéndome la vida.
Y siempre, Alfredo, advertí
en medio de mi delirio
que esta suerte merecí;
porque vivo en un martirio,
pero vivo para ti.
Y en tan triste situación
continuo remordimiento
va agravando mi aflicción,
que el alma aislada me siento
y atrofiado el corazón.
Porque marcho por dó quiera
como aquel que está sin juicio,
y al querer de tal manera
arrojarme á un precipicio
me sirves tú de barrera.
Así el alma, Alfredo, advierte
cuando se encuentra abatida
que eres tú su luz querida,
pues cuando busca la muerte
tú le presentas la vida;
y en esa continua guerra
tú solo la satisfaces,
pues cuando todo la aterra
tú vienes y la complaces
como un ángel de la tierra.

ALFREDO. Pero, padre, yo te aflijo?......

D. AMBROSIO. No, al contrario, en ti me fijo
y me alegro; nadie sabe,
como un padre, lo qué cabe
en la mirada de un hijo:
tú eres mi todo, alma mia,
y por eso, Alfredo, lucho
con la noche y con el dia,
con el llanto y la alegría.

ALFREDO. Tú me quieres mucho?

D. AMBROSIO. ¡Mucho!!!
ALFREDO. Y entonces, ¿cómo es que advierto
misterios siempre en tus quejas
que nunca por Dios acierto?
Por qué, pues, así me dejas
en dudas vagar incierto?
Mis súplicas te dirijo,
te hablo en nombre de mi madre,
y esos secretos te exijo
que me digas como padre,
ó no quieres á tu hijo.
D. AMBROSIO. No pretendas más, Alfredo,
saber lo que no te digo:
si á tus súplicas no accedo
es, hijo, porque no puedo
partir mis penas contigo......
Mi espíritu se acobarda,
que hay secretos que en callarlos
nunca la lengua se tarda,
porque debe hasta ignorarlos
áun el mismo que los guarda.
Confórmate pues, y advierte
que no merezco ni un cargo
si no llego á complacerte
cual quisiera, y sin embargo
nunca dejé de quererte.
Sí, te quiero de tal modo
que explicarlo no podré,
y tan sólo te diré:
«eres, Alfredo, mi todo,»
y más decirte no sé.
Pídeme así cuanto tengo
que por ti viviendo estoy
y hasta el fin del mundo voy,
pues si por ti me sostengo,
tuyo, Alfredo, todo soy.
Mas no le pidas sereno
á un corazon intranquilo

que te descubra su seno
y que rompa así el sigilo
de un secreto que es ajeno;
que aunque darte gusto ansío
porque el alma lo apetece
y tu amor se lo merece,
no puedo darte, ángel mio,
lo que no me pertenece.
En mi triste situación
con el alma bien quisiera
abrirte mi corazon,
porque así tal vez me viera
consolado en mi aflicción.

ALFREDO. Pero los dos no lloramos
nuestra desgracia á la par?

D. AMBROSIO. Sí, los dos, Alfredo, estamos
combatidos de un pesar
y alivio no le encontramos.
Lloramos......la situación
de dos almas en despojos,
pero nuestro llanto son:
lágrimas que dan tus ojos,
pesares mi corazon
Sí, lloramos, pero en tanto
que yo á sufrir me dispongo
hay quien recoja tu llanto,
y yo aumento mi quebranto
pues mis pesares prolongo.
Tus penas tienen consuelo,
pues si perdiste una madre
otra tienes en el cielo,
y en tanto tu pobre padre
sólo tiene desconsuelo.

ALFREDO. Padre mio, y es mayor
la pérdida de una esposa
que de una madre?

D. AMBROSIO. Temor
tengo á hablar de mi dolor

y su causa me es odiosa.

ALFREDO. Siempre lo mismo dijiste,
pero nunca proseguiste.

D. AMBROSIO. Ese ha sido mi secreto.

ALFREDO. Así, padre, lo quisiste,
y tu voluntad respeto.

D. AMBROSIO. Si Elena no hubiese muerto!......
si pareciese algun dia!......
Alfredo, no tardaria
en poner mi pecho abierto
ante ti con alegría.

ALFREDO. Así seremos felices
cuando el deseo realices;
tendremos esposa y madre.

D. AMBROSIO. Y tambien tendrás un padre.

ALFREDO. Un padre, y hoy no?...¿qué dices?......

ESCENA III.

DICHOS, PERFECTO.

PERFECTO. (A D. Ambrosio.) Señor, buscándole andaba,
y en veros mucho tardaba:
ya podeis cantar albricias.

D. AMBROSIO. ¿Son tan gratas tus noticias?

PERFECTO. Oh sí! muy gratas.

D. AMBROSIO. (Con interés.) Acaba.

PERFECTO. Aunque nada me habeis dicho,
vuestra angustia adiviné,
reservado sois á fé;
celebro vuestro capricho:
no obstante todo lo sé.

D. AMBROSIO. Sorprendido me has dejado.
Y qué sabes tú?

PERFECTO Gran cosa!
Sé, señor, que sois casado,
que buscais á vuestra esposa

y que no la habeis hallado.
D. AMBROSIO. (Con viveza.) Pero concluye, por Cristo.
PERFECTO. He tenido que empezar
para poder acabar.
D. AMBROSIO. (Inquieto.) Tú sabes de ella?
PERFECTO. La he visto.
D. AMBROSIO. (Impaciente.) Dónde? dime, en qué lugar?
ALFREDO. Mi madre! ¡Dios poderoso!
al fin mis ruegos oiste.
D. AMBROSIO. Con que vive?
PERFECTO. Sí, mas triste;
no de un todo sois dichoso.
D. AMBROSIO. Pronto acaba ¿qué dijiste?
comprenderte quiero; ¿acaso
por su excesiva pobreza
habrá dado algun mal paso?
PERFECTO. No sufrió en el pié fracaso,
su mal está en la cabeza.
D. AMBROSIO. Explícate,
ALFREDO. ¡Pobre madre!
D. AMBROSIO. (Inquieto.) Es preciso ser de roca!......
ALFREDO. (Intranquilo.) Perfecto, mueve tu boca,
di lo que pasa á mi padre.
PERFECTO. (Con resolución.) Pues bien, señor, está loca....

(D. Ambrosio y Alfredo se cubren el rostro con la mano y quedan suspensos por algunos momentos, al cabo de los cuales dice D. Ambrosio en actitud desesperada.)

D. AMBROSIO. ¡Oh! qué nuevo sinsabor!......
ALFREDO. (Arrojándose en los brazos de Don Ambrosio.)
Padre mio! padre mio!
D. AMBROSIO. (Separándolo y resuelto con fingida entereza.)
No importa, tengo valor,
porque en mis fuerzas confio
como descanso en mi amor.
(A Perfecto con imperio.)
Perfecto, ¿dónde está Elena?
PERFECTO. No lejos de este lugar.
D AMBROSIO. Llévame allá.
PERFECTO. Vuestra pena

de angustia tambien me llena;
mas tenemos que esperar.

D. AMBROSIO. Qué esperar! oh! no es posible,
marchemos pronto, por Dios.

ALFREDO. Yo tambien.

D. AMBROSIO. ¡Esto es horrible!
Alfredo, contra los dos
combate un mal invencible.
No tardemos más, Perfecto,
llévame á ver á mi esposa
porque esta vida es odiosa
como es terrible su efecto.

PERFECTO. Señor, es difícil cosa.

D. AMBROSIO. ¿Y por qué?

PERFECTO. Porque su estado
es, señor, muy delicado,
y yo por mi parte opino
que se prepare el camino
antes todo con cuidado:
aguardad tened paciencia.

D. AMBROSIO. Si mi corazón deshecho
se ajita dentro del pecho.

PERFECTO. Vuestra súbita presencia
no le puede hacer provecho;
dejadme que dé el aviso
al médico que la asiste.

D. AMBROSIO. (*Inquieto.*) Esto nadie lo resiste.

PERFECTO. Comprendo que el lance es triste,
pero tambien es preciso.

D. AMBROSIO. Bien, que nada te detenga,
que yo aquí te esperaré.

PERFECTO. Es fácil que pronto venga.

D. AMBROSIO. Y si no en su busca iré
sin que nadie me contenga,
que tal vez desamparada
esté acaso.

ALFREDO. ¡Pobre madre!

PERFECTO. (*Saliendo.*) Señor, no le falta nada,

que está al lado de su padre
y se encuentra bien cuidada.

ESCENA IV.

DON AMBROSIO, ALFREDO.

D. AMBROSIO. De su padre!...gran Dios!...aguarda un poco.
¿Marchaste?......me has dejado con la duda.
Tus auxilios, Señor, contrito invoco,
concédeme esta vez tu grande ayuda.
Yo no sé lo que pasa por mi mente
que en negra confusión continua vaga,
y el pobre corazón morir se siente
cual luz sin resplandor que ya se apaga.
De su padre me ha dicho, no es un sueño:
¿cómo, Elena, pudistes encontrarle?......
y yo que le busqué con tanto empeño
oh! nunca pudo por mi mal hallarle......
¿Y este necio por qué no me lo dijo?
pero ni yo le pregunté tampoco,
y es porque en nada mi memoria fijo
que estoy vagando como pobre loco;
porque me siento el corazón deshecho,
porque he perdido la razón, la calma:
y soy un campo demasiado estrecho
á contener el sinsabor del alma.
Ay! como vago con la fé perdida,
y cómo lucho con el cruel delirio;
en el mundo, infeliz, llevo una vida
que es la vida que muere en un martirio.
Y es porque el eco de tu voz, Elena,
en mis oidos sin cesar retumba,
que á sufrir para siempre me condena
mostrándome dó quier la horrible tumba!...

ALFREDO. Padre, al mirarte delirar me aflijo,
y como nunca comprenderte puedo,

mis súplicas al cielo le dirijo,
y no obstante, por Dios, te tengo miedo.

D. AMBROSIO. Miedo, Alfredo, jamás me tengas, mira,
tu padre sólo de su mal se queja,
y aunque en su triste situación delira,
oh! no por eso de tu amor se aleja.
Que cuando en mis angustias me entristezco
y sufro sin cesar dolor profundo,
al verte...yo no sé..... te compadezco,
siendo tú mi consuelo en este mundo.
Y es porque siento que mi cruel herida
con rigor hácia adentro se dilata,
y que tú con amor me das la vida
cuando la sombra del pesar me mata.
Que al vagar con el alma atribulada
cuando constante con mis penas lucho,
me siento que sin ti no valgo nada,
mas viéndome á tu lado valgo mucho.

ALFREDO. Y si alivio te brindo de tal modo
porqué me callas tus secretos, padre?

D. AMBROSIO. Ya es hora que lo sepas, hijo, todo
lo que á ocultarte me obligó tu madre,
porque fija se hallaba en mi memoria,
deteniendo mi voz con grave pausa,
cuando contarte pretendí la historia
de mis amargos sinsabores causa.
Mas ya me considero autorizado,
que puedo subsanar mi error de hombre,
y te debo decir lo que he callado
porque puedes en fin llevar mi nombre.
Que Elena apareciendo dió á mi vida
la más gloriosa y apacible calma,
porque el consuelo le brindó á mi herida,
porque ha devuelto la salud al alma;
porque en tu rostro mi mirada fijo,
y alegre puedo con amor profundo
llamarte, Alfredo, mi querido hijo
con mi conciencia y á la faz del mundo.

Por eso me contemplo al fin dichoso;
que ante el ministro del altar sagrado
de Elena puedo ser muy pronto esposo.

ALFREDO. (Con sorpresa.)
¿Y no estás con mi madre tú casado...?

D. AMBROSIO. Ahí tienes el secreto que callaba,
que al honor de tu madre convenia,
mas ya la causa del temor acaba
y recobro la paz y la alegría.
Sí, ya te puedo descubrir la pena
que á vagar me obligó con frente mustia,
porque al hallarme con mi pobre Elena
hallé tu nombre que busqué en mi angustia.
Tres almas de este modo se han salvado
y el término encontré de mi vigilia,
que Dios á bendecirme ha comenzado
reanudando la unión de una familia:
¡oh! ya puedo marchar sin embarazo
que ha cesado mi cruel remordimiento,
(Abrazándolo.)
y te puedo estrechar entre mis brazos
con frente erguida......

ALFREDO. (Estrechándolo.) ¿Y estarás contento?

D. AMBROSIO. ¿Cómo no estarlo si mi vida alcanza
lo que tanto anheló? Ya no te pierdo,
que al fin la realidad de mi esperanza
una tumba le ha dado á mi recuerdo.

ALFREDO. Así nos llamaremos ya felices?

D. AMBROSIO. Muy pronto lo seremos por completo.

ALFREDO. Oh! yo lo creo porque tú lo dices,
y te quiero, mi padre, y te respeto.

D. AMBROSIO. Y yo me intranquilizo; quien aguarda
en angustia convierte su deseo;
mas ya Perfecto demasiado tarda;
(Se aproxima á la puerta.)
oh! quién lo detendrá: pero qué veo!...
(Retrocediendo.)

ESCENA V.

DICHOS, D. GERÓNIMO, D. RAMÓN.

D. GERÓNIMO. Ramón, la posada es esta,
las señas están bien claras:
(A D. Ambrosio.) Don Ambrosio de la Encina,
decidme, se encuentra en casa?
D. AMBROSIO. (Turbado.) Aquí le teneis presente.
D. GERÓNIMO y D. RAMÓN. Qué! sois vos?
D. AMBROSIO. (Reponiéndose.) Por mi desgracia.
D. RAMÓN. (Con entereza.) Decís bien, que habeis matado,
señor, á la vez dos almas,
pues con caridad fingida
pudísteis dejar burladas
de una niña la inocencia
y de un anciano las canas.
¿Qué me respondeis ahora
de estas dos vidas robadas?
D. AMBROSIO. Que mucho tiempo he llorado
contrito nuestras desgracias.
D. RAMÓN. Pero un arrepentimiento
tan sólo el honor no salva,
ni tampoco los perjuicios
causados así se pagan.
Decidme, ¿quién á este anciano
del sepulcro lo levanta?
y á mi hija, mi pobre hija,
que hasta demente se halla,
¿quién le volverá su juicio
y su honor perdido?
D. AMBROSIO. (Conteniéndolo y con resolución.) Basta,
suspended vuestros enojos,
que Elena ya está salvada
en su honor.
D. RAMÓN. (Dudoso.) De qué manera?
D. AMBROSIO. Realizando la esperanza

que ya tengo concebida,
y por eso la buscaba.

D. RAMÓN. No os comprendo.

D. AMBROSIO. Yo he venido,
no en vano, señor, de Francia
para llamarla mi esposa
ante el ara sacrosanta.

D. GERÓNIMO. Y cómo, siendo casado?

D. AMBROSIO. No, soy viudo, me acompañan
las pruebas todas.

D. GERÓNIMO. (Elevando las manos.) Dios justo!
tus favores nos amparan.

D. RAMÓN. (Con desagrado.) Pero Elena está demente,
es imposible salvarla.

D. AMBROSIO. (Con énfasis.) No digais que es imposible,
porque imposible no hay nada;
harémos grandes esfuerzos,
que voluntad no nos falta,
para volverle esa vida
que en su cerebro se apaga.
Y si por fin conseguimos
lo que anhelamos con ansia,
en breve celebrarémos
nuestras bodas proyectadas,
(Señalando á Alfredo, que se hallará á un lado.)
y nuestro fruto bendito
será por acción tan santa,
para servir de consuelo
al que lloró sus desgracias,
y rizar con suaves manos
la cabellera cansada
del anciano que en sus hijos
una nueva vida halla,
porque sus años prolonga,
porque suavizan sus canas,
pues con sus tiernas caricias
hasta le roban el alma;
que el tronco se muestra altivo

cuando lo mueven las ramas.
D. RAMÓN. (Extendiendo sus brazos á Alfredo.)
Ven, hijo, ven á mis brazos
y anima así mi esperanza,
ALFREDO. (Arrojándose en los brazos de D. Ramón.)
Llevadme á ver á mi madre,
que ya paciencia me falta.
D. GERÓNIMO. No, conviene que esperemos,
que el médico así lo manda.
D. AMBROSIO. Alfredo, por poco vamos,
no desesperes y aguarda:
yo, cual tú, tambien anhelo
ver á Elena y abrazarla,
y espero, porque es preciso,
pero me asesino el alma,
y mi corazon lo siento
que en el pecho se me gasta,
obligándome á ver años
en los minutos que pasan.
Ten paciencia cual yo, Alfredo,
y en tanto vete á esa sala,
que hablar quiero con reserva
un asunto de importancia
con estos buenos señores.
ALFREDO. Voy, padre, porque lo mandas.

ESCENA VI.

D RAMON, D. GERÓNIMO, D. AMBROSIO.

Para hablar con libertad
mandé que saliese Alfredo,
que así con franqueza puedo
descubriros la verdad;
mi reserva disculpad
hija de un celo fundado,
pues mi historia le he callado

por respetar á su madre,
y querer que de su padre
nunca viva abochornado.
Hoy que el asunto varía
he de decírselo todo;
más quiero hacerlo del modo
que el más juicioso lo haría;
no quiero que en su alegría
se mezcle ninguna pena,
y que en hora más serena
advierta sin que se asombre
que le puedo dar mi nombre
al darle mi mano á Elena.
Pero un nombre no manchado,
igual al que yo adquirí,
pues cuando á Elena me uní
ya, señor, habia enviudado;

D. GERÓNIMO. Más lo callásteis.

D. AMBROSIO. Mi estado
tambien, señor, ignoraba:
lejos mi esposa se hallaba,
y aunque huyó de mi presencia,
la buscaba en mi insistencia;
más en vano la buscaba...!
Ella ingrata á mis amores
brindóle un falso tributo,
y el alma cubrió de luto,
y mi vida de dolores;
con amargos sinsabores
correspondió á mi pasión,
y cuando mi corazón
tan sólo latía por ella,
grabó en mi paso la huella
de una triste situación.
Dejóme sólo en el mundo,
siendo por crueles martirios
arrastrado en mis delirios,
por el negro polvo inmundo;

del alma en lo más profundo
sentí mi triste aislamiento,
pero al lanzar mi lamento
advertí que de los dos
yo podia encontrar...... á Dios,
más ella el remordimiento.
Y entónces de angustia llena
el alma buscó el retiro,
más se trocó su suspiro
con la mirada de Elena;
calmóse un tanto mi pena,
porque al fin el alma aislada
al sentirse enamorada
se transforma de tal modo,
que lo encuentra bello todo
áun en medio de la nada.
Elena, mi sinsabor
cambió en dulce contento,
que en un agradecimiento
halló su cuna el amor;
mas el hado con rigor
nos trata y se satisface,
porque inicuo se complace
en arrojarnos al fuego,
y el que ama se encuentra ciego
y no sabe lo que hace.
(A D. Ramón.) Élla, señor, os amaba
como amar debió á su padre;
pero se encontró ya madre
y de ello se avergonzaba:
temerosa se ocultaba
por no daros que sentir,
mil veces quiso morir,
y yo le dí mis consejos
que marchase léjos, léjos
por no verla más sufrir.
Hizo al pronto resistencia,
más luego al fin accedió,

y conmigo Elena huyó,
señor, de vuestra presencia;
no quiero con insistencia
repetir lo que sabreis
puesto que no ignorareis
las páginas de esta historia
y de ella al tener memoria,
señor, nos disculpareis.
Hoy me veis á vuestro lado
muy dispuesto y diligente
á borrar con un presente
ya las huellas de un pasado;
mis medidas he tomado,
pues traigo los documentos
que forman los elementos
necesarios á mi plan,
y que término darán,
señor, á tantos tormentos.
Más en pos de mi esperanza
sólo me asiste una pena,
y es el estado de Elena,
pero tengo en Dios confianza;
mi espíritu así lo alcanza:
quién sabe si pueda Alfredo
hacer lo que yo no puedo.

GASPAR. (Dentro.) ¡D. Gerónimo!

Dª PAULA. (Idem.) ¡Dios santo!
enjuga de un padre el llanto,

GASPAR. Sí, sácanos de este enredo.

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA PAULA, GASPAR.

Dª PAULA. (Entrando.) Corred de Elena al encuentro,
á socorrerla.

D. Ramón. D. Gerónimo y D. Ambrosio. (Precipitados.)
Qué pasa?

Dª Paula. Que en llamas arde la casa
y la pobre se halla dentro.

D. Ramón. Esto más ¡Dios poderoso!
Yo debo morirme ya.

D. Ambrosio. (Con inquietud.) Marchemos todos allá.

D. Ramón. (A D. Ambrosio.) Marchad vos que sois su esposo.
salvad á mi pobre hi......ja.
(Cae en los brazos de Don Ambrosio.)

D. Ambrosio. (Desesperado y haciendo esfuerzos violentos.)
¿Y no habrá quien lo sostenga,
ni tampoco habrá quien venga
y á esa casa me dirija?

(Doña Paula y D. Gerónimo aproximan un sillón, donde D. Ambrosio coloca á D. Ramón.)

Dª Paula. ¡Cuántas angustias, Dios mio!
¡qué es esto, cielo! ¿hasta cuando?......

Gaspar. Mucho el pobre está temblando,
parece que tiene frio.

Dª Paula. (A Gaspar.) No te burles, animal.

Gaspar. El es el que de nosotros
se burla cual de unos potros.

Dª Paula. ¿No adviertes que está muy mal?

D. Ambrosio. (Inquieto.) Pero yo me desespero.
¿Quién me dirige á esa casa?
porque lo que en ella pasa
ya por mí lo considero.

D. Gerónimo. Yo, señor, os llevaré.

Gaspar. ¿Dejais al enfermo aquí,
y qué disponeis de mí?
Con vosotros marcharé. (Disponiéndose á salir.)

D. Gerónimo. (Deteniéndolo.) Tú te quedas.

Gaspar. (Moviendo la cabeza con disgusto.) ¡Vaya un hombre!

D. Gerónimo. (A D. Ambrosio.) Venir conmigo podeis.

D. Ambrosio. (A Doña Paula y á Gaspar.) Lo que aquí necesiteis
pedidlo dentro en mi nombre.

ESCENA VIII.

Dª PAULA, D. RAMÓN, GASPAR.

Dª PAULA Pide un espíritu fuerte
para ver si vuelve en sí.
GASPAR. Quite, señora de aquí.
¿Usted como estoy no advierte?
Dª PAULA. Entónces, ¿qué nos hacemos?
dejarlo así no es posible,
este es un lance terrible.
GASPAR. Mañana mejorarémos,
no se apure usted.
Dª PAULA. (Sin fijarse en lo que ha dicho Gaspar.) Vé pronto,
busca un bálsamo allá dentro,
GASPAR. Iré para ver si encuentro
con que aliviar á ese tonto. (Sale.)
Dª PAULA. Señor, ¿en qué te ofendimos,
que hemos perdido tu gracia?
desgracia trás de desgracia
es lo que sólo advertimos.
Y la constante vigilia
que ha grabado sobre mi alma
no le ha devuelto la calma
á esa infelice familia.
Que mucho nos afanamos
por aliviar sus dolores,
y tambien de sinsabores
cual ellos participamos.
Ya no tengo resistencia,
pues trás de mi afan voy viendo
al padre siempre muriendo
y la hija siempre en demencia.
Así es que el alma te invoca
concedas, Dios soberano,
tus consuelos al anciano,
tus favores á la loca.

Y tambien nuestra aflicción
¡oh Dios de los hombres! calma,
que así te lo pide el alma,
y á la vez el corazón.
Que al hacer un bien á otros
á ruina se nos condena:
¿qué será, mi Dios, de Elena?
mas ¿qué será de nosotros?
¿Dónde iremos á parar?
¿dónde, dónde, Dios eterno?......

GASPAR. (Entrando con una botella en la mano.)
Váyase usted al infierno!

Dª PAULA. ¿Qué es lo que dices, Gaspar?

GASPAR. Que mi paciencia ha apurado
ese diablo dependiente,
y al verlo tan imprudente
al infierno lo he mandado.
Al verme con tanta prisa
nada debió preguntarme,
sino pronto despacharme:
(Señalando á D. Ramón.) ábrale usted la camisa.

Dª PAULA. Voy pronto, tal vez no pueda;
¿le vas á rociar el pecho?

GASPAR. Sí, señora, y es un hecho
que vuelva, si no se queda.
(Toma de la botella y le rocía.)
Más la mitad me he tragado,
y raspa que es un contento.

Dª PAULA. Lo has hecho, Gaspar, de intento:
mira, todo me has mojado.

GASPAR. Póngase á un lado, señora.
(Vuelve á rociarlo y lo sacude.)
Don Ramón, oh! no se aflija,
despierte, vamos.

D. RAMÓN. Mi hija.

GASPAR. Ya usted lo vé, se mejora
y hasta ha movido su boca.

Dª PAULA. Rocío de nuevo.

GASPAR. ¡Qué oficio!

DA. PAULA. Sí, el hacer un beneficio.
GASPAR. ¿Y la raspa que me toca?
DA. PAULA. Gaspar, vamos, date prisa,
no perdamos tiempo.
GASPAR. Ya,
ahora usted lo rociará,
yo le abriré la camisa.
D. RAMÓN. ¡Elena!
GASPAR. Don Mentecato.
DA. PAULA. ¡Hombre, calla!
GASPAR. Bien, que siga.
D. RAMÓN. Dónde estoy?......
DA. PAULA. Con una amiga.
GASPAR. Que está pasando un mal rato.
D. RAMÓN. (Delirando.) Oh! ven, Elena querida,
que me tienes en zozobra.
GASPAR. Á Elena todo le sobra,
(Aparte.) (si no le falta la vida.)
D. RAMÓN. Quiero verla, ¿sigue loca?
GASPAR. Si no está carbonizada.
DA. PAULA. Gaspar, no le digas nada.
GASPAR. Señora, yo tengo boca.
DA. PAULA. Pero bien, con tus noticias
agravas su situación.
GASPAR. Yo aprovecho la ocasión
para.........
PERFECTO. (Dentro.) D. Ambrosio, albricias!....

ESCENA IX.

DOÑA PAULA, D. RAMÓN, GASPAR, Y PERFECTO conduciendo á Elena con el traje algo desordenado y desaliñada.

PERFECTO. Llegamos,
ELENA. (Desprendiéndose de Perfecto y dirigiéndose á Gaspar.)
¿Tú eres mi padre?
GASPAR. (Rechazándola.) Yo nunca he sido casado
ni hijo tengo tan criado,

y usted puede ser mi madre.
D. RAMÓN. (Extendiendo sus brazos.) Oh! ven, Elena, á mi lado.
ELENA. (Sin fijarse y dando vueltas.) Padre mio!
Dª PAULA. Yo no puedo
ver esto sin grande pena.
ELENA. Ambrosio! mi padre! Alfredo!
D. RAMÓN. (Haciendo esfuerzos por levantarse.) Ven, hija.
ELENA. Yo tengo miedo.
D. RAMÓN. ¿No me conoces, Elena?
ELENA. Ya te conozco, sí, sí.
D. RAMÓN. Soy tu padre.
ELENA. Me has hallado!
Y Alfredo no está á tu lado,
ni Ambrosio se encuentra aquí?......
¿Contigo no se han salvado?......
D RAMÓN. Los verás, Elena, luego.
ELENA. ¿Pronto los veré?
Dª PAULA. Ten calma.
ELENA. Yo de mi calma reniego.
Dª PAULA. En breve vendrán del fuego.
ELENA. Fuego!... sí, me abraso el alma.
D. RAMÓN. Elena! Elena!
ELENA. ¿Qué quieres?
D. RAMÓN. Oh! ven.
ELENA. (Aproximándose.) ¿Por qué me llamaste?
D. RAMÓN. Hija, por Dios, ¿me olvidaste?
Ven á mi lado.
ELENA. ¿Quién eres?
D. RAMÓN. Tu padre que tanto amaste,
¿no te acuerdas?
ELENA. Ya me acuerdo,
y á buscarte me dirijo;
¡mi padre! ¿pero, y mi hijo
y mi esposo? ¿no los pierdo?
Dª PAULA. Con estas cosas me aflijo.
ELENA. Ambrosio, Alfredo, mi padre.
Dª PAULA. Tu familia está salvada,
Elena, no temas nada,
ELENA. ¿Que no tema siendo madre?

Dª PAULA. Pero espera......
ELENA. (Dejándose caer en una silla.) Estoy cansada.
(Durante este diálogo Gaspar y Perfecto se hallarán apartados hácia un lado haciendo demostraciones hasta que el primero habla.)
GASPAR. Pues un gran milagro ha sido,
y un buen servicio has prestado:
serás, Perfecto, premiado,
PERFECTO. Con don Ambrosio he cumplido,
y siento no haberle hallado;
pero espero que no tarde.
ELENA. Oh, sí! temo por Alfredo.
GASPAR. (A Elena.) Señora, no se acobarde,
que la casa sola arde
y ellos vienen
ELENA. Me da miedo.
GASPAR. Si usted lo mete!
Dª PAULA. Gaspar!
GASPAR. Señora, déjeme hablar.
Dª PAULA. A ver si por Dios se encuentran
esos hombres.
GASPAR. ¿Quién vá á hallar
entre ese millon?......
PERFECTO. Ya entran.

ESCENA X.

DICHOS, D. GERÓNIMO Y D. AMBROSIO. (Perfecto sale al encuentro de D. Ambrosio.)

D. AMBROSIO. Perfecto, ¿dónde está Elena?
PERFECTO. Señor, con suerte no escasa
sacarla pude con pena
por el fondo de la casa
salvando mil embarazos;
no sé como tuve tino
para llevarla en mis brazos
hasta vencer el camino;
vedla allí con frente mústia.

(D. Ambrosio se dirige con precipitación á donde se halla Elena, mientras D. Gerónimo se encamina á la sala donde se halla Alfredo, y vuelve con él,)

D. AMBROSIO. Cuán distinta estás!...
Dª PAULA Me aflijo.
D. AMBROSIO. (Cayendo de rodillas.) Elena, calma mi angustia.
ELENA. (Tendiéndole los brazos.)
Tú eres Ambrosio? y mi hijo?
D. GERÓNIMO. (Presentándole á Alfredo) Aquí te lo traigo, mira,
ALFREDO. (Arrodillándose.) Madre mia, aquí me tienes.
ELENA. (Con movimientos violentos.)
Tú eres Alfredo? mentira!
(Decayendo.) Tambien á engañarme vienes?
ALFREDO. Me desconoce, Dios mio!
D. AMBROSIO. Ya, Elena, somos felices.
ELENA. De tus palabras me rio!
yo feliz, oh no! ¿qué dices?
D. RAMON. (Haciendo un esfuerzo y levantándose.)
Sí, Elena, y tambien tu padre.
ELENA. (Incorporándose.) No me engañan, ya me fijo.
(Extendiendo sus brazos y con fuerza hácia Alfredo,)
Hijo del alma!
ALFREDO. (Cubriéndose el rostro con las manos y aproximándose más á Elena.)
Mi madre!......
Dª PAULA. (Conmovida.) ¡Qué triste es esto!......
ELENA. (Pasando sus manos por el rostro y la cabeza de Alfredo con inquietud.)
¡Mi hijo!
(Se abrazan.—Cuadro.)
D. AMBROSIO. Mira á tu esposo á tus plantas,
calma, Elena, mi aflicción.
ELENA. Y por qué no te levantas?
D. AMBROSIO. Porque espero tu perdón.
ELENA. Te perdono, á mí tambien
mi padre me ha perdonado.
D. RAMÓN. Sí, Elena, conmigo ven.
ELENA. Mi cerebro está turbado.
(Pasándose las manos por la cabeza.)
Yo no sé lo que me pasa.
Dios mio! dame tu ayuda.
(Mirando á todos lados.) Oh, dónde estoy?

D. AMBROSIO. En tu casa,
ELENA. El cielo en mi auxilio acuda!
GASPAR. (Llevando á D. Ramón á la presencia de Elena.)
Aproveche la ocasión.
ELENA. (Fijándose.) Con que eres mi padre?
D. RAMÓN. (Con ímpetu.) Sí.
ELENA. (Con calma y llevándose la mano al pecho.)
Me lo dice el corazón.
ALFREDO. (Interponiéndose.) Y qué te dice de mí?
ELENA. (Extendiéndole los brazos con cariño.)
Sus latidos no los pierdo,
tambien puedo conocerte.
D. AMBROSIO. De mi te acuerdas?......
ELENA. (Despréndiéndose de Alfredo.) Me acuerdo......
(Inclina la cabeza, se pasa la mano por la frente, y repentinamente fija su vista en D. Ambrosio y se arroja en sus brazos diciendo:)
Cómo, Ambrosio, vuelvo á verte!......
D. AMBROSIO. (Con entereza.) Para ser tu esposo, Elena,
purificando mi nombre.
ALFREDO. (Con cariño.) Ya, padre, no tienes pena?
D. AMBROSIO. (En actitud violenta.) Ya, Alfredo, soy otro hombre
y quiero dar un ejemplo;
hijo, esposa, padre, vamos
sin detenernos al templo.
GASPAR. Y nosotros nos quedamos
como los santos de Francia?
D. AMBROSIO. No, en mi afan, sin que os asombre,
premiaré vuestra constancia.
GASPAR. Parece bueno este hombre;
calmemos pues nuestro tedio
que no es tan grave la herida,
y á veces tienen remedio
los azares de la vida.

FIN.

ERRATAS.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
155	1	mi vista pude fijar..............	mi vista llegué á fijar
160	23	y hasta la calle arrojada	y hasta á la calle arrojada
164	10	y yo infelice en el juego......	y yo infelice en el fuego
165	17	adiós principal y venta.........	adiós principal y renta
186	12	así con tan poco juicio.	así con tan poco juicio,
,,	13	falta el verso	que el que la debe la paga.
194	5	Oh! y el borrón..................	Ah! el borrón
199	7	de donde se oye..................	de donde se oyó

LA ELECCION DE UN NOVIO

ó

JUZGAR POR LAS APARIENCIAS.

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN VERSO.

PUBLICADO EL AÑO DE 1857 POR SERAFIN DE LA FLOR
(SEUDÓNIMO), Y REFORMADO POSTERIORMENTE
POR SU MISMO AUTOR



HABANA.

IMP. «LA PRUEBA,» AMARGURA 77.
1883.

PERSONAJES.

Dª Merced *y*
D. Lucas, *padres de*
Elisa.
Antonio.
Enrique.
Simon, *criado.*
Un Comisario de policia.
Un dependiente de plateria.

La escena es en la Habana, casa de los padres de Elisa.

ACTO UNICO.

Sala regularmente amueblada.

ESCENA I.

ELISA.

Es hora que venga Antonio
y me quiero componer
para así agradarle, y ver
si logro este matrimonio.
Aunque á la verdad no sé
si para bien de mi vida,
al fin por él me decida,
por Enrique ó por José.
Porque... pensando á mis modos
para la verdad decir,
yo nó quisiera elegir,
sino...quedarme con todos.
Soy bella cual una rosa,
todo el mundo lo asegura,
y dicen que á mi hermosura
ya le falta alguna cosa.
Y yo, que no tengo nada
de boba, comprendo bien
que lo que me falta es quien
corone mi frente amada.

Esto á veces me incomoda
y lo tomo por oprobio;
pero...una niña con novio
es una niña á la moda.
Así es que quiero por eso,
lo he llegado á comprender,
también un novio tener
para estar con el progreso.
Mas todos me han celebrado
y á todos les di esperanza,
¿por que me metí en tal danza?
—Por ser todos de mi agrado.
Pero qué?... si son lo mismo
todas las niñas del dia,
que es prenda de gran valía
entre ellas el coquetismo.
Y se vé que en las reuniones
estudian hasta sus modos
para recibir de todos
atentas celebraciones.
Y aunque el alma así lo anhela,
yo esa práctica desecho,
pues debo por mi provecho
separarme de esa escuela.
Me voy pues á decidir
por uno tan solamente:
¿y cual será el conveniente?
¿á cual debo de elegir ?
A mi madre pediré
sus consejos, su experiencia
verá más que mi inocencia,
y lo que me diga haré.
Pero silencio, ya viene,
recobremos el reposo:
para tratar de un esposo
la serenidad conviene.

ESCENA II.

ELISA. Dª MERCED. (Hablando dentro.)

Dª MERCED. Qué diablos! ya te lo he dicho,
y si tus actos son malos,
ya dejarás con los palos,
de obrar así á tu capricho;
con que no andes prolija,
que muy mal te irá en la fiesta,
y verás lo que te cuesta.
(Entrando.) Oh! vamos, querida hija,
ya están los vuelos cortados.
ELISA. Siempre peleando ha de estar.
Dª MERCED. ¿Quién no se ha de incomodar
con los malditos criados?
ELISA. No les haga caso.
Dª MERCED. Sí,
¿tú no ves que son injustos,
y me ocasionan disgustos,
y me ponen como ají?
Creen que soy como tu padre.
ELISA. Bah! sencilleces, mamita.
Dª MERCED. Esta costumbre maldita
de ir en contra de su madre!......
ELISA. Vamos, no se ponga brava,
que quiero sólo su bien:
Dª MERCED. Yo nunca he tenido quien
le ponga á mi boca traba,
y por eso ya te dejo.
ELISA. No, que tengo que decirle
algo, madre, y más, pedirle
que me dé su buen consejo.
Dª MERCED. Para consejos estoy;

veremos lo que se ofrece.
ELISA. Lo dejaré, pues parece
que está de mal genio hoy.
Dª MERCED. No he de estarlo, si te opones
á que á los siervos dirija
y sus faltas las corrija,
haciéndome reflexiones?
Yo nunca por gusto hablo,
ni grandes cosas exijo,
y si es que no los corrijo
nos van á entregar al diablo.
Mas á tu asunto pasemos:
¿de qué me quieres hablar?
ELISA. Que yo me debo casar.
Dª MERCED. Eso ya lo miraremos,
pues que te digo en verdad
que pensando en ello pecas,
porque jugar con muñecas
sólo debes á tu edad.
ELISA. Oh! yo así no puedo hallarme;
todos me dicen: «hermosa,
á ti te falta una cosa,»
y es que ya debo casarme.
Dª MERCED. Esas son locuras!
ELISA. No,
que el tiempo pasa ligero
y yo nada malo quiero:
usted también se casó.
Dª MERCED. Eso conviene según......
y su tiempo llegará.
ELISA. A mí me conviene ya.
Dª MERCED. Estás muy jóven aún.
ELISA. Oh! no tome, madre mia,
por cosa vana mi queja,
pues me iré poniendo vieja
y...... quedaré para tia.
Dª MERCED. ¿Y eso sólo consultarme
querias?

ELISA. Pues no es capricho,
porque muchos ya me han dicho
que necesito casarme.
Y nuevo no dicen nada,
ni es esto tampoco un juego;
pues que arde en mi pecho un fuego
y me siento enamorada.
Y los jóvenes decentes
que visitan esta casa,
atienda usted lo que pasa,
son todos mis pretendientes.
Decírselo así he querido,
y usted, madre, me dirá
cual mejor me convendrá
para servir de marido.
Con que espero su consejo.
Dª MERCED. Y yo todo lo ignoraba!
Ah!..... por eso siempre estaba
componiéndose al espejo.
Estos son los adelantos
de este mundo singular!
ELISA. Pues qué, ¿me voy á quedar
para vestir á los santos?
Dª MERCED. Ah! los padres necesitan
fijar todos sus sentidos
en jóvenes divertidos
cuando su casa visitan:
pues de un descuido depende
que, por inocencia acaso,
una niña dé un mal paso,
el cual luego no se enmiende.
Y si no están á la vista
no tienen después disculpa
si la hija cae en la culpa
de un jóven á la conquista.
Y la razón los condena
por confundir entretanto
la pena que causa un llanto

con el llanto de una pena.
Pero...esos mozos te atienden
y te dicen muchas cosas?

ELISA. Con palabras amorosas
todos ellos me pretenden.

Dª MERCED. Lo has dicho tarde á tu madre,
en esto no obraste bien;
pero es preciso tambien
que impongamos á tu padre.
Mas antes de ir, escucha:
quiero de tu padre aparte,
mi consejo, Elisa, darte,
que yo en esto soy muy ducha.
Aunque todos te prefieran,
prefiere tú al que convenga:
tú querrás á aquel que tenga,
aunque á ti todos te quieran.
A aquel que todo le sobre
es al que debes querer,
que hoy es boba la mujer
que ame á un hombre siendo pobre.
Que tengas presente espero,
que vale más, no te asombre
el dinero sin el hombre,
que el hombre sin el dinero.
No te pares en pelillos,
para el pobre «no há lugar,»
porque debemos mirar
en el hombre los bolsillos.
Así elige con esmero
al más rico aunque sea un bruto,
porque es un arbol sin fruto,
hija, el hombre sin dinero.
Con que conmigo, querida,
donde está tu padre vamos,
porque ya necesitamos
tomar en esto medida.
Me culpará del descuido;

vamos, nada te detenga,
no olvides que el que convenga
ha de ser el elegido. (Se la lleva de la mano.)

ESCENA III.

ANTONIO.

Al fin la luz que me alumbra
no ha salido todavía.
¡Cuánta fuera mi fortuna
si lograra una entrevista!
Mil pensamientos me abruman
siempre que pienso en Elisa
tan bella como la luna,
tan hermosa como el dia;
por eso todos disputan
de sus labios la sonrisa,
pues todos de su hermosura
ciegamente se cautivan;
mas la suerte á mí me ayuda
porque en ella hallé acogida,
que á mi amor y á mi ternura
se mostró caritativa;
oh! no tengo queja alguna
que darle á mi buena dicha,
y me casaré sin duda
como siempre asi prosiga.
Mas cuento rentas?-Ninguna.
Y tengo oficio?-Nanina:
echar á los aires plumas
y mirarlas.—Tontería
es fijarse en esa excusa;
el que no corre, camina,
porque siempre la fortuna
es por todos perseguida,
quien no la tiene, la busca;

con que al agua aunque esté fria;
que los enfermos se angustian
y á veces la medicina
los lleva á la sepultura
porque aquellas mal se aplican.
Adelante con la lucha
que á la noche sigue el dia,
y aun es más bella la espuma
del mar cuando más se agita,
y si la noche es oscura,
el dia nos ilumina.
Yo sigo bien con mi industria,
y voy á dar á la niña
para que pronto la luzca
esta preciosa sortija, (Saca del bolsillo una sortija.)
que extraje con gran soltura
de los bolsillos de un quídam.
Mas por aquí siento bulla,
es que alguno se aproxima:
silencio, que si me escuchan
descubro mis picardías. (Guarda la sortija.)

ESCENA IV.

ANTONIO Y ENRIQUE.

ENRIQUE. Hola, chico! tan temprano
estás aquí de visita?
ANTONIO. En eso eres tú mi hermano
pues nadie te necesita;
pero suélta...me la mano;
animal: caramba, Enrique,
me has apretado muy duro!
ENRIQUE. Pues qué, eres tú de alfeñique?
ANTONIO. Pero, chico, si maduro
me has puesto el dedo meñique.
ENRIQUE. Bah! te trato con cariño

y me recibes tan mal!
ANTONIO. Ya lo creo, yo te riño
porque eres un animal.
ENRIQUE. Y tú eres un burro niño.
Mas pasemos á otra cosa:
¿que tal te va en tu conquista
con esta cándida rosa?
ANTONIO. En la cuestion amorosa
siempre me pierdo de vista.
ENRIQUE. Pues eso quiere decir
que has adelantado mucho.
ANTONIO. Algo pude conseguir;
pero con mi suerte lucho
y así tendré que seguir.
ENRIQUE. Tuviste correspondencia?......
ANTONIO. Algo de eso.
ENRIQUE. Pues avanzas.
ANTONIO. Por mi contínua exigencia
me ha concedido una audiencia
y tambien me dió esperanzas;
asi esperándola estoy.
ENRIQUE. (Molesto.) Yo te juro por quien soy
que eso es puro coquetismo;
á mí me dijo lo mismo,
por eso he venido hoy.
ANTONIO. Enrique, tú te equivocas
y un lance triste provocas
al mostrar su liviandad.
ENRIQUE. No, que digo la verdad.
ANTONIO. A su honor, amigo, tocas.
ENRIQUE. Ella misma se hace el daño
porque á sí no se respeta,
y siendo cual es veleta,
ha adquirido con su engaño
el título de coqueta.
ANTONIO. Pero eso no puede ser...
ENRIQUE. Por qué? porque tú lo dices?
Pues ya me puedes creer,

y aunque tú te martirices:
te ha engañado esa mujer.

ANTONIO. Si es un ángel inocente.

ENRIQUE. No te fies, mentecato,
de la mujer que en su trato
es con todos consecuente,
que esa araña como el gato.
Que humilde te atrae con calma,
y ya cuando el cetro empuñas,
se eleva como la palma
mostrando entonces sus uñas
que te las clava en el alma.

ANTONIO. Tu historia, Enrique, me aterra,

ENRIQUE. Yo voy á hacerle la guerra,
y tengo formado el plan:
tomarlas donde las dan
es costumbre de mi tierra.

ANTONIO. Y qué vas á pretender?

ENRIQUE. Tal vez me tengas por necio;
pero, Antonio, yo he de hacer
que la miren con desprecio,
y así aislada se ha de ver.

ANTONIO. Pues esa es una bobada.

ENRIQUE. Asi no lo creas, Antonio;
para la mujer no hay nada
como es verse despreciada,
pues se la lleva el demonio.
Que no hay quien tanto se obligue
á buscar de bella el nombre,
y cuando en vano prosigue
porque el hombre no la sigue
ella va detrás del hombre.
Asi conmigo vendrás
si es que te asocias á mí;
voy á ver á los demás
y aquí no vendremos mas;

ANTONIO. Yo Enrique, me quedo aquí,
que estoy de ella enamorado.

ENRIQUE. Con todo lo que ha pasado?
ANTONIO. Qué quieres? si débil soy!
ENRIQUE. Pues eres un desertado
y así á consignarlo voy. (Vase.)

ESCENA V.

ANTONIO. DESPUES ELISA.

ANTONIO. Ves á buscar otro nido
y al bobo que te creyera,
pues hablas de esa manera
porque te encuentras herido;
así tambien has querido
para ejercer tu venganza
comprenderme á mí en tu danza;
pero yo te conocí
y, Enrique, lo que es á mí
nadie en el mundo me alcanza.
ELISA. (Entrando.) Qué temprano!
ANTONIO. Luz querida,
vengo á ofrecerte mi amor,
que tú puedes, bella flor,
darme la muerte ó la vida;
aún puedes cerrar la herida
que aquí en mi pecho has abierto,
pues vago en el mundo incierto
y al fijarme tu mirada
aun dudo si, prenda amada,
estoy soñando ó despierto.
Disipas con tu presencia
todas las penas del alma,
porque tú le brindas calma
y prolongas su existencia;
al concederme tu audiencia,
hiciste feliz mi suerte,
y al llegar, Elisa, á verte

advierto, mi luz querida,
que tú me vuelves la vida
cuando me agobia la muerte.
Asi me llego á tus plantas
á pedirte el «sí» adorado,
pues dulcificas mi estado
cuando tus ojos levantas;
con ellos, Elisa, encantas
al mísero que en el suelo
sufre amargo desconsuelo,
pues cuando apacibles miran
hasta con ellos se inspiran
los querubines del cielo.
Pero...no me dices nada:
¿aún tienes alguna duda?
¿por qué te conservas muda?
Habla, no temas, amada;
no ignoro, prenda adorada,
que los que vienen aquí
te pretenden todos, sí,
mas á tus plantas te ruego
amante rendido, ciego,
que me prefieras á mí.

ELISA. Antonio, lo he prometido,
pues de esto impuse á mi madre,
y ella en union de mi padre
ya por ti se han decidido.

ANTONIO. Cómo, mi bien, he podido
alcanzar tanta ventura?
Oh! sol de mi noche oscura!
con esa grata noticia
formas mi mayor delicia
y alejas mi sepultura.
De modo que ya eres mia?

ELISA. Para siempre.

ANTONIO. El corazón
continua palpitación
te consagra noche y dia;

tú siempre serás la guia
que me conduzca en el suelo,
y cuando con triste anhelo
busque en el mundo la calma
tú le brindarás al alma
el bálsamo del consuelo.
Voy á mudarme el vestido,
pronto, Elisa, volveré
y á tus padres les diré
que estoy por tu amor rendido:
y que ya correspondido
por ti, mi arcángel hermoso,
me contemplaré dichoso
si ellos me tienden sus brazos,
y no encuentran embarazos
á que me llame tu esposo.
Toma esta prenda, mi vida, (Le da la sortija.)
y guárdala, pura flor,
que es recuerdo de mi amor.

ELISA. (Mirando la sortija.) (Dios mio! si es la perdida!)
ANTONIO. Hasta luego, luz querida.
ELISA. (Oh! yo á decírselo voy.)
ANTONIO. Cuán dichoso, Elisa, soy!......
ELISA. (Es preciso que lo entienda.)
Antonio, es mia esta prenda.
ANTONIO. Sí, bella, yo te la doy. (Saliendo.)

ESCENA VI.

ELISA.

Pero esto dá que pensar......
El diablo que lo comprenda!
¿Cómo ha podido esta prenda
hasta sus manos llegar?
A mi tio la presté
y me la dió por robada;
mas ya está recuperada,
cómo, Elisa? No lo sé.

Pero en fin ya está segura; (Colocándosela en el dedo.)
mas tal vez visiones vea
y esta mi prenda no sea,
será acaso su figura.
En que parte la compró
preguntarle yo quisiera,
acaso se la vendiera
el mismo que la robó.
Pero en fin, dejemos esto
y pasemos á otra cosa;
muy pronto seré su esposa,
como el mismo lo ha dispuesto.
Será acaso una manía,
mas mis padres lo han querido
y Antonio fué el elegido,
y me salí con la mia.
Y si no me vá muy bien
á nadie podré quejarme,
pues lo que quiero es casarme;
poco me inporta con quien.
Y si es que en él se fijaron
porque aparenta tener,
yo lo debo de querer,
segun me lo aconsejaron.
A su lado me tuvieron,
asi obedecí, que es justo
que á mis padres les dé gusto
segun ellos me lo dieron.
Ya he salido de este paso
y del otro voy en pos,
que si no lo impide Dios
según mis ansias me caso.

ESCENA VII.

ELISA. D. LUCAS.

D. LUCAS. ¿Con quien hablas, hija mia?
ELISA. Con nadie, padre, yo sola.

D. LUCAS. Tú sola, pues cómo es eso,
acaso te encuentras loca?
ELISA. Formando mis conjeturas
estaba conmigo propia.
D. LUCAS. Pues mira que yo me alegro
que hablar podamos ahora
sin que nadie me interrumpa,
y sin testigos que oigan:
porque tengo que decirte,
hija mia, muchas cosas
que me lo impidió tu madre
hablando como cotorra
y dándola de entendida
cual si fuese una doctora.
Yo opino que tengas calma
con esos que te enamoran
hasta tanto que yo, Elisa,
de lo que debo me inponga,
y de todos esos mozos
el mas conveniente escoja
y que por él te decidas
como una mujer juiciosa.
ELISA. Ay, padre, cuánto lo siento!......
mucha ha sido su demora
en indicarme esa ruta
porque yo he seguido otra,
pues á Antonio ya le he hecho,
de lo ocurrido la historia,
y quedó correspondido.
D. LUCAS. Y cuándo le viste?
ELISA. Ahora.
D. LUCAS. Has estado muy ligera.
ELISA. Yo no he obrado por mí sola,
mi madre me ha aconsejado,
de ella es la culpa ó la gloria.
D. LUCAS. Tu madre aquí ha procedido
como una mujer idiota;
mas debiste de advertir
que yo siempre fuí en su contra,

y al rechazar sus teorías
se puso como furiosa,
por lo que al fin resolví
dejarle el campo á ella sola
para luego aleccionarte,
como he pretendido ahora;
y me ha causado sorpresa
el verme tan á la cola
porque tú te adelantaste
mas que rueda voladora:
no debemos descuidarnos
cuando hay moros en la costa;
pero en fin ya tomaré
mis medidas precautorias.

ELISA. Pero mi madre me dijo,
usted mismo, padre, oyóla
que Antonio me convenía
porque vestía á la moda
y gastaba mucho lujo.

D. LUCAS. Bah! tu madre se ilusiona:
si el árbol no brinda flores
muy poco valen sus hojas,
porque las flores dan fruto
ademas del grato aroma,
y las hojas, secas caen
y sirven sólo de alfombra
que forman un basurero
cuando el viento las arrolla.
El juzgar por la apariencia
es una opinión muy tonta,
que suelen aparecer
en el mundo muchas cosas
que á los hombres alucinan
y son tan sólo bambollas:
y tu madre es muy llevada
del oropel y la pompa,
así es que cualquiera, Elisa,
la engaña como una boba;
más, es amiga de hacer

aquello que se le antoja,
porque ella siempre ha tenido
la falta de caprichosa;
y con nada se convence,
hay que dejarla en su obra,
porque si nó, como un tigre
se molesta, se incomoda,
y entonces no la contienen
ni del mar las furias todas
porque al mismo mar resiste,
y es superior á sus olas.

ELISA. Espero que usted me diga
como aquí me las componga,
pues ya he dado mi palabra.

D. LUCAS. La calma, Elisa, recobra,
tú dependes de tus padres;
haz que tus padres respondan.

ELISA. Y despues que el *sí* le he dado
salirle con otra cosa?
eso, padre, á la verdad
me da pena, me abochorna.

D. LUCAS. Déjalo entonces conmigo
que á mí palabras me sobran
con que poder contestarle;
además no se le enoja:
ningun padre da á su hija
si primero no se informa
quien es aquel que la pide.

ELISA. Pues yo no abriré mi boca,
ni tampoco aquí le espero.

D. LUCAS. Déjalo conmigo, boba,
que voy á dar la consigna.

ELISA. El no ha de ver ni mi sombra. (Vase.)

D. LUCAS. (Llamando.) Simón, ven acá corriendo.

SIMÓN. (Entrando.) Ya vengo, señor, disponga.

D. LUCAS. Si algun jóven aquí llega
lo mandarás á la alcoba.

SIMÓN. Está bien.

D. LUCAS. Allí recibo
en unión de la señora.

ESCENA VIII.

SIMÓN.

Sí, le daré cumplimiento,
mas ya que me encuentro solo
voy á echar aquí mi sueño
para descansar un poco,
pues ya me siento cansado,
que estoy cual domado potro
de tanto como trabajo.
Ay, Simón, estás tan flojo!.... (Estirando los brazos.)
Si los dueños de esta casa
hablan mas que veinte loros.
Siempre están... Simón, acaba,
haz esto, mira esto otro. (Se sienta.)
Qué cómodo está este asiento!
los pies en el otro pongo; (Bosteza.)
Ave María... qué sueño!......
Ya tengo buen acomodo:
Dios me asista en esta empresa;
si se me cierran los ojos!......
Me paso la noche en vela
porque no doy en el bolo;
y luego de dia no duermo
pero ni cómo tampoco;
con esta vida de perro
estoy que parezco un tonto.
¡Qué infelices son los hombres
cuando viven de sus hombros!......
Nada bueno nunca cojen
porque siempre se hallan cojos.
Aquí siempre falta el sebo
y yo para el sebo sobro,
y no puedo hacerme el sueco

por estar entre estos zorros.
Así observando mis ritos
me encuentro siempre con rotos,
y por lo tanto me aflijo,
y algunas veces me aflojo.
Qué familia! con sus partos
como un atleta me porto,
y al fin por decir acabo
verdades del padre Cobos.
Pero ya me vuelve el sueño, (Bosteza.)
esta vez me encuentro solo;
pues dormiré, que no peco
con esto mucho ni poco. (Se duerme.)

ESCENA IX.

SIMÓN. ANTONIO. (Con una cajita debajo del brazo.)

ANTONIO. Qué no hay nadie por aquí?......
(Reparando en Simón.) Oh! Simón! si está dormido!......
Le dejo la caja?...... sí.
(Llamándolo.) Muchacho!......
SIMÓN. Qué se ha ofrecido?
(Revolviéndose en el asiento.) Sentado, señor, estaba
para afirmar este asiento.
(Abriendo los ojos.) Oh! era usted quien llamaba?
(Señalando.) Allí está el recibimiento,
ANTONIO. Puedo entrar?
SIMÓN. No se lo digo?
A repetir no me avengo;
éntre usted.
ANTONIO. Yo soy tu amigo.
SIMÓN. Yo amigos aquí no tengo. (Incómodo.)
ANTONIO. Pero por qué te incomodas?
Toma, guarda esta cajita,
que es el regalo de bodas.
SIMÓN. (Incorporándose.) Señor, de la señorita?
(Lo sabrá Dª Merced?)

ANTONIO. Toma para tí este peso.
SIMÓN (Con alegría.) Oh! gracias, señor. Por eso
me gusta servir á usted
y siempre habrá quien le asista.
ANTONIO. Ocúltala bien.
SIMÓN. (Abrazando la caja.) Aquí
no la perderé de vista,
ni la apartaré de mí.
ANTONIO. Pues yo agradecido soy......
te sabré, Simón, pagar.
Por esta puerta me voy.
No la dejes de ocultar;
adios. (Vase.)
SIMÓN. Señor, hasta luego.
No es tan malo pues me halaga,
de los otros, sí, reniego
porque ninguno me paga.
Son todos unos tunantes
que tan sólo dan que hacer,
y queriendo ser amantes
no saben ni aun pretender.
La cajita guardaré
aquí en mis piernas cubierta
y á nadie la enseñaré;
pero hay gente en esa puerta......

ESCENA X.

SIMÓN. UN COMISARIO. UN DEPENDIENTE DE PLATERIA.

DEPEND. Aquí, comisario, ha entrado
el pícaro del ratero.
COMISARIO. Con él daremos, entonces;
(Mirando á Simón.) Hola! si aquí le tenemos.
Vamos á ver, buena pieza,
si dándose va usted preso.
SIMÓN. (Asustado.) Yo, señor! si no he hecho nada.
COMISARIO. Eso después lo veremos.

Y qué es lo que está ocultando?
Deja ver.

DEPEND. La caja!

COMISARIO. Bueno!
con el cuerpo del delito!
aquí hay de pruebas relevo.
A la cárcel, badulaque.
(Al Dependiente.) Con una cuerda ó pañuelo
le amarrarémos los codos.

SIMÓN. (Sobresaltado.) Pero, señor, ¿por qué es eso?
Mire usted que se equivoca,
yo no he robado ni un medio.

COMISARIO. Y lo oculta todavía?
Adelante, majadero.

SIMÓN. Sí, señor, yo no he cogido
á nadie, por Dios, ni un pelo.

COMISARIO. Y esta cajita de prendas?

SIMÓN. Me la ha dado un caballero
para que aquí se la guarde.

COMISARIO. Eso no puede ser cierto.

DEPEND. La ha tomado en un descuido
que padecí.

COMISARIO. Lo comprendo.

SIMÓN. Permítame usted la gracia
de llamar la gente dentro.

COMISARIO. Donde irás conmigo ahora
(Empujándolo.) es de pié y cabeza al cepo.

SIMÓN (Angusttiado.) Pero, señor comisario,
por su madre, por su abuelo.

COMISARIO. Ni una palabra más hables.

SIMÓN. (¿Cómo saldré de este aprieto?
como me saques, ¡oh Vírgen!
cuarenta salves te rezo.)

COMISARIO. Qué aún más hablas?

SIMÓN. No señor.
(Y veinte velas te enciendo.)

COMISARIO. (Violentándolo.) Vamos.

SIMÓN. (Animas benditas!...

cincuenta y tres padre-nuestros.)
COMISARIO. (Con ímpetu.) Adelanto pues, camina.
SIMÓN. Señor, ya vienen los dueños;
ya verá como aseguran
que yo no tomo lo ajeno.

ESCENA XI.

DICHOS. D. LUCAS. Dª MERCED. ELISA. ANTONIO.

Dª MERCED. Escándalos en mi casa?
SÍMÓN. Señora Doña Merced,
venga pronto, venga usted.
Dª MERCED. Vamos, dime lo que pasa.
SIMÓN. Que me llevan amarrado
á la cárcel.
Dª MERCED. Cómo pues?
COMISARIO. Sí, señora, porque es
un ladrón, y castigado
debe ser por la justicia.
ANTONIO. (Dios mio! perdido soy.)
SIMÓN. Señora, pagando estoy
inocente la primicia,
porque por la vez primera
me he metido á custodiar
esta cajita, y no era
del que me la dió á guardar.
(Dirigiéndose á Antonio.) Aquí está el caballerito
á quien la estaba guardando
por su encargo.
ANTONIO. (Dios bendito!)
Dª MERCED. Y ELISA. Antonio!!!......
ANTONIO. (Si estoy temblando.)
ELISA. (A Simón.) Qué dices!......
SIMÓN. Sí, señorita;
por las imágenes todas.
Él me dijo: esta cajita
es regalo de las bodas.

ELISA. Antonio! Antonio! Dios mio!......

COMISARIO (A Antonio.) Qué dice usted, caballero?
Oh! qué tiembla? Tiene frio?......

DEPEND. (Señalando á Antonio.) Este es el mismo ratero,
no me queda duda alguna
porque lo recuerdo bien.

SIMÓN. Esa ha sido mi fortuna.

COMISARIO. Pues á la cárcel.

SIMÓN. Amén.

D. LUCAS. (Al Comisario.) De modo que yo comprendo......

COMISARIO. (Interrumpiéndole.) Señor, que es este el ladrón.

SIMÓN. Las veinte velas te enciendo,
Purísima Concepción.

ANTONIO. Pero, señor comisario,
mire usted que......

COMISARIO. Dos porrazos.
(A Simón que se le aproxima demasiado.)
Oh! quítate, estrafalario

SIMÓN. (Insistiendo.) Que ya me duelen los brazos.

COMISARIO. (Soltándolo.) Pues bien, vete á tu lugar.
(A Antonio.) Usted á donde van los diestros.

SIMÓN. Sí, yo me voy á rezar
mis salves y padre-nuestros.

ELISA. Ay! qué triste desengaño!
Ya comprendo: la sortija
se la tomó con engaño
al tio.

Dª MERCED. Querida hija,
ven mi vergüenza á ocultar.
¡Qué engaño tan manifiesto!
aquí yo no puedo estar.

D. LUCAS. Señora, se llama esto,
por ser muy violenta, errar.
Aplíquese la lección
y mire si yo me fundo
al decir que en este mundo
es todo mera ilusión.

Dª MERCED. ¡Qué castigo le ha venido

á mi infelice conciencia!
D. LUCAS. Este es un novio elegido
juzgado por la apariencia.

FIN.

MISERIAS HUMANAS.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE



HABANA.

IMP. «LA PRUEBA,» AMARGURA 77.

1883.

PERSONAJES.

Doña Lucia.
Juana.
D. Serapio.
Eduardo.
Porfirio.
Mateo.

La escena pasa en la Habana, casa de D. Serapio, año de 187...

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con mediano lujo: sobre la mesa ó consola habrá un quinqué al que se dará luz á su tiempo y un timbre: dos puertas laterales á la izquierda del espectador, que dan á la calle, y dos á la derecha, que dan al interior de la casa. Es la caida de la tarde.

ESCENA I.

DOÑA LUCIA. JUANA.

JUANA. Pero, tia......
Dª LUCIA. Ya te he dicho
que no me llames más tia.
JUANA. Eso es tan sólo un capricho.
¿Cómo la llamo?
Dª LUCIA. Lucía.
JUANA. Yo no puedo acostumbrarme
á llamarla así.
Dª LUCIA. Pues ya
así tendrás que llamarme,
y si nó, te pesará;
obedece.
JUANA. Bueno, tia.
Dª LUCIA. Y dale......
JUANA. Se me olvidó;
Señora Dª Lucía.
Dª LUCIA. Tampoco así quiero yo:
tú de torpe siempre pecas.
JUANA. ¿Cómo entonces.?

Dª LUCIA. Casquivana,
tan sólo Lucía á secas,
como yo te llamo Juana.
JUANA. Pero diga: que ~~interés~~
la mueve?
Dª LUCIA. Ten entendido
que sólo por esta vez
te disculpo del olvido.
JUANA. La lección aprenderé
cual si estuviese á la escuela.
Dª LUCIA. Desde hoy tu hermana seré.
JUANA. Digo!.... y puede ser mi abuela!...
Dª LUCIA. (Molestándose.) Así me calumnias, Juana......
tú no has dicho la verdad.
JUANA. Y usted puede ser mi hermana?
No hay diferencia en la edad?
Dª LUCIA. Formas en todo un enredo;
sólo te llevo diez años.
JUANA. Diez años?...en cada dedo:
se alimenta usted de engaños.
Dª LUCIA. Y tú notas diferencia
entre tu cuerpo y el mio?
Mírame bien la presencia. (Paseándose con garbo.)
JUANA. Sí, mirándola me rio.
Dª LUCIA Estás entregada al diablo,
eres el mismo enemigo;
yo nunca mentiras hablo
y lo que siento lo digo.
Escúchame pues, y advierte
que no repito jamás.
JUANA. (Riéndose.) Usted, tia, me divierte.
Dª LUCIA. (Interrumpiéndola muy molesta.)
Dale, Juana! y otra mas?
qué cabeza tienes, niña,
en ella nada te cabe.
JUANA (Con intención.) Vamos, tia, no me riña,
yo la quiero, usted lo sabe.
Dª LUCIA (Incomodándose más.) Y otra vez? Si tú te gozas
en tentarme cual demonio
y hasta mis planes destrozas.

JUANA. (Con malicia.) ¿Prepara algun matrimonio?
Dª LUCIA. Me sorprende tu descaro:
no he de darte cuenta, Juana,
pues lo que yo me preparo
es lo que me da la gana.
Y te juro por quien soy,
por los restos de mi madre,
que de tu lado me voy
cuando llegue aquí tu padre;
porque eres desobediente,
casquivana y embustera,
enredadora, imprudente,
atrevida y majadera.
Que mis preceptos resiste
y se burla tu osadía
del carácter que me asiste.
JUANA. (Aparte.) Ahora quiere ser mi tia.
Dª LUCIA. Que si mi amor te aconseja,
de mi amor te burlas, Juana,
y quieres llamarme vieja.
JUANA. (Aparte.) Ahora quiere ser mi hermana.
Dª LUCIA. Respondes á mi cariño
con una tonta porfía
si con justicia te riño.
JUANA. (Aparte.) Ahora vuelve á ser mi tia.
Dª LUCIA. Y dices con necedad,
cuando no pinto una cana,
que yo tengo mucha edad:
JUANA. (Aparte.) Ahora vuelve á ser mi hermana.
Dª LUCIA. Y á tu voz, que es voz de loca,
aquí todo se varía
cuando á mí mandar me toca.
JUANA. (Aparte.) Y ya vuelve á ser mi tia.
Dª LUCIA Y coqueta te conduces
porque vas á la ventana
y á mí misma me desluces.
JUANA. (Aparte.) Y ya vuelve á ser mi hermana.
Dª LUCIA. Y á tí te miran los hombres,
y te celebran al paso,

y te dan distintos nombres;
pero á mí no me hacen caso:
y esto no puede gustarme
porque tengo dignidad:
así es que quiero marcharme.

JUANA. Más es por la vanidad
que reventando la tiene
y la ha montado á la moda;
que es tia cuando conviene
y hermana cuando acomoda.

Dª LUCIA. (Molesta.) Y me faltas! ¿no lo ves?

JUANA. Usted, tia, considere
que el mundo será cual es
y no como usted lo quiere.
Que aunque se vista de seda,
dice una antigua lección,
la mona, mona se queda
y el ratón será ratón.
Y si no bastan los años
á alumbrar la inteligencia,
los amargos desengaños
nos servirán de experiencia.
Y á usted, tia, en su ilusión,
que es sólo una vaguedad,
le falta de reflexión
lo que le sobra de edad.

Dª LUCIA. (Incómoda.) No sigas, porque te cojo
por una oreja, atrevida,
y de la casa te arrojo
cual criada mal nacida.
Que mil incomodidades
me ocasionas en el dia.

JUANA. ¿Porque digo las verdades
se enoja conmigo, tia,
cuando ~~en ello me interesa~~ le pido á la alteza
tan sólo su bienestar?

Dª LUCIA. Tu desgraciada cabeza
es la que debes sentar.
Pues mira que gracia tienes

y estás por demás bonita,
consejos á darme vienes?......

JUANA. Y usted no los necesita?

Dª LUCIA. De tí jamás, que pequeña
eres á mi lado, Juana.

JUANA. Y por qué á la vez se empeña
en ser tia y ser hermana?

Dª LUCIA. No tengo que darte cuenta,
yo bien sé lo que me hago;
no te metas en mi renta
porque no te satisfago.
Ya estoy cansada de tí,
te lo juro por mi madre,
y me marcharé de aquí
si es que no marcha tu padre.
Las cuentas le ajustaré
cuando venga de los baños,
y todo se lo diré
porque no estoy para engaños:
se acabará mi vigilia,
porque mi vida se gasta
por vivir así en familia,
y no quiero más, ya basta.
Que es mejor con lo que pasa
que estemos de todos modos
cada uno mal en su casa
y Dios bien en la de todos.
Que á mis propias reflexiones
yo sola me entregaré,
y dueña de mis acciones
de tal manera seré.

JUANA. Pero, tia, yo la ofendo
con decirle la verdad?

Dª LUCIA. Yo, Juana, lo que pretendo
es gozar mi libertad,
no servirte más de madre,
que estoy cansada por cierto,
y allá que busque tu padre
á quien arrojarle el muerto.

El diablo que te resista,
pues para hablar en verdad
hasta te pierdes de vista
del sol á la claridad.

JUANA. Bueno, tia, me retiro
para ver si así se calma.

Dª LUCIA. Sí, vete que en ti yo miro
los enemigos del alma.

ESCENA II.

DOÑA LUCIA.

Muy mal en la casa vamos
con la dichosa sobrina,
yo soy siempre el dedo malo
y ella es siempre la bonita,
y de este modo entretanto
mis cosas muy mal se miran;
no hacen nunca lo que mando,
mis exijencias descuidan,
soy burla de los criados,
y todo lo mio gravita;
pero eso sí, para gastos
aquí está Doña Lucía.
Mis rentas van minorando
y todos me desprestigian,
pues me tratan como un trapo
y á la vez tambien me arruinan;
porque mi señor hermano
me exigió que con mi firma
le nombrase apoderado
y alcanzó lo que quería,
y así me va gobernando
cual si fuera su pupila;
que si le pido, Dios santo,
aquello que me precisa,
me lo viene á dar al cabo
de treinta ó cuarenta dias

cuando ya me ha impacientado.
Y por más que se lo exija
nunca puedo conquistarlo
á que las cuentas me rinda;
siempre encuentra algun descargo
que lo salve ó que lo exima;
y mientras, los malos ratos
que paso con su chiquilla
entregada al mismo diablo
me tienen toda la vida.
Soy esclava de un mal amo
con esta dichosa niña,
se burla cuando la hablo,
en lo mio no se fija,
y hace siempre lo contrario
de aquello que más me inclina,
y si una cosa le encargo
me contesta con su risa;
y eso que yo la he criado
y en mí sólo halló caricias:
correspondió con mal pago
á mis constantes vigilias!...
Por eso pronto me marcho,
quede sola la sobrina,
no quiero mas asociados,
y aunque mi hermano se aflija,
cuando venga de los baños
sabrá que estoy decidida.

ESCENA III.

DOÑA LUCIA. EDUARDO.

EDUARDO. Señora, muy buenas tardes.
Dª LUCIA. Buenas tardes.
EDUARDO. ¿Don Serapio
de la Ortiga en esta casa
habita?
Dª LUCIA. No equivocado

llega usted, pero le advierto
que se halla tomando baños.

EDUARDO. Ya lo sé, precisamente
por él vengo aquí enviado,
que allá fui su compañero,
y al venir me hizo el encargo
de que viese á su familia,
como vé usted que lo hago,
porque yo soy muy cumplido:
el vendrá mañana acaso
si el tiempo no se le opone.

Dª LUCIA. (*Con interés.*) ¿Y cómo sigue mi hermano?

EDUARDO. Perfectamente, señora,
de lo vivo á lo pintado;
allá en los primeros dias
se le vió muy cabizbajo,
pero luego poco á poco
el pobre se fué animando,
pues recobró el apetito
y se le halló tan variado.....
ya se vé? quien no recobra
la salud en esos baños?

Dª LUCIA. Dicen que son un prodigio.

EDUARDO. Señora, son un encanto,
pues se han efectuado curas
que pasan como milagros:
allí llegan los leprosos,
los tullidos y los mancos,
los que carecen de vista,
los que se encuentran lisiados,
los que padecen de reuma,
los gotosos, los hepáticos,
los que sufren de los nervios,
los que llaman patizambos,
y en fin, otros que padecen
de muchos males extraños,
y todos salen contentos
porque se sienten curados.

Dª LUCIA. De modo que allí se cambia

en bueno todo lo malo?

EDUARDO. Sin duda, pues todo enfermo
allí encuentra el bien buscado.
Escuche usted, yo tenía,
señora, un maldito grano
tan grande como una casa...
(Titubeando.) quiero decir, como...un mango,
(Dudoso.) aquí en esta parte...digo?...
(Aparte.) ¿donde le diré?...
(Alto y con prontitud.) en la mano;
y despues de mil remedios
sin conseguir extirparlo,
corriendo marché á aquel punto,
y á los tres primeros baños
ni sombra del grano había,
y corría como un ganso
sin hallar impedimento.

Dª LUCIA. Y usted corre con las manos?

EDUARDO. (Titubeando.) Señora... para... correr
siempre se mueven los brazos,
y si una mano está enferma
habrá impedimento, es claro.

Dª LUCIA. Bien, hablemos de otra cosa,
usted dice que los malos
allí en buenos se convierten.
¿Y si van apoderados
que no han rendido sus cuentas,
se curarán del empacho?

EDUARDO. Para esos males, señora,
los presidios tienen claustros;
allí no se curan vicios,
ó mas bien, por el contrario,
los adquiere sin remedio
quien quiere pasar los ratos
distrayéndose del ocio
que dá un continuo descanso,
si no sabe dominarse
del tentador al halago;
porque allí las diversiones

se inventan, y es necesario,
porque se pasan los dias
siempre mano sobre mano;
es cada casa de huéspedes
un verdadero teatro
donde sólo hay compromisos
y multiplicados gastos.

D.ª LUCIA. Entonces se cura el cuerpo
y el alma se da allí al diablo.

EDUARDO. El alma, señora, el alma...
el alma no toma baños.

D.ª LUCIA. Pues señor, con sus noticias
me ocasiona usted cuidados,
porque temo que esas cosas
perjudiquen á mi hermano:
es verdad que ya él no es tonto
porque cuenta algunos años,
y dicen que el diablo sabe
más por viejo que por sabio.

EDUARDO. Ah! no valen esas cosas,
todos son allí tentados,
y el que no cae en la banca
envuelto se vé en el manto,
pues de juegos y mujeres
se encuentra el hombre rodeado,
y el que llevar no se deja
lo tienen por mentecato.
Oh! si usted pudiera ver
el amigo D. Serapio
como ha rejuvenecido
que todo parece un taco,
y como lo consideran
porque no se pára en gastos,
se admiraba de seguro
cual todos se han admirado.

D.ª LUCIA. ¿Con que hasta los años quitan
esos prodigiosos baños?

EDUARDO. En ellos entran los viejos
y al salir se ven muchachos.

Dª LUCIA. Al escuchar estas cosas
tambien me voy animando
para marchar á San Diego,
pues que lo merece el caso.
EDUARDO. Y qué, usted se siente enferma?
Dª LUCIA. Sí.... padezco de... catarros.
EDUARDO. Los baños para esos males
no están, señora, indicados,
y el ir no le hará provecho
porque es un viaje muy largo,
y si á darlo se decide
le producirá un cansancio
que á su edad será nocivo.
Dª LUCIA. (Con violencia.) Como es eso? qué está hablando?
pues que edad le represento?
(Ensimismándosele.) usted me conoce acaso?
EDUARDO. (Retrocediendo.) Perdone usted mi imprudencia,
señora, me he equivocado,
Dª LUCIA. (Con altivez.) Sí señor, que soy aún joven
y muchos siguen mis rastros
y me dicen mil piropos;
mas yo no les hago caso
porque tengo buenas rentas
y con ellas voy pasando
una vida regalada
con libertad y descanso,
y ese bien lo perdería
al casarme de contado.
EDUARDO. (Aparte.) ¡Buenas rentas!... pues no es poco,
si la conquisto, este hallazgo.
(Alto.) Se equivoca usted, señora,
de esa manera pensando;
siempre se ha dicho que un pan
es bueno con dos pedazos;
y yo por ciertos temores
con verdad no me he expresado,
pues que temiendo ofenderla
no la hablé bastante claro.
Dª LUCIA. Bien, diga usted lo que siente

que estoy curada de espantos,
y por nada me sorprendo.

EDUARDO. Pues ya que lo quiere hablo:
aunque no es usted muy jóven
un gran atractivo hallo
tan completo en su presencia,
(Aparte.) Dios me perdone el engaño,
(Alto.) que no sé lo que me pasa;
y luego con ese garbo,
esa entereza, ese aquel
que enamora al mismo diablo,
(Aparte.) por lo que á el te pareces;
(Alto.) cual el más brillante faro
ilumina mi existencia
con sus vivíficos rayos,
por lo que siento en mi pecho
el corazón abrasado:
mas por temor me contuve
y no quise declararlo.

Dª LUCIA. (Aparte.) Será verdad lo que dice?

EDUARDO. (Observándola y aparte.) Parece que dí en el clavo.

ESCENA IV.

DICHOS. JUANA.

JUANA. (Entrando.) Lucía.

Dª LUCIA. (Aparte.) Maldito sea,
esta muchacha es mi sombra.

EDUARDO. (Mirando á Juana y aparte. Esta luz sí centellea.

Dª LUCIA. (A Juana.) Déjame sola.

JUANA. Me asombra
la soledad que desea.

EDUARDO. (Adelantándose y saludando á Juana.) Señorita.

JUANA. (Correspondiéndole.) Caballero.

Dª LUCIA. (Aparte.) Ya todo se descompuso.
(Aproximándose á Eduardo.) Explíqueme usted primero
lo que decir se propuso.

EDUARDO. (A Doña Lucía.) La oportunidad espero.

Dª LUCIA (Aparte.) Es verdad, pero esta Juana
siempre en terreno me gana:
(Violenta á Juana.) vete y vuelve.

JUANA. Pero, tia,
me he equivocado: Lucía,
ó mejor, querida hermana,
mi venida no te asombre,
ni quieras que me retire
cuando en la sala te mire
acompañada de un hombre
que confianza no me inspire.

EDUARDO. Señorita, usted me ofende,
y permita que le dé
las gracias.

JUANA. Pero por qué?

EDUARDO. Porque á un truhán en mí comprende
segun se expresa y se vé.

JUANA. En su juicio se equivoca;
me es usted desconocido,
y eso tan sólo he querido
decir.

EDUARDO. Pues sello mi boca
porque mal he comprendido.

JUANA. (Satisfecha.) La culpa no ha sido mia.

EDUARDO. No, tan sólo yo la tengo.

Dª LUCIA. Juana, vamos.

JUANA. ¿Y qué, tia?
Dije mal... ¿y qué, Lúcía?

Dª LUCIA. (Desesperada.) No sé como me contengo.
(Tratando de fingir calma.)
Este señor quiere hablarme.

JUANA. ¿Quién le sujeta la boca?

Dª LUCIA. (Molesta.) Tú, que marcharte te toca.

JUANA. Oh! yo no quiero marcharme.

Dª LUCIA. (Aparte.) Esta niña me provoca.

JUANA. Quiero oirlo.

Dª LUCIA. (Incómoda.) No lo oirás,
porque yo no quiero, Juana,
y pronto te marcharás.

No me obedeces?

JUAÑA. Jamás,
yo no obedezco á mi hermana.

Dª LUCIA. (Siempre incómoda.) Pues tienes que obedecer.
Yo no soy tu hermana.

JUANA. Ola!...
ya varió de parecer.

Dª LUCIA. Márchate, déjame sola.

JUANA. Esto es mucho pretender:
(Maliciosa.) soledad con compañía
yo no la he visto por Dios;
ni nadie verla podría.
Bah! lo que quiere mi tia
es la soledad de dos.

EDUARDO. (Aparte.) Asi hay muchas soledades.

Dª LUCIA. No me incomodes más, Juana.

JUANA. ¿Te incomodan las verdades?
Pues oye, querida hermana:
tienes malas propiedades.

Dª LUCIA. (Desesperándose.) No soy tu hermana, reniego
de tu conducta.

JUANA. ¡Lucía!

Dª LUCIA. Ahora y siempre soy tu tia.

EDUARDO. (Aparte.) Yo no comprendo este juego.

JUANA Antes serlo no quería.

EDUARDO. (Aparte.) Yo debo terciar aquí.

JUANA. (Con malicia.) Ya no me lleva diez años?

Dª LUCIA. No quiero saber de tí.

JUANA. Ya lo creo, los engaños
siempre se alejan de mi.

Dª LUCIA. Tú siempre el demonio has sido,
ya he dicho, de tí reniego
pues me robas el sosiego.

EDUARDO. (Adelantándose.) Señorita, yo he venido
de los baños de San Diego...

JUANA. (Interrumpiéndolo y variando de tono.)
Y por qué me lo han callado?
Y mi padre, cómo está?

EDUARDO. Señorita, muy bien va.

mucho, mucho ha mejorado:
debiera quedarse allá.

JUANA. Oh no! que muy pronto venga,
que ya lo estoy extrañando.

Dª LUCIA. Sí, que más no se detenga,
porque ya me voy cansando
y no hay quien esto sostenga.
(Se vuelve á Eduardo y le dice aparte:)
Váyase y vuelva.

EDUARDO. (A Doña Lucía.) Lo haré:
yo á su voz estoy sujeto,
y muy pronto volveré.

JUANA. (Aparte.) El negocio es de secreto,
pues yo los observaré,
y sólo por divertirme
trataré de hacerle guerra.

EDUARDO. (A Doña Lucía.) Voy, señora, á despedirme.

Dª LUCIA. Y yo lo espero.

EDUARDO. (A Doña Lucía.) En lo firme
no hay quien me gane en la tierra.
(Alto.) Ya mi misión he cumplido:
(A Juana.) señorita, á vuestros pies
me tendréis siempre rendido.

Dª LUCIA. (Aparte.) Este haría un buen marido.

EDUARDO. (A Doña Lucía.) Mi señora, hasta después.

ESCENA V.

DOÑA LUCIA. JUANA.

Dª LUCIA. Vamos, dime ¿qué has ganado
con haberte aquí quedado?

JUANA. Mi gusto satisfacer.

Dª LUCIA. Pero atropellando el mio.

JUANA. De sus gustos yo me rio.

Dª LUCIA. Eres el diablo, mujer,
y tus actos no perdono:
¿tengo yo en la cara mono?

JUANA. Tiene usted la gravedad,

no espere que yo le adule,
por más que lo disimule
que le da su propia edad.

Dª LUCIA. En ofenderme te gozas
y hasta mis planes destrozas.

JUANA. Pues trátemo usted mejor.

Dª LUCIA. ¿Y cuando mal te he tratado?

JUANA. Nunca mal, porque he notado
que siempre ha sido peor.

Dª LUCIA. En mí has tenido una madre,
testigo de ello tu padre.

JUANA. Y también testigo yo,
lo contrario no le he dicho;
pero madre que al capricho
tan sólo me gobernó
haciendo de mí un juguete.

Dª LUCIA. No hables más, muchacha, vete.

JUANA. Que yo me vaya, ¿y por qué?

Dª LUCIA. Porque yo lo mando y quiero.

JUANA. Así se gobierna, pero
sepa usted que no me iré.

Dª LUCIA. Tu inicua desobediencia
castigaré.

JUANA. Mi conciencia,
señora, tranquila está;
yo á usted mal no le respondo,
tan sólo le correspondo.

Dª LUCIA. Me correspondes? pues ya
puedo darme por pagada.

JUANA. Si nunca encuentra usted nada
que la dé satisfacción.

Dª LUCIA. Esa es verdad manifiesta,
porque siempre estás dispuesta
á contrariar mi opinión.

JUANA. Pero usted la culpa tiene,
porque segun le conviene
quiere bajar ó subir,
y á la vez también me obliga
á que yo, señora, diga

lo que no quiero decir,
y manda que me retire
cuando me obliga á que mire
lo que yo no debo ver.

D.ª LUCIA. (Incómoda.) Muchacha!...maldito sea.
JUANA. y quiere también que crea
lo que no debo creer.
D.ª LUCIA. (Impaciente.) Esto es ya desesperarme!...
JUANA. Y hasta á oir quiere obligarme
lo que no debiera oir.
D.ª LUCIA. ¿Qué cosas miras y escuchas?
JUANA. Oh tía! son muchas, muchas;
mas no las puedo decir.
D.ª LUCIA. El demonio que te lleve.
JUANA. Usted, tia, no se atreve
conmigo limpio á jugar.
D.ª LUCIA. Por las imágenes todas
que tú, Juana, me incomodas,
y no quiero más hablar;
oh! veto que ya no puedo...
JUANA. Si usted se queda me quedo,
si usted se marcha me iré.
D.ª LUCIA. Déjame en paz y concordia,
JUANA. Oh no! en completa discordia
con usted siempre estaré.
D.ª LUCIA. (Desconcertada.) Conmigo mal te conduces.
(En voz más alta hácia dentro,)
Porfirio, á encender las luces,
(A Juana.) yo marcho, quédate, adios.
(Aparte.) Asi el asunto resuelvo
y despues yo sola vuelvo.
JUANA. Bien, nos iremos las dos.

ESCENA VI.

PORFIRIO.

Es cierto, la luz del dia
ya poco á poco se apaga,

y es necesario suplirla
con otra luz, no tan clara,
que en este caso nos sirva
para iluminar la sala
y favorecer la vista
que ha de observar lo que pasa,
porque el hombre necesita
á más de la luz del alma
la material que ilumina
y ante los cuerpos se inflama;
la oscuridad nos fastidia
y hasta á todos nos iguala,
y la luz nos da la vida
y hasta de apuros nos saca.
¿Quién con la luz no se anima?
Pues hagamos luz y basta.

(Raya un fósforo para encender la lámpara que estará sobre la mesa y lo deja caer al oir la voz de Eduardo.)

ESCENA VII

PORFIRIO. EDUARDO.

EDUARDO. (Entrando.) Ya estoy de vuelta, alma mia.
PORFIRIO. (Demostrando extrañeza) ¿Qué dice, que soy su alma?
EDUARDO. (Distraido.) Tú eres la luz que me guia
y que mis dolores calma.
PORFIRIO. Si la luz no se ha encendido:
¿no la veis que está apagada?
EDUARDO. (Aún sin fijarse.) Lo que mandaste he cumplido.
PORFIRIO. Si yo no he mandado nada;
¿acaso será éste un loco?
EDUARDO. Mi violencia no te asombre,
bella ninfa.
PORFIRIO. Poco á poco,
que yo como usted soy hombre.
EDUARDO. (Fijándose ya.) Pues buen chasco me he llevado.
¿Y donde está la señora?
PORFIRIO. El chasco yo lo he pasado:
¿venimos con esa ahora?

EDUARDO. Pero contesta, por Dios,
y el tono burlón ya deja.
PORFIRIO. Señoras hay aquí dos,
una jóven y otra vieja,
pero las dos están dentro
y yo soy el del servicio.
EDUARDO. (Aparte.) Pues quien sabe si este encuentro
me reporte un beneficio.
(Alto.) ¿Con que sirves en la casa?
PORFIRIO. Hace tiempo.
EDUARDO. Y enterado
estarás de lo que pasa?
PORFIRIO. (Con interés.) Nada sé: ¿que ha resultado?
EDUARDO. Hombre, nada...lo que digo
es que todo lo sabrás
pues de ello serás testigo.
PORFIRIO. Yo testigo!... no, jamás,
yo no ando nunca en justicia.
EDUARDO. No hay justicia, yo pretendo
que me des una noticia.
PORFIRIO. Yo de noticias no entiendo,
ni quiero verme enredado.
EDUARDO. Si es respecto de esta casa.
PORFIRIO. Yo siempre en mi asunto he estado
y no sé lo que aquí pasa.
EDUARDO. (Desesperándose.) Y sigues con loco empeño:
pero escúchame por Cristo.
¿Quién es de la casa el dueño?
PORFIRIO. Yo no sé, yo nada he visto.
EDUARDO. De modo que en vano acudó
á pedir lo que te pido,
PORFIRIO. Yo, señor, soy sordo y mudo,
no tengo lengua ni oido.
EDUARDO. Entonces nada pregunto
puesto que nada sabré.
PORFIRIO. Yo siempre estoy en mi asunto
y de otras cosas no sé.
Volvamos pasos atrás
que estamos de ejemplos llenos

de los que hablaron de más
y los que hablaron de menos:
los primeros se dañaron,
los segundos bobos fueron,
de los unos se mofaron,
de los otros se rieron;
y entonces se oyó entretanto
en los infiernos profundos
de los primeros el llanto,
la risa de los segundos.
Yo estoy por el buen callar
y no por el mal decir,
porque no quiero llorar,
prefiero mejor reir.
Y poco me importa así
que en el mundo de tal modo
alguno se ria de mí
cuando yo me ría de todo.
De mí pues no espere nada,
vuelva sus pasos atrás,
porque en la boca cerrada...
usted sabe lo demás.
Y si una cuestión se entabla
se ve siempre en los combates,
señor, que el que menos habla
dice menos disparates.

ESCENA VIII.

EDUARDO. PORFIRIO. JUANA.

JUANA. (Asomando.) Cómo conversan ustedes!
(Dentro ya.) Y qué oscura está la sala.
PORFIRIO. Mejor, señorita, así
no se vé lo que se habla;
y aquí se encuentra un sujeto
que yo no sé lo que indaga,
y aquel que á oscuras camina
tropieza, cae ó resbala.

JUANA. (Reconociendo á Eduardo.)
Y cómo tan pronto ha vuelto?
EDUARDO. (Titubeando.) Señorita, á vuestras plantas....
volví porque... Don Serapio
me encargó que visitara...
pues, con alguna frecuencia...
á su familia y.... su casa
JUANA. (Con ironía.) Comprendo, es usted cumplido
y en los encargos avanza...
EDUARDO. (Interrumpiéndola con intención.)
Y más si al cumplir me encuentro
que me aprisionan el alma.
JUANA. (Con malicia.) En las redes cayó pronto.
EDUARDO. Porque pronto usted las ata.
JUANA. Se equivoca, soy la jóven,
y usted viene por la anciana.
EDUARDO. No es ella la que ha encendido
en mi corazón la llama.
JUANA. Pues ustedes con misterios
y ante mí se secreteaban.
PORFIRIO. (Aparte.) Aquí tenemos comedia,
veremos esto en qué para.
EDUARDO. Muy cierto que ella al oido
de sus asuntos me hablaba.
(Aparte.) Si yo pudiera á la vez
jugar con las dos barajas
hasta explorar el terreno....
JUANA. De sus asuntos? pues vaya:
apuesto á que no le dijo
que se teñía las canas,
que son postizos sus dientes
y pretende ser muchacha,
y quiere que yo la nombre,
si le conviene, su hermana.
EDUARDO. Yo, señorita, le juro
que tan sólo á usted buscaba.
JUANA. Pues mire, se ven á veces
juramentos que hacen gracia.
EDUARDO. ¿Duda usted de mis promesas?

JUANA. Yo dudo de sus palabras.
EDUARDO. ¿Y qué motivos existen?
JUANA. Los mismos que siempre pasan;
que una cosa el alma siente
y es otra la que se habla,
porque todo en este mundo
no es más que completa farsa.
EDUARDO. Yo aseguro que no miento.
JUANA. Ya lo veremos mañana.
EDUARDO. Oh no! el corazón me impulsa,
y el corazón no se engaña.
JUANA. El corazón se impresiona
con lo que al hombre le encanta,
y al hombre que es caprichoso
todo lo nuevo lo arrastra,
y hasta á veces con rarezas
sus apetitos regala.
EDUARDO. No es muy fácil que varie
aquel que de veras ama;
exija de mí una prueba.
JUANA. Las pruebas pueden ser falsas.
EDUARDO. ¿Entonces qué cosa habrá
que en su amor la satisfaga?
JUANA. Tan sólo una cosa existe:
la verdadera constancia.
EDUARDO. (Dejándose caer de rodillas.)
Seré constante, alma mia,
y lo aseguro á tus plantas:
dime pues que ya me crees.
JUANA. (Intranquilizándose.)
Pero tenga usted mas calma,
levántese.
EDUARDO. Oh no! primero
me has de dar una esperanza.
JUANA. (Aún más intranquila.) Que puede venir mi tia.
EDUARDO. No me levanto si tardas
en darme tu *sí*.
JUANA. (Con más inquietud.) Hablaremos.
Dª LUCIA. (Entrando.) Qué no hay luz en esta casa?

PORFIRIO. (Rayando un fósforo con violencia y encendiendo la lámpara.)
Sí, fiat lux.
Dª LUCIA. (Reparando en Eduardo.) Pero ¿qué es esto?
PORFIRIO. Una cosa que está clara.
(Con gracia.) Y qué cuadro tan bonito!...
¿Con que á dos carrillos masca?...
con la tia y la sobrina!
esta sí que es buena ganga!

ESCENA IX.

EDUARDO. PORFIRIO. JUANA. DOÑA LUCIA.

Dª LUCIA. (A Eduardo ya de pié.) Deme usted satisfacción
de esa conducta.
EDUARDO. (Turbado.) Se...ñora!..
Dª LUCIA. (Molesta.) Démela usted sin demora.
EDUARDO. (Aparte.) Esta sí que es pretensión.
Dª LUCIA. (Caracterizada.) ¿Cómo le encuentro postrado
á los pies de mi sobrina?
EDUARDO. (Titubeando.) Ya de esperar en la esquina
me hallé, señora, cansado,
y dirigíme hasta aquí
con pasión y fé seguras,
mas la sala estaba á oscuras
y encontrarla á usted creí.
(Aproximándose á Doña Lucía.) Y por eso entonces yo,
(Con misterio.) hablándola cual mi gloria,
seguí mi empezada historia,
cuando en esto usted llegó.
Dª LUCIA. Y qué es tan corto de vista?
EDUARDO. Sí, señora, soy miope.
(Aparte.) Quien con esta yegua tope
es fácil que se resista.
(Al oido de Doña Lucía.)
Cuando usted se encuentre sola
se lo explicaré mejor
al hablarle de mi amor.

JUANA. (A Eduardo.) ¿Ya hay nuevos secretos? ola!
EDUARDO. (A Juana.) Salvando la situación
para salir del apuro.
JUANA. (Aparte.) Este amante es un perjuro.
Dª LUCIA. (Aparte.) Este amante es trapalón.
EDUARDO. (A Doña Lucía.) Y ya que tanto se empeña
proporciónele á mi anhelo
la ocasión.
Dª LUCIA. (A Eduardo.) Con el pañuelo
le puedo hacer una seña
cuando sola esté, mañana
por la tarde.
EDUARDO. (A Doña Lucía.) Bien, señora,
á su cita sin demora
vendré de muy buena gana.
(Se vuelve á Juana con disimulo y le pregunta.)
¿Cuándo hablar los dos podremos?
JUANA. (A Eduardo.) Cuando el tiempo lo permita.
EDUARDO. Pero dame alguna cita.
JUANA. Eso después lo veremos.
Dª LUCIA. Y por qué viniste, Juana,
á esta sala estando oscura?
JUANA. Porque estoy de mí segura.
y de venir tuve gana.
PORFIRIO. (Aparte.) Es esto valla ó teatro.
Dª LUCIA. Mal contestas á tu tia.
JUANA. La culpa es suya y no mia.
PORFIRIO. Está bien...voy tres á cuatro!...
Dª LUCIA. (A Porfirio.) Tú tienes también la culpa.
PORFIRIO. Pero por qué?
Dª LUCIA. La tuviste
porque la luz no encendiste.
EDUARDO. (A Juana.) Juanita, no más disculpa
que en llamas mi pecho arde
y ya me siento intranquilo:
cuándo vengo? vamos: dilo.
JUANA. Bien, mañana por la tarde
cuando yo me encuentre sola
se lo dirá mi pañuelo.

EDUARDO. Ya tengo para consuelo
bandera con banderola;
y de ambas seré juguete:
fragata por barlovento,
goleta por sotavento
y las dos con gallardete.

(Vase corriendo y cae el telón.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración que en el primer acto.

ESCENA I.

DOÑA LUCIA. PORFIRIO.

Dª LUCIA. Ya sabré recompensarte
si cumples, te lo prometo.
PORFIRIO. Yo deseo contentarla.
Dª LUCIA. No basta sólo el deseo.
PORFIRIO. Pero dígame, señora,
y qué he de hacer desde luego?
Dª LUCIA. Ponerte en espectativa,
pero con algun empeño,
para tenerme al corriente
de todo.
PORFIRIO. Ya la comprendo;
es decir, hacer la plaza
de curioso y embustero,
que es oficio repugnante.
Dª LUCIA. Pues yo lo contrario creo.
PORFIRIO. ¿Y qué acaso entre los hombres
miran ese desempeño
sin repugnarlo?
Dª LUCIA. No hay duda.
PORFIRIO. Y es bueno, señora, eso?
Dª LUCIA. Es como todas las cosas

en que se tocan extremos;
algunos lo miran malo,
mas otros lo miran bueno:
que lo blanco para un quídam,
para otro quídam es negro,
pues dicen que los colores
para los gustos se han hecho,
y las cosas las juzgamos
según por donde las vemos.

PORFIRIO. Pues yo á lo malo, señora,
no le encuentro lado bueno.

Dª LUCIA. Tú te equivocas, Porfirio,
y á asegurarte me atrevo
que malo en el mundo nada
en lo absoluto tenemos:
todo tiene contra y pró,
los hombres son los perversos,
que interpretan á su modo
lo imperfecto y lo perfecto.

PORFIRIO. Entonces dígame usted
cuál será mi desempeño.

Dª LUCIA. Observar lo que ellos hagan.

PORFIRIO. ¿Y diga quiénes son ellos?

Dª LUCIA. La señorita y el jóven
de ayer tarde.

PORFIRIO. Bueno, bueno.
Es decir, que yo me oculto
y ocultado los observo,
y si en alta voz conversan
lo que digan voy oyendo,
y despues de mi escondite
salgo y todo se lo cuento.
Se quedarán sorprendidos
al verme!...

Dª LUCIA. ¿Qué estás diciendo?

PORFIRIO. Lo mismo que usted me encarga.

Dª LUCIA. Si yo no te he dicho eso.

PORFIRIO. Pues entonces? qué me ha dicho?

Dª LUCIA. Este Porfirio es un necio;

(Volviéndose á él.) escucha bien mis palabras.
PORFIRIO. (Fijándose.) Ya, señora, estoy atento.
Dª LUCIA. Pues oye bien, y no vengas
después á descomponerlo.
PORFIRIO. Al contrario, yo compongo
lo que me dan descompuesto.
Dª LUCIA. Pues célame la pareja.
PORFIRIO. Yo nunca he tenido celos.
Dª LUCIA. (Desesperándose.) No es eso lo que te digo...
PORFIRIO. No eso y lo está diciendo?
Dª LUCIA. Hombre nó! lo que te encargo
es que tú estés en acecho
y al jóven y mi sobrina
escudriñes desde luego,
y me digas cuanto sepas.
PORFIRIO ¿Y nada le digo á ellos?
Dª LUCIA. A ellos, hombre, ¿qué, estás loco?
¿con que anhelo sorprenderlos,
y quieres aviso darles?
¡Pues mira que estamos frescos!...
PORFIRIO. Es decir que lo que escuche
á nadie lo manifiesto.
Dª LUCIA. A mí sola me lo dices.
PORFIRIO. A usted sola? Bueno, bueno;
lo haré como usted lo manda,
aceptaré sus consejos,
y pronto del cometido
he de estar muy satisfecho.
Dª LUCIA. Yo soy la que debe estarlo.
PORFIRIO. Usted y yo lo estaremos.
Dª LUCIA. De modo que en tu promesa
descansar, Porfirio, puedo?
PORFIRIO. Descuide usted que las cosas
bien irán si las movemos,
y ya verá como cumplo
si á moverlas doy comienzo.
Dª LUCIA. Pues no desmayes, Porfirio,
y empieza tus movimientos,

que yo para no estorbarte
ya de tu lado me alejo.

ESCENA II.

PORFIRIO.

Ya tengo buen acomodo,
y de esta manera entiendo
que si no me voy subiendo,
bajando iré de este modo:
así es en el mundo todo,
que ya subiendo ó bajando
creemos ir progresando,
y unos rien y otros lloran,
y las cosas empeoran
segun las vamos mirando.
Y lo que bueno era ayer
hoy por malo lo tenemos,
y mañana no sabremos
ni lo que bueno ha de ser;
así vemos con placer
que á lo bueno se acomoda
la humanidad, pues que toda
va progresando por eso;
pero... no existe el progreso,
que lo que existe es la moda.

ESCENA III.

PORFIRIO, JUANA.

JUANA. Estás cuidando la casa?
PORFIRIO. Un encargo estoy cumpliendo,
que aquí me voy deteniendo
sólo por ver lo que pasa.
JUANA. Lo que pasa! ¿qué me dices?
PORFIRIO. Veré lo que pasará,

y á ustedes no les dará
el olor *por las narices.*

JUANA. Pues menos comprendo ahora.
¿Que tú explicarte no puedes?

PORFIRIO. Que lo que digan ustedes
lo contaré á la señora.

JUANA. Mas de quien estás hablando
que á comprenderte no atino?

PORFIRIO. Del jóven que anoche vino
y de usted.

JUANA. ¿Te estás burlando?

PORFIRIO. Burlándome no, muy serio
me expreso; Dª Lucía
se ha propuesto en este dia
aclarar algún misterio,
y me encarga que me oculte
y los observe, ¡qué risa!
y luego de esta pesquisa
le diga lo que resulte.

JUANA. (Con carácter.) Pues mira, puedes marchar
porque es lo que te conviene.

PORFIRIO. Oh no! si ese jóven viene
yo lo tengo que observar.
Lo ofrecido cumpliré,
esa ha sido mi promesa,
y debajo de la mesa
si él viene me esconderé:
ustedes no me verán
y á no darles yo noticias,
hasta se harán sus caricias
y libremente hablarán.
Y yo que seré testigo
de aquello que vaya oyendo,
me marcho pronto, corriendo,
y á la señora lo digo.
(Satisfecho.) Le parece bien así?
no cumplo con la señora?

JUANA. (Molesta.) Lo que quiero sin demora
es que te marches de aquí;

y, Porfirio, te aseguro
que, si quedas escondido,
sabrás para que has nacido
y te ha de pesar, lo juro.

PORFIRIO. (Desconcertado.) Me iré si fuere preciso
y luego á Dª Lucía
le diré que yo quería,
y usted fué la que no quiso.

JUANA. Nada tienes que decirle

PORFIRIO. ¿Y cómo cuenta le doy?

JUANA. Di que la cuenta yo voy
de su conducta á pedirle;
me dirá quien la ha metido
á dar órdenes aquí,
digo! contrarias á mí!
eso sí gracioso ha sido.

PORFIRIO. Señorita!...

JUANA. Yo te mando
que te marches y no sigas,
y más, que nada le digas
á la señora.

PORFIRIO. ¿Hasta cuando?

JUANA. Hasta darte nuevo aviso,
y cuidado si te escondes:
tú de todo me respondes,
yo haré lo que sea preciso.

PORFIRIO. La conciencia me remuerde.

JUANA. Vete, y no seas importuno.

PORFIRIO. Bien, me iré, no sabe uno
como gana ó como pierde.

ESCENA IV.

JUANA.

Pues es la señora lista
y en sus terrenos avanza,
cuando palpe mi venganza
no ha de haber quien la resista.

Así le aseguro yo
que perdón me pedirá;
en años me ganará,
pero en astucia, eso nó.
Se han figurado los viejos
que en todo pueden ganar,
cuando han venido á quedar
tan sólo para consejos.
Esta sufre mil engaños
al hacerme competencia
porque está en la inteligencia
de poder bajar sus años;
mas otras veces su edad
la deja como la tiene
si es que entonces le conviene
sostener su dignidad.
Y la podrá sostener,
esa es cosa manifiesta,
mas mientras duerma la siesta
la guerra le voy á hacer.
Oirémos á ese cupido
como me pinta su amor;
es un amante traidor,
y voy á ver si ha venido.
Mil cosas querrá decirme:
oh tia! voy á vengarme!
Y... si empiezo á enamorarme?...
no, lo haré por divertirme.
Ya se despierta mi anhelo
y en esto el alma se empeña:
yo quedé en hacerle seña
batiéndole mi pañuelo.
Voy á ver si sola estoy.

(Examina las puertas y rincones.)

No hay nadie, veamos fuera;

(Asoma la cabeza y vuelve á entrar.)

en la esquina está en espera,
pues ya la señal le doy.

(Bate el pañuelo hácia afuera.)

¡Como voy á divertirme
con ella y también con él
haciendo un falso papel!
Ya tengo para reirme.

ESCENA V.

JUANA. EDUARDO.

EDUARDO. Encanto de mis amores,
ya puedo estar á tu lado?
JUANA. Llegue usted con más cuidado
que lo oyen.
EDUARDO. Cuando las flores
esparcen suaves olores
de la luz á los destellos,
la brisa no encuentra en ellos
tanto aroma, tantas galas
como advierte en los que exhalas
al abrir tus labios bellos.
JUANA. (Tímida.) No hable tan alto.
EDUARDO. (Con más calor.) Mi amada,
eres mucho mas hermosa
que el sol con su luz radiosa
despues de bella alborada:
cuando fijas tu mirada
y mueves tus labios rojos,
satisfaces los antojos,
porque ni el sol en verdad
brinda tanta claridad
como la luz de tus ojos.
JUANA. (Intranquila.) Hable mas bajo.
EDUARDO. Me inspiro
al mirarme junto á tí,
no sé que pasa por mí
cuando á tu lado me miro.
JUANA. Ah mi Dios!...
EDUARDO. Con tu suspiro
has aumentado mi anhelo,

pues su sonido en el suelo
es, bella ninfa, tan suave
cual el cántico del ave,
cual la música del cielo.

JUANA. (*Angustiada.*) Lo puede escuchar mi tia:
tenga usted por Dios más calma.

EDUARDO. No puede tenerla el alma
en su continua agonía:
tú eres sola la alegria
que apaga mi triste llanto
y adormece mi quebranto
como el ave con su arrullo,
cual fuente con su murmullo,
cual natura con su encanto.
Cuando el alma se desvela
pensando en tu amor á solas,
cuando del mar en las olas
la luz de la luna riela;
en esas horas anhela
pasar á un mundo mejor
tan sólo por el temor
de no hallar en tí acogida,
mas le detiene la vida
la esperanza de su amor.

JUANA. (*Algo compungida.*) No se exprese más así
que me hace daño.

EDUARDO. Mi bien,
tú eres tan sólo mi edén
y todo soy para tí:
acoge pues, bella hurí,
del alma las tristes quejas,
ya que en ella te reflejas
con tu luz apetecida,
y que prolongas su vida
porque la muerte le alejas.

JUANA. (*Con zozobra.*) Y qué quiere usted que haga?

EDUARDO. Que calmes mi ardiente fuego.

JUANA. (*Angustiada.*) Bueno, marche y vuelva luego.

EDUARDO. Así el fuego no se apaga.

JUANA. (En tono suplicante.) A mi anhelo satisfaga.
EDUARDO. Pero esta cruel situación!...
¿Cuándo mejor ocasión?...
JUANA. (Con intranquilidad.) Cuando el tiempo lo permita
EDUARDO. (Fingiendo descontento.) Prolongas con otra cita
la angustia del corazón!..
JUANA. Pero usted, señor, no advierte
que puede venir mi tia?
EDUARDO. Y tú no ves, alma mia,
que me das pausada muerte?
Si te ofendo con quererte
dígalo ya tu hermosura,
y á llorar mi desventura
iré con dolor profundo,
alejándome del mundo
en pos de mi sepultura.
JUANA. (Aún más angustiada) Ya más despacio hablaremos.
EDUARDO. Dame una sola esperanza.
JUANA. (Indecisa.) Tenga en mí, señor, confianza
que mañana lo veremos.
EDUARDO. Y por qué ahora no?
JUANA. Podemos
acaso ser sorprendidos
y asi seremos perdidos;
váyase y vuelva mañana.
EDUARDO. (Desconcertado.) Me iré de muy mala gana
dejando aqui mis sentidos.
(Aparte.) Primera amonestación
y le encontré impedimento.
JUANA. (Aparte.) Algo nuevo ya me siento
al latir el corazón.
EDUARDO. (Observándola.) Ten, Juanita, compasión
de un alma que se desvela.
JUANA. (Queriéndose decidir.) Ya... le diré por esquela
si es que á amarle me resuelvo.
EDUARDO. (Aparte.) Pues á la esquina me vuelvo
á seguir de centinela;
mas ya la tengo blandita,
debo dar otro *tentón*.

(Alto y en tono de súplica.) No agraves mi situación,
compádecete, Juanita,
porque en el alma gravita
un peso que la sofoca,
y tan sólo á tí te toca
aliviarla en su martirio,
pues en su loco delirio
pendiente está de tu boca.
Pero con razón advierte
que al alma que se halla herida,
tu «sí» le dará la vida,
tu «nó» le dará la muerte.
¿No podrás compadecerte
de mi amargo sinsabor
cuando llego, bella flor,
á decirte con fé ardiente,
que por tí tan solamente
estoy muriendo de amor?...
Con tu fria indiferencia
prolongarás mi sufrir,
¿y de hacerme así morir
no te acusa la conciencia?

JUANA. Oh, señor! su impertinencia
va aumentando mi temor.

EDUARDO. Y tú aumentando el dolor
que con calma me aniquila.

JUANA. (Angustiada.) Váyase, estoy intranquila.

EDUARDO. Y yo muriendo de amor.

JUANA. Oh! váyase, nos conviene.

EDUARDO. Y tú no me consideras?

JUANA. (Aparte.) Lo voy amando de veras.
(Alto.) Usted tan súbito viene
y tal exigencia tiene
que no sé qué hacer por Dios.

EDUARDO. (Con afabilidad.) Amémonos ya los dos.

JUANA. (Con reticencia.) Bien... váyase, ya le amo.

EDUARDO. (Con alegría.) No mas, hermosa, reclamo.
(Aparte.) Cayó la primera.
(Alto.) Adios.

ESCENA VI.

JUANA.

Qué he hecho? Ni yo lo sé;
¡ay infelice de mí!
¡Dios mio! ¿Pero por qué
yo le fuí á decir que *sí*?....
De inocente no pequé:
¡qué débil he sido yo!....
Dios mio! pero por qué
yo no le dije que *nó*?...
¡Oh reirme quise yo
y le fuí á decir que *sí*!...
Por no haberle dicho *nó*,
se van á reir de mí.
Medidas he de tomar,
y con mucha precisión
voy á Porfirio á llamar
para darle mi instrucción.
Mas ya que tan débil fuí
porque él me precipitó
á que dijese que *sí*,
mañana diré que *nó*.
Pues cual me convenga á mí
seré cual siempre fuí yo,
que unas veces diré *sí*,
y otras veces diré *nó*.

(Se aproxima á la mesa y toca un timbre que habrá en ella.)

ESCENA VII.

JUANA. PORFIRIO.

PORFIRIO. (Entrando.) Señorita.
JUANA. Ven, Porfirio.
¿No has hablado á la señora?

PORFIRIO. Si del cuarto no ha salido,
y duerme como una tonta.
JUANA. Pues bien, de lo que te he dicho
nada le digas ahora.
PORFIRIO. Ahora nó, yo se lo digo
cuando esté con ella sola.
JUANA. No es eso lo que te pido.
PORFIRIO. Entonces usted disponga.
JUANA. Le dirás que no me has visto.
PORFIRIO. Bueno, bueno. ¿Y qué otra cosa?
JUANA. Nada más, ¿no has comprendido?
PORFIRIO. Comprendo, ¿y si se le antoja
preguntar por un capricho
donde ha estado su persona?
JUANA. En mi cuarto. ¡Qué fastidio!...
PORFIRIO. Ah! vamos, como una monja
rezando acaso el bendito
ó haciendo papel de boba.
JUANA. (Molesta.) Haciendo lo que he querido.
¿Y qué, también de mi historia
el darle cuenta es preciso?
PORFIRIO. ¿Pero que usted se incomoda
por la instrucción que le exijo?
Es medida precautoria
para estar bien prevenido.
JUANA. Bueno, marcha sin demora,
ó mejor, vente conmigo:
dejémosle á la *pandorga*
este lugar expedito;
mira bien como te portas,
no olvides lo que te he dicho.
PORFIRIO. (Satisfecho.) Yo tengo buena memoria
y los encargos no olvido.
JUANA. Ya sabré con mano pródiga
recompensar tu servicio;
(Mirando hacia dentro.)
Allí viene muy oronda
y con traje de prestigio;
yo voy á ocultarme ahora

para oir sus raciocinios.

(Sale por la segunda puerta de la derecha seguida de Porfirio, y á poco entra Doña Lucía por la primera puerta de la misma derecha.)

ESCENA VIII.

DOÑA LUCIA. JUANA (Oculta.).

Dª LUCIA. Ya se aproxima la hora
de que salgamos del parto;
(Mirando hacia dentro.) mi sobrina está en su cuarto,
pues al agua sin demora.
Ese jóven me gustó;
tal vez pueda convenirme.
¿Qué cosas querrá decirme?
Ya su amor me declaró.
Lo voy á llamar al punto,
porque al fin con esta historia
resucito en mi memoria
los recuerdos del difunto.
(Con alegría.) El corazón me palpita:
recuerdo cuanto me amaba!...
y que siempre me llamaba:
(Con gracia.) mi querida *Luciita.*
Y yo me dejaba amar
porque él formó mis delicias,
y luego...con sus caricias...
¿quién se había de negar?...
¡oh si aquel tiempo volviera!....
¡Quién sabe! en camino estoy
si el jóven me cumple hoy:
todo fuera que él quisiera.
Que la buena suerte acuda
á ayudarme en mi jornada
y ya me he de ver casada,
que es mejor que estar de viuda.
Mas.... la duda me asesina;
yo voy á ver si ha venido:

(Se asoma á la puerta que da á la calle y vuelve á entrar.)

Oh! no hay caso, me ha cumplido
que se halla de pié en la esquina.
El aguarda que le llame
segun le ofrecí en mi anhelo
batiéndole mi pañuelo;
pues va la señal.

(Agita el pañuelo hacia la calle.)

JUANA. (Asomando y aparte.) Infame!...
lo mismo esperó de mí;
asi son los hombres todos.

Dª LUCIA. A mí me agradan sus modos.

JUANA. (Aparte y siempre oculta.) Todos proceden así.

ESCENA IX.

Dª LUCIA. EDUARDO. JUANA (Oculta,).

EDUARDO. (Entrando.) Estás sola, vida mia.

Dª LUCIA. Sola estoy, ¿qué no me vé?

EDUARDO. Alguno tal vez podria
escucharnos.

Dª LUCIA. ¿Para qué?

EDUARDO. Por mera curiosidad.

Dª LUCIA. (Con malicia.) Le teme á los enemigos?

EDUARDO. Estoy por la soledad,
no me agradan los testigos:
toma pues tu precaución.

Dª LUCIA. Y qué, duda usted de mí?

EDUARDO. Yo dudo de una traición.

JUANA. (Aparte.) Tú debes dudar de tí.

Dª LUCIA. Puede hablar, me encuentro sola,
no tenga ningun temor.

EDUARDO. (Aparte.) Hago villa y carambola
en las cuestiones de amor,
en esto soy yo muy ducho.
(Se aproxima á ella demasiado y le dice:)
A tí llego como un loco.

Dª LUCIA. (Desviándose.) Oh! ya se adelanta mucho,
retírese usted un poco.

EDUARDO. El amor nada respeta
y vengo ciego de amor.
Dª LUCIA. Pues quien ama se sujeta,
amigo, por el pudor.
EDUARDO. No me llames más amigo
cuando de mi amor te hablo.
JUANA. (Aparte.) Pues no quiere poco!.... digo!....
¡quien debe llamarse diablo!
Dª LUCIA. Oh! sepa usted que los nombres
se conquistan...
JUANA. (Aparte.) Bien, acabe:
como enamoran los hombres,
esta señora no sabe.
EDUARDO. (Tratando de besar una mano á Doña Lucía.)
Admíteme, bello astro,
é imprimir un beso deja
en tu mano de alabastro.
Dª LUCIA. (Retirando la mano.) ¡Tan pronto!...
JUANA. (Aparte.) Diablo de vieja!...
Dª LUCIA. (Con cortedad) Oh! no, á tanto no se atreva.
JUANA. (Aparte.) Dondo las toman las dan.
EDUARDO. Sí, sé tú mi hermosa Eva,
y déjame ser tu Adán.
JUANA. (Aparte.) Ay! que Adán tan atrevido!
á donde su amor lo lleva
que lo convierte en Cupido?
¿Y qué diré de la Eva?
EDUARDO. En llamas mi pecho ardo
y á tu amor rendido llego:
¿nada me dices?
Dª LUCIA. (Con timidez.) Mas tarde.
JUANA. (Aparte.) Aquí una espada de fuego
debiera acabar la escena.
EDUARDO. No tardes más, alma mia,
contéstame.
Dª LUCIA. (Con cortedad.) ¡Ave María!...
JUANA. (Aparte.) Siga usted el *gratia plena*.
Dª LUCIA. A qué viene tanto apuro?
EDUARDO. Para calmar mi zozobra.

JUANA. (Aparte.) Este quiere estar seguro:
¿qué se propondrá en su obra?
Dª LUCIA. [redacted]
EDUARDO. [redacted]

De usted sus prue primero
mi amor la prueba reemplaza

Dª LUCIA. Pues bien, su constancia espero.
EDUARDO. (Aparte.) Cuál se resiste esta plaza!...
(A Doña Lucía.) ¿Qué pruebas quieres de mí?
Dª LUCIA. El ser en su amor constante.
EDUARDO. Lo seré, mas dame el *sí*.
Dª LUCIA. Lo daré mas adelante,
cuando advierta que su amor
no es falso.
EDUARDO. (Aparte.) Vana quimera!
(Alto.) Yo te juro por mi honor...
JUANA. (Aparte.) ¡Qué vieja tan marrullera!...
Dª LUCIA. No juro, ya lo veré.
EDUARDO. ¿Rechazas mis reflexiones?
(Aparte.) Cómo el medio encontraré
de arrancarte los doblones?
Dª LUCIA. Si su amor nada respeta
y está en casa mi rival.
EDUARDO. (Comprendiendo que se refiere á Juana.)
Quién, esa niña coqueta?
JUANA. (Aparte, molesta.) Canalla, tonto, animal;
de pérfido y de demonio
bien el papel desempeña.
EDUARDO. Unirme yo en matrimonio
á una niña tan pequeña
sería una gran locura:
tú sola estás en mi idea.
JUANA. (Aparte.) Puedes, vieja, estar segura,
pero es necio quien lo crea:
(Con desconsuelo.) y yo que empezaba ya
á sentirme enamorada!....
Dª LUCIA. Bueno, todo se verá,
JUANA. (Aparte.) Sí, con él veremos.... nada.
EDUARDO. Verás como á tí te amo,
y á ella sólo la desprecio;
pero atiende á mi reclamo.

JUANA. (Aparte, incómoda.) Ingrato, atrevido, necio!
(Violenta.) no puedo ya dominarme.
Dª LUCIA. Espere un poquito más.
JUANA. (Aparte.) Oh sí, tengo que vengarme,
ya tú me la pagarás.
EDUARDO. (Aparte.) No sé como haga un acopio
de frases con la maldita.
JUANA. (Aparte.) Se ha ofendido mi amor propio.
EDUARDO. Me abandonas en mi cuita?
Dª LUCIA. Tenga un poco de paciencia.
EDUARDO. (En tono de súplica.) Alma mia, no por Dios
muestres mas indiferencia.
JUANA. (Aparte.) Buenos pollos son los dos.
EDUARDO. Apiádate de tu amante
y cierra por Dios mi herida,
que te ofrezco ser constante.
Dª LUCIA. ¿Constante?
EDUARDO. (Con firmeza.) Toda la vida.
Dª LUCIA. (Indecisa.) Entonces... bueno, mañana
le daré contestación.
EDUARDO. (Aparte.) Ya va cayendo la anciana:
voy á dar otro *tentón*.
(Alto.) Y hoy no? ¿por qué, vida mia,
no ves que me angustio el alma
y sufro cruel agonía?
Dª LUCIA. Tenga usted, señor, mas calma.
EDUARDO. (Fingiendo desesperación.) Oh no! que me vuelvo loco
y voy á.... arrojarme al mar.
Dª LUCIA. (Angustiada.) Espérese usted un poco.
EDUARDO. (Violento.) No puedo más esperar.
Dª LUCIA. (Con zozobra.) Pero no grite.
EDUARDO. Sí grito.
Dª LUCIA. (Intranquila.) Que lo oyen.
EDUARDO. Poco me dá.
(Aparte.) Manejarte necesito
y la ocasión se me vá.
Dª LUCIA. (Aparte.) Seré la burla de Juana
si nos llega á sorprender.
(A Eduardo, angustiada.) Váyase, vuelva mañana.

EDUARDO. Oh! yo no me he de mover
por un momento de aquí
si desatiendes mi ruego,
si no me dices que *sí*,
y apagas mi ardiente fuego.

Dª LUCIA. (Mas angustiada aún.) Márchese.

EDUARDO. (Con fuerza.) Nunca.

Dª LUCIA. Dios mio!

JUANA. (Aparte.) Este en pilladas abunda.

Dª LUCIA. (Con suma intranquilidad,) Ya tiene mi *sí*.

EDUARDO. (Aparte.) Me rio,
que ya cayó la segunda.

JUANA (Saliendo de su escondite.)
Pues esto es ya demasiado.

(En estos momentos se oirá el ruido de un carruaje que se detiene, y entran D. Serapio y Mateo, á la vez que ha salido Juana de donde estaba oculta.)

D. SERAP. (Entrando.) Buenas tardes, que alegrón!....

Dª LUCIA. (Mirando á ambos lados con sorpresa.)
¿Qué es esto?

EDUARDO. (Queriendo retroceder y al verse sin salida.)
Que estoy sitiado
y me entrego á discreción.

ESCENA X.

Dª LUCIA. JUANA. EDUARDO. D. SERAPIO. MATEO se dirige al interior con el equipaje.

D. SERAP. (Con extrañeza.) Lucía, Juana y Eduardo
con misterios en mi casa!...
¿Decidme qué es lo que pasa?

EDUARDO. (Aparte.) El desenlace no aguardo.

D. SERAP. (Impaciente.) ¿Decidme qué pasa? qué?...

EDUARDO. (Aparte.) Yo paso un buen sofocón.

Dª LUCIA. (Titubeando.) Nada, hermano...la impresión...
es natural...ya se vé!...

D. SERAP. Y tú, Juana, que me has visto,
te encuentras con embarazos
para venir á mis brazos?...

(Molesto.) Yo estas cosas no resisto.
JUANA. (Abrazándolo.) Oh padre! de tanto ver
es fácil que ciega quede,
porque lo que aquí sucede
es difícil de creer!...
D. SERAP. Ya lo dije, ¿qué ha pasado?
Dª LUCIA. (Interrumpiéndole.) Qué gordo has venido!
JUANA. (A Doña Lucía enojada.) Adule:
por mucho que disimule,
sepa usted que la he escuchado;
y aunque se muera de celos,
á mi padre de algun modo
he de contárselo todo.
EDUARDO. (Aparte.) ¡Esto sí que tiene pelos!
Dª LUCIA. (A Juana.) No seas imprudente ahora.
EDUARDO. (Aparte.) Si de esta escapo y no muero...
(A Juana en tono suplicante.) Juanita!...
JUANA. (A Eduardo molesta.) Oirlo no quiero,
hable usted con la señora.
D. SERAP. (Con impaciencia.) Vamos, ¿qué pasa por Dios?
Dª LUCIA. (A Juana.) No seas inoportuna.
JUANA. (Sin fijarse.) Que donde ha dejado una
se ha encontrado usted con dos.
D. SERAP. Pero, hija, yo no te entiendo.
EDUARDO. (Aparte.) Si es verdad que se lo dico,
porque no se escandalice
me voy á marchar corriendo.
JUANA. (A D. Serapio.) Que la cosa está en progreso.
(Deteniendo á Eduardo que trata de marcharse.)
Espérese usted, señor.
EDUARDO. (En tono de súplica.) Juanita, por nuestro amor...
JUANA. (Con desprecio.) Si usted no tiene...ni aun eso.
Dª LUCIA. (Aparte.) Ahora sí que estamos frescas.
D. SERAP. (Muy impaciente.) Decid pronto lo que pasa,
porque estoy en esta casa
mirando sombras chinescas.
Dª LUCIA. (Confusa.) No hay nada, son ilusiones.
EDUARDO. (A Juana.) Oh! yo te adoro, Juanita.
(Aparte.) A tí porque eres bonita,

y á la otra por sus doblones.
(A Juana.) Compadécete de mí.

JUANA. (Incómoda.) Vaya á adorar á la vieja.

EDUARDO. (A Juana.) Mis disculpas darte deja.

JUANA. ¿Disculpas de lo que oí?

EDUARDO. (Con precipitación.) Precisamente...

D. SERAP. (Muy molesto.) No más,
que ya por Dios me incomodo.

JUANA. Voy á decírselo todo.

EDUARDO. (A Juana.) ¿Y mis ruegos desoirás?

Dª LUCIA. (A Juana.) Daño harán tus imprudencias.

JUANA. Yo todo se lo diré.

EDUARDO. (A Juana.) Mira que á ella así le hablé
por salvar las apariencias.

Dª LUCIA. (Disimulando.) Ven, Serapio, á descansar
porque es el viaje molesto.

D. SERAP. (Incómodo.) Señora, estoy indigesto
y ya quiero terminar.
Acábenme de decir
qué ha pasado aquí.

Dª LUCIA. (Confundida.) Bobada,
ó poco menos que nada,
y de mí lo vás á oir.

JUANA. (Violentándose.) No, que yo se lo diré,
porque aquí ha pasado mucho.

EDUARDO. (Suplicándole.) Pero, Juanita....

JUANA. (Violenta.) No escucho.

EDUARDO. Yo mi amor te juraré
de todos á la presencia.
(Aparte.) Como saldré de este apuro.

JUANA. (A Eduardo.) Si es usted un gran perjuro,
y perjuro sin conciencia.

D. SERAP. (Impaciente.) Acaben por el demonio!

EDUARDO. (A Juana.) Juanita, qué vas á hacer?

JUANA. (Resuelta á D. Serapio.) Prepárese para ser
padrino del matrimonio.

D. SERAP. Un matrimonio! traición!...
(A Eduardo.) Usted tiene que explicarse.

EDUARDO. (Aparte.) Oh! quién pudiera embarcarse

que esto no debe perderse.
(A Doña Lucía, en tono de súplica.) Mi amor....
Dª LUCIA. (Muy molesta.) ¿Y á más atreverse!....
EDUARDO. (Aparte.) Yo no la pierdo de vista.
Dª LUCIA. (A Eduardo.) A un cuerno váyase.
EDUARDO. (Insistiendo.) Nó.
D. SERAP. (A ambos. Pero entre ustedes qué pasa?
Dª LUCIA. (Muy incómoda, señalando á Eduardo.)
Serapio, que de esta casa
este hombre se marcha, ó yo.
D. SERAP. (A Juana.) Y tú que me dices, Juana?
JUANA. Que voy á decirle? qué......
EDUARDO. (Con precipitación en actitud de marcharse.)
Yo, señor, me marcharé,
pero he de volver mañana
en pos de mejor fortuna:
que me la depare Dios.
(Aparte.) Pues viéndome entre las dos
quiero quedarme con una.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA I.

PORFIRIO, MATEO.

PORFIRIO. Pero qué, nada, Mateo,
de allá de San Diego cuentas?
MATEO. Te haré la historia del viaje
ya que tanto te interesas.
PORFIRIO. Sí, me agradan esas cosas
y ya te escucho, comienza.
MATEO. Empezaré por decirte
que se requiere paciencia
para despues de pensarlo
acometer esa empresa.
Inconvenientes venciendo
nos dispusimos, ¿te acuerdas?
PORFIRIO. Sí, me acuerdo.
MATEO. Y ya vencidos
á las cinco ó cinco y media
salimos de nuestra casa
un dia que era de fiesta
y llegamos á Cristina
cargados de las maletas:
tomamos en el despacho
dos billetes de primera

y al carro nos dirijimos
entrando por una reja.

PORFIRIO. Por una reja? canarios!....
ya es la entrada bien estrecha.

MATEO. Hombre no! que entramos todos,
Porfirio, por una puerta
que en la dicha reja existe
donde un hombre centinela
el paso nos permitió
al mostrarle las boletas:
llegamos á nuestro carro
y quedamos en espera
hasta que sonó la hora
y marchamos con violencia.
Oh! qué aprisa se camina,
Porfirio, con pies de ruedas
cuando el vapor las impulsa
por tendidas carrileras!...

PORFIRIO. No te admires, porque todo
va marchando á la carrera,
que el mundo, como los hombres,
así como así progresan,
y las distancias se salvan
como se avanza en las ciencias.

MATEO. De Cristina á San Cristobal
bien dices, nadie lo niega;
de San Cristobal después
á San Diego algunas leguas
hay que salvar en carruaje
ó en caballos, como quieran,
de un modo que al mas sufrido
se le apura la paciencia.
Oh! qué lomas, qué subidas,
qué bajadas! si las vieras!...
son tremendos precipicios
donde el más valiente tiembla;
yo no sé como llegamos
con las costillas enteras!...
Y al llegar nos recibieron

con tambores y cornetas,
y con una gritería
que nos causó una sordera,
que perdimos los estribos!
Nos gritaban: «Vela, vela!...
á la Paila ó al Templado
vayan todos sin reserva,
que allí las enfermedades
en menos de un mes se dejan!...»
Y acompañaban sus gritos
de músicas descompuestas.

PORFIRIO. Qué con eso se proponen?

MATEO. Dicen que es costumbre añeja
recibir á los bañistas,
Porfirio, de tal manera;
y nadie de esto se escapa,
que allí á nadie se respeta:
á autoridades, á jefes,
á todos les dan su vela
á la entrada y la salida.

PORFIRIO. Y qué hacen luego con ella!

MATEO. No sé lo que me preguntas?

PORFIRIO. No dices que á los que llegan
les dan vela?

MATEO. ¡Por mi madre,
que son tus entendederas
originales, Porfirio!
Es necesario que adviertas
que el dar vela allá en S. Diego.
es esa broma ligera
que antes ya he referido.

PORFIRIO. Bien, prosigue tu historieta.

MATEO. Después que nos recibieron
con tan ridícula fiesta,
entramos en un cuartito
que nos dieron por vivienda,
y á poco de haber llegado
nos llamaron á la mesa
tocando cierto instrumento

que puede causar sordera
al infeliz que lo toca
y á aquel que se encuentre cerca;
á comer nos dirigimos
y repitieron la vola;
teniendo que dar las gracias
para que no prosiguieran;
mas después de la comida
comenzóse allí una feria,
y todos se preparaban
á tomar su parte en ella:
unos hablaban de juegos,
mas otros de jugarretas,
mientras los otros salían
á pasear por las afueras.
El movimiento continuo
allí, Porfirio, se encuentra,
eso sí, se necesita
ir cargado de pesetas
para atender á los gastos
que á todos se les presenta.
Piden por aquí un socorro
para uno que está en miseria;
allí nos sorprende un músico
y su sombrero nos muestra
despues de haber endilgado
su música ratonera;
presentan acá una lista
de la rifa de una prenda
de un hombre que no se baña
por su excesiva pobreza,
cuando curarle sus males
los mismos baños pudieran;
para enterrar un cadáver
allá una limosna ruegan;
y esto es de todos los dias,
que con otras cosas nuevas
que, si en verdad no acontecen,
continuamente se inventan,

obligan á que la bolsa
se tenga siempre repleta,
ó que aquel que se halle escaso
de acudir allí se abstenga
si es que vivir se propone
con un viso de decencia;
de seguro á D. Serapio
mal le ha salido su cuenta.

PORFIRIO. Pero en cambio ha conseguido
dejar allá sus cojeras.

MATEO. Ya lo creo! y te aseguro
que nadie de eso se queja,
pues que van los más enfermos
y allá la salud encuentran,
pues que llegan moribundos
y, como allí no se mueran,
salen vivos y curados,
te lo juro por mi abuela.

PORFIRIO. Me dejas tan sorprendido,
Mateo, con lo que cuentas
que voy á ver si mi madre
va á esos baños; ya quisiera
que de sus males curara,
y mi gratitud eterna.
sería á tan gran milagro.

MATEO. Y dónde se encuentra ella?

PORFIRIO. Dónde? dónde? La infelice
hay tres años que está muerta.

ESCENA II.

PORFIRIO. MATEO. EDUARDO.

EDUARDO. (Aparte.) Llego á tiempo, tuve tino,
pues de esta manera puedo
saber algo de mi enredo
y prepararme un camino;
ó si alguna cosa pasa
que pueda perjudicarme,

ó si quieren prepararme
alguna red en la casa.
(Alto.) Ustedes podrían decirme
si visible se halla el dueño?

PORFIRIO. En saberlo tiene empeño?

EDUARDO. Oh sí, quisiera instruirme.

MATEO. (Con malicia.) Instruirse nada más?
No tiene ese empeño rabo?

EDUARDO. Tu perspicacia yo alabo.
y mi pretensión sabrás.

MATEO. Bien, comience.

PORFIRIO. (A Mateo.) Ten cuidado
con lo que digas, Mateo.

MATEO. (A Porfirio.) Descuida, venir le veo,
y siempre estoy avisado.

EDUARDO. (A Mateo.) Que tú no te acuerdas ya
que somos amigos viejos
y que allá te dí consejos?

MATEO. Sí, pero allá no es acá.

EDUARDO. Pues si ayer tu amigo fuí
y te serví consecuente,
es lógico, procedente,
que hoy tú me sirvas á mí.

MATEO. Á servirle yo me obligo
segun lo qùe usted me indique.

PORFIRIO. (Sobresaltado á Eduardo.) Señor, no nos perjudique.

MATEO. (A Porfirio.) Déjalo solo conmigo.

EDUARDO. Lo que yo saber pretendo
á nadie le perjudica.

MATEO. (A Eduardo.) Si usted mejor no se explica,
el tiempo estamos perdiendo.

EDUARDO. (Misterioso á Mateo.) Don Serapio tiene pico?...

MATEO. Si lo tiene no lo veo.

EDUARDO. Yo te pregunto, Mateo,
que si Don Serapio es rico.

MATEO. El grandes manejos tiene,
y á todos muy bien nos paga.

EDUARDO. (Aparte.) Pues la noticia me halaga
y este suegro me conviene.

MATEO. Pero debo de advertir
que el dinero que maneja
no es suyo, que es de la vieja.
PORFIRIO. (A Mateo.) Ya es esto mucho decir.
MATEO. (A Porfirio.) Yo sé lo que estoy diciendo.
EDUARDO. (Aparte.) El negocio ya ha variado;
me conviene este cuñado
por lo que voy comprendiendo.
MATEO. Y que se llegó á entablar
un gran pleito en esta casa.
EDUARDO. (Con curiosidad.) Dime pronto lo que pasa.
PORFIRIO. (A Mateo.) Piensa mucho antes de hablar.
MATEO. (Sin fijarse en lo que le dice Porfirio.)
Que quiso Doña Lucía,
yo no sé por que capricho,
marcharse.
PORFIRIO. Pues ya le ha dicho
lo que yo no le diría.
MATEO. Y hasta vino un escribano
llegando no sé que á hacer,
pues revocarle el poder.
quiso tambien al hermano,
y hubo gran algarabía
por insistir de tal modo....
PORFIRIO. (Aparte.) Pues va á decírselo todo.
EDUARDO. (Aparte.) Nada, yo estoy por la tía.
MATEO. Mas Don Serapio venció
como en todas sus cuestiones,
pues que con dos reflexiones
á la hermana convenció;
y como buen abogado
se ha querido asegurar
haciéndose al fin nombrar
general apoderado;
escritura en que la hermana,
despues de tantos belenes,
ha renunciado sus bienes
á favor de su hija Juana;
porque siempre á hacer la inclina

aquello qne se le antoja.
EDUARDO. (Aparte.) Pues la noticia no es floja,
y ahora estoy por la sobrina.
MATEO. Mas ella quiso al firmar
exponer sus condiciones,
y tuvo sus pretensiones.
PORFIRIO. (A Mateo.) Mateo, ya es mucho hablar.
EDUARDO. (A Mateo.) Y qué condiciones son?
MATEO. Condiciones del demonio:
que si contrae matrimonio
sin ser de su aprobación
la sobrina, de igual modo
fuese asi desheredada,
y lo hecho no valga nada
porque nulo sería todo.
EDUARDO. Que vieja tan sin razón!...
MATEO. Mas si ella á casarse llega
haría al marido entrega
de toda administración.
EDUARDO. Piensa bien Doña Lucía.
MATEO. Y sostuvo su capricho.
EDUARDO. (Aparte.) No hay caso, lo dicho, dicho:
me decido por la tia.
(Alto.) Pues ella está en su derecho.
MATEO. De ese modo opino yo;
mas Don Serapio venció,
y todo quedó deshecho.
EDUARDO. (Con violencia.) Qué me dices? habla pronto.
MATEO. Que, aunque con algún trabajo,
á lo que quiso la atrajo.
EDUARDO. (Violento.) Pues Don Serapio es un tonto.
MATEO. No opino yo de ese modo,
pues usted se ha equivocado,
que es Don Serapio abogado,
con esto se ha dicho todo.
EDUARDO. (Con interés.) Pero bien, en qué quedaron?
PORFIRIO. (A Mateo.) Habla sólo lo preciso.
MATEO. (Sin fijarse en Porfirio.) Que lo que el hermano quiso
fué lo mismo que firmaron:

inter vivos una herencia,
y un poder irrevocable,
haciéndose responsable
solamente en su conciencia.
Ya vé usted que mal opina
que es tonto el nene diciendo.

EDUARDO. Pues tú me vas convenciendo:
(Aparte.) y ahora estoy por la sobrina.

PORFIRIO. (A Mateo.) Vá á haber aquí una camorra.

MATEO. Pues ya no cabe disculpa.

PORFIRIO. Tú mismo tienes la culpa
que hablaste como cotorra.

MATEO. Oh! ten, Porfirio, mas calma
porque yo sé lo que hablo.

PORFIRIO. Pero por hablar, al diablo
te entregas en cuerpo y alma.

ESCENA III.

DICHOS. D. SERAPIO.

D. SERAP. (Entregando una carta á Mateo.)
Lleva esta carta, Mateo,
á la tienda de Don Blas,
y allí mismo esperarás
que me conteste.

(Mateo toma la carta y vase.)

(Reparando en Eduardo.) ¿Le veo
á usted otra vez en casa

EDUARDO. Señor, y qué mal he hecho?

D. SERAP. Que no ha andado usted derecho,
y es cosa que aquí no pasa.

EDUARDO. Pues yo nunca he padecido
de cojera ni joroba.

D. SERAP. Mas el papel de una escoba
hacer aquí ha pretendido;
y yo consentir no puedo
que así se burle de mí.

EDUARDO. En su casa procedí
como siempre yo procedo:
no me acusa la conciencia
de ninguna mala acción,
que me sobra la razón
porque yo obré con prudencia;
pues si á su casa he llegado
su propio encargo cumpliendo,
y en ella me fuí sintiendo
de su niña enamorado,
cual á entender se lo dí,
la culpa, señor, no es mia,
que luego Doña Lucía
se enamorase de mí,
y después de mala gana
á los dos hiciese guerra
como una rival.

D. SERAP. (Aparte.) Me aterra
la conducta de mi hermana.

EDUARDO. Y si así de su confianza
abusó con una historia
que inventó y en su memoria
imprimióla por venganza,
tampoco culpable soy,
ni admito cargos por esto,
que yo, señor, en mi puesto
dignamente siempre estoy.
Que otro rumbo, pues, elija,
cuando tengo que deciros
que vengo para pediros
la mano de vuestra hija.

D. SERAP. A eso ya contestaré
mas despacio, camarada.

PORFIRIO. Y yo que aqui no hago nada
á los dos los dejaré, (Vase.)

EDUARDO. Qué! ¿tratais de averiguar
si aún continúo en su agrado?

D. SERAP. Es algo más delicado
lo que tenemos que hablar.

Mi hija está muy consentida
y al descanso acostumbrada.

EDUARDO. No importa, que respetada
ha de ser toda la vida.

D. SERAP. Por esas mismas razones
es á veces exigente.

EDUARDO. Oh! seré muy complaciente
en todas sus pretensiones.

D. SERAP. Y yo siempre la he sufrido
en su grave intransigencia.

EDUARDO. No notará diferencia,
si llego á ser su marido.

D. SERAP. Le agrada la libertad
y en mí oposición no ha hallado.

EDUARDO. Siempre será de mi agrado
lo que sea su voluntad.

D. SERAP. Es llevada del cariño,
y le agradan las caricias.

EDUARDO. Y yo hallaré mis delicias
en tratarla como á un niño.

D. SERAP. Es amiga que le den
aquello que se le antoja.

EDUARDO. A mi lado cuanto escoja
lo habrá de tener también.

D. SERAP. Es á veces majadera,
y mucho más si se enfada.

EDUARDO. Conmigo será eso nada,
y en mí tendrá cuanto quiera.

D. SERAP. Yo siempre le he dado gusto,
y en sus caprichos es rara.

EDUARDO. Nunca me ha de echar en cara
que la dé ningun disgusto.

D. SERAP. Si se enfada: Dios loado!
no hay nadie que la resista.

EDUARDO. En mí hallará quien la asista,
pues siempre estaré á su lado.

D. SERAP. Ya que no le desalienta
lo que de mi Juana digo;
para casarse, mi amigo,

diga usted con lo que cuenta.
EDUARDO. Yo cuento con un destino
que lo sirvo con decencia,
y á más disputo una herencia
que no es, señor, un comino.
D. SERAP. (Con interés.) Qué abogado le defiende?
EDUARDO. Aun no elegí el abogado.
D. SERAP. Pues nómbreme apoderado,
si es buen negocio, se entiende;
y despues que el testamento
estudie con detención,
veré si á su pretensión
cedo ó no, del casamiento;
tiene usted las pruebas?
EDUARDO. Sí,
se encuentran en mi poder.
D. SERAP. Pues yo las quisiera ver.
EDUARDO. Muy pronto estarán aquí (Sale.)

ESCENA IV.

D. SERAPIO.

Veremos esos papeles,
y si es el negocio bueno,
haremos la diligencia
por sacarle algun provecho,
pues un pan con *dos pedazos*
siempre grato debe sernos.
En la empresa acometida
gran ganancia me prometo,
y el capital de mi hermana
por eso en ella lo he puesto;
es un negocio seguro,
en ella duda no tengo
que es Don Blas inteligente
y un hombre de buen manejo.
Pero despues que he llegado

mucho extraño su silencio,
pues me tenía al corriente
diariamente allá en San Diego
de todo lo que pasaba:
¡quién sabe si esté hasta enfermo!...
Ya pronto sabré el motivo,
si es que no tarda Mateo.
En sus últimas noticias
me llenaba de contento,
puesto que ya calculaba
multiplicado el dinero,
si no en metálico todo,
sí ya en los muchos efectos
que en depósito tenía.
¡No hay cosa como el comercio
para hacerse millonario
seguro y en poco tiempo!

ESCENA V.

D. SERAPIO. JUANA.

D. SERAP. (Al ver entrar á Juana,) Me alegro de verte, Juana,
porque tenemos que hablar.
JUANA. Ya puede usted comenzar.
D. SERAP. Te advierto que no es jarana
lo que vamos á tratar.
JUANA. Pues toda me vuelvo oido.
D. SERAP. El jóven de ayer, Eduardo,
hoy tu mano me ha pedido
y nada le he respondido,
pues que me enteres aguardo.
JUANA. Ese jóven vino aquí
cumpliendo su encargo, cuando
yo, padre, le conocí,
y con mi tía lo ví
misteriosamente hablando.
Mi débil inclinación

sospechó de aquel misterio
y dupliqué mi atención;
pero el asunto mas serio
encontré en mi observación.
Mi tia le dispensaba
al jóven sus atenciones
y amante lo conquistaba,
mas él llevar se dejaba
por un campo de ilusiones.
Pero como ella intervino
con toda contrariedad
en mis planes de contino,
me interpuse en su camino
por hacerle la maldad.
Que era toda su esperanza
el jóven llegó á decirme,
y teniendo en mí confianza
le escuché por divertirme
y por ejercer venganza.
Ah! le oí con regocijo
y él entonces me condujo
por un abismo de fijo,
porque aquello que me dijo
no sé lo que en mí produjo.
Que una fuerte conmoción
me ocasionó con violencia,
y hoy, padre, á mi situación
no puedo hacer resistencia
pues se opone el corazón.
Y mi conducta maldigo
en medio de mi dolor,
que fué el amor mi enemigo,
y hoy soy esclava de amor
y juega el amor conmigo.
En vano la paz reclamo
porque no me favorece,
y si en mi auxilio la llamo,
por *él* el amor más crece,
porque ya en verdad le amo.

D. SERAP. Mal hiciste.
JUANA. Ya lo sé,
y mi falta estoy purgando.
D. SERAP. Si conviene, accederé,
si nó, lo irás olvidando.
JUANA. Oh! mi padre, no podré.
D. SERAP. Y si fuere un pobre: ¡digo!
¿cómo voy á consentir
que así se case contigo?
JUANA. Le amo, padre; esto es decir:
que á todo con él me obligo.
D. SERAP. La tranquilidad recobra,
pues casarse de tal modo
es, niña, una mala obra.
JUANA. Con el amor todo sobra.
D. SERAP. Menos cuando falta todo.
Y ten presente con esto
que no llenará el cariño
de gastos el presupuesto,
y si luego viene un niño:
«ay! amor, como me has puesto.»
Y así en esto veré yo
de donde sale la olla,
que ya el tiempo se acabó
en que el amante cantó:
«contigo pan y cebolla.»
JUANA. Pero, padre, y estos males
cómo terminan?
D. SERAP. Muy pronto,
dejando los ideales,
que amor que no trae sus reales
es, Juana, un amor muy tonto.

ESCENA VI.

DICHOS. Dª LUCIA.

Dª LUCIA. De algun asunto importante
tratan ustedes?

D. SERAP. Señora,
sí, se trata de un amante
que aquí vino en mala hora.
Dª LUCIA. ¿Y aún se ocupan todavía
de ese jóven libertino?
JUANA. (Con intención.) Otra cosa ayer decía
según á usted le convino.
Dª LUCIA. Por que no lo recibí
con la precaución debida.
JUANA. Usted, señora, habla así
porque se siente ofendida,
que á su amor correspondió
viéndose luego burlada.
Dª LUCIA. Te equivocas, no fuí yo,
que fuiste tú la engañada.
D. SERAP. Lucía, te reconvengo,
aquí muy mal te portaste.
Dª LUCIA. Pues yo la culpa no tengo
de lo que en la casa hallaste.
D. SERAP. Cómo no! ¿quién es aquí
la responsable?
Dª LUCIA. La niña,
que no hizo caso de mí,
y estaba en constante riña.
JUANA. (Con malicia.) Culpables somos las dos:
hablo sin ningun rodeo,
que ambas íbamos en pos,
señora, de igual deseo.
Dª LUCIA. Serapio, tu niña miente.
Qué había yo de fijarme
en jóven tan insolente!
De él no quiero ni ocuparme.
D. SERAP. Pues la mano me ha pedido
de Juana.
Dª LUCIA. Bonita cosa.
(A Juana con ironía.) Ya tendrás un buen marido,
y con él serás dichosa.
JUANA. (En tono de burla.) Sin embargo estoy contenta.
Dª LUCIA. (Con desagrado.) Pero serás desgraciada.

JUANA. (Aparte.) Con un poco mas revienta
si no se queda atorada.
(Alto á Doña Lucía.) Usted siente la ventaja.
Dª LUCIA. (Violentándose.) La ventaja del demonio;
pues mira que buena alhaja
te llevas en matrimonio.
JUANA. (Aún con burla.) Así tambien lo quería
usted, señora.
Dª LUCIA. (Con precipitación.) Te digo
que mientes.
JUANA. Doña Lucía!......
mire que llamo un testigo.
Dª LUCIA. Testigo falso será
que forjas en tu delirio.
JUANA. Pues muy pronto ya lo oirá,
á llamarlo voy.
(Llamándo hacia dentro.) Porfirio!...

ESCENA VII.

DICHOS, PORFIRIO.

PORFIRIO. (Entrando.) Aqui me tiene ustéd listo,
¿me llamaba, señoríta?
JUANA. Mi tía te necesita:
dile todo lo que has visto.
PORFIRIO. (Titubeando.) Oh! yo he visto muchas cosas
que...no se pueden decir.
JUANA. (Con violencia.) Pues ella las quiere oir.
PORFIRIO. (Reticente.) Son, señorita, enojosas.
JUANA. Serán para su tormento.
Dª LUCIA. ¿Y á que viene tanto ahinco?
D. SERAP. (Paseándose caviloso.) Diez y quince veinte y cinco:
un veinte y cinco por ciento.
¡Pues el negocio promete!...
JUANA. (A Porfirio.) Habla, Porfirio, ¿qué viste?
Dª LUCIA. (Molesta.) Y con empeño persiste!
¿Soy acaso tu juguete?

JUANA. Usted misma la ha buscado.
Dª. LUCIA. Dime cuando la busqué?
D. SERAP. (Paseándose como antes.) En poco tiempo se vé
el capital duplicado..
JUANA. (Insistiendo.) No perdamos la ocasión,
habla, Porfirio, que es hora:
dí ¿que has visto á la señora?
PORFIRIO. (Titubeando.) Yo...la he visto...en camisón
y... tiñéndose el cabello.
Dª LUCIA. (Ensimándosele á Porfirio muy violenta y molesta.)
Te callarás, imprudente.
D. SERAP. (Aún paseándose y sin fijarse en nadie.)
¡Millonario de repente!...
PORFIRIO. (Retrocediendo.) Entonces mis labios sello.
JUANA. (Insistiendo más.) No, no es eso lo que aguardo
aquí, Porfirio á saber:
di si tú has llegado á ver
á la señora y á Eduardo.
PORFIRIO. Los he visto á cada rato.
JUANA. ¿Pero en amorosas citas?
PORFIRIO. Sí, como dos palomitas.
Dª LUCIA. (Molesta.) Te callarás, mentecato.
PORFIRIO. Entonces no sé que hacer:
usted me manda á callar,
y la señorita á hablar
lo que yo he llegado á ver.
Y respondo á su altivez
que lo juro, por mi nombre,
que yo nunca he visto á un hombre
callar y hablar á la vez.
Dª LUCIA. Tú siempre serás idiota.
JUANA. Usted, señora, lo apura.
D. SERAP (Continuando sus paseos caviloso.)
Pues la ganancia es segura
si no viene bancarrota.
JUANA. (A Porfirio.) No tengas temor alguno,
habla que yo te defiendo.
PORFIRIO. Señorita, lo comprendo.
Dª LUCIA. (Violenta.) No seas inoportuno.

PORFIRIO. Pues yo venir no debí,
que no sé qué hacer ahora.
JUANA. Dí, Porfirio, la señora
no tuvo celos de mí?
PORFIRIO. Ella sí me habló de celos:
mandó que los observase
y que luego le contase
lo que viera.
Dª LUCIA. (Con precipitación.) Por los cielos
que te voy á dar un susto
tan grande como esta casa.
PORFIRIO. Señora, que lo que pasa
el referirlo no es justo?
Dª LUCIA. No le hagas caso á esta loca.
JUANA. Tú harás lo que yo te diga.
D. SERAP. (Aún distraido y paseando caviloso.)
Con tal que el premio consiga,
no es la ganancia muy poca.
Dª LUCIA. (A Juana.) ¿Y por qué le das mas alas?
JUANA. (Con impavidez.) Por que nos hacemos guerra.
Dª LUCIA. (Muy molesta.) Me tratas como á una perra,
y á los sirvientes me igualas.
(A D. Serapio.) No te distraigas, hermano;
¿por qué aquí no pones coto?
JUANA. (Con ironía.) Oh mi señora! en lo roto
no vale el poder humano.
D. SERAP. (Saliendo de su distracción y volviéndose con violencia á Dª Lucía.)
¿Y qué quieres que yo vea?
Dª LUCIA. Tan bobo estás que no ves?
JUANA. (Con malicia.) Que quiere que lo que es
á un mismo tiempo no sea.

ESCENA VIII.

LOS DICHOS Y EDUARDO.

EDUARDO. (Entrando y entregándole unos papeles á D. Serapio.)
Aquí están los documentos;
(Reparando en Doña Lucía.) á los pies de usted, señora.

(D. Serapio toma los documentos y los examina.)

Dª LUCIA. (Con desprecio.) Vaya á hablar con los jumentos.
JUANA. Está con sus sentimientos
y por nada se acalora.
EDUARDO. Ah! perdóname, Juanita,
no te ví: muy buenas tardes.
Dª LUCIA. (Aproximándose á Eduardo.)
En la frente tiene escrita
la nota de los cobardes.
EDUARDO. (Con burla disimulada.) Esa siempre en mí gravita.
PORFIRIO. (Con alegría.) Gracias á Dios que he podido
separarme de esta danza.
EDUARDO. (A Juana.) Por verte sólo he venido,
realidad de mi esperanza.
JUANA. Sus deseos se han cumplido.
EDUARDO. A tu padre ya le hablé,
y le he pedido tu mano
para casarme.
JUANA. Lo sé.
Dª LUCIA. Yo á este enlace me opondré
porque el bobo de mi hermano
es como aquel que no vé.
JUANA. En vano todo será.
Dª LUCIA. Duplicaré mi constancia.
JUANA. Y mi padre es ciego?
Dª LUCIA. Bah!...
El no es ciego, pero está
como los santos de Francia.
JUANA. Resuella usted por la herida
porque se siente ofendida,
y para salir del paso,
yo le juro por mi vida
que con Eduardo me caso.
Dª LUCIA. (Molesta.) Tu padre tendrá que oirme
y le diré la verdad.
JUANA. ¿Y usted cree así afligirme?
Nadrá tendrá que decirme
al usar mi libertad.
Dª LUCIA. (Irónica.) Hay muchos que así comprenden
la libertad en la tierra,

y hasta sus faltas defienden,
haciendo al mundo la guerra
por aquello que no entienden.

D. SERAP. (Que ha examinado los papeles, los enrolla y los devuelve á Eduardo diciéndole) Está bien, con esta herencia
ya usted se podrá casar;
y le puedo contestar:
que no he de hacer resistencia
si es que la llega á alcanzar.

JUANA. (Irónica á Doña Lucía.) Lo oye usted?

Dª LUCIA. (Incómoda.) Por San Antonio.
te juro que al matrimonio
me opondré con cuerpo y alma.

EDUARDO. (A Doña Lucía.) Tenga usted, señora, calma.

Dª LUCIA. (Molesta.) Calma la tendrá el demonio.

EDUARDO. Son sus formas enojosas.

Dª LUCIA. Las de usted serán odiosas
donde quiera que se halle.

PORFIRIO. Y me hacen ver estas cosas
y luego quieren que calle!

Dª LUCIA. Intransigente seré.

EDUARDO. Usted malos humos tiene.

Dª LUCIA. Con mi hermano lucharé.

D. SERAP. (A Doña Lucía.) No te enojes que ya sé
lo que á mi Juana conviene.

JUANA. (Satisfecha, á Doña Lucía.) Lo oye usted?

Dª LUCIA. No soy tan sorda,
y no me importa tampoco,
porque mi hermano está loco.

PORFIRIO. Pues va á haber aquí una gorda.

D. SERAP. (A Doña Lucía.) Señora, muy poco á poco,
tal cargo no me dirija
que yo me encuentro en mi juicio.

Dª LUCIA. Y estás en un precipicio
pues entregas á tu hija
á un hombre que es todo vicio.

EDUARDO. (Con flema á Doña Lucía.)
Yo la escucho con paciencia.
y gracias le doy.

D. SERAP. (Aparte á Doña Lucía.) Mujer,
no lo debemos perder,
porque dueño de una herencia
muy en breve se ha de ver.

ESCENA IX.

DOÑA LUCIA. JUANA. D. SERAPIO. EDUARDO. PORFIRIO. MATEO.

PORFIRIO. Un nuevo adalid ya entra.
MATEO. (A D. Serapio.) Señor, no he logrado nada;
á Don Blas no se le encuentra,
y la tienda está cerrada.
D. SERAP. (Sobresaltado.) ¿Y noticias no has tenido?
MATEO. Las noticias dan espanto.
porque dicen que se ha ido
con las limosnas y el santo.
D. SERAP. (Con violencia.) ¿Qué dices?...
MATEO. Que se ha llevado
un gran capital ajeno.
D. SERAP. (Intranquilo.) ¡Ese bestia me ha engañado!......
No habrá quien le dé un veneno?...
MATEO. Oh! la calle está atestada;
parece aquello una feria!...
D. SERAP. (Desesperado.) Y me ha dejado sin nada!
(A Doña Lucía con desconsuelo.)
Quedamos en la miseria!...
Dª LUCIA. Pocas veces me equivoco,
y así afirmándolo sigo:
cuando digo que está loco
es porque sé lo que digo.
JUANA. (A D. Serapio, con interés.)
¿Pero qué ha pasado, padre?
D. SERAP. (Violento.) Que me ha llevado el demonio.
PORFIRIO. (Aparte.) Yo aseguro por mi madre
que ya no habrá matrimonio.
Dª LUCIA. (Con firmeza.) Nada, loco rematado.
JUANA. (Interrumpiéndola.) Señora, déjelo hablar.

EDUARDO. (A D. Serapio.) ¿Y cómo, siendo abogado,
usted se dejó engañar?
D. SERAP. (Desesperado.) Porque...yo soy un caballo
á quien la suerte maldice.
EDUARDO. (Con precipitación.) Entonces, señor, me callo,
usted sabe lo que dice.
D. SERAP. (Como fuera de sí.)
Con quien siempre está en malicia
no vale la astucia propia.
¡Se ha marchado! ¡qué injusticia!
y me ha dejado en la inopia!...
Ese hombre merece un tiro.
PORFIRIO. Oh sí, un tiro de pistola;
que ese hombre por lo que miro
hizo villa y carambola.
JUANA. (Queriendo tranquilizar á Don Serapio.)
Oh, padre! la paz recobre.
D. SERAP. (Con desencanto.) Ay, Juana! no puede ser
porque he quedado tan pobre
que no tendré qne comer.
EDUARDO. (Aparte.) Mal cariz el tiempo toma;
me parece que me escurro.
PORFIRIO. Pues señor, con esta broma
de veras que ya me aburro.
Dª LUCIA. (Intranquilizándose.) Pero dí ¿qué te ha pasado,
acaba de darnos cuenta?
D. SERAP. (Impaciente.) Que ese infame se ha llevado
tu capital y tu renta!...
Dª LUCIA. (Con sorpresa.) Pero cómo! ¿qué no es chanza?
tú has perdido la cabeza?
D. SERAP. (Con desconsuelo.) Lucía, no hay esperanza,
caimos en la pobreza!...
Dª LUCIA. (Molesta.) Pues eso ha sido un abuso
que no puedo perdonar.
D. SERAP. (Con aflicción.) Qué quieres? se me propuso
le dinero duplicar
con razones de tal modo
que ya lo conté en mi mano,
y así lo he perdido todo:

¡Qué desgraciado es tu hermano!...
No nos queda mas remedio
que es el trabajo, porque
nos quedamos sin un medio.

EDUARDO. (Aparte.) Pues entonces yo me iré
y otra madre que te envuelva.

D. SERAP. (Queriéndose consolar.) Ahora solamente aguardo
que el enlace se resuelva:
¿qué me respondes, Eduardo?

EDUARDO. (Algo reticente.) Oh! yo, señor, le respondo
que veremos....pues los dos
nos encontramos *sin fondo*,
y es peligroso por Dios
casarse así.

D. SERAP. Pero yo
prometo sacar la herencia
con dos escritos.

EDUARDO. Oh! no,
tengamos todos paciencia;
que he de ver si me conviene
el contarle á usted por suegro.

JUANA. ¿Y en ello qué duda tiene?

EDUARDO. La miseria.

Dª LUCIA. (Violentándose.) Yo me alegro
que sufras tal desengaño.

JUANA. (A Eduardo.) El amor no busca renta.

EDUARDO. Cuando el amor es extraño
porqué el amor no alimenta;
y así volveré mañana
que aquí me encuentro de más.
(Con ironía.) Escríbeme á casa, Juana,
si es que parece Don Blas. (Vase.)

JUANA. (Desencantada.) Infame, yo lo creia,
y es como todos los hombres.

Dª LUCIA. (Como satisfecha.) Ya ves lo que yo decía,
y así de esto no te asombres.

D. SERAP. Pues con estos malos ratos
he sido sólo un juguete,
zapatero á tus zapatos,

Yo vuelvo a abrir mi bufete.
Dª LUCIA. Y harás muy bien, te lo juro.
JUANA. Y yo olvidaré mi amor.
PORFIRIO. Y yo salí de mi apuro.
MATEO. Yo digo que usted, señor,
tomó distinto sendero
del que le está señalado,
porque el tendero es tendero,
y el abogado abogado.
D. SERAP. Ya lo comprendo, Mateo,
y aprovecho la lección:
todas las cosas las veo
que siempre lo mismo son.
Y así en decirte me fundo,
al admirarlas tan vanas,
que mientras exista el mundo
habrá miserias humanas.

FIN DEL DRAMA.

ERRATAS.

Pág.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
6	4	Pero diga: qué interés	Pero diga: ¿qué altivez
8	35	cuando en ello me interesa	cuando le pido á la Alteza
13	16	y corria como un ganso	y corria como un gamo
47	4	No ves que mi amor me abrasa?	Mi amor las pruebas reemplaza.

LA MUJER FRÁGIL.

ENSAYO PARA UNA ZARZUELA,

EN UN ACTO.

ORIGINAL DE



HABANA.

IMPRENTA "LA PRUEBA,"
AMARGURA 77.
1884.

PERSONAJES.

Doña Cayetana, *madre de*
Maria.
Marcelino.
D. Luis.
Avelino.

La escéna pasa en la Habana, casa de Doña Cayetana.

ACTO UNICO.

Sala amueblada pobremente.

ESCENA I.

MARIA.

(Cantando y meciéndose en un columpio, después Marcelino.)

MARIA. (Cantando.) Si el amor de ayer ha muerto
otro le ha de suceder,
que yo sola me divierto
con los recuerdos de ayer;
pero el presente es mi gloria,
borremos de la memoria
lo que no puede volver.
El pasado
ya murió
y el presente
sucedió:
quien se ocupa del pasado
es un tonto, es un menguado.
MARCEL. (Entrando.) Cómo canta usted, María.
MARIA. (Poniendose de pié.) Y usted me escuchaba?
MARCEL. Sí,
por eso entrar no debí,
pues que con gusto la oía.
MARIA. Mil gracias por la lisonja.
MARCEL. No es lisonja, es la verdad,

canta usetd con libertad.
MARIA. (Interrumpiéndole.)
¿Pues que acaso soy yo monja?
MARCEL. No pero......
MARIA. Nada, señor,
ahora yo no me lamento,
que canto si mal me siento
por disipar el dolor.
MARCEL. Entonces siga cantando
si es que no existe más causa.
MARIA. No se apure, que con pausa
mis males iré aliviando.
MARCEL. El cielo se lo conceda
por mucho tiempo, María,
y que nunca su alegría
el dolor turbarla pueda.
Pero tenga usted presente,
María, sin duda alguna
que no siempre la fortuna
se manifiesta indulgente.
Se burla V. del amor
en su tierna juventud
mientras gozando salud
no conoce el sinsabor.
Y salta de rama en rama
cual variable mariposa
dejando acaso la rosa
para morir en la llama.
Y con el tiempo tal vez
se destruirá su pasión
sintiendo su corazón
en completa deznudez.
MARIA. Habla usted como un cobarde,
tiempo de todo tendré,
ya de tema variaré.
MARCEL. Cuando acaso sea muy tarde.
MARIA. Oh! tarde nunca será
porque el tiempo siempre sobra.
MARCEL. Mas con él no se recobra,

lo que ya perdido está.
Si hoy encuentra en todo encanto
advierta también, María,
que puede llegar el dia
que le agovie amargo llanto.
No haga alarde de la suerte
que hoy se muestra favorable,
porque la suerte es variable
y en tirana se convierte.
Aproveche la lección
que el mismo tiempo le dá
y de algo le servirá.

MARIA. No me agrada su sermón.

MARCEL. Entonces nada ha pasado,
su mal le dará consejo.

MARIA. Se expresa usted como viejo
que está del mundo cansado.
Yo soy jóven todavía,
y como jóven mujer
quiero entregarme al placer
que sostiene mi alegría.
Y así déjeme cantar
burlándome del amor,
que cuando venza el dolor
tendré tiempo de llorar.

MARCEL. Cante usted que ya la escucho
y tambien la compadezco.

MARIA. Sus consejos le agradezco
mas hoy con la suerte lucho.
(Cantando.) Porque soy una mujer
que en el campo de ilusiones
sé amarrar los corazones
que ignoran lo que es querer;
y despues que los amarro
con mi cariño los barro
como yo los sé barrer.

MARCEL. (Cantando.) Pues ya
de barrer se cansará,
y en el campo de ilusiones,

María, se quedará
tan solo haciendo visiones.

MARIA. Ah!...

MARCEL. No se burle usted, María,
que puede llegar el dia
en que mucho llorará.

ESCENA II.

DICHOS. D. LUIS.

D. LUIS. (Canta fuera.) Gozad de la vida
que viene la muerte,
y aumenta su herida
quien no se divierte.
Gocemos del mundo
sus bellos encantos
que el goce profundo
apaga los llantos.

MARIA. Escuche el mentís
que dán en la esquina.

MARCEL. Quién es?

MARIA. D. Luis
que ve á la vecina,
y amándola tierno
la gloria le canta.

MARCEL. Ya irán al infierno.

MARIA. De poco se espanta.

D. LUIS. (Fuera.) Qué bella es la vida
gozando el placer
si amante querida
los llega á ofrecer!
Gocemos, gocemos,
que el tiempo se va,
la gloria busquemos
que lejos no está.
(Entrando.) Saludo á María.

MARIA. Salud, caballero.

D. LUIS. Qué tal de alegría?
MARIA. Cual siempre la espero,
cual siempre la canto;
es bobo el que llora
que el dúlcido encanto
la vida mejora.
MARCEL. (Aparte.) El necio así opina,
lamento su error.
D. LUIS. Qué tal la vecina?
MARIA. Ya paga á su amor.
D. LUIS. Me causa alegría.
MARIA. La quiere usted mucho?
D. LUIS. Yo nada, María.
MARIA. ¡Oh, nada! ¿qué escucho?
D. LUIS. El tiempo me sobra
y paso así el rato.
MARCEL. (Aparte.) Es esa la obra
de un buen mentecato.
MARIA. Pues hace usted bien:
gozar de la vida
en tanto le den
la buena acogida.
MARCEL. (Aparte á María.)
Pues hace muy mal,
que así se acredita
de un grande animal,
y su alma gravita.
MARIA. (A Marcelino.) Sermones tenemos?
MARCEL. (A María.) No más los tendrá.
MARIA. (Con burla.) Gocemos, gocemos,
que el tiempo se vá.
D. LUIS. Oh sí, porque el mundo
nos llama á gozar,
y el goce profundo
se encuentra... en amar.
Por eso en la esquina,
venciendo al rigor,
canté á la vecina

los goces de amor.

MARIA. Yo opino lo mismo:
el gozo es la vida.

MARCEL. (A María.) Marchais á un abismo
con gloria mentida,
y negros dolores
el mundo os dará.

MARIA. (Con burla.) Gozad los amores
que el tiempo se vá.

D. LUIS. Quien no se divierte
sus males agrava
y llama á la muerte,
que todo lo acaba.

MARIA. Por eso yo quiero
gozar la alegría.

MARCEL. (A María.) Es malo el sendero
que adopta, María.
El mundo la engaña,
y á toda mujer
su honra la empaña
el mal proceder.

MARIA. (A Marcelino.) Dejadme gozar
que aún jóven yo soy:
no quiera turbar
mis glorias de hoy.
Gozar el encanto
que brinda Natura,
pues tiende su manto
la luz que fulgura
y anima las flores
que suaves se mecen
y bellos amores
al alma le ofrecen.
Yo quiero la vida
pasarla gozando,
de amor protegida
mis glorias cantando.

MARCEL. ¡Qué triste es, María,

vivir engañada
y tras la alegría
hallarse la nada!

ESCENA III.

DICHOS. DOÑA CAYETANA.

Dª CAYET. De qué se trata, señores?
D. LUIS. De los goces de la vida,
de los jardines y flores.
MARCEL. Y de la gloria mentida.
Dª CAYET. Y tú qué dices, María?
MARIA. Que contemplo á Marcelino
mirando cual se desvía,
mamá, del mejor camino;
pues siempre con sus sermones
y sus contínuos consejos
pretende con sus razones
que estudiemos para viejos.
Y todo lo encuentra malo
cual un padre del desierto,
yo al contrario me divierto,
y así mi vida regalo.
Pues no voy á condenarme
á una cruel melancolía,
porque eso en verdad sería
antes de tiempo enfermarme.
MARCEL. La suerte siempre la ayude.
MARIA. De seguro así será,
la suerte me ayudará,
Marcelino, no lo dude.
MARCEL. Abusa usted demasiado.
MARIA. No abuso, que me aprovecho.
MARCEL. El camino no es derecho,
y marche así con cuidado,
porque vemos tras los años
que pasan en esta vida

en pos de gloria mentida
verdaderos desengaños;
y aquel que con altivez
apura su primavera,
avanza de tal manera
muy súbito á la vejez,
y acrecentando su mal
el vicio al fin lo desnuda,
llevándolo así sin duda
á morir á un hospital.
Por lo que tales razones
no debemos descuidar,
y es útil aprovechar
tan convenientes lecciones.
Que el tiempo no pasa en vano
y vá con gran sutileza
blanqueándole la cabeza
al que llega á ser anciano.
Y áun á mucho más se atreve,
pues su cuerpo destruyendo
lo vá con calma envolviendo
en una invencible nieve;
y asi nos hace la guerra
nuestros cuerpos encorvando
por irlos, María, llevando
hacia el centro de la tierra.

D. LUIS. (A Doña Catalina con ironía.)
¿Quién es ese que su ejemplo
quiere inculcar en María,
y que mejor le seria
que se encerrase en un templo.

Dª CAYET. (A D. Luis.) Es un amigo de casa,
y que á veces nos visita.

D. LUIS. (A Doña Cayetana.) Pues no se le necesita
y su sermón no me pasa.
Que dé sus pasos atrás
y se vaya á hablar de lutos
donde halle mejores frutos,
que aquí se encuentra de más.

Y para que marche pronto
voy á María á invitar
que me acompañe á cantar
la canción del hombre tonto.
(Se dirige á María y canta.)
El hombre que quiera ya
arreglar el mundo, necio,
tonto será,
y hasta acreedor al desprecio.
(Señalando con disimulo á Marcelino.)
Y si el chico no se va
he de ser con él muy recio.

MARIA. (A D. Luis.) Ya se irá,
se irá, se irá, se irá.

D. LUIS. (A María.) Pues que nos deje á los dos,
marchándose pronto, pronto,
que por Dios
es á más de necio tonto.

MARCEL. (Con ironía.) María, adiós.

MARIA. (Con malicia.) Adiós.

Dª CAYET. Adiós.

D. LUIS. (Con burla disimulada.) Adiós.

ESCENA IV.

DOÑA CAYETANA. MARIA. D. LUIS.

MARIA. (A D. Luis.) Ve usted como ya marchó?

D. LUIS. Hizo bien el mentecato,
pues de pasar un mal rato
de ese modo se libró.

Dª CAYET. Y me pareció molesto.

MARIA. Pues yo la culpa no tuve.

D. LUIS. (A Doña Cayetana.) Yo por usted me contuve,
(Llevándose la mano al estómago.)
que aquí lo tengo indigesto.
A no ser así, le juro
que le doy una lección,

y marcha con su sermón
al infierno, lo aseguro.

MARIA. Su sermón de nada vale,
en mí acogida no encuentra,
por un oido me entra
y por el otro me sale.
Él viene aquí muchas veces
á turbar mis alegrías
con sus necias tonterías;
¿mas, quién se fija en sandeces?
Nunca quise hacerle caso,
que le escuché como á un muerto,
y hasta con él me divierto
cuando estoy para ese paso.

D. LUIS. Pues mire es mejor, María,
que usted no le vuelva á oir,
pues la puede convertir.

MARIA. Oh sí! muy fácil sería.

D. LUIS. Cuando es constante un idiota
nos vence con su palabra,
que hasta la piedra se labra
con el agua gota á gota.
Y no es tan difícil cosa
que este imbécil mentecato
asi en su frecuente trato
convierta en tumba una rosa

MARIA. No lo espere.

D. LUIS. Pues precisa
con sus constantes consejos.

MARIA. Acaso será á los viejos,
porque á mí me causan risa.
Dejar yo de divertirme
tan sólo por un capricho?
qué bobo! lo dicho, dicho,
pues lo contrario es morirme.
Y mientras la vida dura
debemos de ella gozar,
que de nó, sería encontrar
muy pronto la sepultura.

Yo no estoy por suicidarme
y gozo así de la vida,
pues si á gozar me convida
no debo nunca negarme.

D. LUIS. Yo celebro su opinión
y en la misma idea abundo.

MARIA. Al hablar así me fundo
en mi propio corazón.
El dice que me divierta,
y si en mi pecho se inflama
es porque al gozo me llama
y me señala la puerta.
Mis ansias ceden gustosas,
y así busco mi recreo
en el baile, en el paseo,
y en algunas otras cosas.
No habrá quien mi vida empañe,
y voy por eso ahora mismo
á celebrar un bautismo.

D. LUIS. Quiere usted que la acompañe?

MARIA. Acepto, juro por Dios
que esto no me desagrada,
pues donde estoy convidada
admitirán á los dos.

D. LUIS. Igualmente así lo creo.
(En actitud de salir.) En marcha, vamos, María.

MARIA. (Dándole el brazo.) Sí, marchemos. (Aparte.) Desearía
encontrarme á Timoteo:
es el hombre que me halaga,
y es justo que siendo así
lo halle siempre junto á mí
y sus ansias satisfaga.

Dª CAYET. (A María.) Y si viniere Avelino
qué me encargas que le diga?

MARIA. (A Doña Cayetana.) Que he salido.

Dª CAYET. (A María.) Y si me obliga
á que le indique el camino?

MARIA. Si en ello tanto se empeña
diga usted lo que le ocurra,

y para que más se aburra
déle usted cualquiera seña.

ESCENA V.

DOÑA CAYETANA.

Tan digna que es mi María
de que la halague la suerte,
y no encuentra un compañero
cual ella se lo merece,
pues con todos es amable
y gracia bastante tiene.
Por eso nunca le faltan
muchísimos pretendientes
que van en pos de sus pasos,
y que entusiastas le ofrecen
lo que luego no le cumplen,
y con ella se divierten.
Es en verdad desgraciada,
pues veo que otras mujeres
hasta á los hombres dominan
y hacen siempre lo que quieren;
pero mi pobre Maria,
que á los hombre se somete,
nunca logra que la halaguen,
ni menos que la respeten.
Por el contrario, se burlan
de la infeliz tantas veces!
y por mucho que se afane
no la miran como deben,
porque es para todo el mundo
un verdadero juguete.

ESCENA VI.

DOÑA CAYETANA, AVELINO.

AVELINO. (Entrando.) Buenas tardes.
Dª CAYET. (Manifestando asombro.) Avelino!...
AVELINO. ¿Dónde se encuentra Maria?
Dª CAYET. (Inquieta.) Qué le digo? que le digo?....
AVELINO. (Con imperio.) Hable usted, señora mía.
Dª CAYET. (Turbada.) Se fué...á extraer una muela.
AVELINO. Diga usted con qué dentista.
Dª CAYET. (Turbada aún.) No, creo que fué á la tienda
por muselina batista.
AVELINO. Y esa tienda donde está?
Dª CAYET. Lo ignoro, será en la calle...
AVELINO. Pues bien, la voy á buscar
donde quiera que se halle.
Y le juro á usted, señora,
que he de tomar mi medida
para hacerle ver que obra
como una mujer perdida.
Pues con necias falsedades
siempre engañado me tiene,
y esto á mí ni bien me sabe
ni tampoco me conviene.
Dª CAYET. (Aún turbada.) Es que ella.... no sabe nada....
ni lo esperaba tampoco.
AVELINO. Cómo que no me esperaba?
Qué soy acaso algun loco?
Dª CAYET. El salir le fué preciso.
AVELINO. Oh! sí, señora, lo creo,
como siempre que ha querido
salirse con su deseo.
Porque nunca se detiene
para realizar su antojo,
y hace aquello que apetece
aunque á otro le cause enojo.
Y es justo que el merecido

de su conducta reciba:
la culpa pide castigo,
y el castigo en ella estriba.

DA. CAYET. Pero ella no tiene culpas,
mi María es inocente.

AVELINO. Señora, como otras muchas,
su María es delincuente,
que de inocente no peca
y bien sabe lo que hace:
cuando comete una ofensa
en su ofensa se complace.
Oh! de compasión no es digna,
merece un grave castigo,
que para ejemplo precisa,
y á tal precisión me obligo.
Pues si ha querido burlarse
de mi buena fé, le juro
que le pesará, aunque tarde,
(Con aire amenazador.) y....soy en mi plan seguro.

DA. CAYET. Oh! no se fije, Avelino,
en las cosas de María.

AVELINO. Dejar imperar el vicio
eso, señora, sería,
y no es posible, la honra
ofendida se resiente:
si fué conmigo enojosa,
con ella seré inclemente.
Su ofensa pide venganza,
me ha engañado como á un niño,
y con engaños se apaga,
señora, el mayor cariño.

DA. CAYET. Pero motivos no existen,
Avelino, para tanto.

AVELINO. ¿Qué no existen, cuándo vive,
señora, de un falso encanto?
Cuándo me tiene á la escuela
como á un párvulo inocente
y se burla de mis quejas
y atropella su presente?

Cuándo juega con su astucia
y no mira su pasado,
y hasta su propia fortuna
sin pena la ha despreciado?
Cuándo abusa de la vida
y hasta goza sin conciencia
y á todo muestra su risa
con notable indiferencia?
Cuándo admite de igual modo
al uno y al otro hombre
y un borrón muy vergonzoso
va arrojando así en su nombre?
No debo compadecerla
ni dejar de castigarla,
segun lo ha querido ella,
cuando tanto llegué á amarla.

ESCENA VII.

DOÑA CAYETANA, AVELINO, D. LUIS. (Este entra y se dirige á la primera sin reparar en el segundo, que intencionalmente se retira para no ser visto.)

D. LUIS. El paso terrible ha sido.
Dª CAYET. (Sobresaltada.) Diga usted qué ha sucedido?
pero por Dios no me aflija.
D. LUIS. Oh! señora, que su hija
como tonta ha procedido.
Dª CAYET. Pero diga, ¿qué ha pasado?
D. LUIS. Que por ella fuí engañado
de una manera imprudente,
pues no ha sido consecuente
y hasta mi honor ha ultrajado.
Dª CAYET. ¿Pero cómo?
D. LUIS. Caminando
iba yo con ella cuando
un hombre bastante feo,
que lo llamó Timoteo,
se nos vino aproximando;

y entonces muy halagüeña,
correspondiendo á una seña,
María me abandonó,
y con el otro marchó
como si fuese su dueña.
Yo, señora, muy menguado
por tal desaire he pasado
mirándolo con desprecio,
mas veo que he sido un necio
por no haberlo castigado.
Pero esto no queda así,
ya se acordará de mí,
se lo juro por mi estrella,
que es un hombre baladí
aquel que se fija en ella.
Y la tonta con su engaño
á sí misma se ha hecho el daño,
que he de ejercer mi venganza.

AVELINO. (Avanzándo hacia D. Luis.)
Yo á tal acto lo acompaño,
pero ha de ser sin tardanza.

D. LUIS. (Sorprendido.) Otro más en un rincón!
(A Doña Cayetana con enojo.) Aquí hay, señora, traición.
y tal vez sin embarazo
y con maligna intención
me quieren tender un lazo.

Dª CAYET. No hay lazo: usted vé visiones.

AVELINO. A mí las explicaciones
de lo dicho me dará.

D. LUIS. (Con desagrado.) No accedo á sus pretensiones,
que lo dicho dicho está.

AVELINO. (Molesto.) Usted señor me ha ofendido
y satisfacción le pido.

D. LUIS. (Con sequedad.) Que es la que yo no le doy,
pues á hacer lo que ha exijido
no me dispongo por hoy.

AVELINO. (Violento.) Seré fuerte en mi exigencia.

D. LUIS. Como yo en mi resistencia.

AVELINO. (Amenazante.) Os daré duro escarmiento.

D. LUIS. (Con altivez.) Y yo á su correspondencia
me dispondré de momento.
AVELINO. (Con impaciencia.) El tiempo perdiendo estamos.
D. LUIS. (En aptitud de salir.) Pues á la calle salgamos.
AVELINO. (Con fuerza.) Aquí mismo.
Dª CAYET. (Intranquila.) No por Dios,
que á comprometernos vamos.
AVELINO. Ya uno sobra de los dos.
D. LUIS. (Colocándose al frente de Avelino en aptitud hostil.)
pues bien que quede el sobrante
en la vida ya cesante.
Dª CAYET. (Interponiéndose.) No desatiendan mi ruego.
AVELINO. (Tratando de separarla.) Quite, señora, delante,
que no es esto un simple juego.
Dª CAYET. (Angustiada.) Pues por eso me interpongo.
D. LUIS. (A Doña Cayetana.) Yo á matarlo me dispongo.
Dª CAYET. Pero, señores, por Cristo!
AVELINO. (A Doña Cayetana.) Yo, señora, me propongo
dejarlo sin vida y... listo.
Dª CAYET. (Insistiendo.) Oh! cálmense que me asustan.
D. LUIS. No así las cuentas se ajustan.
Dª CAYET. Aumentan mi sinsabor.
AVELINO. A mí las cosas me gustan
aclararlas con honor.
D. LUIS. Pues eso precisamente
es lo que quiero al presente.
AVELINO. (Violentando á Doña Cayetana.)
Quite, señora, de aquí.
Dª CAYET. (Con esfuerzos.) Yo he sido la delincuente,
vengan sólo contra mí.
D. LUIS. (Muy molesto.) Esto ya no es soportable.
Dª CAYET. Dejadme por Dios que hable.
AVELINO. (Arrojando á Doña Cayetana.)
Usted es sólo un engorro
y este hombre me es detestable.
Dª CAYET. (Precipitándose fuera y dando voces.)
Auxilio! auxilio! socorro!

ESCENA VIII.

AVELINO. D. LUIS.

D. LUIS. (Tomando nueva actitud y señalando hacia la puerta por donde salió Doña Cayetana.)
Gracias á Dios que ha marchado
y ya explicarnos podemos
sin que se halle á nuestro lado,
pues que temerla debemos.

AVELINO. (Impetuoso.) Temerla? Diga por qué?
cuando yo con el derecho
que me asiste no alcancé
verme nunca satisfecho:
yo soy quien debo imponerme
á todos en esta casa,
que atentos tienen que hacerme
la historia de lo que pasa.

D. LUIS. (Con sorpresa.) Que á usted derecho le asiste?...

AVELINO. (Con imperio.) Sí, señor, pues soy el dueño.

D. LUIS. (Mudando de tono y algo benevolente.)
Á eso nadie se resiste,
y entonces cedo á su empeño
porque lo encuentro muy justo:
así pues de buen agrado
voy ya para daros gusto
á contar lo que ha pasado.
(Pausa.) Paseándome por aquí,
(Señalando hacia fuera.) para esa casa miré,
á la vecinita vi
y de ella me enamoré;
(Señalando la de la casa en que están.)
detúveme en esta puerta
para hacerle.... mi monada,
y como se hallaba abierta
me brindó María la entrada.
Yo otra cosa no quería,
de ello le pido perdón,

dí las gracias á María,
y me colé de rondón;
mas me metí en un abismo,
y olvide aquí su derecho,
que usted, como yo, lo mismo,
vice versa, hubiera hecho.
La dije mi pretensión
á María, la que fina
me proporcionó ocasión
de que viese á la vecina;
mas luego con su agasajo
facilitándome el bien,
como á la vecina atrajo,
á mí me atrajo también.
Yo á nadie, señor, le robo
su derecho, lo confieso,
pero tampoco soy bobo,
y con el siglo progreso.
Si me dispensó atención
María, sin embarazos,
en justa compensación
no me iba á cruzar de brazos.
Salimos pues á un paseo,
como usted contar me oyó,
hallamos á un Timoteo
y por el tal me dejó.
Ya mi historia terminé.

AVELINO. Oh! gracias, pero aseguro
que de ella me vengaré
con un escarmiento duro.

D. LUIS. Ya lo tiene merecido,
porque por un Timoteo
á mí también me ha ofendido,
y su castigo deseo.

AVELINO. Usted me presta su ayuda?

D. LUIS. Para eso la prestaré,
en ello no tenga duda.

AVELINO. (Aparte.) De los dos me vengaré,
mas son tres, pero es lo mismo,

los echo á pelear, y luego
que se rompan el bautismo,
pues yo de los tres reniego.
(Alto á D. Luis.) Y usted sabe dónde están?

D. LUIS. (Dirigiéndose á la puerta.) Oh! sí, venid.
(Aparte.) ¡Qué camorra
los dos á tener irán!

AVELINO. (Siguiéndolo y aparte.) Los tres se irán á la porra.

ESCENA IX.

DOÑA CAYETANA precipitada, y seguida de MARCELINO después que salieron Avelino y D. Luis.

Dª CAYET. Por aquí corriendo venga,
que matándose estarán.

Se detiene en medio de la sala y la recorre con la vista, y al no ver á Avelino y D. Luis en ella se dirige á la puerta que da á la calle, y después que observa vuelve á entrar y se dirige á Marcelino, tratando de llevarlo á la misma puerta que dejó.

Oh! mire por donde van.
Corra usted, no se detenga.

MARCEL. (Desviándose.) Y yo qué les voy á hacer?

Dª CAYET. Detenerlos.

MARCEL. Con qué fin?

Dª CAYET. Avelino es hombre ruin
y temo á su proceder.
Y del otro.... yo no sé
lo que me ocurre por Dios.
Oh! yo los temo á los dos,
y siempre los temeré.
No me inspiran la confianza
que usted en mí inspiraría,
pues hablando de María
los dos juraron venganza.
Y no sé si con engaño
los dos aquí se ofendieron
y de palabras riñeron
causándome mucho daño;

que al rogarles con anhelo
suspendiesen su cuestión
me dieron un empellón
y me arrojaron al suelo.
Salí á la calle sin tino
pidiendo auxilio, que hallé,
pues con usted me encontré
por fortuna en mi camino:
y creyendo ser testigos
de un lance triste, los veo
que van como de paseo
y como buenos amigos,
por lo que empiezo á dudar
del proceder de los dos.
(Con insistencia á Marcelino.) Si acaso es así, por Dios
vaya un crimen á evitar.

MARCEL. ¿Quiere V. comprometerme
con esos hombres, señora?
(Con frialdad.) No puede ser por ahora.

Dª CAYET. (Angustiada.) Entonces no sé qué hacerme.
Oh! tenga usted caridad
y evite que á mi María
le hagan una tropelía
solamente por maldad,
pues es la pobre inocente.

MARCEL. (Con desprecio.) Inocente!... se equivoca,
diga usted más bien que es loca,
más que loca, delincuente.
Que de raciocinio escasa,
sin mirar que algo se diga,
hace traición á la amiga
y á su amante mete en casa.
Y por lograr sus antojos
hasta en mona se convierte,
y al hombre que se divierte
se le cuela por los ojos.
Y el amante así le quita
á la que en ella fió,
y una mancha se arrojó

y su conciencia gravita;
pues con torpe proceder
inicuamente se ofende
porque á los hombres se vende
y se burla del placer.

D.ª CAYET. Compadezca á mi María,
que es digna de compasión.

MARCEL. Señora, su corazón
es sólo una losa fría
que no siente gratitud,
pues es un ser desgraciado,
y por eso se ha olvidado
de que existe la virtud;
es en el mundo un desierto,
una flor que se deshoja,
un tigre que se acongoja,
una paloma que ha muerto.
Oh! ya á compasión no mueve,
que no inspira compasión
quien si tiene corazón
es un corazón de nieve
que se ha dado á Barrabás
y que en caricias se gasta,
porque en pública subasta
se entrega á aquel que da más.

D.ª CAYET. (Interrumpiéndole.) No hable usted de tal manera
que me causa un grave daño.

MARCEL. Ojalá sufriese engaño,
equivocarme quisiera.

D.ª CAYET. (Insistiéndole.) Salve usted á mi María,
Marcelino, vaya pronto.

MARCEL. Solamente siendo un tonto
á su ruego accedería.

D.ª CAYET. (Intranquila.) La van á hacer desgraciada.

MARCEL. Así pagará su culpa.

D.ª CAYET. Sus actos tienen disculpa.

MARCEL. Oh no! porque fué porfiada.
Y si cayó en reincidencia
es justo que la castiguen

y de ese modo la obliguen
á una fuerte penitencia.

D.ª CAYET. Se muestra usted indolente.

MARCEL. No, amante de la justicia
deseo que la malicia
se castigue diligente.
Enemigo soy del vicio,
que si no se le persigue
á aquel que en el vicio sigue
se le arroja al precipicio.

D.ª CAYET. (Violenta.) Pero mi pobre María
necesita de una ayuda.

MARCEL. Pues bien, que por ella acuda
á aquel que la divertía.
No hago mal cuando la dejo
sin acudir á salvarla,
pues si quise aconsejarla
se burló de mi consejo.
Que si le hablé como amigo
en ello vió una rareza,
y al errar por su cabeza
que se someta al castigo.

D.ª CAYET. Pero el tiempo ya se pierde,
vaya por Dios, Marcelino,
pues siento que de contino
la conciencia me remuerde.

MARCEL. Comprometerme?...No salgo,
lo aseguro por quien soy.

D.ª CAYET. Yo entonces corriendo voy
por ver si consigo algo.

ESCENA X.

MARCELINO.

Ve pues á salvarla pronto
y que la suerte te ayude,
pero no, porque merece

que su camino se enlute.
Oh María! ya tu cielo
se cubrió de negras nubes;
no esperes, pues, que te halaguen
las flores con sus perfumes,
ni que las aves alegres
sus gorgeos te tributen,
ni que el astro que más brilla
en tu carrera te alumbre,
ni que el ángel de la dicha
te sonría y te salude,
ni que la fuente á tu paso
tu bello nombre murmure,
ni que forme en tus cabellos
la brisa preciosos bucles,
que todos de tí se alejan
porque muy mal te conduces.
Ya perdiste tus encantos
y negra sombra te cubre,
y no encontrarás reposo
aunque con afan lo busques,
porque aquel que mal procede
y riñe con las virtudes
prepara su propia ruina
y á un buen porvenir le huye.
Ayer de todo reias
y hoy es justo, no lo dudes,
que hasta los mismos placeres
de tus dolores se burlen,
pués quien se lanza á un abismo
ya difícilmente sube.

ESCENA XI.

MARCELINO, AVELINO conduciendo á Doña Cayetana, que se resiste á seguirlo.

AVELINO. Venga usted.
Dª CAYET. (Haciendo esfuerzos por desprenderse de Avelino.)
No sea porfiado,

que quiero ver á María.
AVELINO. Es en vano, me he vengado
del modo que yo quería.
Dª CAYET. (Con inquietud.) Pero diga usted qué ha hecho?
AVELINO. Que viéndola con un hombre
perjudicando mi nombre
por camino no derecho,
del lugar me separé
dejando á mi compañero,
y con muy poco dinero
á un asesino compré
que allí mismo se encontraba
y á quien le di mi instrucción:
marchando sin dilación
á donde María estaba,
y sin ser de nadie visto
una daga le clavó
y seguidamente huyó
por esas calles muy listo.
Dª CAYET. (Fuera de sí.) Que con él ¡oh cielos! den.
(á Avelino.) ¿Y donde está mi lucero?
AVELINO. (Manifestando tranquilidad.)
En brazos del compañero,
porque el otro huyó también.
Dª CAYET. (En tono suplicante á Marcelino.)
Venga usted por dios conmigo,
y compadezca mi estado.
MARCEL. El asunto ya ha variado,
y ahora sí sus pasos sigo.

ESCENA XII.

AVELINO.

Sí, recojan su cadáver,
que libre he quedado ya,
pues sus lavas por el cráter

ha vomitado el volcan:
he vencido, estoy de pláceme,
que castigué la maldad
de quien se fingió un arcángel
siendo sólo un Satanás.
Ya no se verá entre náyades
á los hombres engañar,
y yo me iré con los árabes
á estudiar el Alcorán.

ESCENA XIII.

AVELINO. DON LUIS Y MARIA (Dentro.)

D. LUIS. (Dentro.) Sujétese bien de mí.
MARIA. (Idem.) No puedo, me falta vida,
es muy profunda la herida.
AVELINO. (Mirando hacia afuera.)
¿Qué es esto? ya están aquí.
D. LUIS. (Entra haciendo esfuerzos por conducir á María y Avelino lo ayuda hasta colocarla en un sillón.)
MARIA. (Desfalleciendo.) Ay! mi Dios!...
AVELINO. (Con aire despreciativo á María.)
Ya estoy vengado,
tú lo quisiste.
MARIA. (Levantando los ojos y fijándolos en Avelino.)
¡Avelino!...
AVELINO. (Aún con desprecio.) Este ha sido tu destino,
miserable.
MARIA. (Dejando caer la cabeza sobre su pecho.) ¡Desgraciado!...
AVELINO. Desgraciado sí, bien dices,
sufriendo un dolor profundo,
porque los dos en el mundo
pudimos ser muy felices.
Yo te amaba locamente,
tú bien lo sabes, María,
y á ese amor con tu falsía
correspondiste imprudente;

como á un inocente niño
muchas veces me engañaste,
y de ese modo trocaste
en odio mi gran cariño.
De tu astucia haciendo alarde
sembraste el luto en mi vida.

MARIA. (Levantando la cabeza con desfallecimiento y dejándola caer prontamente. Ay! ya estoy arrepentida.

AVELINO. (En tono desesperante.) Para arrepentirte es tarde.

ESCENA XIV.

AVELINO. MARIA. DON LUIS. DOÑA CAYETANA. MARCELINO.

MARCEL. (Entrando.) No es tarde, la contrición
es ante Dios un escudo.

Dª CAYET. (Corriendo y abrazando á María.)
¿Quien hacerte daño pudo?

AVELINO. (En tono destemplado.) Su mal proceder.

MARIA. (Esforzándose por levantar la cabeza.) Perdón!...

Dª CAYET. (Angustiada.) Un médico...

MARIA. (Reponiéndose algo al parecer.) No, es en vano
porque mi profunda herida
me va dejando sin vida...

AVELINO. (A María.) Tú lo has querido.

MARIA. (Fijándole la vista.) Tirano,
aunque voy con frente mustia
perdiendo la resistencia,
pido á Dios que en tu conciencia
grave siempre cruel angustia.

MARCEL. (Con prontitud.) Oh María! no pretendas
consolarte en la venganza;
si en Dios pones tu confianza
al morir, á Dios no ofendas.

MARIA. (Desfallecida.) Las fuerzas me faltan ya:
bien, Marcelino, perdono.

MARCEL. Sí, que Dios desde su trono
también te perdonará.

MARÍA. (Aún mas desfallecida pero tratando de recorrer con su vista á los presentes.) ¿Y ustedes?

MARCEL. (Cayendo de rodillas, en lo que le imitan todos maquinalmente, De corazón
pedimos por tí, María.

MARIA. (Sonriendo tristemente y desfalleciendo más hasta que espira.)
Me consuelo, así quería
verlos á todos... perdón.

Dª CAYET. (Con violencia.) Oh no! mi María, despierta,

MARCEL. (Separando á Doña Cayetana.)
Señora, es vano su empeño:
no volverá de ese sueño,
que para el mundo está muerta.

AVELINO. (Después de observarla.) Muerta, sí, no cabe duda,
y ya tiene mi perdón.

D. LUIS. A muchos dió una lección.

Dª CAYET. (Inquieta y llorando.) Concédele Dios tu ayuda.

MARCEL. Oh sí! una lección que ágil
alguna tomar debiera:
que idéntico fin le espera
á toda mujer que es frágil.

FIN.

EL CORAZON EN LA MANO.

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

POR



HABANA.

IMPRENTA "LA PRUEBA,"
AMARGURA 77.
1884.

PERSONAJES.

ELVIRA, *hija de*
D. CARLOS.
D. TORIBIO.
EMILIANO.
MARCELO.
FACUNDO.

La escena pasa en la Habana, en una casa jardín de D. Cárlos (barrio del Cerro.)

ACTO PRIMERO.

Un jardin dependiente de una casa cuya comunicación estará á la vista.

ESCENA I.

EMILIANO. (Paseándose.)

El que espera desespera
dice un antiguo refran;
ay! las horas que se van
quien á encontrarlas volviera!...
Elvira aquí me ha citado
y hace rato que la espero,
para venir considero
que oportunidad no ha hallado.
Pero si está distraida
toda esa gente jugando,
¿por qué me tendrá esperando?
¿quién detiene su venida?...
Acaso infiel me será,
y ha querido así engañarme,
y mientras pudo alejarme
tal vez con otro estará.
Cuánto me angustian los celos,
y cuánto padece el alma!
amando perdí la calma,
pues aumenté mis desvelos.
He caido en un abismo

con esto, de tal manera
que me hallo por donde quiera
luchando conmigo mismo.
Pues aunque encuentro en Elvira
correspondencia á mi amor,
me causa gran sinsabor
el ver que un hombre la mira.
Y creo, aunque finjo calma,
que mis pesares renueva,
que con mirarla se lleva
un pedazo de su alma.
Y que ella por recobrarlo
fija en él tambien la vista
y se encuentra una conquista
y concluye por amarlo.
Estas dudas me atormentan
ahuyentando mi alegría,
que advierto que cada dia
más mis pesares se aumentan.
Y si la quiero olvidar
por buscar así consuelos,
aún más se aumentan mis celos
y aún más la quisiera amar.
Y arrostro mi cruel estrella
con constante frenesí;
más hay gente por allí.
(Aproximándose con alegría.) Si fuera Elvira!
(Retrocede desconsolado.) No es ella.

ESCENA II.

EMILIANO. MARCELO.

MARCELO. Segun parece, las flores
te agradan más que los naipes.
EMILIANO. No te equivocas, Marcelo.
MARCELO. Emiliano, muy bien haces;
yo he perdido la paciencia

además de muchos reales,
yá me he quedado en la inopia
sin tener con que marcharme.
Malditos por siempre sean
el juego con sus secuaces,
que hasta roban el cariño
de los hijos y los padres,
y frecuentes nos alejan
de nuestros propios hogares
sin siquiera detenernos
los más lastimeros ayes,
y nos llevan á la ruina
y nos originan males,
que son en todos los tiempos
de consecuencias muy graves.
Yo no sé como he podido,
Emiliano, dominarme,
cuando me he visto perdiendo
todo el dinero que traje,
y mirando divertirse
á esos hombres con mi sangre
con tan fria indiferencia
que dá por cierto coraje,
sin pensar que me han quitado
lo que falta á todos hace.
¡Y se nombran mis amigos
cuando en esto se complacen!
Pero me asfixio, y por eso
vengo aquí á buscar el aire.

EMILIANO. (Aparte.) Pues éste viene á impedirme
que yo con Elvira hable.
(Alto) Mucho mejor te sería
que á tu casa te marchases.

MARCELO. Te engañas, que así tan sólo
conseguiré fastidiarme:
aquí aspirando el ambiente,
Emiliano, que se esparce,
iré calmándome un poco
y hasta olvidando ese lance

que acabó con mi paciencia
y me consumió los reales.

EMILIANO. (Aparte.) Mas tú acabas con la mia
y grande extorsión me haces.
(Alto.) Quieres seguir mi consejo?
paseate por las calles,
y verás que de ese modo
mucho mejor te distraes.

MARCELO. El empeño que te tomas
porque yo de aquí me marche
mi curiosidad despierta:
¿te pesa que te acompañe?

EMILIANO. Para hablarte francamente:
quisiera sólo encontrarme,
que una idea me preocupa;
y así, Marcelo, distante
del bullicio y de los hombres
la solución he de hallarle,
y por eso te suplico
que me dejes.

MARCELO. Por mi parte
no accedo. (Aparte.) Seguramente
éste quiere suicidarse;
tal vez como yo ha perdido:
no hay caso, el juego es infame.

EMILIANO. Pues hombre, me perjudicas,
y un grave daño me haces.

MARCELO. Pues yo lo contrario creo
que he venido aquí á salvarte.

EMILIANO. (Aparte.) El demonio que te lleve,
tú vienes á impacientarme.
(Alto.) Pero, hombre! déjame solo.

MARCELO. Oh! no haré tal disparate.

EMILIANO. Pues entonces yo me marcho.

MARCELO. Te seguiré.

EMILIANO. (Aparte.) Por mi madre
que ya paciencia me falta.
(Alto.) Y qué, acaso te complaces
en interrumpirme?

MARCELO. Mira,
voy comprendiendo tus planes.
y la amistad me previene
que te siga á todo trance.
EMILIANO. Pues entonces tu conducta
muy extraña se me hace.
MARCELO. Cá! la tuya es más extraña,
te condenas de cobarde.
EMILIANO. Cobarde? ¿qué estás diciendo?
MARCELO. Lo que repito: no hay lances
que tus planes justifiquen.
EMILIANO. Tú lo que dices no sabes,
ni te asiste algun derecho
para de ese modo hablarme.
MARCELO. Te equivocas que las leyes
todas me son favorables,
y me opondré á tus proyectos.
EMILIANO. (Desesperado.) Y tú eres de Elvira padre?
MARCELO. (Con asombro.) También demente, Emiliano?
EMILIANO. Marcelo, quo Dios te ampare:
es decir que tú te opones
á que con Elvira hable.
MARCELO. Acabáramos, ya veo
que aunque pude equivocarme,
muy cerca, Emiliano, anduve.
EMILIANO. Y qué fué lo que pensaste?
MARCELO. Que en el juego habias perdido
y tratabas de matarte;
más advierto que tu asunto
es un *poquito* más grave,
pues que con alma y con cuerpo
tú mismo te aprisionaste.
EMILIANO. Es verdad que lo que sufro
el cielo sólo lo sabe.
MARCELO. Mentecato! ¿Y tú no adviertes
que el buey solo bien se lame?
EMILIANO. Yo no he tenido la culpa,
Marcelo, de enamorarme
de un modo tan excesivo

2

que tanto sufrir me hace.

MARCELO. Ya verás lo que te cuesta
tal vez cuando sea muy tarde.
Mira, bobo, las mujeres
son peores que los naipes,
con ellas siempre se pierde,
no habrá quien con ellas gane,
que esclavo de sus caprichos
al hombre tienen en jaque
cuando llega el infelice
por desgracia á enamorarse.

EMILIANO. Lo comprendo, mas qué hacerme?
no hallo remedio á mis males,
que por Elvira me siento
que el corazón sólo late.

MARCELO. Remedio podrás hallarlo
si algo pones de tu parte.

EMILIANO. Oh! no es posible, Marcelo,
ya en mí remedio no cabe.

MARCELO. Si mis consejos rehusas
es difícil que lo halles:
yo en tu lugar, Emiliano,
fuera á buscar por los parques
distracción, como he venido
yo al jardín buscando aire,
tú huyendo de los amores,
y yo huyendo de los naipes,
que barajas y mujeres
y bebidas son iguales,
porque nos causan perjuicios
que no pueden remediarse.

EMILIANO. Á tus consejos, Marcelo,
yo no debo acomodarme.

MARCELO. Pues sufre las consecuencias
y no te quejes á nadie.

EMILIANO. Está bien, pero permite
que yo con Elvira hable,
que ya asoma como siempre
cual un lucero radiante.

MARCELO. Ahora á tu súplica accedo:
que la suerte te acompañe. (Vase.)

ESCENA III.

EMILIANO. ELVIRA.

EMILIANO. Há rato que te esperaba.
ELVIRA. Pero por fin he venido
y mi promesa he cumplido;
mas alguién te acompañaba?
EMILIANO. Marcelo.
ELVIRA. Lo suponía.
EMILIANO. ¿Y por qué?
ELVIRA. Porque es tu amigo,
y siempre lo veo contigo.
EMILIANO. Se ha empeñado en ser mi guia,
y donde quiera que voy
me persigue diligente
para decirme imprudente
que deje de ser quien soy.
Y mi conducta critica
porque no quiero olvidarte,
y al ver como llego á amarte,
Elvira, me mortifica.
Y así que marchara quiso,
riendo de mis dolores.
ELVIRA. Y por qué de estos amores
le hablaste?
EMILIANO. Me fué preciso,
porque esperándote estaba
paseándome por aquí
cuando vino junto á mí,
y viendo que me estorbaba
atento le supliqué
que de mi lado marchase
y que solo me dejase;
pero empeño le noté

en quedarse aqui á mi lado,
y á mi constante insistencia
con remarcada imprudencia
manifestóse porfiado.
De nuevo le supliqué,
pero en vano, y de tal modo
jugué el todo por el todo
y con franqueza le hablé.
Entonces cedió á mi ruego,
y olvidando sus deberes,
habló mal de las mujeres,
de la bebida y el juego.

ELVIRA. Pues es bien inconsecuente,
y hay en esto falsedad.

EMILIANO. El dice que la verdad
la expresa segun la siente.

ELVIRA. ¿Y por qué si su deseo,
con el juego no conviene,
juega todo lo que tiene,
como constante lo veo?

EMILIANO. Mal el juego lo trató,
y al verse tan maltratado,
aquí vino sofocado
y disparates habló:
es loco, Elvira, qué quieres?

ELVIRA. Bien, comprendo lo del juego
y de lo demas reniego:
qué le han hecho las mujeres?

EMILIANO. El en decir se recrea
que nunca amará á ninguna,
pues no hay en el mundo una
que digna de amores sea.

ELVIRA. Y tú fuiste indiferente?

EMILIANO. Me acusas por eso?

ELVIRA. Mucho.

EMILIANO. Ay! Elvira, yo lo escucho
como se escucha á un demente.

ELVIRA. Su criterio nada alcanza,
es un hombre sin conciencia,

y acuso tu indiferencia;
(Con acción demostrativa.)
ya ejerceré mi venganza.
Me ha causado grave herida,
pero él su desgracia labra,
que á veces una palabra
eco hace toda la vida.
Ya verá como conspira
la mujer de corazón,
y variará de opinión.

EMILIANO. ¿Qué te propones, Elvira?

ELVIRA. Propóngome hacerle ver,
aunque al notarlo se asombre,
que si cual él es el hombre
vale más una mujer.

EMILIANO. Y tú prestas atención
á un hombre que es toñto y nécio
y que merece desprecio?

ELVIRA. Que no espere mi perdón,
pues si ofenderme ha querido
así tan gratuitamente,
es justo que diligente
le dé yo su merecido.
Pues si faltó á sus deberes,
como tú también faltaste,
supuesto que lo dejaste
hablar mal de las mujeres,
yo sé, Emiliano, quererlas,
y te juro por mi nombre
que sin que me ayude un hombre
puedo sola defenderlas.

EMILIANO. Ay! Elvira, así no hables,
me ocasionas gran perjuicio.
Marcelo no tiene juicio.

ELVIRA. Los dos han sido culpables.

EMILIANO. Con él emprenderla es mengua.

ELVIRA. Emiliano, poco á poco,
porque á un atrevido loco
le deben cortar la lengua.

EMILIANO. Pero qué quieres de mí
si lo que dice no sabe?
ELVIRA. En él disculpa no cabe,
como no la cabe en tí.
EMILIANO. Y tú no adviertes, Elvira,
que todo lo dijo en chanza
valido de la confianza
que tenemos?
ELVIRA. No, mentira,
él, cual otros, su opinión
manifestó con franqueza
cuando les falta cabeza
para pensar los que son.
Cuando el hombre así se expresa
nos dá á entender de tal modo
que quiere abarcarlo todo
y la humanidad le pesa,
porque en el mundo no hay parte
donde no se deje ver
que el hombre con la mujer
su bien ó su mal comparte;
y quien la ataca sin tino
hace ver de tal manera
ó bien que es un hombre fiera,
ó que es hombre femenino:
y el que oiga su falsedad
lo mirará con desprecio
y dirá que es hombre necio
y falto de urbanidad.
No logrará con su ofensa
en una seria reunión
disputar la distinción
que á la mujer se dispensa;
mal he dicho, no carece
de méritos la mujer,
y nunca se llega á ver
cual ella se lo merece.
Asi verás como pronto
ejerceré mi venganza

y le ha de pesar la chanza
que usó contigo ese tonto.

EMILIANO. Pero qué quieres hacer?

ELVIRA. Quiero que le vuelva el juicio,
y verlo sin artificio
rendir culto á la mujer.

EMILIANO. De qué modo?

ELVIRA. Ya veré:
recursos tendré de sobra
y el éxito de mi obra
en breve lo alcanzaré.

EMILIANO. Aún comprenderte no puedo,
mi curiosidad despiertas.

ELVIRA. Es necesario que adviertas
que como libre procedo.

EMILIANO. Esas palabras recoge,
¿qué ya tu amado no soy?

ELVIRA. Emiliano, desde hoy
haré lo que se me antoje:
en tal situación me ha puesto
tu indiferencia ó temor.

EMILIANO. (Con decisión.) Ya que lo quiere tu amor
será este asunto funesto:
jamas he sido cobarde
y las pruebas he de dar,
te voy Elvira á vengar
cual tú lo quieres.

ELVIRA. Ya es tarde,
de mi plan no retrocedo
ni en vano mis frases gasto,
para vengarme me basto
yo sola, Emiliano, puedo,
ya lo he dicho.

EMILIANO. Pero mira,
oye mi súplica.

ELVIRA. Nó,
la oportunidad pasó
y sé defenderme.

D. CARLOS. (Dentro.) Elvira.

ELVIRA. Mi padre me llama: adios.
EMILIANO. Sí, y te juro por mi madre
que en tanto estés con tu padre
yo voy de la muerte en pos.

ESCENA IV.

ELVIRA. D. CARLOS.

D. CARLOS. (Entrando.) Gracias á Dios que te hallé.
ELVIRA. Usted, padre, me buscaba?
D. CARLOS. Sí, y paciencia me faltaba.
ELVIRA. Pues yo aquí me retiré,
porque el calor me asfixiaba,
y el aroma de las flores
y el aire que se respira,
calmando van los rigores
de la estación.
D. CARLOS. Ay! Elvira,
pues mis males son peores,
que he perdido la existencia.
¡Maldito juego de azar!
ELVIRA. Usted, padre, va á quedar
por lo visto en la indigencia.
D. CARLOS. El quererme desquitar
á veces, hija, me obliga
á cometer la locura
de que jugando prosiga,
y hasta pierdo la figura
por ser mi suerte enemiga.
ELVIRA. Pero, padre, deje el juego,
que es un vicio muy terrible.
D. CARLOS. Ya quisiera, y de él reniego;
más, Elvira, no es posible,
porque me arrojé en el fuego.
Eso más los naipes tienen,
nos llevan al precipicio,
sabemos que no convienen,

y sin embargo en el vicio
nuestras ansias se sostienen.
Si por desgracia perdemos
desquitarnos pretendemos;
si por fortuna ganamos
aún más, Elvira, anhelamos,
y siempre jugar queremos.
Nunca se sacia el deseo
en el juego, de tal modo
que lo posponemos todo
por tan perverso recreo;
y nos llenamos de lodo,
porque un medio disputamos
áun á aquel que está afligido
y nada le perdonamos,
y cuanto más ha perdido
aún mucho más lo angustiamos.
Y con maligna intención
áun al más amigo vemos,
porque ganarle queremos,
y la buena educación
en el juego la perdemos.
Y así pasamos el año,
y no obstante no advertimos
que nos hacemos un daño
porque el tiempo lo perdimos
con engaño ó sin engaño.
Y en esta inicua jornada
en lucha constante estamos
y fruto no le sacamos,
que el dinero que ganamos
al fin se nos vuelve nada,
mientras aquel que perdemos,
que al otro no satisface,
nunca á verlo volveremos,
y ni aún nosotros sabemos
la gran falta que nos hace.
Pero no nos enmendamos
que esos males conocemos

y sin embargo jugamos,
pues ya nos esclavizamos
y librarnos no queremos.

ELVIRA. Pero parece mentira
que así procedan los hombres.

D. CARLOS. En el juego se conspira,
y con disfraz, no te asombres,
el uno al otro se mira,
y con gran desasosiego
ambos lamentan su estado.

ELVIRA. Pues pensàr podemos luego...
que la ganancia del juego
es un robo disfrazado.

D. CARLOS. Sí, es un robo permitido
y en sociedad admitido,
donde aquel que menos roba
hace su papel de escoba
que barre lo no barrido.
Se busca en el juego el modo,
(como fingido remedio
segun decimos del tedio)
de quitarle al hombre todo
y dejarlo sin un medio.
Aun nosotros nos robamos,
que el tiempo mal empleamos,
y después que lo perdemos
jamás lo recuperamos
y gran daño nos hacemos.
Y son tantos los perjuicios
que el hombre no advierte ciego
que á todos los precipicios
lo lanza, porque es el juego
padre de todos los vicios.
Decimos que es distracción,
pero más de destrucción
es en verdad una copia:
distrae, sí, la obligación
y hasta nos deja en la inopia.

ELVIRA. Y si, segun lo pregona,

es que usted conoce el mal
que siempre el juego ocasiona,
¿por qué de él se posesiona?

D. CARLOS. Es, Elvira, original:
al jugador le sucede
que cierto fuego lo inflama
y separarse no puede,
pues cuanto más retrocede
aún más el juego lo llama.
Allí de todo se olvida
cuando ha ocupado la plaza,
del sueño, de la comida,
y con sonrisa fingida
sus hígados despedaza
si es que pierde y deja atrás
su furia, cual pensarás,
pues si él se come por dentro,
muy lógico, Elvira, encuentro
que se coma á los demás.
Si juega con un amigo
á ser pasa su enemigo,
y si mal le va en la danza,
quisiera para venganza
ser de su muerte testigo.

ELVIRA. Pues, padre, yo le suplico
que deje por Dios el juego.

D. CARLOS. Oh! mucho me mortifico
pues he perdido buen pico,
y de él, Elvira, reniego.
Te prometo por quien soy
que á hacer lo que pides voy,
y que con fé decidida
le he de dar la despedida
así que concluya hoy.

ESCENA V.

ELVIRA. D. CARLOS. FACUNDO.

FACUNDO. Señor, esos caballeros
que en la sala están jugando
verlo anhelan, y por eso
á buscarle me han mandado.
D. CARLOS. Sí, me llaman, ya lo creo:
me tocó pagar el *pato*,
y es natural que de menos
los tontos me hayan echado.
ELVIRA. (Aparte.) Para el plan que me he propuesto
voy á pensar por un rato
lo que deba hacer, y dejo
este lugar. (Vase.)
D. CARLOS. Pero vamos,
echemos por hoy el resto,
á ver si la suerte acaso
contraria no sigue siendo
y me desquito de algo,
ya que todo mi dinero
no es fácil recuperarlo.
Maldito, maldito juego
que siempre mal me ha tratado
alejándome los pesos,
pero acercándome al diablo
que viene desde el infierno
para darme malos ratos,
tentándome en alma y cuerpo
y haciendo de mí un esclavo.
FACUNDO. Si no fuera atrevimiento
hablara, señor, muy claro,
y hasta le diera un consejo,
pero no puedo, y me callo.
D. CARLOS. Hombre no, te escucho atento.
FACUNDO. Dicen que le llaman *Sancho*
al buen callar, y por eso

miro siempre como hablo,
pues al decir lo que siento.
me hubieran hasta matado:
asi ni la lengua muevo,
ni menos la boca abro,
que siempre nos sobra tiempo
para pasar un mal rato.

D. CARLOS. Pues entonces no te entiendo.

FACUNDO. Yo sé lo que estoy hablando.

D. CARLOS. Y á mí no me basta esto
pues la atención me has llamado
para decirme algo bueno...

FACUNDO. Quién sabe si sea algo malo,
porque hablar sin parapetos
es un negocio pesado,
pues de enemigos tenemos
á aquel que claro le hablamos:
verdades no tienen premios,
la mentira está imperando
que hoy es un hombre perfecto
quien se expresa con engaño.

D. CARLOS. Pues mirando para el techo
con lo dicho me has dejado.

FACUNDO. Yo, señor, muy bien me entiendo,
y nada le digo en vano,
que á veces un hombre necio
da lección á un hombre sabio,
más nadie le escucha atento,
es por todos despreciado.
¡Y quién sabe si un secreto
en él se contenga acaso
que hasta al mundo gran provecho
le diera por resultado,
si se oyeran sus conceptos
por quien pudiese apreciarlos
y hacer un estudio de ellos
segun lo merece el caso!

D. CARLOS. ¿Te has convertido en maestro?
Ya me vas desesperando.

FACUNDO. Entonces, señor, el juego
calmará su desagrado.
D. CARLOS. ¿Pero cuál es el consejo
que me ofreciste?
FACUNDO. Me callo,
no lo doy, ya me arrepiento,
y en esto, señor, bien hago,
que quede todo en su puesto,
y como siempre sigamos.
D. CARLOS. Pero ese arrepentimiento
á qué obedece?
FACUNDO. A mi estado:
deje usted que pase el tiempo
y ya cantará este gallo.
D. CARLOS. Pero habla sin parapetos,
no temas, yo te lo mando.
FACUNDO. Entonces, señor, espero
que de aquí me lance á palos;
ahora sólo me concreto
á decir que el juego es malo,
y así que usted por el juego
va á pasar mil desagrados
si es que no pone remedio
para con tiempo evitarlos.
D. CARLOS. Y ese es todo tu misterio?
FACUNDO. El misterio me lo guardo,
ahora más decir no debo,
y usted, mi señor Don Carlos,
acoja ó no mi consejo;
yo soy sólo un pobre diablo
que valor ninguno tengo,
pero miro de soslayo
y ya todo lo comprendo,
y mis deducciones hago
como el que más ó el que menos;
con que obre así como sabio
y proceda usted con tiento
y se evitará un mal rato.
Y... basta, mis labios cierro,

que lo estarán esperando,
señor, esos caballeros
que mandaron á llamarlo
con un remarcado empeño.

D. Carlos. Bah! tú siempre estás *tonteando.*

Facundo. Yo nada de tonto tengo,
pero mucho me complazco
en decirle con acierto
que nunca me he equivocado;
y si desahucio á un enfermo
pueden irle preparando
la mortaja.

D. Carlos. Por mi abuelo
que mucho ya te he escuchado,
y me voy de aquí corriendo.

ESCENA VI.

Facundo.

Sí, vete corriendo, tonto,
que verás lo que te pesa
desatender mis palabras
y seguir con tus tonteras.
Y si es que en cabeza propia
tan sólo el hombre escarmienta,
querrás poner el remedio
tal vez cuando tarde sea,
porque has recibido un daño
que llorando no se enmienda.
Sigue entregándote al juego
sin ver que contigo juegan,
que ya llorarás en vano
cuando se quiebren tus venas,
pues hay cosas que nos pasan
y que tan tarde nos pesan,
porque muy malas se miran
áun por los que más se esmeran

en decir que mucho valen
si el diablo por ellas vela,
que no habrá quien las componga
porque ya están descompuestas.
Sigue tocando tu escala
y con tu perversa escuela,
que mal hallarás la sopa
así que las cosas sepas,
y cuando la bomba estralle
hasta has de ver las estrellas.

ESCENA VII.

FACUNDO. ELVIRA.

ELVIRA. Qué te hallas solo, Facundo?
FACUNDO. Y contento, señorita,
que en este mísero mundo
al solo nada gravita.
ELVIRA. Y mi padre?
FACUNDO. Se ha marchado.
ELVIRA. Al juego?
FACUNDO. A su perdición,
donde el diablo lo ha llevado
turbando su corazón.
ELVIRA. Sí, el juego lo va á arruinar.
FACUNDO. Y á hacerle perder la calma,
que se ha de precipitar,
señorita, en cuerpo y alma.
Ya yo le dí mi consejo,
más no quiso hacerme caso,
y si mal le va lo dejo
que salga solo del paso.
ELVIRA. Pues haces muy mal, Facundo.
FACUNDO. Se equivoca, señorita;
y al hablar así me fundo,
que él solo se precipita.
Si él quiere ser mentecato,

desoyendo mi advertencia,
que siga pagando el *pato*
con su propia inteligencia.
Porque muy claro se vé
que esos hombres inhumanos
se lo comen por un pié
y no le dejan ni manos.
Y no es eso lo peor,
sino que él mismo se entrega,
sin faltar quien con su honor
maliciosamente juega.

ELVIRA. Da mejor explicación
á lo que dices.

FACUNDO. Que el juego
causa tanta distracción
que al hombre lo deja ciego.
Y hasta es víctima en su casa
de una traición ó conquista,
que no advierte lo que pasa
porque ha perdido la vista.
Y se mira de este modo
cada vez en más aprieto,
pues lo va perdiendo todo
y hallándose en esqueleto.
Que es difícil que recobre
lo que perdió en su vigilia,
quedándose al fin el pobre
sin dinero y... sin familia.
Y entonces por distracción
recordará mis consejos,
quedándole la afición
como á los músicos viejos.

ELVIRA. Cada vez más misterioso
te voy hallando, Facundo,
y á la par más enojoso.

FACUNDO. Son esas cosas del mundo.

ELVIRA. Pero habla de otra manera.

FACUNDO. Señorita, el mundo es bola
que á aquel que menos lo espera

le hace villa y carambola.
ELVIRA. Aún te encuentro más confuso.
FACUNDO. Pues me explico, que sé yo
donde la gallina puso,
y donde el huevo sacó.
Porque D. Carlos se ciega
y al juego entregado está,
y con él aquí se juega,
y siempre perdiendo va,
porque jugadores pillos
agravan su situación,
que escasean sus bolsillos
y enferman su corazón.
Y á los placeres se entregan
así, señorita, todos,
porque todos aquí juegan,
pero de distintos modos;
con más ó menos sosiego
el que menos se la pega,
que en esta casa yo juego,
y usted, señorita, juega.
Y así pasándola vamos
con mucho ó con poco empeño,
que todos, todos jugamos,
pero el que pierde es el dueño.
Y haciéndome inoportuno
diré causándole enojos,
que con naipes juega uno
y otro juega con los ojos.
Y por lo que á mí me toca
digo á más, sin intención,
que yo juego con la boca,
y usted con el corazón.

ESCENA VIII.

ELVIRA, FACUNDO, MARCELO.

MARCELO. Como siempre bondadoso
que Dios la proteja, Elvira.
ELVIRA. No dice usted lo que siente,
sus palabras son fingidas.
MARCELO. ¿Y por qué de esa manera
tan mala me califica?
ELVIRA. Porque soy mujer.
MARCELO. No entiendo.
ELVIRA. La mujer y la bebida
con el juego son tres cosas
que á los hombres precipitan
y les causan grave daño,
pues lo llevan á la ruina.
MARCELO. ¿Y piensa usted de ese modo?
ELVIRA. Tal vez tenga quien me siga,
y hasta pienso algo fundada
que ahora estoy con sus doctrinas.
MARCELO. Señorita, usted procede
con señalada injusticia.
FACUNDO. (Separándose y aparte.) Voy á observar como juega
el gallo con la gallina:
cuando digo lo que he dicho....
y me salgo con la mia.
ELVIRA. Y que segun me he expresado,
usted, Marcelo, no opina?
MARCELO. (Este es un gran compromiso,)
¿Qué quiere usted que le diga?
ELVIRA. Lo que ha dicho ya, Marcelo,
no hallándome yo á la vista,
y de lo cual es muy justo
que me dé por ofendida.
MARCELO. (Aparte.) Será posible! Emiliano,
me habrá descubierto? (Alto.) Elvira,
si alguno tal vez creyendo

ya segura su conqusita,
con usted me ha calumniado
pidiendo en pago caricias,
adoptó muy mal sistema
porque eso á nadie amerita,
y aquel que tan mal procede
es persona bien indigna
que poco se recomienda
á los ojos de una niña
que sabe apreciar lo justo,
y que nunca al mal se inclina:
yo no he podido ofenderla
de manera tan gratuita,
por el contrario le pido
al cielo que la bendiga,
pues que le debo atenciones
que no olvidaré en mi vida.

ELVIRA. Entonces de las mujeres
dígame usted lo que opina.

MARCELO. Para hablarle sin rodeos
y con franqueza, permita,
Elvira, que en varias clases
á las mujeres divida:
que no es igual una fea
á una muchacha bonita,
ni comparo yo á una anciana
tampoco con una niña,
ni á la jóven que es bondosa
con aquella que es maldita,
ni á la amante de sus padres
con una que es mala hija...

ELVIRA. Espérese usted, Marcelo:
yo no le pido una lista
ni menos que haga un estado
de las mujeres distintas
que en el mundo se comprenden,
sino sólo que me diga
en términos generales
su opinión.

MARCELO. Pues bien, Elvira,
la mujer está llamada
á ser madre de familia.
ELVIRA. No es eso lo que pregunto.
MARCELO. (*Aparte.*) Pues ya me apura la chica
y hablaré, que en estos casos
no es pecado la mentira.
ELVIRA. La mujer en su concepto
de la sociedad es digna?
MARCELO. Ya lo creo, aún más que el hombre,
porque en ella hallamos vida
desde el borde de la cuna,
en que como madre brinda
al hijo de sus entrañas
consuelo con sus caricias,
hasta el lecho moribundo
donde la vemos solícita
que con su buena asistencia
ayuda á la medicina
á obrar los grandes efectos,
que sin ella no obraría.
ELVIRA. Usted nunca amó á una jóven?
MARCELO. Si como usted, señorita,
encontrara en mi camino,
un ángel cuya sonrisa
aprisiona corazones,
no dudo que la amaría.
ELVIRA. Es usted muy lisonjero.
FACUNDO. (*Aparte.*) Estos sin duda se olvidan
que yo los observo, vaya
el amor no tiene vista,
y aquí otra clase de juego
seguramente se mira.
MARCELO. Sin difraz, Elvira, hablo:
usted al hombre electriza
si al admirar su hermosura
en él su mirada fija;
si un amigo no mediara
otras cosas le diria;

más traición no puedo hacerle,
perdone usted, señorita.

ELVIRA. Se equivoca, soy muy libre,
y así lo que quiera diga.

MARCELO. Y Emiliano?

ELVIRA. No me importa.

MARCELO. (*Aparte.*) Le haré la mala partida,
tan sólo para que vea
que no le dije mentira.
(*Alto.*) Pues bien, aguardo que entonces
mi declaración admita.

ELVIRA. Por qué no, cuando estos lances
el mundo los autoriza?
(*Aparte.*) (Qué débiles son los hombres!
ya éste dobló las rodillas,
por convencer á Emiliano
le voy á dar acogida.)

MARCELO. ¿No le soy indiferente?

ELVIRA. Al contrario: usted prosiga.

FACUNDO. (*Aparte.*) Ah! si viniera D. Carlos
lo que le he dicho vería:
en su casa todos juegan,
pero él pierde la partida.

MARCELO. Entonces, si no se ofende
le diré que su sonrisa
es la sonrisa de un angel,
que al hombre de amor cautiva;
que al eco de sus palabras
enamorada la brisa
se pasea por sus labios
y suave los acaricia;
que sus ojos son estrellas
que en el corazón rutilan,
áun del hombre que no ha amado
si es que alguna vez los mira,
y que yo con su belleza
me ví aprisionado, Elvira,
y por respetos humanos
solo en silencio sufría,

mas ya mi amor le descubro
puesto que usted me autoriza.

ESCENA IX.

ELVIRA, MARCELO, FACUNDO, EMILIANO.

EMILIANO. Que es esto? despierto estoy?
Lo que he visto no es un sueño?
ELVIRA. (Aparte á Emiliano.) No ha sido vano mi empeño.
MARCELO. (Aparte á Emiliano.) Lo que he dicho verás hoy.
EMILIANO. Cómo! se burlan de mí?
Tengo la cara de mono?
Pues esto no lo perdono,
ni puede quedar así.
Oh! sí, parece mentira!
(A Marcelo.) Deme usted su explicación.
(A Elvira.) Y á usted la satisfacción
le exijo también, Elvira.
MARCELO. Si acudes á tu memoria
puedes muy bien recordar
que yo te llegué á anunciar
el prólogo de esta historia.
ELVIRA. Aunque te cause disgusto
y á mí me ocasiones pena,
ves tan sólo aquí una escena
que no te coje de susto.
EMILIANO. Esto no me satisface.
FACUNDO. (Aparte.) Digo yo que amor es ciego,
y en verdad que en este juego
nadie sabe lo que hace.
EMILIANO. (A Marcelo.) Explíquese usted mejor.
FACUNDO. (Interponiéndose.) Eso yo lo explicaré;
aquí por lo que se vé
se juega con el amor.
Así yo les digo á todos
que quedemos como estamos,
que todos aquí jugamos,

pero de distintos modos.
(A Emiliano.) Confórmese con su suerte
y cure, señor, su herida,
porque es un juego la vida
y es otro juego la muerte.
No pierda por eso el tino
ni por la primera parta,
usted apuntó á una carta
y la contraria le vino.
A su mal no contribuya,
procediendo como un loco,
vaya usted muy poco á poco
que luego vendrá la suya.
Conmigo en esto concuerde,
que así muy bien nos estamos,
porque si todos jugamos
D. Carlos tan sólo pierde.

EMILIANO. Yo no escucho mas sandeces,
y quiero ya terminar.

FACUNDO. ¿Y deja usted de jugar
como juega muchas veces?

EMILIANO. (A Facundo.) Callad que daño me hicistéis,
y así á deciros me obligo
(A Marcelo.) que vos sois un mal amigo,
(A Elvira.) y que vos muy mal cumplistéis.
Y de vuestro proceder
pido cuenta por mi nombre:
(A Marcelo.) vos la dareis como hombre,
(A Elvira.) y vos como una mujer.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada con algun lujo: al fondo se verá una puerta medio cerrada que comunicará con un corredor, donde habrá una mesa rodeada de jugadores, los que podrán ser vistos del modo que lo permita la forma en que se halle entrejuntada la dicha puerta, oyéndose con frecuencia ruido de monedas y alguna que otra frase propia del juego.

ESCENA I.

ELVIRA. EMILIANO.

EMILIANO. Eso no me satisface,
y otra explicación exijo.
ELVIRA. Pues yo en lo dicho me fijo:
si esto á tí no te complace
no estoy obligada á más.
EMILIANO. ¿Cómo no?.... Pues te equivocas
que á tu honor, Elvira, tocas
y mucho daño te harás.
ELVIRA. No lo creas, Emiliano:
ofendida, sin tardanza
quise ejercer la venganza,
que la tenía en mi mano.
Pues al hombre que inexperto
habló mal de la mujer,
lo obligué á retroceder
rindiéndole culto cierto.
EMILIANO. ¿Y al dar gusto á tus anhelos,
ay! Elvira, no advertías
que mi corazón herías
y lo matabas de celos?

ELVIRA. La causa tú la tuviste
al ser tan indiferente.

EMILIANO. Sí, demasiado exigente,
Elvira, conmigo fuiste.

ELVIRA. Exigente porque al hombre
que mi dignidad ajó,
y sin causa me ofendió
así manchando su nombre,
quise con justa razón,
al mirar tu indiferencia,
con arreglo á mi conciencia
darle una buena lección?

EMILIANO. Pero yo te prometí
vengarte, Elvira.

ELVIRA. Emiliano,
la venganza ví en mi mano
y egercerla quise así.
Tu promesa llegó tarde
cuando formé mi proyecto:
contenta estoy de su efecto.

EMILIANO. No hagas de ello más alarde
que enferma me siento el alma,
y tras de mi cruel angustia
inclino la frente mustia.

ELVIRA. Ten, Emiliano, más calma.

EMILIANO. Calma me pides, Elvira,
cuando angustiado me siento,
y cuando un negro tormento
contra mí solo conspira?
No puedo tenerla, no,
te lo juro por mi nombre,
cuando tu amor de otro hombre
los obsequios admitió.

ELVIRA. Mas ya te he dicho la causa
y puedes tranquilizarte.

EMILIANO. Si el corazón se me parte.

ELVIRA. Míralo todo con pausa,
aplaca pues tus desvelos.

EMILIANO. Ya quisiera en mi dolor,

pero siento por tí amor
y el amor engendra celos.
Si lo que sufro supieras
de tal modo no me hablaras,
y si como yo tú amaras
mis pesares comprendieras.
Ser no puedo indiferente
á lo que pasa por mí,
y admirado estoy así
de no hallarme ya demente.
Pero derramo mis lloros
y advierto aunque tarde, Elvira,
que en el mundo la mentira
siempre impera.

JUGADOR. (Dentro.) El as de oros.

EMILIANO. Porque en las tristes jornadas
que arrostramos en la vida,
quien obra con fé mentida
vence en todo.

JUGADOR. (Dentro.) El rey de espadas.

EMILIANO. Y si á un hombre bueno topas
verás que en oposición,
lo arrastra á su perdición
su desgracia.

JUGADOR. (Dentro.) El as de copas.

EMILIANO. Que en los amores más castos
siempre en el alma gravita
un mal que la precipita
al abismo.

JUGADOR. (Dentro.) El rey de bastos.

EMILIANO. Así, Elvira, cual idiota
vagando estoy en el mundo
sufriendo un dolor profundo,
y que pesa en mí.

JUGADOR. (Dentro.) Una sota.

EMILIANO. Y alivio á mi mal no hallo,
pues que sólo reconcentro
un daño que estalla dentro
y me asesina.

JUGADOR. (Dentro.) Un caballo.
EMILIANO. Y con una vida incierta
que muerte llamarse puede,
ni aún treguas se me concede,
en mi bien.
JUGADOR. (Dentro.) Salvo la puerta.
EMILIANO. Que es triste mi situación,
y á los bordes de un abismo,
luchando conmigo mismo
voy, Elvira.
JUGADOR. (Dentro.) Albures son.
EMILIANO. Y en esta continua lucha
se va apagando mi vida,
que el alma la siento herida
en lo profundo.
JUGADOR. (Dentro.) Cachucha.
ELVIRA. Bien, Emiliano, respira
y ten en mi amor confianza,
que ya ejercí mi venganza
y contenta estoy.
EMILIANO. Elvira,
el oirte me complace,
por mi amor te lo aseguro;
pero qué quieres? te juro
que eso no me satisface.

ESCENA II.

ELVIRA. EMILIANO. FACUNDO.

FACUNDO. Señorita, vuestro padre
os espera.
ELVIRA. ¿Y qué, Facundo,
algo malo le sucede?
FACUNDO. Me lo temo.
ELVIRA. De seguro
que estará perdiendo.

FACUNDO. Vaya!
como siempre, y creo que mucho,
porque lo indica su aspecto,
que es de contínuo digusto.
ELVIRA. Si sigue de esa manera
se arruinará, no lo dudo.
FACUNDO. Diga usted que se ha arruinado
y no se exprese en futuro,
que hasta muebles ha perdido.
ELVIRA. ¿Cómo muebles?
FACUNDO. Sí, ninguno
de estos ya le pertenecen.
ELVIRA. ¿Qué me dices?
FACUNDO. Lo aseguro,
porque yo propio lo he visto,
y envuelto en nubes de humo
está como leña ardiendo,
que ya nada tiene suyo.
EMILIANO. Si no puede dominarse
cuando juega.
FACUNDO. Como un turco
que ignora lo que le pasa
está el pobre en sus apuros,
pues perdió lo que tenía
y debe lo que no tuvo.
ELVIRA. (Angustiada.) De manera que ya el juego
á miseria nos redujo?
EMILIANO. No tanto, porque Don Carlos
no es un hombre tan oscuro
que á la miseria se arroje.
FACUNDO. Don Carlos se ha vuelto un burro;
el juego, cual se lo dije,
en mal estado lo puso,
mas desoyó mis consejos
y no lo coge de susto,
que por fin le ha sucedido
lo que les sucede á muchos,
que jugando abrieron puertas
á todos sus infortunios;

á nadie debe quejarse
pues muy bien salvarse pudo,
mas ciego como un chiquillo
del vicio cedió al influjo,
y ya que nada le queda
parece que ha habido alguno
que cierta suma á una carta
contra su hija le propuso.

ELVIRA Y EMILIANO. Qué infamia!

FACUNDO. (A Elvira.) Por eso creo
que la espera.

EMILIANO. No, tan bruto
no puede ser ese hombre.

FACUNDO. Todo lo hace el embullo.

ELVIRA. Facundo, qué estás diciendo?
mi padre no es tan injusto.

FACUNDO. Váyalo á ver, señorita,
que yo con mi encargo cumplo.

ELVIRA. Oh! sí voy, pues lo que has dicho
admitirlo me es muy duro.

EMILIANO. Espero que no te olvides,
Elvira, de nuestro asunto.

FACUNDO. Descuide usted que las cosas
irán como quiera el mundo.

ESCENA III.

EMILIANO, FACUNDO.

EMILIANO. Lo que has dicho, Facundo, es imposible,
No admite la razón tal desacierto,

FACUNDO. Se equivoca, señor: usted es jóven,
Y se halaga en la vida de los sueños.
Oh! cuando advierta como engaña el mundo
Un desencanto sentirá supremo
Que lo hará desistir de sus creencias.

EMILIANO. Tú ignoras lo que yo, Facundo, pienso,

Avanzo más allá de lo que juzgas,
Que ya á mi corazón llegó un veneno
Que al alma precipita en un abismo
Y la tiene en continuo movimiento,
Asi es que el mundo por mi cruel desgracia
Nada me importa, porque en nada creo.

FACUNDO. Sin embargo no bastan esos golpes,
Aún más aprenderá si llega á viejo,
Que es siempre la experiencia en esta vida
Para los hombres el mejor maestro.

EMILIANO. Pero que á Elvira jugará Don Carlos?

FACUNDO. No lo sé, pero si la propusieron
Cuando estaba empeñado en el desquite
Después que lo dejaron sin un medio.

EMILIANO. Pero él accederá?

FACUNDO. Lo ví indeciso,
Y usted sabe, señor, lo que es el juego.

EMILIANO. Eso no puede ser, es imposible.
Yo no debo admitir tal pensamiento,
Porque es el colmo de barbarie torpe.
Y en el hombre insocial un desenfreno.

FACUNDO. Usted puede decir lo que más quiera
Porque yo en estas cosas no me meto,
Cada cual á su antojo que las juzgue;
Lo que sí le aseguro desde luego
Es que al jugador se tienta fácil,
Y el diablo cuando juegan está suelto.

EMILIANO. Pero no para hacer de un padre un bestia.

FACUNDO. Y sí para tentarlo.

EMILIANO. No al extremo
De dejarse arrastrar tan fácilmente
Que exponga en una carta aquel derecho
Del cual le revistió Naturaleza
Y se halla confirmado por el cielo.

FACUNDO. Y usted no sabe que el que juega y pierde
No puede responder, pues se halla ciego?

EMILIANO. Pero eso es inmoral en lo absoluto

FACUNDO. Y ya se han dado sin embargo ejemplos.

EMILIANO. Un padre sin honor tan sólo diera

Un paso tan villano y tan perverso.
FACUNDO. El hombre no responde de sus actos
En ciertas circunstancias.
EMILIANO. El que es bueno
Es siempre responsable á lo que hace,
Y no apela jamás á inícuos medios.
Don Carlos no es tan tonto que se deje
Llevar de los errores de un plebeyo,
Y más en una cosa tan indigna
Que lo hace aparecer como un perverso.
FACUNDO. Pues yo no clasifico sus acciones,
Que ya lo que resulte lo sabrémos.
El mismo se ha labrado su desgracia
Porque en poco miró mi buen consejo,
Y dicen que el que un cesto frágil hace
Concluye por hacer al fin un ciento,
Que un error de otro error es el principio
Y de errores Don Carlos está lleno,
Por eso yo no dudo que ignorante
En ese nuevo error se encuentre envuelto.
EMILIANO. Se verá por los hombres despreciado;
Pero no puede ser, yo no lo creo:
No se concibe que en el hombre quepa
Un acto tan infame y tan rastrero.

ESCENA IV.

EMILIANO. FACUNDO. MARCELO.

MARCELO. Mucho me alegro de verte
para una pregunta hacerte:
¿te dieron satisfacción?
EMILIANO. Ya sí, pero poco importa,
porque el alma no soporta
su dudosa situación.
MARCELO. ¿Qué nueva pena te abate?
EMILIANO. Que ya el corazón no late
de tan contínuo sufrir.

MARCELO. ¿Y por qué?
FACUNDO. Porque en su empeño
se va halagando de un sueño
que no lo deja vivir.
MARCELO. El mismo el daño se busca
y en su perjuicio se ofusca
sin saberse dominar.
¿Por qué no aprendes conmigo?
EMILIANO. Oh! yo tus pasos no sigo.
MARCELO. Pues no te debes quejar.
EMILIANO. No quejarme es imposible,
porque no soy insensible
al agudo sinsabor
que cada vez más se aumenta,
y me agobia, me atormenta
engendrando en mí el temor.
MARCELO. Súfrelo todo con calma.
EMILIANO. Si se me resiente el alma
ya con tanto padecer.
FACUNDO. El señor está esperando
lo que le tiene soñando
y lo que nunca ha de ver,
porque falto de experiencia
se halaga con la creencia
que siente dentro de sí.
EMILIANO. Te equivocas, ya lo he dicho,
y sólo por un capricho
te estás expresando así.
FACUNDO. No, señor, por lo que veo
y lo que escucho, pues creo
que habla usted con claridad.
MARCELO. Sí, Emiliano, pues te quejas,
y así comprender ya dejas
que en ese juicio hay verdad.
EMILIANO. Me quejo porque mi vida
se encuentra siempre seguida
de una dura oposición:
porque en mi pecho se inflama,
Marcelo, una viva llama

que abrasa mi corazón:
porque un continuo tormento
en el alma sólo siento
que me abate sin cesar:
porque amenaza mi suerte
con horror pausada muerte
que no acaba de llegar:
porque el alma ya no alcanza
ni una mezquina esperanza
siquiera mísera á ver:
porque lucho vanamente
con un mal que inconsecuente
conmigo ha llegado á ser:
porque vago en campo incierto
y mi corazón ya muerto
se ha empeñado en revivir:
porque si busco el sosiego
me abraso en ardiente fuego
que no se puede extinguir:
porque el alma luto viste
pues cansada no resiste
ya á tan duro sinsabor:
porque por mucho que avanzo
jamás en la vida alcanzo
un consuelo halagador:
porque mi suerte maldigo
pues hallo que hasta el amigo
me presenta un ataud:
porque vivo en fin muriendo,
y estoy siempre resistiendo
mi constante esclavitud.

MARCELO. Si es que hablaste del amigo
por tu disgusto conmigo
ya te dí satisfacción,
y tú que la recibiste
y que al fin te convenciste
con mi franca explicación,
Emiliano, ya á ese asunto
debemos ponerle punto

y no moverlo jamas,
que aquel que á avanzar se inclina
y hacia adelante camina
nunca mira para atrás.

FACUNDO. Pero el señor se estaciona,
y aunque en contrario pregona
que con empeño avanzó;
con su actitud manifiesta
que á nada atención le presta
puesto que aquí se quedó,
cuando un asunto muy grave
que él sólo estimarlo sabe
tal vez llamándolo está.

EMILIANO. Es verdad, un tonto he sido
cuando á Elvira no he seguido
y hasta ella lo notará;
pero ya me voy corriendo,
pues para el asunto entiendo
que aún á tiempo llegaré.

FACUNDO. Vaya usted con gran cuidado,
que en asunto tan pesado
quien mas mira menos vé.

EMILIANO. Ya tengo en esto experiençia,
y obrando con gran prudencia
mucho podré descubrir. (Vase.)

FACUNDO. Sí, mentecato, confía,
que trás uno y otro dia
nada habrás de conseguir.

ESCENA V.

FACUNDO, MARCELO.

MARCELO. Como los santos de Francia
me he quedado.

FACUNDO. Señorito,
su amigo no tiene nada
de hombre diestro por lo visto,

mucho la vida se acaba;
ya se vé, si aún es un niño
y la experiencia le falta
para tener un buen tino;
aún soñando está con hadas,
Dios lo sostenga dormido
que así encontrará su alma
para sus penas alivio.

MARCELO. Mas tú demasiado hablas,
y yo me encuentro lo mismo,
pues no sé lo que le pasa
á Emiliano.

FACUNDO. Ni es preciso,
que nada con eso saca.

MARCELO. Cómo no! si soy su amigo?

FACUNDO. Ser su amigo no lo ampara
para evitarle un conflicto.

MARCELO. Aún más el asunto agravas
y me tienes intranquilo:
¿qué sucede? vamos habla.

FACUNDO. Que hable más de lo que digo?
Pues es una cosa rara
que á nadie se le ha ocurrido
decirle al que nada calla
que hable más.

MARCELO. Te lo suplico:
tal vez con mi fuerza escasa
podré hacerle algun servicio,
si le ocurre una desgracia
á ese pobre.

FACUNDO. Agradecido
de seguro que se hallara
si del grave compromiso
que al infeliz lo amenaza
lo librara.

MARCELO. Pero dilo.

FACUNDO. Es que las leyes humanas
disponen grave castigo
al que un secreto no guarda,

y así no me determino.
MARCELO. Entonces no digas nada.
FACUNDO. Es que se encuentra afligido
el pobre con justa causa,
porque sufre de continuo:
oh! si alguno lo salvara!
MARCELO. Pero acaba por Dios, dilo.
FACUNDO. Es que al hombre que no calla
y habla más de lo preciso
se le pone una mordaza.
MARCELO. Entonces guarda el sigilo.
FACUNDO. Pero es una grave falta
de caridad y de tino
dejar á un hombre en las garras
de un horrendo precipicio.
MARCELO. Entonces dí lo que pasa.
FACUNDO. Es que así me perjudico,
señor, en mi buena fama,
y me llamarán *lengüino*
por donde quiera que vaya.
MARCELO. Pues no hables que nada he dicho.
FACUNDO. Y mi opinión es contraria
al verlo en un laberinto,
que los auxilios demanda
de los que son sus amigos.
MARCELO. Tú sabes que ya me cargas?
Pero, hombre, por Dios bendito,
dí lo que quieras y acaba.
FACUNDO. Bien, diré lo que no he dicho:
que aunque su amigo descansa
en su amor correspondido,
es todo sólo una farsa,
porque sé de positivo
que la niña á nadie ama.
MARCELO. Y eso es el gran peligro
que misterioso ocultabas?
FACUNDO. Aún le queda algun rabito,
y rabito que se alarga:
estuve mal en mi juicio

cuando dije que la dama
no ama á nadie, que lo mismo
ama á todo el que le habla,
pero en sentido distinto
del que quisieran que amara;
y su amigo en su perjuicio
está creyendo, y se engaña,
que él es sólo el elegido
cuando todo es una guasa.
Aún más hay, el pobrecito
en sus ensueños se halaga
porque se encuentra rendido,
y aunque los celos lo matan
al fin se forma castillos
que algunas veces lo encantan,
y hasta le sirven de alivio
cuando sus dolores pasa,
pues piensa que su destino
ha de mejorar mañana,
y á Don Carlos, que ha perdido
dinero, muebles y casas,
quedando como un mendigo,
lo que se llama sin nada,
lo han puesto en el compromiso
de que juegue en una carta
á su hija.

MARCELO. (Interrumpiéndolo.) ¿Y ha consentido?

FACUNDO. Lo ví pensando con calma,
y luego como indeciso
que á su lado la llamara
con sentimiento me dijo;
al venir, con ella estaba
en gran coloquio su amigo,
y al hablarles de la extraña
causa de mi cometido,
ella marchóse indignada
y él quedóse cual lo ha visto,
mirando las musarañas,
y hablando como un chiquillo,

cuando debió acompañarla
del modo que yo le he dicho.

MARCELO. Mas todo será una chanza,
de otro modo no lo admito.

FACUNDO. Pero hay chanzas tan pesadas
que de verdad tienen viso.

ESCENA VI.

LOS DICHOS. ELVIRA.

ELVIRA. (A Facundo.) Mi padre te necesita.

FACUNDO. Voy corriendo, señorita,
á ver lo que se le ofrece
hoy que de todo carece
y que un peso en él gravita,
pues no le abandonaré
en sus graves aflicciones
y siempre le ayudaré,
que en todas las ocasiones
su compañero seré.

ELVIRA. En su nombre y en el mio
las gracias te doy, Facundo,
y en tu promesa confío.

FACUNDO. Señorita, si este mundo
está compuesto de un lio
que nadie lo desenreda,
porque el necio que lo intente
en él enredado queda,
y hasta se vuelve demente
según y cómo proceda;
pues vemos, y no se asombre,
que áun el hombre que es muy rico
puede perder hasta el nombre,
y no hay enemigo chico
como no hay hombre sin hombre,
y es una verdad que aterra,
que á ocasiones acontece

que el pequeño se engrandece
y el grande desciende á tierra
cual tal vez se lo merece.
Y así, mientras tanto viva,
usted verá sin trabajo
que en muy poca cosa estriba
que el de arriba venga abajo
y el de abajo vaya arriba.
Y después de tanto empeño
por subir, vana ilusión!
advertimos tras un sueño
que iguales los hombres son
y que no hay hombre pequeño;
porque todos caminamos
en pos de muerte que iguala,
y en lujosa ó pobre sala
constantemente notamos
que aquel que no cae resbala.
Así el que bien no se porta
ni ejerce la caridad
porque es todo vanidad,
es un hombre que no importa
un bledo á la sociedad.
Y por eso pronto estoy
á servir de buena gana
á Don Carlos por quien soy,
que si yo le sirvo hoy,
él me servirá mañana.

MARCELO. (*Aparte.*) Este hombre se considera
en el mundo cual maestro.

ELVIRA. Sí, ve pronto, que te espera.

FACUNDO. Como un águila ligera,
que yo en todo soy muy diestro. (*Sale precipitado.*)

ESCENA VII.

ELVIRA, MARCELO.

MARCELO. Yo le ofrezco, señorita,
mis servicios con agrado,
si es que de ellos necesita.
ELVIRA. Doy las gracias.
MARCELO. Me he informado
de lo que á ustedes les pasa,
y mucho, mucho lo siento.
ELVIRA. Oh! yo espero que la casa
no sufra ni un detrimento.
MARCELO. Pues Don Carlos no ha perdido
todos sus bienes?
ELVIRA. Así
parece que ha sucedido;
no obstante, como hasta aquí
espero que todo siga.
MARCELO. Y en ello tiene confianza?
ELVIRA. A lo que el hombre se obliga
tarde ó temprano lo alcanza.
MARCELO. Debe estar usted segura,
pues habla con arrogancia.
ELVIRA. Sí, que la piedra más dura
se perfora con constancia.
Y yo emprenderé la obra
como siempre lo sé hacer,
pues la voluntad me sobra
y no me dejo vencer.
Que á mi padre veo sufriendo
y salvarlo me propongo
en su obsequio el uso haciendo
de las fuerzas que dispongo.
MARCELO. Yo le doy la enhorabuena,
Elvira, por sus victorias.
ELVIRA. No del todo soy ajena
á merecer esas glorias.

Usted, Marcelo, suponga
que por muy poco que valga
no hay cosa que me proponga
que, como quiera, me salga.
Y que esto nada le asombre,
pues con usted emprendí
cierta lucha, siendo un hombre,
y yo mujer lo vencí.
Pues bueno, del mismo modo
que fuí en esto victoriosa
podrá sucederme en todo.

MARCELO. No será difícil cosa.
(Aparte.) Qué se habrá propuesto aquí?
Algo parece que ha hecho;
lo sabremos.
(Alto.) Yo perdí
y me doy por satisfecho.
Que al alma la iria halagando
tales pérdidas sufriendo
así con usted jugando
toda la vida y perdiendo.
Y á la suerte caprichosa
me sometería con calma
al ser usted la dichosa,
aunque me ganase el alma.

ELVIRA. Vuelve usted con sus lisonjas
á traicionar?

MARCELO. Y qué tiene?
En escrúpulos de monjas
Emiliano se detiene.
No ofendo á la sociedad
y ni aún tampoco al amigo,
que el que dice la verdad
no es acreedor á castigo.
Me he expresado sin rodeos
y lo que he sentido dije
con los propios galanteos
que la urbanidad exige.
Mas variemos de cuestión;

de una rifa se me ha hablado.
ELVIRA. Ya salvé la situación,
y todo se ha terminado.
MARCELO. Pero era cierto?
ELVIRA. Eso no:
uno si se lo propuso
á mi padre, que se halló
más que abatido, confuso;
y al ver su mente turbada
y en gran desasosiego,
hablé á todos indignada
y se suspendió hasta el juego.
Mas aquellos que ganaron,
hacia mí se dirigieron
y después que me escucharon
una promesa me hicieron
que espero me cumplirán,
en la cual hallé fundadas
mis esperanzas, que están
para verse realizadas.
MARCELO. Pero Emiliano?
ELVIRA. Llegó
terminado ya este punto,
y con mi padre quedó
tratando no sé que asunto,
pues tuve que separarme
para á Facundo llamar
según llegara á encargarme
cuando vino á este lugar.
MARCELO. De modo que mi servicio
lo halla inútil.
ELVIRA. Sí señor,
el temido precipicio
ya ha variado de color.
Sin embargo le agradezco
á su corazón humano
la atención que le merezco;
pero ya llega Emiliano.

ESCENA VIII.

ELVIRA, MARCELO, EMILIANO.

EMILIANO. (A Elvira.) Por fin á tu padre hablé
y le he pedido tu mano.
ELVIRA. ¿Qué me dices, Emiliano?
EMILIANO. Mucho en hacerlo tardé,
más ya mi error enmendé
segun, Elvira, lo creo,
porque en este paso veo
que mi deber he cumplido,
y dejar así he podido
satisfecho mi deseo.
ELVIRA. Mal hiciste.
EMILIANO. ¿Te ha pesado?
ELVIRA. No con eso me halagaste,
pues conmigo no contaste
y ha sido un paso mal dado.
EMILIANO. ¿Tú no adviertes el estado,
Elvira, triste en que estoy,
que esclavo constante soy
de la más adversa suerte,
que me hace ver una muerte
por donde quiera que voy?
ELVIRA. Pero nada me dijiste.
EMILIANO. El lance me lo impidió,
y sólo me permitió
hacer lo que ya me oiste.
ELVIRA. Pues muy violento anduviste
causándome desagrado,
que al haberlo consultado
seguramente que yo
te hubiera dicho que no,
dejándolo así aplazado.
EMILIANO. El plazo me mataría
aumentando mi dolor,

y en un duro sinsabor
prolongando mi agonía.
¿Tú no ves que cada dia
hay mayor impedimento
á decirte lo que siento
con entera libertad,
y que esa dificultad
eterniza mi tormento?
Si llegué á ofenderte así
perdóname pues, Elvira,
ya que la suerte conspira
negramente contra mí,
pues si tu mano pedí
sin nada participarte
fué con ánimo de darte,
una agradable sorpresa;
pero ya el saber me pesa
que pude desagradarte.

ELVIRA. Y dime, qué contestó
mi padre?

EMILIANO. Que ya vería
lo que en eso, Elvira, haría.

ELVIRA. ¿Pero acaso se enojó?

EMILIANO. Lo contrario demostró,
puesto que con buen estilo
y hasta con cierto sigilo
me dijo muy consecuente
que ya me tendría presente
cuando se hallase tranquilo.

ELVIRA. Y aquellos hombres se fueron?

EMILIANO. No, con él allí han quedado
y un documento privado
ante mí firmar le hicieron:
después de eso le dijeron
que ya que dueños se hallaban
del todo, consideraban
que como le habian de dar
un plazo para entregar,
por tres dias le esperaban.

ELVIRA. (Pensativa.) Tres dias.....? no cumplirán
lo que me hicieron creer?
(Resuelta.) A esos hombres voy á ver
para hablarles.
EMILIANO. No te oirán.
ELVIRA. Tan desatentos serán
que nada podrá mi ruego?
EMILIANO. Lo aseguro desde luego.
ELVIRA. Me harán una grave ofensa.
EMILIANO. El que juega no dispensa,
Elvira, nada en el juego.
ELVIRA. Sin embargo probaré,
y voy á verlos.
EMILIANO. Detente,
que son hombres ten presente.
ELVIRA. ¿Qué son hombres? Bien, y qué?...
Por eso pues dejaré
á mi padre en la inclemencia
cuando yo con mi presencia
pudiera tal vez salvarlo?
Oh! no debo abandonarlo
con tan cruel indiferencia.
EMILIANO. Y entonces ¿qué vas á hacer?
ELVIRA. Yo no sé lo que me inspire
el cielo cuando le mire.
MARCELO. (Aparte.) Es ésta mucha mujer!
ELVIRA. Sin olvidar mi deber
del modo que lo comprendo,
iré lo que pueda haciendo
para salvar á mi padre,
y más al verme sin madre;
pero tardo, y voy corriendo.

(Tratá de retirarse y se encuentra con D. Carlos, que precisamente se dirige á la sala.)

ESCENA IX.

LOS DICHOS. D. CALOS.

D. CARLOS. Ya, Elvira, tu padre es pobre:
maldiga Dios al que juega.
ELVIRA. No desespere por eso,
quién sabe lo que suceda!...
D. CARLOS. Tengo que dejar la casa:
tres dias sólo me esperan.
EMILIANO. Yo le ofrezco mis servicios.
MARCELO. Yo también si los acepta.
D. CARLOS. Gracias, señores, me encuentro
abatido por mil penas
que en mi razón se confunden
y mi espíritu atormentan.
Oh! yo no puedo avenirme
á pasar de una riqueza
que mis gustos halagaba
á una excesiva miseria.
ELVIRA. No se angustie, padre mio,
que á todo el término llega.
D. CARLOS. Bien dices, que es de tres dias
el término que me espera
para hallarme sin albergue
y llorando mi pobreza.
Ay, Elvira! ¿dónde iremos?
ELVIRA. Padre mío, calma tenga,
que en medio de sus pesares
una esperanza me alienta
de hallar un buen resultado
á mi acometida empresa.
MARCELO. (Aparte.) ¿Qué diantres será?
EMILIANO. El demonio
en alma y cuerpo me lleva.
D. CARLOS. (Aparte.) ¿Qué se propondrá mi hija
al indicarme esa idea?
ELVIRA. Y venceré, no lo dude,

como el cielo me proteja.
D. CARLOS. ¿Qué piensas hacer, Elvira?
ELVIRA. Suplicar.
D. CARLOS. Vana quimera!...
Nada consigues con eso:
tu pensamiento desecha
que en este asunto á tu padre
ya esperanza no le queda.
ELVIRA. Bien, padre, ya probarémos.
EMILIANO. (A Elvira.) Elvira, di lo que piensas
porque los celos me comen.
ELVIRA. (A Emiliano.) ¿Para qué saberlo anhelas?
EMILIANO. (A Elvira.) De buena fé lo preguntas?
MARCELO. (Aparte.) Pues ésta hacer se propone
algo más de lo que expresa.
ELVIRA. Pues lo sabrás, Emiliano,
si es que en saberlo te empeñas,
cuando mi objeto consiga,
es decir cuando proceda.

ESCENA X.

ELVIRA. D. CARLOS. EMILIANO. MARCELO Y FACUNDO.

FACUNDO. Don Carlos, por fin me quedo.
D. CARLOS. Pues te lo he dicho, Facundo,
yo nada tengo en el mundo,
y ya pagarte no puedo.
FACUNDO. No me mueve el interés,
le serviré sin dinero,
y sabrá lo que le quiero
y lo que Facundo es.
Que si un grave mal le pasa
y un peso en usted gravita,
ahora más se necesita
de mi presencia en la casa.
D. CARLOS. Las gracias te doy, Facundo,
y tú sabrás lo que haces.

ELVIRA. (A Facundo.) A mi padre bien complaces.
FACUNDO. (A Elvira.) Señorita, este es el mundo,
por usted más bien me quedo
pues se halla en un precipicio.
EMILIANO. (A D. Carlos.) Repito mi buen servicio.
MARCELO. (A D. Carlos.) Yo ayudarle también puedo.
ELVIRA. (A Facundo.) Pero explícate más claro.
FACUNDO. (A Elvira.) Que tienen la pretensión,
validos de la ocasión,
de comprarla con descaro.
ELVIRA. (A Facundo.) Qué dices?
FACUNDO. (A Elvira.) Y gran campaña
tendremos que sostener.
ELVIRA. (Con entereza á Facundo.)
Facundo, aunque soy mujer,
ya veremos quien se engaña,
que si un robo han cometido
jugando de mala fé,
á su tiempo dar sabré
á todos su merecido.
MARCELO. (A Emiliano.) Y tú no adviertes que Elvira
algo tiene con Facundo?
EMILIANO. Oh! sí, con dolor profundo
el alma estas cosas mira.
ELVIRA. (A D. Carlos. alto.) Aún triste está, padre mio?
D. CARLOS. Pensando en el porvenir.
ELVIRA. Oh! ya debe usted reir
como yo también me rio.
Y si es que usted se dispone
á dejarme proceder
alcanzará esta mujer
aquello que se propone.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA I.

D. CARLOS. D. TORIBIO.

D. CARLOS. La situación es pesada.
D. TORIB. Pues yo reclamo lo mio.
D. CARLOS. Nadie dirá lo contrario,
y yo estoy agradecido
á los contínuos favores
que me ha dispensado, amigo;
pues aunque pagué ya premios
en mi concepto crecidos,
y con los cuales mi deuda
se duplicó en sus bolsillos,
y aparezco el agraciado
sin ser el favorecido,
pues he pagado dos veces
lo que aún debo, me es préciso
por muy satisfecho darme
porque usted lo ha consentido.
D. TORIB. Muy mal, Don Carlos, se expresa
al recibir un servicio
que sólo le he dispensado
porque usted me lo ha pedido.
Yo le presté mi dinero
y usted así satisfizo
las más graves exigencias
que pudieran afligirlo;
pero el plazo estipulado

hallóse por fin vencido,
y entonces pidió una prórroga
que alcanzó en su beneficio;
más hoy acceder no puedo
á otra prórroga, y le pido
que mi dinero me apronte
porque ya lo necesito.

D. CARLOS. Amigo, qué voy á hacerme?
lo buscaré con ahinco;
pero si no lo encontrare,
ni aún haciendo sacrificios,
no olvide usted que mis premios
engrosaron sus bolsillos.

D. TORIB. Se equivoca usted, Don Carlos,
que el premio no es excesivo,
donde quiera mi dinero
ganado hubiera lo mismo,
y si á usted se lo he prestado
fué por hacerle un servicio.

D. CARLOS. Servicio? Pues muchas gracias,
que yo por tal no lo admito,
pues por servicios comprendo
aquellos que son gratuitos.

D. TORIB. Y los otros que consuelan
al que se encuentra afligido
aunque sus réditos pague,
¿cómo se llaman?

D. CARLOS. Recíprocos,
pero más le favorecen
al que sirve que al servido,
porque aquel recoje el fruto
de un dinero que está fijo,
que no sufre detrimento
y que ni aún corre peligro,
y es éste su jornalero
que aquel se lo come vivo,
y después que bien le paga
le ha de estar agradecido,
no obstante de ser á veces

esclavo de sus caprichos.
D. Torib. Así por nuestros favores,
ese pago recibimos.
Exponemos el dinero
tal vez por un hombre indigno,
y después que le esperamos
para que sin sacrificios
vaya pagando sus deudas,
se queja que le abatimos,
que somos unos tiranos
y del prójimo enemigos,
cuando sólo en su provecho
costantes la bolsa abrimos.
D. Carlos. Sí, la prueba es manifiesta,
y se demuestra ahora mismo
con la conducta que observa
tan exigente conmigo.
D. Torib. Y qué quiere usted si el caso
es urgente y decisivo?
Necesito mi dinero
pues me veo en un conflicto,
y he de hacer la diligencia
de cubrir mis compromisos
sin molestar á un extraño
cuando cuento con lo mio;
tan sólo es esa la causa
por lo que el pago le exijo;
así chancelar quisiera
sin que sufra usted perjuicios,
D. Carlos. Ya el perjuicio me lo ha hecho,
y recibiéndolo sigo
al negarme usted la prórroga
que nuevamente le pido,
porque encontrándome ahogado
no me concede un respiro,
y de este modo me pone
á los bordes de un abismo.
D. Torib. Y qué quiere usted que haga
si el dinero necesito?

Yo no pido nada ajeno
que sólo pido lo mio;
y si por mala cabeza
su bienestar ha perdido
y en la miseria ha quedado,
no he de sufrir el perjuicio
que usted sólo se merece,
y así mi dinero exijo.

D. CARLOS. Y si ahora no puedo darlo?

D. TORIB. Con sentimiento lo digo:
prepare para las costas
que se originen un *pico*.

D. CARLOS. Dice que un pico prepare?
Prepararé el de Turquino:
ni aún yo soy de pico sombra
pues quedé diminutivo.

D. TORIB. Le rematarán los muebles
y quedará sin asilo:
yo no puedo remediarlo.

D. CARLOS. Pero, hombre, por Dios bendito?
No valen nada mis ruegos?

D. TORIB. Don Carlos, ya se lo he dicho,
estoy en un grande apuro
y lo mio necesito:
tres dias sólo le espero,
al cuarto me determino
á ver á mi apoderado
si acaso usted no ha cumplido.
Mucho, Don Carlos, lo siento,
en verdad se lo repito,
pues esto puede traerle
á usted muy graves perjuicios:
ya verá los honorarios
que lleva el primer escrito.

D. CARLOS. (Aparte.) Tres dias!...maldito plazo
que se repite en mi oido:
(Alto.) Entonces lo que me queda
será una herencia intervivos
que se reparten el foro

y usted, señor, por lo visto
dejándome á mi en el aire
y á mendiguez reducido?
D. TORIB. Pague usted lo que me debe
y se evitará el conflicto
que en contrario le amenaza.
D. CARLOS. (Molesto.) Y yo el dinero fabrico?
de dónde voy á sacarlo?
D. TORIB. Pregúntele á su destino
que en ese estado lo ha puesto.
D. CARLOS. (Desesperado.) Me ha puesto en un precipicio
donde he de llevar á muchos
seguramente conmigo.

ESCENA II.

D. CARLOS. D. TORIBIO. ELVIRA.

ELVIRA. (Entrando.) Oh! padre, qué le sucede
pues tan incómodo está?
D. CARLOS. Esta situación no puede
tu padre arrostrarla ya.
ELVIRA. (Con curiosidad.) Qué nuevo mal le acontece?
D. CARLOS. Un mal que en mi alma gravita
y que cada vez más crece
y ciego me precipita.
ELVIRA. (Angustiada.) Padre, explíquese por Dios
porque me angustio al oirlo.
D. CARLOS. Es un mal para los dos,
y voy, Elvira, á decirlo:
este hombre me precipita
sin dejarme respirar.
D. TORIB. (Aparte.) Y la muchacha es bonita;
pero dejémoslo hablar.
D. CARLOS. Pues cuando todo me aflige
y el bien sólo me rechaza,
impávido me dirige
una terrible amenaza,

que me llena de zozobra
y enferma mi corazón,
pues una deuda me cobra
sin ninguna compasión.
Y por más que le suplico
que otra prórroga conceda
se niega.

D. TORIB. Me perjudico.

ELVIRA. Oh! señor, por Dios acceda
á lo que pide mi padre.

D. TORIB. Lo haría con gran placer,
se lo juro por mi madre,
pero no puedo acceder.
Un asunto trascendente
para mí y de grave peso
me obliga á ser exigente,
y sólo lo soy por eso;
de otro modo accedería
á lo que Don Carlos quiere
y otro plazo le daría;
más mi estado considere:
me veo en un grande apuro
y que no admite demora.

D. CARLOS. Su dinero está seguro.

D. TORIB. Mas lo necesito ahora.

D. CARLOS. Ahora, amigo, no lo tengo,
y es eso sólo un capricho.

D. TORIB. Nuevamente le prevengo,
Don Carlos, lo que le he dicho:
la necesidad me obliga.

D. CARLOS. Pues bien, no puedo pagarle,
¿qué más quiere que le diga?

D. TORIB. Tendré al fin que demandarle
aunque lo siento.

D. CARLOS. Y se olvida
que en premios ya le he pagado?

D. TORIB. Eso allá que lo decida
con usted mi apoderado.

D. CARLOS. Se muestra usted inhumano,

majadero, inconsecuente
y conmigo muy tirano
en la situación presente.
Cuando siempre me ha ofrecido
el atender á mi urgencia,
hoy que me encuentro abatido
me agovia más su insistencia.
Así debo comprender
la situación en que estoy,
porque el Don Carlos de ayer
no es el Don Carlos de hoy.
Que ayer fuí considerado
y hoy usted por mí no abona,
porque apreciaba mi estado
mucho más que mi persona.

D. TORIB. Se equivoca usted, señor,
que al prestarle mi dinero
fué por hacerle favor.

D. CARLOS. Sí, muy bien lo considero,
pero fué un favor con rabo
que en su propio obsequio crece,
pues se advierte al fin y al cabo
que á usted sólo *favorece.*
Favor en que se concreta
á estar usted satisfecho,
porque es favor con careta,
sólo en su propio provecho.
Favor que es una lisonja
que á usted sólo el bien le hiciera,
pues absorbe como esponja
hasta la gota postrera
que queda al favorecido,
y después que lo ha agotado
lo deja como perdido
y á su dolor entregado.

D. TORIB. Usted dirá lo que quiera,
mas yo, Don Carlos, repito
que sólo tendré de espera
tres dias, pues necesito

mi dinero con urgencia.
D. CARLOS. Y yo, amigo, no lo tengo:
es demasiada exigencia.
D. TORIB. En lo dicho me sostengo,
y ya marcho.
D. CARLOS. Pero, amigo,
¿sus premios no le he pagado
muy puntual?
D. TORIB. Yo no le digo,
Don Carlos, que haya faltado,
más no puedo prorogarle.
D. CARLOS. Y tan sólo de ese modo
pudiera tal vez pagarle
los réditos, y áun el todo.
D. TORIB. Me es imposible, no accedo.
ELVIRA. Pues yo á usted se lo suplico.
D. TORIB. Señorita, yo no puedo
acceder, me perjudico.
ELVIRA. Y nada vale mi ruego?
D. TORIB. Oh, mucho! más volveré.
(Aparte.) Si no me marcho me entrego,
pues vencerla no sabré.
ELVIRA. Deténgase usted un poco,
D. TORIB. (Titubeando y huyendo.) Volveré... no.. puede.. ser.
(Aparte y retirándose.) Al hombre lo vuelven loco
los ruegos de una mujer.

ESCENA III.

D. CÁRLOS. ELVIRA.

D. CARLOS. (Viendo alejar á D. Toribio.)
Ese es un hombre perverso.
ELVIRA. Puede ser que acceda, padre.
D. CARLOS. Ay! Elvira, ni á su madre
le dispensará un favor
tratándose de dinero.
ELVIRA. Pero esperemos, ¡quién sabe!...

D. Carlos. En él caridad no cabe,
que ignora lo que es amor.
Elvira. No adelantemos el juicio:
él dijo que volvería.
D. Carlos. Oh! mucho mejor sería
que se olvidase de mí.
Elvira. Pues déjelo usted conmigo
y lo ablandaré.
D. Carlos. Te juro
que lo has de encontrar más duro
(Señalándose el pecho.) que el peso que tengo aquí.
¡Cuántos crueles desengaños
sufre el hombre en su carrera!
Elvira. Ay! padre, verle quisiera
tan alegre como ayer.
D. Carlos. Ayer, Elvira, Don Carlos
llegué á ser por mi riqueza;
hoy que inclino la cabeza
Don Carlos dejo de ser.
Se acabaron mis amigos
porque yo me encuentro pobre.
Elvira. La calma, padre, recobre
que Dios no le faltará.
D. Carlos. Si ya todo lo he perdido
y no tengo ni esperanza.
Elvira. No pierda en Dios la confianza
y en él alivio hallará.
D. Carlos. Ese plazo me asesina.
Todos me dicen lo mismo,
y á los bordes de un abismo
me colocan sin cesar;
tres dias...maldito plazo
que se repite en mi oido
y me tiene confundido
y en contínuo malestar.
Elvira. Oh! nunca se desespere
que es muy bella la esperanza,
y el hombre con ella alcanza
siempre alivio á su dolor.

D. Carlos. Y no adviertes el estado
de amargura en que me encuentro,
y que sólo reconcentro
un agudo sinsabor?
Se me ha de vencer el término
del plazo, que pronto pasa,
tendré que entregar la casa
y que marcharme de aquí;
y al hallarme sin recursos
maldeciré mi existencia,
pues viéndome en la indigencia
no sé que será de mí.
Elvira. Yo le suplico que todo
lo mire, padre, con calma,
pues con ésta logra el alma
sus pesares aliviar.
D. Carlos. Ya quisiera, mas no puedo
ser, Elvira, indiferente
al cambio que de repente
se ha venido á presentar.
Elvira. Bien, y qué? seremos pobres;
es eso acaso un delito?
Oh! padre, por Dios bendito
resígnese como yo.
D. Carlos. Más de esa pobreza, Elvira,
yo sólo soy el causante,
y por eso ni un instante
podré resignarme, nó.
Elvira. Tenemos que conformarnos.
D. Carlos. Tú sí, pero yo reniego:
maldito por siempre el juego,
que es causa de todo mal.
Elvira. No hable de eso, padre mio,
olvide ya lo pasado.
D. Carlos. Por no haberme dominado
me convertí en animal.
Ya ves lo he perdido todo,
me he quedado sin un medio.
Elvira. Espere encontrar remedio.

D. Carlos. ¿Donde?
Elvira. Yo lo buscaré.
D. Carlos. No sé, Elvira, en lo que piensas.
Elvira. Padre mio, usted descuide,
que su hija soy no se olvide,
y serlo siempre sabré.

ESCENA IV.

D. Carlos. Elvira. Facundo.

Facundo. Dejadme dar un aplauso.
D. Carlos. Aplauso! con qué motivo?
Facundo. Me basta que yo lo sepa,
que soy el que lo prodigo.
D. Carlos. Eso no me satisface.
Elvira. Y yo lo mismo repito.
Facundo. ¿Y ustedes acaso ignoran
que en este mundo mezquino
hay cosas que muchas veces
sin saber las aplaudimos?
Después de lo que ha pasado
á los dos los veo tranquilos,
y hablando con una calma
que al decir verdad la envidio:
así un aplauso merecen
cual dárselos he querido,
con que comenzar me toca.
¿Dán ustedes su permiso?
D. Carlos. No, Facundo, pues te engañas;
estoy bastante afligido,
no puedo tranquilizarme
con cambio tan repentino
que á miseria me reduce
cuando ayer me hallaba rico.
Facundo. Usted tan sólo el culpable
en esto, señor, ha sido:
el juego fué su desgracia.

D. CARLOS. El juego, muy bien has dicho:
no sé lo que me sucede
y voy perdiendo hasta el juicio,
pues mi cabeza la turba
un mundo de laberintos
que entre angustias y zozobras
me hace vagar de contínuo.
ELVIRA. Ya, padre, le he suplicado
que esas cosas dé al olvido,
porque mucho le incomodan
y le originan perjuicios
en su salud delicada.
(A Facundo.) Y á ti lo mismo te digo:
no hables más de lo pasado
sino aquello muy preciso,
que así conviene á mi padre,
por lo cual tan sólo pido
que estudiemos ahora el medio
de salir de este conflicto
en que todos nos hallamos.
FACUNDO. Por mí ya está concedido,
tan sólo hablaré de aquello
que deba hablar á mi juicio,
pues por más que hablar me agrade
yo nunca hablador he sido,
y si mucho me preguntan
sólo digo... lo que digo.
ELVIRA. Bien, ayúdame, Facundo,
á buscar con mucho tino
el modo con que podamos
deshacer los compromisos
que hoy agobian á mi padre.
FACUNDO. Yo lo encuentro muy sencillo.
D. CARLOS. Es en vano todo empeño,
porque me siento perdido,
y no hallaré ni un recurso
para salir del conflicto.
FACUNDO. Pues yo lo contrario creo.
Cuando vengan esos pillos,

no los reciba, Don Carlos,
déjeme á mí recibirlos.
D. CARLOS. ¿Qué piensas hacer entonces?
FACUNDO. El darles su merecido,
que esos hombres con descaro
lo engañaron como á un niño,
robándole malamente
y de un modo bien indigno:
y yo sin ningun ambaje,
Don Carlos, voy á decírselo
á fin de que le devuelvan
lo que mal han recibido,
y se marchen á otra parte
si quieren vivir tranquilos;
de lo contrario prometo
cometer un desatino
cuyas tristes consecuencias
les redundará en perjuicio.
D. CARLOS. Pero tengo que entregarles
casa, muebles y utensilios,
porque así quedé, Facundo,
con ellos comprometido.
FACUNDO. Entregarles? Cá, D. Carlos!
Usted se ha vuelto chiquillo?
Que vayan enhoramala!
D. CARLOS. Yo de ese modo no opino:
lo que se adeuda en el juego
satisfacerlo es preciso,
porque es *cosa muy sagrada.*
FACUNDO. No, si mal se ha procedido,
que entonces la acción se pierde
segun el más recto juicio.
D. CARLOS. Pero existe un documento
que firmé con tres testigos.
FACUNDO. Se recoge.
D. CARLOS. ¿De qué modo?
FACUNDO. Haciendo algun sacrificio.
ELVIRA. Yo quedo de eso encargada,
llenaré mi cometido

como Dios me lo permita,
si es que me presta su auxilio.

D. CARLOS. Elvira, tus decisiones
me ponen muy pensativo,
y no sé ni qué decirte.

ELVIRA. Estése, padre, tranquilo,
que nunca daré un mal paso
según ya lo he prometido;
tan sólo salvarlo anhelo,
pero de un modo muy digno,
pues si quieren despojarle
de todos sus beneficios
y de mala fé, por medio
de un robo que es consentido,
yo repruebo tal propósito
y no debo permitirlo,
y he de evitar ese lance
del modo que sea preciso,
mi dignidad respetando,
como ya lo tengo dicho.

D CARLOS. Elvira, siempre confianza
en tu conducta he tenido,
así en tu empresa te dejo
y á mi cuarto me dirijo
á arreglar ciertos negocios.

ELVIRA. Descuide usted, padre mio.

ESCENA V.

ELVIRA. FACUNDO.

FACUNDO. Al fin solos nos quedamos,
sin testigos á la vista.

ELVIRA. Qué tal te fué en la conquista?

FACUNDO. Señorita, muy bien vamos.
Paréceme que la empresa
nos sale *á pedir de boca*,
que usted lo difícil toca

causando fácil sorpresa.
Pues es tanta su atracción
que el hombre que aquí ha venido
al mirarla en sí ha sentido
esclavo su corazón.
Y asi todos comenzaron
á disputar la tajada,
pero no alcanzaron nada
y su empeño duplicaron.
Usted todo lo ignoraba,
más yo todo lo sabía,
por eso en lo que decía,
señorita, me fundaba.
Que es regla muy verdadera,
por experiencia lo sé,
que mejor las cosas vé
el que se encuentra por fuera.

ELVIRA. No fuiste, Facundo, noble
callándolo.

FACUNDO. No callaba,
pues dije que se jugaba
aquí por partida doble,
pero no me hicieron caso,
y.... volvamos á la historia,
porque la frágil memoria
no siempre está para el paso.
Los hombres que aquí venian
se disputaban su amor
con empeño, con calor,
pero nada conseguian,
porque sus esfuerzos todos
usted no los comprendía
y á esos hombres atendía
usando muy buenos modos.
Ellos no se conformaron
porque algo más pretendieron,
y de acuerdo se pusieron
y un plan malo concertaron.
Pues para alcanzar de usted

el logro de su injusticia
á Don Cárlos con malicia
le tendieron una red.
Y así haciendo de esto gala
á su padre lo engañaron,
y el dinero le ganaron
con él jugando *á la mala.*
Pues de este modo creyeron
que hasta su amor comprarían
y que de usted dispondrían,
y á Don Carlos oprimieron.
Y después que le ganaron
con unas *cartas de pega,*
para que hiciese la entrega
corto plazo le fijaron.
Y hallaron aquí materia
para este plan, considere:
ó la muchacha nos quiere,
ó se queda en la miseria.
Y dice usted que callé
cuando esto le referí,
y hasta luego procedí
en su obsequio cual lo vé.

ELVIRA. Pero bien, qué resultado
ha tenido tu pesquisa?

FACUNDO. Ir no puedo tan de prisa
y ya á ese punto he llegado.
Al buscar á esos tunantes
á un amigo me encontré,
y por el cual me informé
de asuntos muy importantes.
Pues el tal con ellos vive,
y como lo sabe todo
impúsome de este modo,
como muy bien se concibe.
Esos inícuos pretenden
que ya á sus ruegos acceda
y como en una almoneda
ay! señorita, la venden.

E infames han convenido
que aquel que logre su empeño
quedará de todo dueño
siendo de usted preferido,
y á su antojo dispondrá
del documento en cuestión,
pués todos ceden su acción
al que venza.

ELVIRA. Bien está;
no será mi esfuerzo vano
y á todos los venceré,
pues siempre les mostraré
el corazón en la mano. (Vase.)

ESCENA VI.

FACUNDO. EMILIANO.

EMILIANO. El corazón en la mano
á todos les mostrará?
Qué ha dicho Elvira con esto?

FACUNDO. Cosas que ocultas están
y que saberse no deben.

EMILIANO. Habla, Facundo, formal,
déjate ya de tonteras.

FACUNDO. Este es un juego de azar
que tiene como otros juegos
ya su menos, ya su más.

EMILIANO. Pero dime qué ha pasado?

FACUNDO. Pregunte: qué pasará?

EMILIANO. Tú quieres desesperarme?

FACUNDO. Yo no sé desesperar,
que siempre dejo las cosas
en el lugar en que están.

EMILIANO. Qué hablaba Elvira contigo?

FACUNDO. A su tiempo lo sabrá.

EMILIANO. Yo quiero saberlo ahora.

FACUNDO. Yo no tengo facultad

para hablar antes de tiempo
lo que debo de callar.

EMILIANO. Pero esto me desespera.

FACUNDO. No se apure usted que ya
nos vamos aproximando,
señor, á la realidad.

EMILIANO. A lo que yo me aproximo
es á una muerte infernal.

FACUNDO. Pues si tan bien lo conoce
vuelva los pasos atrás
por no morir como dice
de manera tan bestial.

EMILIANO. Vamos, déjate de bromas,
y acaba por Satanás
de decirme lo que Elvira
hablaba contigo.

FACUNDO. Bah!
Pretende usted una cosa
que es difícil de alcanzar.

EMILIANO. Ejerceré una violencia.

FACUNDO. Y nada conseguirá.

EMILIANO. Te obligaré á que me digas
lo que me quieres callar
arrancándote la lengua.

FACUNDO. (Irónico mostrándole la lengua y llevándose las manos atrás.)
Y lo dice usted formal?
Pués vamos, comience pronto
que están mis manos atrás.

ESCENA VII.

DICHOS. MARCELO.

MARCELO. Qué! tenemos cuadros plásticos?
Eso sí que ya es ridículo.

FACUNDO. Me ha dejado usted atónito
y sin saber qué decir.

MARCELO. Pués es un buen espectáculo,

y estás, Emiliano, tétrico.
EMILIANO. Estoy, Marcelo, satánico.
FACUNDO. Y así se quiere morir.
EMILIANO. Porqué eres, Facundo, un caústico,
y me tienes muy frenético.
FACUNDO. Entonces mire que el ámpula
no he llegado á levantar.
MARCELO. Y por qué están como máscaras
haciendo papeles mímicos?
FACUNDO. Porque el señor es romántico
(Señalando á Emiliano.)
y se quiere suicidar.
EMILIANO. Estoy por demás colérico.
FACUNDO. Pues domine usted sus ímpetus,
porque en un hombre pacífico
la cólera no está bien.
MARCELO. Pero, señores, explíquense;
qué ha pasado?
FACUNDO. Cosa mínima.
(Señalando á Emiliano.) Que este señor en su ánimo
ha sufrido un gran vaivén.
EMILIANO. No estás, Facundo, verídico,
pues tú eres el que diabólico
angustiando vás mi espíritu
y en él sembrando el dolor.
FACUNDO. Pues yo he sido muy explícito
con usted, y muy lacónico,
de tal modo que un filósofo
no lo habría de hacer mejor.
EMILIANO. Tú hablas siempre con equívocos.
MARCELO. Y la da de catedrático.
FACUNDO. Pues yo no soy tan retórico
cual llegan á suponer.
EMILIANO. Oh! me engañan como á un párvulo.
FACUNDO. Pues eso en usted es crónico.
EMILIANO. En estos momentos críticos
á Don Cárlos quiero ver.
FACUNDO. Me parece lo más lícito,
y entonces como un relámpago

iré corriendo á decírselo,
y no tardará en venir.

MARCELO. Oh sí, nécio, pronto márchate
á otra parte con tu música.

FACUNDO. No es tan nécio el que con júbilo
de ustedes se va á reir.

ESCENA VIII.

EMILIANO, MARCELO.

MARCELO. Qué nueva te ha sucedído?

EMILIANO. Que ya Elvira no me quiere.

MARCELO. Pues eso es viejo, Emiliano,
y te he dicho muchas veces
que causan nuestra desgracia
bebidas, juego y mujeres;
pero nada, esos amores
tan embobado te tienen
que las razones desechas
y sólo un esclavo eres.

EMILIANO. Si no puedo dominarme,
y por más que quiera, siempre,
Marcelo, me hallo rendido,
porque la pasión me vence:
así es que lucho sin treguas
con una pausada muerte,
que constante me persigue.

MARCELO. Pues mucho más te mereces.

EMILIANO. Te muestras conmigo injusto.

MARCELO. Te equivocas si lo crees,
que me obliga á hablarte así
la amistad tan solamente.

EMILIANO. Tú ignoras lo que ahora pasa.

MARCELO. Entonces di qué sucede?

EMILIANO. Que Elvira da su cariño
á todos según parece.

MARCELO. Yo no sé lo que me dices

pues no puedo comprenderte.
EMILIANO. Oyeme entonces, Marcelo;
lo que confuso me tiene
es que vine á este lugar
y frases inconvenientes
llegaron á mis oidos
que á mi mal tan sólo tienden.
MARCELO. Y de donde procedian?
EMILIANO. De Elvira.
MARCELO. Pues muchas veces
no olvides que equivocarse
el hombre, Emiliano, suele
creyendo acaso que es blanco
lo que en realidad es verde.
EMILIANO. Pues bien, en esto, Marcelo,
espero que me aconsejes,
y si es posible tu ayuda
además también me prestes.
Elvira dijo á Facundo,
yo lo oí muy claramente,
que el corazón en la mano
habría de mostrarles siempre
á todos aquellos hombres
que en la casa se presenten.
MARCELO. Y eso te causa pesar?
EMILIANO. Qué no quieres que me pese?
¿tan cándida tengo el alma
que ha de serme indiferente,
que Elvira su corazón
á todos lo manifieste
según ha dicho á Facundo?
MARCELO. Pues de eso alegrarte debes,
y voy á darte un consejo
si la atención me concedes.
EMILIANO. Habla que atento te escucho.
MARCELO. Es lo que más te conviene:
tú debes sólo observarla,
pero con ánimo fuerte
dominando tus pasiones,

y si acaso la sorprendes
brindando su amor á todos,
con razón entonces puedes
decirle las claridades
que para mí se merece,
marchándote con la música
á otra parte para siempre.

EMILIANO. Tu consejo te agradezco,
más aquí D. Cárlos viene,
no hablemos más del asunto.

MARCELO. No hablemos si tú lo quieres.

ESCENA IX.

EMILIANO. MARCELO. DON CARLOS.

D. CARLOS. (A Emiliano.) Usted me necesitaba?

EMILIANO. Hablarle quería, señor,
para ver si así calmaba
el contínuo sinsabor
que con mi espiritu acaba.
Sabe usted que yo amo á Elvira
pues su mano le pedí,
y seguir no puedo así,
que de contínuo conspira
un grave mal contra mí.
Por eso, señor, acuda
á prestarme con su ayuda
el anhelado consuelo,
porque vago en este suelo
entre el temor y la duda.
A mi pretensión acceda
y benévolo conceda
que me case con Elvira.

MARCELO. (Aparte.) Lo mismo el bobo se queda.
¡Esto parece mentira!

D. CÁRLOS. Hoy no estoy para ocuparme,
amigo, de tonterías.

Y si de eso viene á hablarme
suspenda, y vuelva á buscarme
cuando pasen los tres dias.

EMILIANO. Tres dias, señor, qué escucho?
cuando con angustia lucho
con mi pobre corazón!
Don Cárlos, con su perdón,
tres dias, por Dios, es mucho.

D. CARLOS. Amigo, usted está loco?
Pues yo á la Virgen le invoco
convierta los dias en años,
pues que me amenazan daños
en tres dias, que es muy poco.

EMILIANO. Señor, ese plazo es largo.

D. CARLOS. Pues yo lo encuentro muy corto.

EMILIANO. Con él he quedado absorto.

D. CARLOS. Y yo me he quedado amargo,
y no obstante lo soporto.

EMILIANO. Si tres dias nunca llegan!

D. CARLOS. Tres dias ya están arriba
y á las angustias me entregan.

EMILIANO. Mi esperanza se derriba
y los pesares me ciegan.
Si el cielo santo quisiera
que el tiempo pronto pasara,
alivio á mi mal hallara.

D. CARLOS. Si el tiempo se detuviera,
un consuelo yo encontrara.

EMILIANO. Qué largo el tiempo parece!

D. CARLOS. Y yo qué corto lo veo!

EMILIANO. Mi placer aquí perece
y mi pesar aún más crece.

D. CARLOS. Aquí muere mi deseo.

MARCELO. (Aparte.) Pues esto sí que me carga:
sólo el diablo lo soporta,
para uno la cosa es larga,
para otro la cosa es corta,
y para mí es muy amarga.
Así es que voy á terciar

que tal vez vencer no puedas.

ELVIRA. Yo no le digo que nó;
pero tampoco por eso
he de quedar sin acción,
pues ya con mi diligencia
del éxito voy en pós,
y si la buena fortuna
me negare su favor,
me ha de dejar el consuelo
de haber hecho por el pró
lo que se hallaba á mi alcance,
que es buena satisfacción.

D. CARLOS. Pero siento en mi conciencia
un contínuo roedor
que mi proceder acusa,
de manera tan atroz
que sembrando va en el alma
constante revolución
por no haberme corregido.

ELVIRA. Ya eso, padre, terminó:
no se ocupe del pasado
que le causa sinsabor,
luchemos con el presente
mirando para el reloj
que un porvenir nos señala
y nos muestra una lección;
y así dejo que proceda
según ya me lo ofreció;
que si es malo el resultado
lo sufriremos los dos
como el Señor nos lo manda,
con grande resignación,
y si como yo lo espero
es bueno, tanto mejor,
alcanzaremos entonces
lo que yo buscando estoy.

D. CARLOS. Que el cielo te lo conceda,
más temo que tu opinión
no resplandezca.

ELVIRA. Por eso
tampoco ha de ser peor
el mal que nos amenaza.
D. CARLOS. Que realices tu intención.
ELVIRA. Esa esperanza sustento,
y ya que me concedió
su permiso, padre mio,
á poner en planta voy
mi proyecto.
D. CARLOS. Ten cuidado.
ELVIRA. No abrigue ningún temor,
que cumpliré mi palabra:
sabré hacer oposición
á aquello que no convenga
pues no me falta valor,
y resistencia me sobra
porque el cielo me la dió.

ESCENA II.

D. CARLOS. ELVIRA. FACUNDO.

FACUNDO. Señor, en la sala esperan
esos hombres, que han llegado
dándose gran importancia,
y vienen con escribano,
con testigos y amanuense
y además un secretario.
ELVIRA. Y no vienen con un juez?
FACUNDO. Qué sé yo? Si se ha llenado
el salón con tantos hombres,
mal he dicho, mentecatos,
y con enfático tono
preguntaron por Don Carlos.
D. CARLOS. Ya, Elvira, llegó la hora.
ELVIRA. No tenga ningún cuidado,
usted no se encuentra en casa,
yo de todo me hago cargo,

y ya cuenta, padre mio,
le daré del resultado
que alcanzare con mi plan.

D. CARLOS. Me temo que sea muy malo.

ELVIRA. Pues yo muy buena esperanza
abrigo por el contrario,
porque siempre he recogido
el fruto de mi trabajo.

D. CARLOS. Tú sabrás lo que te haces.

ELVIRA. Nunca he dado golpe en vano,
y en la empresa comenzada
muy satisfecha me hallo.

FACUNDO. Como que ya las medidas
necesarias se han tomado.

D. CARLOS. (A Facundo.) Tú tienes en esto parte,
ó sabes acaso algo?

FACUNDO. Parte todos la tenemos
y sé, señor, algun tanto.

ELVIRA. (Aparte á Facundo.)
No me descubras, Facundo.

FACUNDO. (A Elvira.) Descuide, sé lo que hago.

ELVIRA. (A Facundo.) Entonces ya me retiro
y en tu palabra descanso.

FACUNDO. Descanse usted sin reserva.

ELVIRA. Que me cumpla, padre, aguardo
lo que me tiene ofrecido.

D. CARLOS. Ya mi palabra te he dado,
y la he de cumplir, Elvira.

FACUNDO. No ponga en nada reparo.

ELVIRA. Oh no! abrigo gran confianza
en lo que me ofrecen ambos,
y á verme con esos hombres
apoyada en eso marcho.

FACUNDO. Sí, vaya, porque esos nenes
ya estarán desesperados.

ELVIRA. Espero tener acierto. (Vase.)

D. CARLOS. Que Dios dirija tus pasos.

FACUNDO. Sí, que Dios la inspire siempre
y la lleve de la mano,

y á nosotros nos dé calma
para quedar esperando.

ESCENA III.

D. Carlos. Facundo.

D. Carlos. Vamos, despeja la incógnita,
¿Qué misterios hay aquí?
Facundo. Don Carlos, por Dios ofrézcole
decir todo lo que ví
cuando el tiempo más pacífico
se manifieste en verdad.
D. Carlos. Pero me tienen incómodo,
y es eso una necedad,
hago un papel muy ridículo
que no me parece bien.
Facundo. En este mundo satánico
las cosas así se ven.
D. Carlos. Pero hay lances que son críticos
y agravan la situación
del hombre que no es enérgico.
Facundo. Yo respeto su opinión,
más me sostengo impertérrito
en lo que ya le ofrecí.
D. Carlos. Pero esto será un escándalo
si sigue el asunto así.
Facundo. Descuide, como un relámpago
de seguro pasará,
y el remedio más benéfico
á sus males ya vendrá.
D. Carlos. Vendrá acaso cuando escuálido
me puedas, Facundo, ver,
porque á tiempo los obstáculos
no se lleguen á vencer.
Facundo. Oh! Don Carlos, por Dios cálmese,
no aumente su sinsabor
al pensar en cosas tétricas

que cimentan su dolor.
D. CARLOS. Facundo, las penas súbitas
no se pueden evitar,
y en la parte más recóndita
se llegan á estacionar
causando los males físicos
y morales que en mi vé,
que no cura ningun médico.
FACUNDO. Sí, Don Carlos, ya lo sé,
más vale mucho la práctica
para poder combatir
áun los males que son crónicos
y llegan á resistir
á los medios más legítimos
que en medicinas se usó.
D. CARLOS. Pues mira que tan apático
nunca fuí, Facundo, yo
que me dejara cual párvulo
por un capricho arrastrar;
pero la suerte fatídica
me ha llegado á dominar
haciendo de mí un venático.
FACUNDO. Ya otra cosa podrá ser
cuando pasen estas vísperas,
y aseguro que ha de ver
alegre otra vez su ánimo.
D. CARLOS. Alcanzar lo que perdí
lo encuentro dificilísimo,
pues la pena que sentí
se ha impregnado ya en mi espíritu
causando revolución
con un empuje diabólico,
que es de eterna duración.
FACUNDO. Pues yo por mi parte dígole
que debemos esperar
en el asunto buen éxito,
según es de desear,
pues su hija muy solícita
en esto ha querido ser.

D. Carlos. Y yo atendiendo á su súplica
ya me voy á recoger.

ESCENA IV.

Facundo.

Verémos esto en qué para
y no faltará mi ayuda,
que es justo que aquí yo acuda
cual ofrecí con mi vara,
y si la suerte me ampara
daré un golpe soberano,
porque yo todo lo allano
poniendo con efusion
la mano en mi corazon,
no el corazon en la mano.

ESCENA V.

Facundo. Emiliano. Marcelo.

Emiliano. Ya has visto, el asunto es serio.
Marcelo. Y más que serio pesado.
Emiliano. Ay! Elvira me ha matado.
Facundo. Pues váyase al cementerio.
Marcelo. (Molesto.) Que tú en todo lo que pasa
pretendes meter tus puntos?
Facundo. No se habla aquí con difuntos,
ni se admiten en la casa.
Emiliano. Deja las bromas, Facundo.
Facundo. Lo que digo es la verdad.
Emiliano. (Sin fijarse.) Me ha herido esta novedad
del alma en lo más profundo.
Marcelo. No te apures, Emiliano,
porque esto siempre acontece,
y el asunto se merece

que pronto le dés de mano.
EMILIANO. Oh! no puedo, ya lo ves.
FACUNDO. El consejo es soberano,
que dé el asunto de mano
cuando á él le dan con los pies.
MARCELO. Nadie te llama á este asunto.
EMILIANO. ¡Si me parece hasta un sueño!
FACUNDO. Tampoco yo tengo empeño
en hablar con un difunto.
MARCELO. (A Facundo.) No digas más desaciertos.
FACUNDO. Desaciertos porque digo
que estando muerto su amigo
debe estar entre los muertos?
Pues raciocina muy bien
y celebro su criterio,
más, señor, el cementerio
á usted lo espera también:
y así asegurarles puedo,
y que lo juro por Dios,
que, á elegir entre los dos,
sin los dos, señor, me quedo.
MARCELO. Y dime, quién te ha llamado?
FACUNDO. Yo estoy donde debo estar.
MARCELO. Pero tienes que callar
si nada te han preguntado.
FACUNDO. Pues ya la ofensa no es poca,
y que hasta de ofensa pasa,
un extraño viene á casa
y me sujeta la boca;
mañana tal vez vendrá
y sin mostrar grande empeño
se hará de la casa dueño
y de ella me arrojará.
MARCELO. Si tú eres aquí un *pegote*
que de cierto nada puedes.
FACUNDO. Y muy tontos son ustedes,
y tontos..... de capirote.
MARCELO. (A Emiliano.) Este mucho se propasa.
EMILIANO. (A Facundo.) Modérate ya, Facundo.

FACUNDO. Cuando hablo, señor, me fundo,
y á más estoy en mi casa.

MARCELO. Sí, es cierto, mas de prestado,
pero como un hombre necio
que inspira sólo desprecio,
porque eres un *mal criado.*

FACUNDO. Y diga, ¿quién le faculta
para hablar de esa manera?

MARCELO. Oh! más decirte quisiera
pues sin causa nos insulta.

FACUNDO. En eso, señor, se ofusca,
y es el que más se propasa
porque estando yo en mi casa
es usted el que me busca.
Y si es que tengo mi lengua
y escucho disparatar,
¿en tal momento callar
no comprende usted que es mengua?

EMILIANO. Bien, entonces nos dirás,
Facundo, qué es lo que pasa?

FACUNDO. ¿Qué pasa?... que en esta casa
ya ustedes están de más.

MARCELO. Nada tienes que decirnos
que todo lo adivinamos,
y los dos aquí llegamos
dispuestos á despedirnos:
que hemos visto con disgusto
escenas desagradables,
que no son recomendables.

FACUNDO. Lo que piensan es muy justo,
ya aquí nada les detiene,
el juego se concluyó,
y por eso digo yo
que marcharse les conviene.
Bien piensan así los dos,
pues que salen de un enredo,
más yo como aquí me quedo,
señores, les digo adios.

MARCELO. No marcharémos tan pronto.

EMILIANO. No, primero yo quería...
FACUNDO. Se encuentran en armonía
un tonto con otro tonto.
MARCELO. Advierte que una palabra,
Facundo, ya más no paso.
EMILIANO. Marcelo, no le hagas caso.
FACUNDO. Al monte tira la cabra:
ustedes se quedarán
sin atender mi consejo,
y entonces.... solos los dejo,
ya de mí se acordarán. (Vase.)

ESCENA VI.

EMILIANO. MARCELO.

EMILIANO. No escuchas? nos amenaza:
esto encierra algun misterio,
y yo aclararlo quisiera.
MARCELO. ¿Para qué, si ya sabemos,
Emiliano, lo que pasa
poco más ó poco menos,
que se burlan de nosotros
y un tonto papel hacemos:
marchémonos pues aprisa,
no desoigas mi consejo,
que de este modo, Emiliano,
darás un golpe maestro.
EMILIANO. Sí, marcharé, pero antes
á Elvira decirle quiero
cuatro verdades terribles
que no han de hacerle buen eco.
MARCELO. Decirle cuatro verdades?
¿y qué sacarás con eso?
EMILIANO. Desahogar mi corazón,
y marcharme como debo;
no quedará sin castigo,
te lo juro por mi abuelo,

y entonces ha de pesarle
todo aquello que me ha hecho.

MARCELO. Te equivocas, las mujeres
á nada le tienen miedo,
y mujeres como éstas,
que son á prueba de fuego,
se burlan de las verdades,
no atienden á los consejos,
y jamás arrepentidas
las verás de lo que han hecho.

EMILIANO. Y si es que malas han sido?

MARCELO. Malas siempre siguen siendo.

EMILIANO. Pues yo he de buscar el modo
de darle algun escarmiento.

MARCELO. El mejor que puedes darle
es que pronto nos marchémos,
pues nada le hará más daño
como es el justo desprecio
que por su acción se merece.

EMILIANO. Mas diciéndole primero
la causa porque me marcho
con el corazón enfermo,
para que asi la atormente
un negro remordimiento.

MARCELO. Ese es un baño de rosas
que le darás.

EMILIANO. No lo creo:
no podrá gozarse en verme
luchando con los tormentos
que ella misma me ha causado.

MARCELO. Emiliano, no comprendo
como juzgas tú las cosas
despues del convencimiento
que debes haber sentido
en estos mismos momentos.
Ya has visto como en la sala
admitía galanteos
de esos pícaros tunantes
que sólo viven del juego

y otros vicios rechazados
por todos los hombres buenos:
y cuando entramos nosotros
demostró gran descontento
y nos dijo sin ambajes
que pasásemos adentro
por estar ella tratando
asuntos que son secretos;
de modo que por lo visto
nos ha dado un paladeo.
Después oiste á Facundo,
¿qué más esperar debemos?
que nos arrojen de casa
como á tristes mata-perros?
¿Tú no tienes amor propio
ni ves lo que están haciendo?
Estamos aquí de más,
y así, Emiliano, marchemos.

EMILIANO. Acepto tus reflexiones,
no desoigo tu consejo;
pero he de decirle á Elvira
lo que ya por ella siento;
que es una mujer coqueta,
digna solo del desprecio,
que por su mala conducta
merece que el hombre bueno
la mire con repugnancia.

MARCELO. Oh, calla! ¿qué estás diciendo?
A la mujer no se insulta,
se le dá sólo consejos,
y si acaso no los sigue
se la deja.

EMILIANO. Yo no acepto
tan ridícula doctrina,
y en lo dicho me sostengo;
no marcho, quiero decirle
cuatro verdades primero,
es acreedora á un castigo
y perdonarla no debo,

pues que quiero demostrarle
que ya más no estoy dispuesto
á sufrir su inconsecuencia
porque no me la merezco.
He sido de ella un juguete
y así más no debo serlo,
que esclavo de su capricho
ya lo fuí por mucho tiempo;
pero también la venganza
están clamando los cielos,
que no son indiferentes
á lo que Elvira me ha hecho.
Yo no marcho sin decirle,
Marcelo, que la desprecio,
y á esos hombres he de darles
también un duro escarmiento,
porque la paz me han robado
y me lanzan á un infierno,
y no debo consentir
que de mí se burlen ellos.

MARCELO. Y entonces, qué hacer pretendes?

EMILIANO. Lo que es muy justo, Marcelo:
con dignidad presentarme
en esa sala de nuevo,
hablar como debo hablar
y defender mi derecho.

MARCELO. Ningún derecho te asiste.
Oh, por Dios! qué estás diciendo?

EMILIANO. No soy el novio de Elvira?

MARCELO. Sí, pero un novio en secreto.

EMILIANO. A su padre la he pedido.

MARCELO. Pero eso quedó en... verémos.

EMILIANO. Pues aunque loco me llamen
con buenas fuerzas me encuentro,
de mis puños haré uso
conciliando los extremos,
para mostrarles á todos
donde yo el derecho tengo:
y así verás, te aseguro,

que no quedarán riendo.
MARCELO. Oh! déjate de tonteras,
no te metas en enredos,
escucha lo que te digo:
mejor es que nos marchemos
sin buscar un compromiso,
y si tienes grande empeño
en decirle á Elvira algo,
Emiliano, volverémos.
EMILIANO. Y esos tontos frescos quedan.
MARCELO. ¿Y qué culpa tienen ellos
de que Elvira los reciba
y admita sus galanteos?
Ellos sí un derecho usan
que lo tiene el mundo entero,
sólo Elvira es la culpable.
EMILIANO. (Decidido.) Lo que dices es muy cierto,
no debo comprometerme
por ella; pronto marchemos.
MARCELO. (Arrastrándolo.) Pues vamos por el jardín.
EMILIANO. (Dejándose llevar.) Pero he de volver?
MARCELO. (Sin detenerse.) Sí, luego. (Salen.)

ESCENA VII.

ELVIRA. (Entrando por el lado contrario.)

Ya á esos hombres los vencí,
aquí el documento tengo, (Mostrándolo.)
con la mia me salí
y por eso alegre vengo.
No hice más que suplicar,
y limpia está mi conciencia,
que así sólo pude hallar
para mi padre clemencia.
Mal no fué mi proceder
pues no habrá quien lo corrija,
he sido débil mujer
por no olvidar que era hija.

Hice pues lo que debí
y así á mi padre he salvado,
lo que quise conseguí
y mi honor no he lastimado.
Que si aquí se procedió
malamente y sin conciencia,
lo deshice todo yo
con falsa correspondencia.
Y así atendí á la salud,
como debí, de mi padre,
sin ofender mi virtud
y honrando siempre á mi madre.

ESCENA VIII.

ELVIRA. D. TORIBIO.

D. TORIB. Buenas tardes.
(Haciendo un mal gesto y aparte.)
Mal encuentro!
Ya la partida perdí.
(Alto.) Me alegro de hallarla aquí.
(Aparte.) Sin lo que queda por dentro.
(Alto.) ¿Vuestro padre?
ELVIRA. No está en casa.
D. TORIB. Los tres dias han pasado....
ELVIRA. Ya lo sé, nó lo he olvidado,
que todo en el mundo pasa.
D. TORIB. (Aparte.) Qué querrá decir con esto?
(Alto.) Yo lo venía á buscar....
ELVIRA. Puede usted conmigo hablar,
porque he quedado en su puesto.
D. TORIB. (Aparte.) Este es mal apoderado.
(Alto.) Perdone usted, señorita...
ELVIRA. (Interrumpiéndole.) Si acaso lo necesita
podrá quedar enterado:
la responsable yo soy

de las deudas de mi padre.

D. TORIB. (Aparte.) Y yo juro por mi madre
que á perderlo todo voy;
(Alto.) Pero advierta usted...

ELVIRA. Comprendo
lo que quiere usted decirme.

D. TORIB. (Aparte.) ¡Si pudiera resistirme!
más voy terreno perdiendo.
(Alto.) Señorita, necesito
ese dinero.

ELVIRA. Lo sé,
pero ya le pagaré.

D. TORIB. (Aparte.) Ahora el plazo es infinito.
(Alto.) Pero es que con toda urgencia
lo necesito.

ELVIRA. Lo creo,
yo también, señor, deseo
satisfacer su exigencia;
¿mas que quiere usted que haga?

D. TORIB. Mirar que me perjudica.

ELVIRA. La que no puede suplica.

D. TORIB. ¿Y cuándo su padre paga?

ELVIRA. No es mi padre quien le debe,
que la deudora soy yo.

D. TORIB. (Aparte.) Esta sí que me mató.

ELVIRA. ¿A angustiarme usted se atreve
desatendiendo mi ruego?

D. TORIB. (Titubeando.) Señorita....

ELVIRA. Diga pronto.

D. TORIB. (Aparte.) Yo digo que soy un tonto
y de mi oficio reniego.
(Alto.) ¿Qué quiere usted que le diga?

ELVIRA. Mis ruegos no considera?

D. TORIB. (Después de mostrarse indeciso.)
Pasaré por lo que quiera
ya que su ruego me obliga;
ahora más no puedo hacer.
(Aparte.) No sé como no reviento.
(Saca un papel de su bolsillo y se lo dá.)

Tenga usted el documento,
¡me ha vencido esta mujer!

(Al pronunciar el último verso. asoman por la misma puerta, por donde salieron Emiliano y Marcelo, y al oir á D. Toribio se detienen.)

ESCENA IX.

ELVIRA. D. TORIBIO.

(Emiliano y Marcelo detenidos en la puerta dicha y sin ser vistos por los primeros.)

EMILIANO. (Misterioso á Marcelo.) Otro más de la pandilla;
pero éste aquí no jugó.
MARCELO. (A Emiliano.) Esta arrastró de espadilla
y á todos se los llevó.
ELVIRA. (Recogiendo el documento.)
Oh! yo le agradezco mucho
esta grande distinción.
EMILIANO. (A Marcelo.) Le ha entregado un papelucho.
D. TORIB. Elvira, con su perdón,
¿sabrá usted corresponder?
ELVIRA. No lo dude.
EMILIANO. ¡Qué indignado
me tiene ya esta mujer!
ELVIRA. Usted se ha de ver pagado.
EMILIANO. Pagado? cual los demás:
me agradan mucho tus modos,
con todos jugar querrás,
pero te entregas á todos.
MARCELO. En ello el castigo lleva.
D. TORIB. Entonces no me rechaza?
MARCELO. No habrá luego quien se atreva
á quedarse con la plaza.
ELVIRA. Oh! nunca lo olvidaré.
D. TORIB. Es todo lo que pretendo.
ELVIRA. Agradecida seré.
EMILIANO. Impulsos me voy sintiendo
(Queriendo avanzar.) de deshacer la pareja.
MARCELO. (Deteniéndole.) Aguárdate, sé prudente.

EMILIANO. (Incómodo.) Si ya no es posible.
MARCELO. Deja,
que no es esto tan urgente.
D. TORIB. Con que quedamos?...
ELVIRA. En que
yo sola soy la deudora,
y que pronto pagaré
si el asunto no empeora.
EMILIANO. (Violento.) No puedo esperar, ¿qué quieres?
si esto causa hasta vergüenza.
¡Qué falsas son las mujeres!
MARCELO. (Conteniéndolo.) En eso no hay quien las venza,
pero el tiempo llegará:
espérate, ten más calma.
D. TORIB. Bien, Elvira, usted sabrá
que yo la tengo en el alma.
ELVIRA. Lo comprendo, y le agradezco
el favor que me dispensa.
D. TORIB. Y por eso le merezco
una justa recompensa.
EMILIANO. (Queriéndose desprender de Marcelo.)
Es este un papel muy triste,
y ya debo proceder.
D. TORIB. (Aparte.) ¡Me ha vencido: ¡quién resiste,
al ruego de una mujer!
MARCELO. (Forzando á Emiliano.)
Deja que lleguen los otros
cual el asunto merece,
que ya entraremos nosotros;
¿no ves? Facundo aparece.

ESCENA X.

LOS DICHOS, FACUNDO.

FACUNDO. (A Elvira.) ¿Como le fué, señorita?
ELVIRA. Facundo, á pedir de boca.
EMILIANO. Esta mujer necesita

que la miren como loca
porque es coqueta y bonita.

D. TORIB. (A Elvira.) Diga usted qué debo hacer.

ELVIRA. Lo que guste, usted sabrá;
puede marcharse y volver.

D. TORIB. Pero no puedo saber......

ELVIRA. Sí, ya se le pagará.

D. TORIB. No es eso lo que le digo.

ELVIRA. Yo de otra cosa no entiendo

EMILIANO. ¡Ser de estos cuadros testígo!...

MARCELO. Así te irás convenciendo.

EMILIANO. Yo mi situación maldigo.

D TORIB. Pero es que usted se ha olvidado,
Elvira, de lo ofrecido.

ELVIRA. No, señor, se ha equivocado,
que yo de nada me olvido,
y cumpliré lo tratado.

D. TORIB. Pues satisfecho no estoy
como ahora poco lo estaba.

ELVIRA. Culpable de eso no soy.

D. TORIB. Esperanza usted me daba.

ELVIRA. Como también se la doy.

EMILIANO. Esto ya no es soportable.

FACUNDO.. Estoy como estatua aquí.

EMILIANO. ¡Oh! qué mujer tan variable!

MARCELO. Pues la más recomendable
se porta, Emiliano, así.

D. TORIB. Yo á su súplica he cedido...

ELVIRA. (Interrumpiéndole.) Y yo lo agradezco mucho.

D. TORIB. Más no soy correspondido.

ELVIRA. Y hacer más yo no he podido.

EMILIANO. En vano, Marcelo, lucho
por detenerme, no más
que ya es esto demasiado.

(Se desprende con violencia de las manos de Marcelo y se interpone entre Elvira y Don Toribio, diciéndole á este,)

Vuelva sus pasos atrás.

D. TORIB. (Retrocediendo y sorprendido.)
¡Esta mujer me ha engañado!

FACUNDO. (Dando voces hacia dentro.)
¡Don Carlos, por Barrabás!

ESCENA XI.

LOS DICHOS. DON CARLOS.

D. CARLOS. (Precipitado.) A qué me llamas, Facundo?
¿Qué ha pasado?
FACUNDO. Poca cosa,
guárdeme usted las espaldas
que ya comienza la bola;
(Saca del bolsillo un navajón y lo abre.)
Voy á barrer á esta gente
con esta pequeña escoba.
D. CARLOS Y ELVIRA. (Sujetándolo.)
Detente! ¿qué vás á hacer?
FACUNDO. A jugar al topa topa.
D. CARLOS. Pero digan qué ha pasado
(Facundo guarda su navajón.)
en esta morada?
EMILIANO. Ahora
le voy á enterar de todo
lo que ocurre: es esta obra
de su niña, que ha obtenido
el título de «Doctora,»
pues que juega con los hombres
cual sabe hacerlo ella sola.
ELVIRA. Tiene razón, Emiliano,
en nada usted se equivoca,
que por salvar á mi padre
procedí como una docta,
porque viéndolo arruinado
por el juego en mala hora,
traté de recuperar
sus títulos y su honra
poniendo en juego mi astucia.
con mesura y sin demora.

(Volviéndose á D. Carlos y mostrándole los papeles.)
Aquí están los documentos
que tanto á usted lo acongojan,
á nadie debe un centavo,
yo sola soy la deudora;
y para que no revivan
(Los hace pequeños pedazos.)
no existen de ellos ni sombras.

D. TORIB. (Con enfado.) Señorita, usted en esto
me engañó como á un idiota.

ELVIRA. ¿Cómo pude yo engañarlo?
dígame usted en qué forma?

D. TORIB. Me dijo usted que su padre
no estaba en casa, y ahora
se presenta.

FACUNDO. (Interponiéndose.) Ya lo creo,
así son todas las cosas:
no estaba, señor, visible,
pero ya muy poco importa
que le vean.

D. TORIB. Me ha engañado!

ELVIRA. Usted, señor se equivoca,
yo he salido responsable
por mi padre cual fiadora.

D. TORIB. Y le cedí el documento.

ELVIRA. Que ya no existe.

D. TORIB. (Molesto.) Y se mofa
así de mi buena fé?

ELVIRA. Por poco usted se incomoda.

D. CARLOS. Pero, Elvira, no comprendo
por Dios esta gerigonza,
explícame ¿qué ha pasado?

FACUNDO. Señor, una banca rota.

MARCELO. (A Facundo.) Nadie te ha llamado, intruso,

FACUNDO. (Amenazando á Marcelo.)
Mire que saco mi escoba
y lo barro.

EMILIANO. (Desencantado.) ¡Buen papel
hice yo con esta tonta!

ELVIRA. (A D. Carlos.) Ya, padre, que usted lo quiere
voy á explicarle esta historia:
que yo me apropié sus deudas
y no con fortuna poca
supliqué á los acreedores
algun favor ó demora,
y todos me concedieron
por caridad ó lisonja
aún más de lo que pedí,
puesto que con manos pródigas
me dieron los documentos
que á usted causaban zozobras,
y ya todos los he roto
cual ha visto; más ahora
(Dirigiéndose á D. Toribio.)
este señor me reclama
ignoro en verdad qué cosa;
pero ya le pagaré
si es que accede.
D. TORIB. (Muy molesto.) No, señora:
usted mal ha procedido,
pero es en su propia contra:
renuncio á todo y me marcho,
quédese usted en buen hora
engañando á los chiquillos
que quien es usted ignoran.
D. CARLOS. Don Toribio, usted me ofende.
FACUNDO. Don Carlos, saco mi escoba?
D. TORIB. Ya no quiero ni fijarme
en personas tan odiosas. (Vase.)

ESCENA ULTIMA.

LOS DICHOS, MENOS D. TORIBIO.

ELVIRA. Me insultó!
D. CARLOS. Tal peripecia
se merece un buen castigo,

FACUNDO. Pues bién, Don Carlos, ¿lo sigo?
D. CARLOS. No, al tonto se le desprecia.
MARCELO. (A Emiliano.) Aplícate esa lección.
EMILIANO. Ya verás si me la aplico.
(Dirigiéndose á Elvira.) Señorita, yo le indico
que soy de igual opinión.
Pues usted no se respeta
y conquistó en esta hora
el título de «Doctora,»
mas también el de coqueta,
no es digna de compasión,
porque á todo aquel que llega
burlonamente le entrega
su variable corazón.
FACUNDO. (Interrumpiéndole.) En eso no es inconstante,
y lo afirmo en mi concepto,
pues cumple con el precepto
de amar á su semejante:
sostenerlo así podemos
en una seria demanda,
pues el mismo Dios nos manda
que aquí todos nos amemos.
No critiquemos sus modos
de portarse en sociedad,
que ella ha cumplido en verdad
brindando su amor á todos.
Pues con sentimiento humano
siempre obró de tal manera
al mostrar por donde quiera
su corazón en la mano,
más digna de premio es
que aquel que lo lleva oculto,
ó el que haciéndole un insulto
lo va mostrando en los pies.
Al fin aquel que se espanta
con una justa razón
no nos llama la atención
que lo lleve en la garganta:
ni cuando el mal empeore,

y empeorando siempre siga,
que lo lleve en la barriga
y á veces con él se atore.
Un buen premio, pues, le toca
á esta niña, y soberano,
pues que lo lleva en la mano
ó bien lo muestra en la boca.
Su virtud en nada empaña
su modo de proceder:
es una digna mujer
que á nadie, señor, engaña.
Y así el cielo la bendice
con su excesiva bondad
pues no oculta la verdad
y lo que siente lo dice.

ELVIRA. No has hablado con certeza,
pues mi corazón no en vano
fingí llevarlo en la mano
llevándolo en la cabeza.
En nada á la sociedad
con mi conducta falté,
que solamente observé
las reglas de urbanidad;
pues si obsequios admití
y no mostré repugnancia
fué porque en tal circunstancia
rechazarlos no debí;
porque á mi padre veía
arrojado por el vicio
al horrendo precipicio
y yo salvarlo quería.
En el mundo nadie puede
criticar lo que yo he hecho,
pues sólo usé de un derecho
que á todo sér se concede.
Á mi padre ví en el juego
rodeado de sinsabores,
y alcancé para él favores
solamente con mi ruego:

y si los hallé en justicia
¿por qué, pues, la sociedad
esta acción con dignidad
la ha de mirar con malicia?
Si esos hombres acogieron
mis ruegos con intención
maligna, perversos son
y muy indignos se hicieron.
Y si al que pedí un favor,
por hallarlo así preciso,
al concedérmelo quiso
acaso comprar mi amor,
engañóse el desgraciado,
que al haber sin reflexión
expuesto tal condición
yo la hubiera rechazado.
Y si falto de experiencia
creyó que me engañaría,
la falta no ha sido mía
y sí de su inteligencia.
Y ya que pude prolija
cumplir el doble deber
que se impone á la mujer
y que se inspira en la hija,
sin ningun remordimiento
porque á mi padre salvé,
de aquí, señores, me iré
á encerrarme en un convento.

D. Carlos. No lo harás, porque no en vano
has llevado con razón
la mano á tu corazón
y el corazón en la mano.

FIN.

INDICE

DE LAS OBRAS QUE COMPONEN EL PRESENTE TOMO.


3 2044 048 084 974

